LA HIJA del BANDIDO

Ó

# Los subterraneos del Nevado.

# LA HIJA DEL BANDIDO

O

LOS SUBTERRANEOS

# DEL NEVADO.

NOVELA ORIGINAL

de D.ª Refugio Barragan de Toscano.



GUADALAJARA.

Tip. de "El Católico."—Calle de D. Juan Manuel letra L.

1887.

# INTRODUCCION.

Al Poniente de Ciudad Guzman, [antiguamente Zapotlan,] eleva su gallarda cumbre una bellísima montaña, conocida con el nombre de "Nevado de Colima," por hallarse dentro de los límites del Estado de su nombre; y colocada allí por la mano de Dios, para acabarle de hermosear, haciendo aparecer su cùspide á la altura de 3,600 varas sobre el nivel del mar, y rodeada en su falda de una vegetacion rica y exhuberante, como lo demuestran esos grandes bosques de palmeras, y tanta multitud de árboles y plantas, que hacen de Colima un pedazo de aquel paraíso encantado, que arruyó la inocencia de nuestros primeros padres.

Esa azul montaña, dividida en dos altos picachos; el uno árido, consumido por la erupcion de sus fuegos internos, ostentando su pavorosa melena de humo y fuego, bajo la cual se desgajan rocas calcinadas, lavas ardientes, que vienen por decirlo así, formando una muralla en torno del coloso, que con sus constantes erupciones y retumbidos amenaza devorarlo todo y reducir á cenizas al atrevido que se le acerque: el otro esbelto y elevado con su verdor eterno, sus pájaros, sus flores, sus aromas, sus vertientes de agua cristalina, remedando cintas azuladas, espejos claros, cuyo ténue rumor

atrae á las palomas que gustan de mirarse en ellas, y mojar sus plumas durante el calor; su cráter coronado de blanca nieve, remedando, á los rayos del sol, la toca de una vírgen; ó á la luz de la luna, el pálido sudario de un muerto; esa azul montaña, repito, ha tenido siempre para mi alma un encanto desconocido, sublime y grandioso, que atrae y conmueve sus mas secretas fibras.

Por espacio de largos años, cuando la juventud me sonreía, y las ilusiones rebullían en mi cerebro como bandadas de alegres mariposas, la han contemplado mis ojos con alegrìa, con admiracion, con entusiasmo. Y en esas horas de arrobamiento, ha vibrado mi lira, bajo la presion del sentimiento, y he cantado su belleza agreste y poética.

Hoy la miro aún con la misma alegría; pero no con la misma idealidad que entònces.

Ella, es cierto, no ha cambiado de verdor ni de forma; su belleza es la misma; pero mi corazon......

¡cuánto ha cambiado!

A su vista, mil recuerdos tristes se agolpan á mi memoria, mil fantasmas errantes asaltan mi imaginacion; y mis ojos creen mirar las terribles escenas que se agitaron en su seno durante mas de 40 años, y que hacen de ella, la montaña temible de las tradiciones, el testigo inquebrantable del bandalismo, que enseñoreado allí, formó una época de recuerdos desagradables y terribles.

Porque esa montaña, huequeada en la mitad de su base por intrincados subterráneos, desconocidos hasta hoy en su mayor parte, fué guarida de bandidos; abrigo de pasiones bastardas, y depósito impenetrable de tesoros incalculables; tesoros buscados hasta en épocas muy recientes, como lo atestiguan algunas fechas grabadas en la corteza de algunos àrboles, por la mano de esos expedicionarios, á muchos de los cuales conozco, y que á fuerza de lucha y de trabajo constante, aunque

infructuoso, pueden proporcionarnos datos verídicos so bre la construccion de esos subterráneos.

En ella se enseñorearon los bandidos por largo tiempo, bajo el mando de diversos capitanes, célebres por su rapiña, ferocidad y valor.

Uno de ellos, y quizá de los más célebres, por sus crímenes, fué sin duda, Vicente Colombo, del que me ocuparé en el presente libro; sin hacer mas que trasladar al papel, aunque ligeramente ataviada con el lenguaje de la ficcion y de la novela, la relacion que de sus hechos me hizo una tarde la tia Mariana.

La tia Mariana, era una viejecita simpática, divertida, y que solia contarme mil cosas que yo escuchaba siempre con gusto.

Era una de esas mujeres que todo lo inquieren, lo profundizan, lo cuentan y lo abultan, con frases exageradas y agradables al mismo tiempo.

Cuando referia algun acontecimiento, revelaba en su acento, en sus palabras y hasta en sus ademanes, tal animacion, que parecia que sus escenas se desarrollaban realmente á los ojos del que la escuchaba.

En una palabra; la tia Mariana interesaba la imaginacion, sin cansarla; divertia y amenizaba la monotonía de las horas, con tal que se la pudiese escuchar.

Bàsteme esto, para que se me perdone que bajo la impresion de sus palabras, haya trazado mi mano los cuadros que forman la presente novela; cuyo argumento se adapta á las tradiciones vulgares, ó no, que se cuentan de esa montaña deliciosa; que la tia Mariana supo presentar á mis ojos como morada de vivientes y envuelta en el misterio del crímen; de esa montaña donde se cree existen inmensos tesoros; y donde, no puede negarse, se encuentran grandes y extensas cuevas subterràneas labradas á pico por la mano del hombre.

Termino esta introduccion, suplicando á mis lectores, me juzguen como simple novelista y no como narradora de hechos verídicos.

Lo que escribo no es mas que una novela desarrolla-

da, como dije ántes, al influjo de tradiciones puramente vulgares, que si tienen un orígen verdadero, solo las habrè pasado al papel, embellecidas con el lenguaje de la ficcion y de la poesìa.

La Autora.

# LIBRO I.

## LOS BANDIDOS DE CAMINO REAL.

### CAPITULO I.

### La víspera de un cumpleaños.

El toque de oracion resonaba en las vecinas rocas, repercutiéndose pausadamente en cada uno de sus altos vericuetos, y comunicando al último miraje del dia, esa melancolía, mezclada de tristeza y de cansancio, en que tanta parte toman las fatigas y rumores que se alejan, como el reposo que se vizlumbra ya cercano.

La ronca voz de la campana que despide al dia, vibraba aun, ronca y clamorosa, cuando dos hombres, recatándose cuanto podian á las miradas curiosas de los transeuntes; montados en briosos caballos, que hacian saltar chispas de lumbre, bajo la presion de sus herraduras chocadas con las piedras; perfectamente embozados con grandes zarapes del Saltillo, y los sombreros de anchas alas, calados hasta los ojos, salian de C. Guzman, por la calle recta de San Pedro.

A juzgar por las apariencias, aquellos hombres parecian ser dos buenos amigos, que se dirigian á la garita, ó simplemente se ocupaban de dar un paseo, gozando la frescura de una noche tibia, embalsamada y envuelta en los efluvios trasparentes de la luna llena; de esa viajera incansable de los espacios, cuya redonda cara,

parece sonreir à la naturaleza; de esa lámpara de oro que surge entre las estrellas, con la misma altanería, que una reina entre sus damas.

Al llegar frente á la garita, se vieron detenidos por un guarda, que marcàndoles el alto, les preguntò:

—¿Quiénes sois, y á dónde vais?

—Pertenecemos à la policía secreta, y vamos à Zapotiltic, donde sabemos que merodean unos pilletes, hijos de Caco, contestó uno de ellos en voz baja.

—La contraseña, insistió el guarda.

—"Seguridad por la corona de Castilla," contestò el interpelado al oido del guarda, como si temiese que sus palabras fuesen escuchadas por algun estraño.

—¡Adelante y buen éxito! exclamó el guarda, volvièndose á ocupar su puesto, muy satisfecho de sus deberes.

Los ginetes desaparecieron entre una nube de polvo, oprimiendo con las espuelas, los hijares de sus corceles, y guardando silencio.

Al llegar al Pedregal, y yá en un punto en que los huizaches, formaban una sombra oscura y compacta, torcieron hàcia la derecha, tomando una estrecha vereda, difícil y pedregosa, por la cual comenzaron á subir hácia la falda del Volcan.

Aquel estrecho camino, les era sin duda, muy conocido, porque caminaban de prisa, y sin cuidarse mayor cosa de las grietas, rocas, y aberturas, que tienen generalmente todas las montañas.

Habian andado asi cosa de dos horas, y comenzaban á bordear una bellísima barranca, sombreada por altos y flexibles ocotillos, cuyas ramas movidas por el ambiente de la noche, formaban ese poético rumor que puede llamarse, la armonía de la sierra, por la melancólica dulzura que infunde al corazon.

Uno de los nocturnos viajeros, y que era el mismo que habia contestado al guarda, dirigió entonces una mirada recelosa en torno suyo; y cerciorado sin duda, de que nadie podria escucharle, dijo à su compañero.

—Nos hallamos en la barranca del Arroyo Seco: los peligros disminuyen; podemos hablar algo, porque ya la boca se nos apesta à cobre.

—Es verdad, mi Capitan, contestó el que marchaba á su lado; rato hace que la sin hueso no hace su oficio.

Despues de un momento, añadió como reflecionando:

—¡Qué diablos! si los guardas no fueran tan caballos como todos los gobierneros, esta noche nos hubieran atrapado: porque la luna no deja de ser una mala compañera para los de nuestra calaña.

—Tù ves, Teodoro, el lado malo, pero no el bueno. Tambien pudimos nosotros volarle al maldito guarda la tapa de los sesos; maniobra de que me hubiera encargado con todo mi gusto y sin gran trabajo, por aquello de....

—"Quien roba ó mata ladron tiene....

Teodoro se interrumpió con malicia.

—¡Cien años de perdon! exclamó el Capitan completando la frase y riendo socarronamente. Has acertado. Pero volviendo al mal percance que pudiera habernos sucedido, ya ves que la suerte nos fué favorable como siempre. Me envanezco de tener 17 años reinando en esta montaña, sin que en todo este tiempo haya fracasado ninguna de mis empresas. Tú eres un testigo de ello.

—Si, mi Capitan; pero lo que no me cabe en la mollera, es que *háigamos* ido á Zapotlan en pleno dia, hoy que la policia nos sigue la pista con tanto ardor, deseosa de echarnos garra. Por mas que me devano los sesos, no hallo....

—No hallas el motivo; pero yo te lo explicaré, dijo el Capitan encendiendo un cigarro. Mañana cumple mi María 15 años: es ya una señorita. Y deseando hacerle un regalo que no se debiera á la rapiña, sino á mi dinero, he ido allá, tomàndote á tì por compañero, que eres de mi cuadrilla el màs adicto, intrépido y valiente.

Teodoro se irguió sobre la silla diciendo:

—Esa confianza, me honra mucho, mi Capitan. ¿Y habeis comprado.....

—Un regalo, del que forman parte, un libro místico y un Santo Cristo de marfil.

—¡Si pensareis hacerla monja, mi Capitan!

—Casi, casi lo es ya, contestó este melancólicamente. La pobre niña vive siempre guardada, si no por espesas rejas de hierro; si, por rocas impenetrables, donde solo el águila anida, y donde habrán de estrellarse siempre, todas las pesquisas de la policía.

—¡Valla un regalo! tornó á exclamar Teodoro.

—¡Que ella estimará mucho, porque es buena como un ángel! dijo el Capitan suspirando.

Al terminar estas palabras, llegaban à una esplanada angosta, cubierta de árboles y breñales: tupidas guias de challotillo, zandía cimarrona y yedras silvestres, impedian à cada paso, que las cabalgaduras de los ginetes continuasen su camino sin desvio, por lo que à cada momento, torcian la vereda que llevaban; pero esto sin fatiga ni inquietud, pues parecian familiarizados de mucho tiempo, con aquellos parajes incultos.

Continuando su camino, llegaron al fin de la esplanada, que semejante à un cono dibujado, terminaba en punta, desde allà siguieron culebrillando un sendero angosto, en el cual muy apénas podian dar el paso los caballos. A los lados de este sendero, se elevaban inmensas rocas, que hacian imposible, la sagacidad de una mirada que desde fuera, quisiese penetrarle.

De cuando en cuando, saltaban sobre aquellos atletas de la ruda naturaleza, esbeltos venados y ligeras ardillas, que hacian volver la cabeza á nuestros hombres, y que huian, perseguidas por algun lobo hambriento.

Al final de aquella barranquilla profunda y lòbrega, los caballos se detuvieron por costumbre; y tambien porque de allí no habrían podido pasar.

El Capitan aplicó á sus làbios un cuerno de caza, despidiendo un sonido hueco y prolongado; y acto con-

tinuo, aquel sonido fué contestado por otro, que mas bien parecia graznido de lechuza, que sonido humano. Y casi al mismo tiempo apareciò por entre las malezas y rocas otro hombre de mala catadura, vestido sucio y harapiento, y con una ancha cicatriz en la mejilla izquierda.

—¿Qué hay de nuevo? preguntó el Capitan al aparecido.

—Nada, mi Capitan, respondió serenamente el hombre.

—Pues mete los caballos y échales rastrojo, porque lo que hoy han andado no es muy poco, que digamos.

El Capitan y su compañero echaron pié á tierra. Y nuestro hombre tomando los caballos por la brida, se adelantó por una barranquilla montuosa que partia del sitio donde estaban, hácia la derecha.

Acercóse à un alto paredon, examinando àntes el sitio; y colocando la mano en un borde saliente que la maleza cubria, y que él apartó con cuidado; separó un grueso tablon tan perfectamente cubierto por el barro, que aun se veian nacidos en él, algunos mechones de zacate.

Entonces pudo verse una oquedad bastante ámplia en dimensiones, y tan profunda, que no se habria podido determinar su grandor à la simple mirada. Básteme añadir, que su entrada era bastante àmplia para dar paso á cualquier caballo ó mula cargada.

Aun existen al pié de este volcan, y en distintas direcciones, algunas bocas de estas cuevas subterràneas, que son frecuentemente visitadas, aunque nadie se atreve á penetrar en ellas. Dícese que estaban destinadas à hacer desaparecer las mulas cargadas, secuestradas por los ladrones en aquellos contornos.

El hombre alargó la rienda de un caballo, hasta colocarlos uno tras otro, y estirándolos, comenzó à andar por aquel estraño pasillo; cuyo declive casi tendido le condujo bien pronto, à un pequeño patio, perdido en aquel laberinto de rocas, y que apénas daban entrada,

por ignoradas grietas, á una luz débil y opaca. En aquella estraña pesebrera habia una pileta de piedra llena de agua, y dos ó tres montones de paja y rastrojo.

Desensilló los caballos; colocó las sillas en una alta roca, saliente hácia adentro; y tornò à salir, asegurando bien por medio de un resorte, aquel gran tablon adherido á la roca.

Ya fuera otra vez, retrocedió doce pasos; levantó una piedra, y desapareció por una hendidura, que esta guardaba, dejando caer la piedra tras sí. Encendió una linterna, y casi arrastrándose, porque no podia ser de otra manera, atravesó un subterràneo, á cuyo término, la oquedad ensanchándose tenía la figura de un cuadrado perfecto.

Aquella cueva, labrada à pico por la mano del hombre, era digna de estudio, por lo bien pulido de sus paredes altas è iguales. En el centro de cada una de estas, sobresalia, de la misma roca, una especie de nariz como de unas nueve pulgadas de espesor, y atravesada de lado à lado horizontalmente por un taladro.

Por cada uno de estos taladros, pasaba una zoga, cuyos extremos, unidos unos y otros, formaban hácia el centro de la cueva, un grueso calabrote, que iba à perderse en un agujero abierto en el centro de aquella, y que tenia las dimensiones de una boca de noria.

Asido nuestro hombre de aquel macizo calabrote, desendiò tan rápidamente como un cubo de noria, encontràndose luego en una cueva cuadrilonga, en cuyo centro, otros hombres mal vestidos y sentados en el suelo formando rueda, jugaban albures, sobre un zarape súcio y raido, que extendido en el suelo, servia de carpeta à aquellos discípulos de Birjan.

Al ver al viajero del calabrote, uno de aquellos hombres, y que parecia ser el mas jòven, porque á lo sumo contaria 25 años, exclamó:

—¡El Pinacate en tierra! Ea, muchachos! bien podemos pelarle algunas cuartillas. Campo, y que entre á la rueda.

—¡Si, si; campo al Pinacate! gritaron à un tiempo todos aquellos hombres con acento vinoso y cara repugnante.

El Pinacate, como sus compañeros le llamaban, no se hizo del rogar; y doblando las piernas fué à sentarse en un claro, que los otros replegándose, habian dejado.

—Mucho has estado fuera, ¿que traes de nuevo? preguntó uno.

—Lo de siempre, dijo el Pinacate con énfasis, que el señor gobierno pela el ojo y nos sigue la pista.

—¡Bah! ese señor no darà con nosotros por mas que se desnarice, dijo otro con desprecio.

—No hay que fiar, valecito, exclamò el mas viejo: tarde ó temprano se pagan las deudas; y nosotros tenemos algunas.

—Miéntras tengamos un Capitan tan valiente como el que tenemos, creo que no pagarémos las tales deudas, contestò el que se hallaba á la derecha del viejo.

Y codeando al que estaba á su lado, añadió:

—Y tú, Patiño, qué diablos tienes que no hablas hoy? ¿En qué piensas?

El interpelado le miró; y con acento zocarron le contestò:

—Pensaba, en que si el Capitan es muy valiente, su hija es muy hermosa.

—¡Cuidado que està muy alta para tí! murmuró otro de la rueda.

—No tanto como crees, dijo Patiño con altanería.

—Es que...... insistió otro.

—¡Lo bello no puede dejar de admirarse con los ojos y de amarse con el corazon, contestó Patiño.

—Chist! El Capitan llega, murmuró el Pinacate colocando un dedo sobre la boca y aguzando el oído.

Efectivamente, como si las anteriores palabras fuesen una contraseña, vióse aparecer tras ellos al Capitan, llevando á la cintura un ancho puñal y un par de pistolas bien montadas y finas.

Pero echemos una mirada rápida sobre su personal. para tener una idea del famoso bandido, que por entónces aterrorizaba todos aquellos contornos.

Su estatura era mas que mediana, y de regular complexion. Su rostro demasiado tostado por el sol, era ligeramente redondeado, pudiendo notarse en él la dureza del alma que le animaba. Sus ojos poseían una mirada sagaz y penetrante, chispa del alma depositada á la sombra de una espesa ceja, que dilatando sus extremos sobre la abultada nariz, parecia formar un solo hilo levemente arqueado. Una patilla negra, abundante y larga caia sobre su pecho, y sus labios que eran gruesos rara vez dejaban asomar una sonrisa.

Hombre de valor y de resolucion, no se arredraba ante el peligro: y jamás sus compañeros le habian visto volver la espalda al enemigo.

En el campo del honor, defendiendo los sagrados derechos del ciudadano; sosteniendo una causa justa ó peleando por su patria, Colombo habria sido un héroe: en el campo del crímen y del bandalismo, á cuya carrera se habia dedicado desde muy jóven, dirigiendo el asalto de despojo; atropellando todo derecho, solo era un bandido terrible, cuyo nombre se recitaba con pavor, cuya crueldad y dureza eran comentadasen grado superlativo.

Adelantándose con aire de rey hàcia la rueda de jugadores, y alizando con una mano la barba, un tanto crespa, exclamó:

—¡Hola! muchachos! veo que estais muy descansados, ganandoos las pesetas cómo si ningun trabajo os diese adquirirlas.

—¡Ay mi Capitan! exclamó el Pinacate, y mucho que nos dá. Nos cuesta mas trabajo que á sus dueños legítimos, porque ellos ni exponen la pelleja, ni corren el peligro de balancearse en lo alto de un palo, sirviendo de banquete á los zopilotes, como nosotros.

—¡Bah! ¿con que no tienen ese peligro? ¿pues á qué

están expuestos cuando caen en nuestras manos? preguntó otro, mirando con sorna al Pinacate.

—Hasta ahí, valecito, ni mosca que se te pare en frente, porque has dicho la *mera verdá*, dijo el mas viejo.

—¡Bien, bien! exclamó el Capitan, poniendo término al diàlogo de sus camaradas, dejad à un lado las balacas. ¿Sabeis borricos que mañana tendremos un gran dia?

—Alguna conducta como la que quitamos hace dos años, custodiada por el Coronel Miranda......? dijo Patiño.

—Mejor que eso todavía, murmuró el Capitan riéndose; para la conducta necesitaríamos plomazos y puñaladas; pero para lo que habrá mañana, ni arremeteremos soldados, ni emprenderemos asalto, ni nos arrastraremos por entre las rocas y matorrales como los lagartijos; solo tendremos que vaciar algunas botellas de buen vino, comer bien y hablar mucho, brindando á la salud de María que ajusta los 15 abriles, como dicen los poetas.

—¡Viva nuestro Capitan y su hermosa hija! gritaron en coro los bandidos.

—Conque à dormir, muchachos, añadió el Capitan, con eso os levantareis mas temprano.

—A dormir, á dormir, repitieron en coro.

El Capitan se alejó de allí. Y los bandidos obedientes á su jefe, disolvieron la rueda; y envolviéndose cada cual en su frazada, se tiraron en el suelo, hablando de la fiesta de otro dia.

Solo uno de ellos, Andres Patiño, quedó largo rato en piè fumàndose un puro, y viendo distraidamente hácia la puerta de comunicacion por donde el Capitan habia desaparecido.

Era probable que aquel hombre meditaba algo, porque al ir á tenderse en su jergon, murmuró entre dientes:

—Mi plan está trazado: los engañaré á todos para

que no desconfien, y despues...... ¡oh! yo veré cómo, pero ella será mia.

Entretanto el Capitan, siguiendo por un estrecho subterráneo, se encontró bien pronto en otra cueva que, aunque mas pequeña en dimensiones que la anterior, revelaba ser su habitacion, por los objetos que en ella se veían.

Consistian estos, en un catre de lona, á cuya cabecera habia colgadas, sin órden ninguno, armas blancas, y de fuego, de todas clases; una gran mesa de nogal, dos cajas, y media docena de sillas de tule.

El Capitan se sentò en una silla cerca de la mesa, sobre la cual se veian, cercanas á la pared algunas botellas de vino á medio destapar; y al centro una gran caja de carton, atada con un liston de raso encarnado.

Apoyó la frente en el borde de la mesa, y cerró los ojos como si durmiese; aunque en realidad no dormía.

Era indudable que aquel hombre, agobiado con el peso de una conciencia criminal, no habia podido conciliar el sueño tan fácilmente; y solo por dár á su espíritu fatigado un descanso efímero, apoyaba la dura frente, preñada de pensamientos oscuros como su conciencia, y cerraba los ojos acostumbrados á ver casi siempre imàgenes sombrías.

De pronto un relox, que colgaba de una de aquellas frias paredes, dejó escuchar once campanadas, tan tristes como aquellos subterráneos en que el vicio se enseñoreaba protejido por rocas inaccesibles.

Colombo levantó lentamente la cabeza, como si volviese de un vértigo terrible, y murmuró con acento ronco:

¡Oh! si yo pudiese mañana, dar à mi hija un nombre limpio que la protejiera contra toda sospecha! ¡Si pudiera presentarla, ante esa sociedad que me aborrece y pone precio à mi cabeza, no como la hija de un bandido miserable, sino como la hija de un Coronel honrado......! ¡Pero imposible, imposible;...... mi deseo se estrella siempre contra la voluntad de ese hom-

bre de hierro, que no vencen ni la oscuridad de su calabozo, ni el hambre, ni la miseria que le hago sentir, hace dos años!

El Capitan guardó silencio un breve rato, dando vueltas á lo largo de la cueva, con las manos enlazadas por la espalda, hàcia la cintura, y luego prosiguió:

¡Ah! ¿por qué amo tanto á Marìa? Sin ella, no ambicionaría salir de este sepulcro: sin ella, la muerte me seria indiferente, é indiferente tambien la vida que llevo; ¡pero ella,! ella!.......es el lazo precioso que me une á la vida; la idea fija y constante en mi cerebro para intranquilizar mi corazon!...... Porque todo, todo lo quisiera para ella; riqueza, honores, felicidad!.......

¡Pero bah! ¿No puede lograrse hoy, lo que ayer parecía imposible? Probemos. El Coronel tiene una hija, una esposa y...... cederá al fin, como cede la gruesa encina à la tenacidad del hacha que la derrumba!

Colombo tomó una linterna, y salió con paso precipitado.

Sigámosle por uno de aquellos impenetrables subterráneos, tan conocidos de él; y penetremos á su lado, á otra cueva pequeña, húmeda y hedionda, desconocida aun para nosotros, y cuyas paredes parecian desmoronarse sobre su cabeza.

¡Nada más lóbrego ni triste que aquel oscuro rincon, donde Colombo acababa de penetrar! Podria decirse con propiedad, que era una tumba, donde el sepulturero aun no arrojaba la tierra que debia cubrirla. Una escasa luz iluminaba sus ángulos, con un reflejo tan débil, como el que despide el moribundo de su apagada pupila; y nada allí denunciara la existencia de algun ser viviente, si al oído no llegase el eco débil y vago de una respiracion cortada y afanosa.

Colombo giró la vista en torno suyo, y una sonrisa de soberano desprecio se dibujó en sus labios.

Al frente de èl, sobre una sucia manta, un hombre pálido y demacrado, acababa de incorporarse, dejando

brillar en sus ojos esa chispa terrible y abrumadora de un odio reconcentrado. Mirada que no pasó desapercibida para el Capitan, quien adelantàndose algunos pasos, al que parecia provocarle, exclamó:

—El oso tiene garras; pero de nada le sirven cuando se le tiene sujeto.

—¡Ay! del que le sujeta, si el oso llega á romper la mordaza, y el opresor está á su alcance, contestò el aludido; que no era mas que un prisionero, una víctima del terrible Colombo.

El Capitan lanzó una carcajada burlesca, cuyo eco reprodujeron aquellas huecas paredes, y preguntó en seguida con sarcástico acento y refinada ironìa:

—Es decir ¿qué tiene vd. esperanza de traspasar estas impenetrables rocas, que mas fuertes que una muralla de hierro, se levantan en derredor, y de burlar una vigilancia que no fio á nadie, fugándose por una de esas salidas que le harian devanar inútilmente los sesos, sin conseguir el objeto?

Una risa burlona siguió á estas palabras.

El prisionero se mordió los labios hasta hacerse sangre. No era necesario que su antagonista le burlase de aquella manera. Demasiado comprendia, que de aquel profundo sepulcro, solo la Providencia podia salvarle; y como buen cristiano, esperaba en ella. ¡Es tan dulce esperar!

Hay un adagio que dice: "La esperanza es la ùltima que muere."

Este adagio se confirma diariamente en cada uno de los descendientes de Adan, que son innumerables como las estrellas, si desde el Paraíso, los contamos, sujetándolos á la Aritmética.

La esperanza, ese fanal bellísimo de blanca luz, està en todas partes, iluminando con sus benéficos rayos, los mas negros calabozos y las tumbas mas desiertas.

Donde hay lágrimas que enjugar; allí está ella, para recojerlas en su orlado manto. Si hay suspiros, los alivia; si dolores, los suaviza; si infortunios, los endul-

za con mano pródiga, dejando escuchar esta consoladora frase "Espera!"

Cuando el Señor mandó á la tierra el bello séquito de sus virtudes, viendo à las tres primeras exclamó:

—La Fé, serà la luz que guíe al hombre en las tinieblas de la vida: la Caridad le abrigará en su seno. y la Esperanza le detendrà al borde del abismo, abierto por las amargas decepciones de la vida.

¡Dulce y consoladora mision de la esperanza!

Pero volvamos á nuestros personajes.

El Capitan contemplò al preso por unos breves momentos, y luego prosiguió:

—Desengañaos; estais en poder de un hombre que os necesita, y que ha puesto de sobra todos los medios necesarios para vuestra seguridad. La menor tentativa de evasion por vuestra parte, serà una sentencia de muerte.

—¡La muerte! no la temo: ella me libraría de veros, interrumpió el preso con acento resuelto.

—Y sin embargo, prosiguiò el Capitan, con un tono de voz, en que se revelaba la conviccion del sentimiento; cuando se tiene una buena esposa y un hija tan bella como la que vd. tiene, debe ser muy doloroso bajar al sepulcro, dejándolas en la miseria; y mas cuando, como vd. poseé los medios, no solo de aliviar esa miseria, sino de volver á verlas para vivir siempre à su lado.

El prisionero sonrió amargamente; murmurando:

—Vamos, ¿habeis discurrido otros, ó son los mismos medios que me proponeis todos los dias?

—Los mismos; observò el Capitan, mordiéndose los labios con ira.

El prisionero guardó silencio, y el Capitan continuó, como alentando una esperanza.

—Ese silencio augura en mi favor; y como creo que estareis aburrido de esta soledad que solo yo interrumpo de vez en cuando......

—¡Estais engañado! No es la soledad, la que me cansa, sino el tener que veros: esa soledad que me acu-

sais, es preferible por mi, á la compañía de un bandido miserable! exclamò el prisionero con odio.

—¡Imponed silencio á vuestra lengua si no quereis! ...... dijo el Capitan temblando de cólera; y dando en seguida un fuerte golpe con el pié, en el suelo, añadió:

—Por última, vez, ¿aceptais?

—¡No! contestó el desconocido con acento firme.

—Esta bien! os haré matar como á un perro!

—Os he dicho que no me arredra la muerte; ¡dádmela! El frio puñal del asesino herirà mi pecho sin hacerle temblar!

El bandido apretó los puños lívido de cólera.

—Sea, ya que lo quereis, añadiò el bandido reponiéndose: el asesino como me llamais no os matará, porque fuera poco á su sed de venganza. Teneis una hija.... ¿sabeis lo que será de ella?......

El prisionero como si presintiese lo horrible de esta amenaza apénas indicada, exclamó con angustia:

—¡Oh! callad, callad......!

El bandido aparentando no escucharle, prosiguió:

—El milano, cayendo sobre esa inocente paloma, afilarà sus garras; y se cebará en ella, destrozando su inocencia, su virtud, su honra!......

—¡Miserable! miserable! exclamó el prisionero con exaltacion y cerrando los puños con fuerza.

El Capitan continuó con estoica calma, sin fijarse en aquel ademan amenazador:

—Su nombre resonará en estos oscuros subterràneos, entre las risadas insolentes y burlescas, de esos hombres que me acompañan acaudillados por el crimen! ......En una palabra, ¡Cecilia Miranda está sentenciada, por el temible Capitan de los Subterràneos del Nevado, que llevarà su venganza aun mas allá de lo que podais imaginaros!

Al terminar amenaza tan horrible, volvió la espalda al preso, en ademan de irse.

Pero este, dando un paso hácia adelante, con la vis-

ta extraviada; convulso y agitado, exclamó en tono suplicante.

—¡Esperad! esperad!.......¿sereis capaz de tan grande infamia? ¿Qué os ha hecho mi hija para que asì la aborrezcais? ¡Oh!......

—Os ha dicho álguien que la aborrezco? No; pero està sentenciada á pagar los caprichos de su padre, quien fácilmente la salvaría, si la amase como yo amo á mi hija!

—Pues bien, exclamó el preso con desesperacion: ¡matadme! ¡hacedme pedazos, ya que estoy en vuestro poder; pero respetad la familia de un infortunado, que no tiene mas delito que parecerse á vos físicamente!

El Capitan le contempló largo rato con los brazos cruzados, y dijo en seguida, con calma estudiada:

—No tengo necesidad de perder tiempo: ¡un papel firmado por esa mano; ó Cecilia. Escojed.

—¡Dios mio! exclamó entónces el prisionero, con extraviados ojos.

—Veo que estais por lo último; buenas noches, dijo el Capitan, haciendo ademan de irse.

Un vértigo horrible se apoderó del infeliz preso: en un momento creyó ver á su hija en poder de los bandidos; desgreñada, delirante, y hecha un juguete vil de sus desenfrenadas pasiones. Saltó de la manta é interceptando el paso del bandido, tomó una de esas resoluciones extremas, que cuando tienen paso por nuestros labios, es porque han hecho trizas el corazon, causando el extravío del cerebro, si puede explicarse así, puesto que entónces, no tenemos ya conciencia de lo que hacemos, ofuscados por el terrible vértigo del sufrimiento.

—¡Ah! exclamó: ¡el papel, el papel!......la muerte de mi honra, por la vida y la honra de mi hija!

—Al fin sois razonable; dijo el Capitan abriendo su cartera; y entregando al preso un pliego de papel limpio. Sacó en seguida un pequeño tintero de bolsa, y

lo colocó sobre una piedra lisa que sobresalia de una de aquellas negras paredes.

—Podeis escribir: voy à dictar.

El pobre hombre arrimò una silla que se le habia destinado como gracia especial, en aquella horrible prision; y sentàndose, se dispuso á escribir.

Un terror convulsivo agitaba todo su cuerpo; y grue sas gotas de sudor inundaban su frente.

—Podeis comenzar, dijo el bandido con alegría salvaje; y comenzó á dictar de esta manera:

—"Yo Vicente Colombo, hallándome cercano al sepulcro declaro: que hace 17 años tengo secuestrado al coronel Pedro Miranda; cuyo nombre, apellido y título, llevo desde entónces, aprovechando el parecido que tenemos. Declaro así mismo, que hace dos años, durante la refriega que precedió al robo de la última conducta, confiada á mi custodia y asaltada por empresa mia......

—¡Imposible! imposible! exclamó el preso parándose con la exaltacion de un demente, que se ve asediado. ¡Imposible!.... yo traidor!.... yo bandido!.... y mí mi hija, mi hija...... la hija de un bandido!......nó mil veces nó!.... El coronel Miranda nunca se ha vendido!

Al decir estas palabras y ántes que Colombo pudiera evitarlo, rompió con mano crispada el pliego que tenia delante.

Colombo dió un fuerte golpe con el pié sobre la roca, despues de intentar en vano impedìrselo; y en seguida gritó, con estentórea voz:

—¡Desgraciado! ¿con que elige vd. la deshonra de su hija? Sea como lo quereis.

—Por ventura, ¿no arrojo la deshonra sobre su frente firmando ese miserable papel? ¿Quién podría verla sin murmurar, señalàndola con el dedo "Es la hija de un bandido?"

—¿La abandonais entónces......?

—Sí; la Providencia velará por ella, exclamó el coronel Miranda con resignacion.

—¿Es vuestra última resolucion? preguntó Colombo con ira.

—Sí. contestó secamente el coronel.

El Capitan apretó con rabia los puños, dirigió al preso una mirada de hiena; y salió de allí, murmurando palabras de venganza.

El preso, á quien en adelante llamarémos el coronel Pedro Miranda, permaneciò largo rato dando vueltas en su prision, hasta que fatigado sin duda, fué à recostarse en la sucia manta que le servia de lecho. (1)

¿Cuàl era el fin que se proponia Colombo al arrancar del coronel, escrita de su puño y letra, aquella falsa y horrible confesion?

Por una de esas casualidades tan frecuentes en la naturaleza, el coronel Miranda y Colombo tenian la misma estatura, el mismo color y una, casi idéntica fisonomía.

Tal parecido hizo que concibiese éste, la satànica idea de apoderarse de aquel; y atormentarle, hasta conseguir que firmara el fatal documento, que sellado con su muerte, cosa que entraba en su plan, le abriera á él, las puertas de la sociedad, como al verdadero coronel Miranda, secuestrado haría 17 años, y libre por la muerte y arrepentimiento del supuesto Colombo.

Todo estabà perfectamente combinado por Colombo, que obrando así, no veía mas que el bien estar de su hija; cuyo amor grande, parecia encendido en su alma por la mano de Satàn, para atormentarle con él y castigar sus crimenes.

(1) Se cuenta la desaparicion de un coronel, durante el bandalismo enseñoreado en el Volcan; y aunque la opinion general sobre ella, fué variada, se consideró siempre al coronel, como vìctima de un crìmen oculto.

CAPITULO II.

## El Manuscrito.

En la mañana del dia ocho de Setiembre de 17.... es decir, al dia siguiente de los sucesos ya referidos, una jóven hermosa como la ilusion del amor, ò como el ensueño de un poeta, acariciaba sobre su falda, y entre sus rosados dedos, una blanca paloma de sedosa pluma. El inocente y precioso animalillo, levantaba de vez en cuando su encorbado pico para acariciar con suaves picoteos las pequeñas manos de su jòven ama. Llamábase esta María Natividad, y acababa de cumplir 15 años. Su tez poseía ese color perla claro, que tanto embellece à la mujer de los Trópicos: sus ojos grandes y negros como la noche, estaban velados por una abundante y rizada pestaña, sobre la que se dibujaba con admirable maestría, una ceja lijeramente arqueada: dos ángulos perfectamente cortados, formaban su boca nacarada como las fresas, á través de la cual, se distinguían dos hileras de dientes finos y blancos como las perlas. Vestía una enagua de gaza de Italia blanca adornada con encajes, y una basquiña de razo encarnado con manga corta, un tanto escotada, por lo que podian admirarse los suaves contornos de sus brazos, hombros, y garganta.

Pero si la jóven llamaba la atencion, por la belleza que la distinguia, no la llamaba mènos, el lugar en que se encontraba. Era este, una sala subterrànea, sostenida en sus lados, por gruesas pilastras de roca, cuyo pedestal representaba el busto mal tallado de una mó-

mia. (1) Penetraban en ella algunos escasos rayos de sol por unas ligeras hendeduras, hechas sobre la elevacion intransitable de las rocas; despeñaderos informes, á donde ninguna planta humana habria osado llegar.

Una alfombra encarnada cubria el piso, donde se veian algunas sillas de bejuco, un catre de metal, cubierto con un blanco pabellon de crespon, y colgados en las paredes, varios espejos y cuadros hermosos, representando paisajes y episodios históricos.

Todo lo que el lujo puede amontonar en un rico salon se encontraba allí, aunque en desórden, porque la habitacion no se prestaba para un arreglo esquisito. De aquella sala, seguía otra mas pequeña, que servia de comedor; en ella dormia Juana la aya de María, que era una mujer de 50 años, cuerpo obeso, cara achatada, y cabeza cana.

Juana amaba à María, con esa idolatría propia solo de una madre, y se hubiera sacrificado por ella, siempre que hubiera sido necesario..

A mas de Juana, solia entrar á la habitacion de María, un jóven de veinte años, é hijo de un bandido, que habia muerto en una refriega propia de su oficio.

Este jòven se llamaba Martin. Era indio, y como desde muy pequeño habia visto á María muy de cerca, pues era el que barrìa y hacia todos los oficios de criado, se habia acostumbrado à querer, respetar, y cuidar á su ama, como un fiel perro.

Fuera de estas dos personas y el Capitan, nadie penetraba nunca aquel santuario de recato, como todos los bandidos le llamaban.

Hecha esta ligera reseña, volvamos á María.

Cuando mas entretenida se hallaba con su hermosa

(1) El teniente coronel D. José Gòmez Humaran, durante la guerra de tres años perseguido por el enemigo, se refugió con su pequeña fuerza en la montaña del Nevado, donde permaneció algunos dias. Extraviado, y acosado por la necesidad del hambre, penetró á una oquedad que tenia la forma de un salon, de cuyos arcos medio derruidos, extrajo unos pedazos de piedra que representaban unos bustos tallados ò mómias.

paloma, vió aparecer à su padre con una gran caja de carton debajo del brazo.

—¿Quién te ha regalado esa hermosa paloma? preguntó á su hija, con tono receloso.

—Martin me la ha traído, dijo la jóven mostrándola á su padre, como es dia de mi cumple años....

—Te ha hecho un bonito regalo; pero yo voy hacerte otro. Abre esa caja, dijo, dándole la que llevaba y que Maria colocó sobre su falda.

Su padre la contemplaba embelesado, mientras ella con esa ligereza que presta la curiosidad, sacó de la caja un corte de gró rosa, un pequeño libro, y un Santo Cristo de marfil.

—¡Padre, padre! que hermoso es todo esto; pero sobre todo, ese Crucifijo ¿verdad que infunde mucho respeto?

Hoy mismo le pondré un altar, al pie de esa Vírgen que tengo ahí, y que parece verme con tanto amor, exclamó María, con alegría infantil.

El capitan la miró asombrado, ¿era su hija, la que hablaba de aquella manera?

—Vamos le dijo, echàndole un brazo al cuello, ¿quien te ha enseñado á expresarte así?

—Mi buena Juana, contestó la jòven, á quien mi madre me recomendó àntes de morir.

—Bien, hija mia; ahora diviértete mas que otros dias, porque acabas de cumplir 15 años; hoy debe ser para todos nosotros un dia festivo, nadie trabajará y todos se alegrarán.

—Haré lo que me ordenes, y voy á divertirme leyendo este libro.

El Capitan salió murmurando: ¡Pobrecilla, no sabe quien es su padre, si lo supiera, tal vez me aborreceria!

En la tarde de ese mismo dia, poco despues de las tres, Juana se acercó misteriosamente á la jóven, que saboreaba distraida la lectura de su precioso libro.

El Capitan dormia en su asistencia un tanto ébrio,

lo que hacia que sus ronquidos fuesen desiguales y descompasados.

Inútil es decir que sus compañeros se encontraban en igual ó peor estado.

Juana tomò una silla, y sentàndose á su lado, le dijo con acento lacrimoso:

—María, hoy has cumplido quince años.

—¡Oh, sì! pero ¿qué cuento tienen todos con esos quin ce años, que desde que amaneció están resonando á mis oidos? ¿Acaso desde ahora cambiará mi vida? preguntó la jóven con acento triste y curioso á la vez.

—Puede ser ....., tartamudeó Juana.

Y levantándose fué á la puerta de comunicacion á observar el sueño del Capitan.

Este movimiento fué seguido por los ojos de María. con una ansiedad indescriptible; à la que habian dado lugar las ùltimas palabras de su criada.

Juana volviò á colocarse cerca de ella, diciéndole casi al oido y en voz muy baja:

—Tu padre duerme: voy à poner en tus manos un sagrado depósito, que ha estado en las mías hasta hoy, hace mas de catorce años.

María la mirò con asombro, sin osar interrumpirla, tal era la sorpresa que la dominaba en aquellos momentos.

—Juana sacó de debajo del brazo un cofrecito, de linoloé, y alargàndolo á María, le dijo:

—¡Esta caja te la entrego á nombre de tu madre!

—¡De mi madre! de mi madre! repitió la jóven levantando la voz.

—¡Silencio, María, silencio! murmuró Juana, dirigiendo una mirada recelosa à la puerta que comunicaba con la alcoba del Capitan; y luego continuò:

—A la noche cuando todos duerman, y nadie pueda verte, ni oírte, abrirás esa caja y leerás el manuscrito que hay dentro, escrito para tí por la mano de la infortunada Paula.

—¿Por quò no me habias dado ántes prenda tan pre-

ciosa? exclamó la jóven con voz entrecortada por las lágrimas.

—Es que ella me dijo al entregàrmela: "El dia que María cumpla quince años, pondràs en sus manos este cofre, que hoy fio á tu lealtad. Si mueres ántes, depósitalo á tu vez, en la persona que te inspire mas confianza, para que ella cumpla mi ùltima voluntad."

—¡Gracias, Juana gracias! no olvidaré nunca el servicio que nos has prestado à mi desgraciada madre y á mí; dijo la jòven arrojàndose al cuello de Juana, y estrechando el cofre contra su corazon.

—Oculta ese cofre, María; nadie debe verle; mucho mènos tu padre.

María se acercó à una caja en que guardaba parte de su ropa, y ocultó en ella aquel precioso regalo de su madre, cerrándola en seguida con una llave que echò á su bolsillo.

Juana habia salido; y ella tomando de nuevo el libro se puso á leer, procurando recobrar su tranquilidad.

Despues de ver dos ó tres pàginas, se arrodillò ante el Santo Cristo de marfil, diciendo: ¡Tù, Dios mio, has permitido que cayera en mis manos este bello libro: reconozco tu bondad y la adoro: tengo fé en tu amor; tengo fé en tu misericordia; tengo fè en tí que me has protejido siempre, y que hoy velarás por mí, para que nadie pueda arrebatarme ese tesoro, que me ha sido entregado á nombre de mi madre!

Como la oracion tiene tan gran poder para el alma que á ella se acoje, María se sintió con ella mas tranquila, y poco á poco recobró, aunqùe solo en apariencia, la jovialidad propia de su carácter.

El resto de la tarde, hasta las diez de la noche, hora en que acostumbraba acostarse, le pareció mas largo que otros dias; y era que ansiaba la hora de poder leer aquel manuscrito.

Afortunadamente se habia acostumbrado á dormir siempre con luz, cosa que favorecia su ansiedad, sin temor de que su padre sospechase nada.

Cuando iba á acostarse, sacó la pequeña caja, y sentada junto à su lecho, la abriò silenciosamente, encontrando en ella un pequeño manuscrito.

Largo rato le contemplò, sin atreverse à tomarlo entre sus dedos.

Allí estaban los últimos pensamientos de su madre; allí en aquellos dobleces amarillentos, se miraban las huellas que sus manos habian dejado; allí quizá se encerraba una terrible historia, que ella habia adivinado en aquellas palabras de Juana, que hablando de su madre, habia dicho: "por la infortunada Paula."

Al cabo de un rato sacó el manuscrito y lo colocó en el borde de su catre; la caja no contenia ningun otro objeto.

Apoyò el codo derecho sobre el colchon, y en la palma de la mano, la blanca frente; miéntras con la otra, volteò la primer foja, en la que se veía este sencillo encabezado.

"Paula."

La jóven besó aquel nombre repetidas veces, y despues leyó lo siguiente:

"Veinte abriles habian depositado en la tierra su casto beso vistiéndola de frutos, coronàndola de esquisitas flores, y regándola de aromas delicados y perfumadas brisas.

"Mi juventud se encontraba en la fuerza de su vida, es decir, en esa edad en que las ilusiones tienen para el corazon femenino doble valor, porque se despiertan bajo la influencia del espíritu reflexivo, y la flama del amor, que no se evapora con una sonrisa, ni con una mirada, como el de los 15 años.

"Todos decian que era hermosa y yo lo habia creido así.

"¿Qué mujer á esa edad no cree que lo es, y mas, cuando todos los dias lo oye decir?

"Yo era pobre, pero vivia feliz en el pequeño pueblo de Zapotiltic.

"No tenia madre ni hermanos; pero tenia á mi pa-
"dre que me amaba por todos ellos.

"Perdona hija mia esta debilidad, al recordar mi ju-
"ventud, que pasó tan veloz para no volver à sonreir-
"me.

"Mi padre era labrador, motivo por qué casi siem-
"pre me hallaba sola en mi pobre casa.

"Un dia, me dijo mi padre: Paula, hoy está la maña-
"na muy nublada, y parece que no ha de llover; ¿quie-
"res ir á la labor que tengo hácia la falda del Volcan?

"Yo acepté con gusto la proposicion de mi padre,
"pues era tiempo en que los campos estàn muy hermo-
"sos; nos hallábamos à principios del mes de Setiem-
"bre.

"Montamos á caballo y nos dirigimos á la labor.

"¡No quiero pasar desapercibidas las bellezas que se
"presentaron entónces á mis ojos, y las que recuerdo a-
"hora desde la negra tumba en que me encuentro!

"En torno mio, se levantaba una naturaleza sonrien-
"te, con su magnífico ropaje verde, salpicado de cata-
"rinas moradas, amarillas y blancas; estrellas de cinco
"hojas, zempazúchiles silvestres, escobetillas azules,
"cien-colores, lirios, violetillas moradas, nacarados ra-
"milletes de la viuda, cabellos de àngel, y arrogantes
"flores de teja, con el corazon de terciopelo morado os-
"curo.

"De cuando en cuando, un murmullo dulce y blando
"llamaba mi atencion; era el que producia el aire al ju-
"guetear en las labores, haciendo balancearse las blan-
"cas espigas, y los jilotes de morado cabello.

"Parvadas de tordos negros y alegres golondrinas,
"pasaban por sobre nuestras cabezas é iban á posarse
"en los altos pinabetes, formando una algarabía ino-
"cente.

"La azulada túnica de la montaña, estaba salpicada
"de vapores blancos, nítidas nubes que parecian ir á
"besarla ántes de evaporarse; los picachos que se eleva-
"ban en su parte alta, estaban cubiertos de nieve, y en

"sus oscuras barranquillas, sombreadas por corpulentos "madroños, pinos y encineros, bañados algunos por las "blancas hebras del heno, cantaban mil pajarillos, cuyas "dulces modulaciones iban á perderse en aquel laberin- "to de desiguales cortaduras y rocas con que pare- "ce enorgullecerse la arrogante montaña del Nevado.

"Nos apeamos en un rancho pequeño techado de za- "cate; allí vivia una buena mujer con su marido, que e- "ra mediero de mi padre, y dos pequeños niños: almor- "zamos unos *chilaquiles* que ella nos preparò, con ese a- "petito que se adquiere en el campo.

"Poco á poco fué despejàndose la atmósfera, y los "rayos del sol, cayendo perpendicularmente, sobre el "paisaje que nos rodeaba, le dieron un colorido esplèn- "dido: las flores se mecieron alegres, y las copas de los "ocoteros silbaron mecidas por ese viento jugueton que "precede al rey del dia, despues de un nublado denso.

"Yo estaba tan alegre y contenta, que las horas me "parecian breves.

"Por la tarde, despues de comer, salí con Andrea la "mujer del mediero, á recorrer algunos otros bellos si- "tios.

"Cosa de las cuatro de la tarde, nos volviamos á nues- "tra casa mi padre y yo; y al pasar por el borde de una "barranquilla, la figura de un hombre se destacó à mis "ojos, en el fondo de ella. Era alto, de regulares faccio- "nes; pero, sin saber entónces por qué, le tuve miedo. "Sus ojos se fijaron en mí con insistencia, y yó, que me "habia quedado atras, procuré acercarme á mi padre, "quien sin duda alguna, no le habia visto.

"El sol se encontraba cercano á su ocaso; sus ùlti- "mos rayos apenas tibios, iban á quebrarse en las cres- "tas azuladas de esa cadena de cerros, que parecen for- "mar la corte del Nevado: el horizonte con sus nubes "de oro, grana y plata, ostentaba ricos arabescos, mon- "tañas, animales y otras mil figuras que divertian mi "vista, y que tan pronto me parecian una abrillantada "paloma, un navio velero, un carro, un muchacho, cuan-

"do, sobreponiédose unas à otras, se levantaban como u-"na inmensa mole, con sus filetes de oro y pùrpura, "sus relieves de plata, y su fondo plomizo con ráfagas "de fuego.

—"¡Qué bello es el campo! dije à mi padre; ¡oh! yo "quisiera venir todos los dias!

"—¡Imposible! ántes se hace tarde, y es necesario a-"presurar el paso, porque todo esto está lleno de ban-"didos.

"Aquellas palabras de mi padre me hicieron estre-"mecer. ¿Sería un bandido el hombre de la barranquilla? "pensé; pero entónces, ¿por qué no nos habia robado, pu "diendo haberlo hecho con facilidad?

"Por no exponer á mi padre al peligro de matar ó "ser muerto, no quise decirle la aparicion de aquel hom-"bre, que desde luego me pareció sospechcso.

"Las sombras de la noche, comenzaban á dibujarse "en torno nuestro; una que otra luciérnaga brillaba en "el negro crespon con que la tarde se engalana, para "desaparecer tras las siluetas de los montes, como bri-"llantes caidos de la diadema de la noche.

"Las brisas de la misma, jugaban con mis cabellos, y "por mi mente cruzaban imágenes de felicidad.

"De repente un silbido agudo y vibrante, se dejó oir "à mi espalda; no pude ménos que voltear; mi padre hi-"zo lo mismo. A la luz de un relámpago que iluminó el "horizonte, y á poca distancia de nosotros, vi al hom-"bre de la barranquilla, parado en una pequeña emi-"nencia con los brazos cruzados sobre el pecho, y en "actitud de esperar ¿á quién......?................

..........................................

"Al dia siguiente, la noticia de un gran robo hecho "en las cercanias de Zapotiltic, puso en alarma à todas "las poblaciones cercanas al Nevado.

"Entónces se grabó en mi imaginacion, más terrible "todavìa, la fisonomía del desconocido del monte.

"Hija mia, para tí escribo estos renglones: acaso te "parecerá puerilidad mia, él relato que te hago de esa

"noche; pero ella vino á ser para mí, como el preludio "de una tempestad que se descarga, para asolarlo to- "do."

María, se hallaba tan conmovida, que suspendió la lectura por un momento, para dejar correr dos lágrimas que se desprendieron silenciosas de sus brillantes pupilas.

Alcabo de un instante, ansiosa de leer el resto de aquel manuscrito, que encerraba la historia de su madre, prosiguió de esta manera:

"Ocho dias despues, al salir del Templo, á donde ha- "bia ido á oir misa, volví á ver al hombre de la ba- "rranquilla; se hallaba recargado en el àtrio, y sus ojos "se fijaron en mí, con esa tenacidad propia de los ena- "morados. Al entrar á mi casa, vi que el desconoci- "do me habia seguido, porque entónces se hallaba pa- "rado frente á ella. Sin darme cuenta de lo que ha- "cia, cerré violentamente la puerta.

"Aquel hombre me causaba miedo; y me preguntaba: "¿quién era? ¿por què me seguía?

"Trascurriò el tiempo, y yo seguí víendole, aunque "no todos los dias, pero sí, los bastantes para compren- "der que me amaba.

"Yo por mi parte, no solo le veia con un marcado "desden, sino que llegué á manifestarle con mis mira- "das, el odio que me inspiraba con seguirme, expiando "todos mis pasos.

"Entre tanto, los robos del Pedregal, y de algunos "otros puntos cercanos, parecian centuplicarse. No se "escuchaban por donde quiera, mas que lamentos, lle- "gando á verse las poblaciones, que hacen el comercio "con Zapotlan y Colima, aisladas por no afrontar los "peligros de un camino que solo en caravanas se atre- "vian á hacer.

"Hácia fines del mes de Mayo, es decir, ocho meses "despues de mi paseo al Volcan, comenzó á temerse en "Zapotiltic un asalto de los bandidos. La policia to- "mó sus precauciones, y los vecinos todos, bien arma-

"dos, se reunian noche à noche, para custodiar la po-
"blacion.
"Pero poco á poco, los espíritus se calmaron, y la
"tranquilidad volvió á las familias.
"Yo tambien me sentía calmada y contenta, pues ha
"cia un mes, que no habia vuelto à ver al desconocido.
"Una noche, de esas risueñas noches del mes de Ma-
"yo, en que el cielo tapizado de estrellas, despide sobre
"la tierra un suave fulgor; y en que el calor convida al
"cuerpo à recojer sobre sí el agradable frescor del
"vientecillo, nos hallábamos mi padre y yo sentados á
"la mitad del patio de nuestra casa.
"Escuchaba absorta un cuento que me contaba de
"las "Mil y una Noches," cuando el ruido que hizo un
"cuerpo pesado al caer cerca de nosotros, heló la san-
"gre en nuestras venas.
"A la débil claridad de las estrellas, pudimos ver à
"un hombre, que con un afilado puñal imponía silencio
"á mi padre; miéntras otro, abria la puerta que daba á
"la calle.
"En un momento nos vimos rodeados por ocho ban-
"didos; dos de los cuales, me arrancaron de los brazos
"de mi padre, donde me habia refugiado, poniéndome
"en la boca un pañuelo; con lo que me impidieron gri-
"tar.
—"¡Llevaos todo lo que hay aquí,! dijo mi padre con
"tono suplicante, pero no hagais mal á mi hija.
—"Vuestra hija va à vivir desde hoy como una rei-
"na, dijo uno de ellos; y tened entendido, que es la ú-
"nica alhaja que os robaremos.
"Instintivamente levanté mis ojos al que hablaba; era
"el hombre de la barranquilla.
"¡Un grito ahogado espiró en mi garganta y quedé
"desmayada en poder de los bandidos...............
.................................................
"A la mañana siguiente, un débil rayo de luz me
"hizo ver el sitio en que me hallaba: era una cueva sub-
"terànea: y sea por deslumbrarme, y hacer que aquel

"sitio me fuera ménos odioso, ó porque así hubiera es-
"tado dispuesto de antemano, mis ojos tropezaron con
"el brillo deslumbrador del oro y de la plata que allí
"me rodeaba; metales preciosos, que se hallaban amon-
"tonados junto á las paredes de la cueva, y que me
"hicieron recordar el robo de las últimas conductas
"que iban para el puerto del Manzanillo. (1) Dí un
"grito de horror, mis cabellos se crisparon como si el
"frìo helado de un sepulcro hubiera penetrado en mis
"arterias.

"Mis ojos crecieron dentro de sus órbitas, cual si fue-
"ran à salirse de ellas: miré à todos lados; mis manos se
"cruzaron sobre el pecho, crispadas por un horrible sacu-
"dimiento: el recuerdo de mi padre, de quien era yo el
"único consuelo, hirió mi corazon como un agudo dardo,
"y caí estremecida de terror sobre aquel suelo fétido y
"hùmedo: una cosa horrible pasò entónces por mi cere-
"bro....¡la razon me había abandonado!

"Desde ese momento, hasta el dia en que naciste, no
"puedo dar cuenta de mis ideas, porque estas, son con-
"fusas y faltas de la luz de la razon.

"Dios quiso que tú, ángel mio, iluminaras con tu vida
"la oscuridad de mi cerebro extraviado hasta entónces.

"Cuando recobré la razon, estabas entre mis brazos, y
,,una buena mujer me acompañaba, era Juana.

—"¿Díme, le dije, como es que te hallas aquí?

—"Me han traido por la fuerza, me contestó, para que
"os asistiera.

—"Desdichada! exclamé en un arranque de lástima, el
"bandido, el infame Vicente Colombo, te sentenciará á
"morir en esta prision como me ha sentenciado á mí!

---

(1) Mucho se ha hablado acerca de los tesoros fabulosos que se encuentran en los subterráneos del Nevado de Colima, à donde se han hecho varias escursiones en distintas épocas, en busca de ellos, la última de ellas, fué hecha hace 3 años, obteniendo como las anteriores, un resultado inútil, á pesar de haberse descubierto dos grandes cuevas, especie de piezas cuadrilongas.

"Entonces, y como si hubiese evocado tan odioso nom-"bre, Colombo se presentò á mis ojos.

"Hacía mucho tiempo que no le había visto, y su "presencia me causò tal horror, que me cubrí la cara con "ambas manos.

—"¡Salid! salid! exclamé, ó me mataré contra estas "rocas!

—"Paula, no te matarás, puesto que te juro no vol-"ver á verte. Te amaba mucho y te hice desgraciada; "hoy amo á mi hija mas que à tí, y no la privaré de su "madre. Vive tranquila. Juana será tu compañera, "mientras María cumple dos años para darte tu li-"bertad.

"El capitan desapareció, y Juana se me acercó dicien-"do:

Paula, desde hoy nos unirà cómo amigas, el lazo de "la desgracia.

—"¡Acepto tu amistad, le contesté, echándole los "brazos al cuello; aunque sea por los pocos dias que me "quedan de vida!

—"¡Paula......! murmuró Juana.

—"¡Me siento herida de muerte; mi padre no volverà "á verme! exclamè, estrechàndote à tí hija mia, sobre mi "corazon, mientras de mis ojos se desprendian abundan-"tes làgrimas que iban á empapar tus manecitas......

..........................................

"Quince soles han brillado sobre tu tierna frente, y "ocho dias hace que escribí las ùltimas palabras; una te-"rrible calentura se há apoderado de mi ser.

"¡Voy á morir!......talvez hoy; quizá dentro de bre-"ves momentos.

"Un buen sacerdote, á quien se ha introducido hasta "aquí, con los ojos vendados, acaba de auxiliarme.

"¡Cuànto consuelo han infundido à mi alma sus pala-"bras.!

"¡Cuàn tranquila moriré!

"Pero ántes, hija mia, voy á hacerte mis últimos en-"cargos.

"Cuando hayas leido éste manuscrito, tendràs 15 a-
"ños, esta es mi voluntad.

"Creo no haberte dicho el nombre de mi padre, voy
"à decírtelo. Se llama Pablo Medina.

"Búscale, si es que tienes la felicidad de salir de aquí.
"Si es que vive, debe estar muy anciano, porque nada
"consume tanto la existencia, como los dolores del alma:
"socórrele, consuélale, y hàblale de tu madre, la infortu-
"nada Paula.

"Ama á Juana y respétala, sin olvidar jamás que está
"privada de su libertad por el amor que te profesa.

"Pero sobre todo, ama à Dios; ten fè en su misericor-
"dia que es infinita.

"Adios María, hija querida de mi corazon, flor inocen-
"te, que quisiera arrebatar en pos de mí, del polvo de la
"tierra!

"Nada debe saber tu padre, de lo que hoy te confia tu
"madre desde el borde de la tumba......!"

Al terminar María, la lectura de aquel manuscrito, cuyas fojas estaban regadas con sus làgrimas, levantó la cabeza, y con el pecho comprimido de dolor, exclamò:

—¡Yo....la hija de un bandido!....Madre......madre mia! tu debiste no haberme dejado en este valle de amarguras.!

¡La jóven lloró largo rato ante aquellas palabras escritas por la mano de su madre, hacía 15 años!

## CAPITULO III.

# Entre dos tumbas.

Antes de proseguir adelante la exposicion de los sucesos que voy refiriendo, y como precedente necesario á su mejor explicacion y claridad, darê à mis lectores una ligera idea sobre la educacion de María; quien, como ya hemos visto por el manuscrito de Paula, quedó huérfana à los pocos dias de nacida, cuando no contaba mas que dos meses de edad.

Vicente Colombo, no era un hombre vulgar, atendida su educacion y familia. Hijo-de un platero honrado, había recibido ejemplos de virtud y de probidad, unidos á una educacion regular. Pero sus malos instintos le dominaron desde muy niño, y creciendo con su edad, le indujeron á abandonar la casa paterna para lanzarse en pos de una vida vagabunda y aventurera, que á poco tiempo, le arrastró al bandalismo mas desenfrenado, abreviando así, la vida de sus padres, que no pudieron resistir al dolor y á la vergüenza

Unióse á la cuadrilla de bandoleros que se albergaba por entónces en aquellos subterràneos desconocidos en que le hemos visto; y bien pronto, muerto el capitan de ella, le sucediò en el mando por aclamacion unànime.

Los excesos de su depravacion no tuvieron desde allí, límites.

Victimas, tras de víctimas, ató al carro de su maldad: entre ellas, Paula, cuya historia conocemos; y que al descender á la tumba, habia dejado una hija, que era María.

Este hombre á quien la fatalidad parecia haber empujado por la pendiente del mal, amaba á su hija; á la hija de Paula, con un amor ciego é idòlatra; pues todo lo que no era ella, le parecia indiferente á su alma y vacio de encantos.

Incapaz de todo sentimiento bueno, parecia que la naturaleza le concedia este á su corazon, destruyendo así la negacion del bien.

Y es que aun al corazon mas negro y malvado tiene un punto luminoso en medio de las tinieblas que le rodean.

Hubiera deseado para ella una educacion brillante: si sus circunstancias se lo hubieran podido proporcionar, habria sido esta esmerada.

Pero el padre de Paula vivía; y como era tan exacto el parecido de la niña á su madre, temía que poniendola en algun establecimiento, cosa que le habria sido fácil, aquel la reconociese, ó por lo ménos concibiese sospechas que acabarian por dar un resultado funesto para todos. Además le parecia que sacàndola de la montaña, separándose de ella, le faltaba la vida, el aire, todo en fin, lo que pudiera embellecer aquel fuerte inexpugnable que debia ser siempre su morada.

Guardóse pues, de sacarla de allí; si bien procuró embellecer su morada, amontonando en ella todo el lujo posible.

Joyas, vestidos, flores, cintas; y esas mil bagatelas que hallan siempre lugar en el gusto de la mujer, abundaba en torno de María, que crecia allí como las violetas silvestres, oculta entre los pliegues de aquella montaña inculta.

Formò Colombo un plan de educacion para ella, adecuado á las circunstancias. Juana la enseñó á leer; y cuando fué un póco mas grande, se ocupó él mismo de trascribirle sus conocimientos en la escritura y números, únicos ramos que poseia con regularidad.

María supo aprovechar el tiempo en aquel escaso aprendizaje á que la dedicaron.

Cuando el tiempo lo permitía, salia con su padre á dar un paseo por los sitios mas intransitables, escondidos y montañosos: entónces solia preguntarle con esa ingenuidad de la inocencia, porqué vivian allí, ocultándose à las miradas de todos.

El Capitan le contestaba de esta ú otra manera aná loga:

--Hija mia, yo estoy aquí porque así conviene à la cooperacion de esa grande obra con que los mexicanos soñamos tanto tiempo hace, la obra de la Independencia. Ademàs el Virey sabe que soy un temible enemigo de su dominacion, y con tal motivo ha puesto precio á mi cabeza. ¡Dia vendrà, y no està lèjos, en que saldrémos de aquí! Entónces alternarás con esas sociedades que se agitan léjos de nosotros; y yo me sentiré orgulloso en verte competir con las damas de mas teno; porque eres rica, inmensamente rica!

María escuchaba entónces à su padre con un sentimiento indefinible en que podian traslucirse, el deseo, el miedo y la esperanza. Ignoraba que su padre viviese entre el bandalismo y el pillaje; y solo le consideraba como una víctima de la causa justa, perseguida por sus convicciones políticas.

Hecha esta aclaracion, dejo à mis lectores la consideracion de lo que pasaria en el corazon de la jóven ante aquella revelacion del manuscrito; revelacion que parecia levantarse del fondo de una tumba, para arrojar en su alma el deshonor y la vergüenza.

Todo el resto de la noche que siguiò à la lectura del manuscritó le pasó llorando repasando en su imaginacion calenturienta su pasado y examinando su presente y su porvenir.

¡Veía á su madre, desesperada, loca y estenuada sucumbir de dolor; y grabar con mano débil y temblorosa aquellos caracteres queridos, regados con sus lágrimas!

Sentía sus besos, le parecia escuchar sus palabras

ahogadas por el llanto; y luego de aquellos besos y aquellas palabras, no quedaba ante sus ojos mas que la soledad espantosa de una tumba.

Solamente los seres que hallan apurado dolores tan terribles, como el que durante esa noche desgarró el corazon de María, podrán comprenderla.

¡Pobre María!

Cuando el canto alegre de los pajarillos que revoloteaban sobre las rocas, hirieron sus oidos, enjugó sus ojos; arregló sus cabellos, y procuró serenar su semblante, otros dias tan festivo.

Despues fué á mirarse á un espejo; ensayó una sonrisa, y aguardó con cierta coqueterìa à que entrase su padre á saludarla.

Como se ve, la niña comenzaba á ser mujer, y se ataviaba para desempeñar la primera escena. Pronto seria cómica.

Habia tomado una resólucion, ya sabremos cual era.

Para llevarla à cabo necesitaba fingir, engañar á su padre con una alegría aparente; con una tranquilidad que estaba muy lejos de sentir.

Muchos hombres han gastado su tiempo en satirizar en la mujer la mentira y el fingimiento. Y explicando la causa que la impele á no ser franca; pero explicándola á su satisfaccion, y hallándola por este motivo un tanto oscura, concluyen por exclamar que la mujer es un enigma difícil de explicar.

¡Qué bien se ve el poco estudio que tales hombres han hecho de la mujer!

Para alcanzar á conocerlas, deberian los hombres hacer un estudio minucioso de sì mismos.

Porque la mujer ha sido, es y será siempre, lo que el hombre quiera que sea.

Mas claro aún, si ella engaña, si ella finje, es porque aquel nunca le habló verdad.

María engañada por su padre, que en órden á su posicion y à su vida nunca le habia dicho la verdad, se preparaba tambien à engañarle.

A las ocho de la mañana, entró el Capitan à saludarla, y notando las oscuras sombras que aquella noche de insomnio habia dejado en sus ojos, la dijo cariñosamente.

—¿María, estàs enferma?

—No, nunca me he sentido mejor que hoy.

—Puede ser: pero tú eres mujer, y las mujéres mienten con mucha frecuencia: la palidez de tus mejillas y esas negras ojeras que tienes, te desmienten.

—¡Bah! pues nada tengo, dijo la jòven; y luego añadió sonriendo, sino es una idea que se me ha ocurrido á la cabeza y que me ha espantado el sueño.

—¡Vamos! ¿qué idea es esa? preguntó el Capitan con cariño.

—¿Me juras que no te harà enojar? dijo María, echándose al cuello de su padre, con una alegría que estaba muy léjos de sentir pero que fingia perfectamente.

Colombo besó su frente y le preguntó:

—¿Cuàndo me he enojado por lo que tú me dices?

—Nunca; pero te sorprenderàs cuando sepas que.... quiero ir à Zapotlan.

—¡A Zapotlan! ¿Pero estás loca? preguntó Colombo, procurando leer en los ojos de su hija lo que pasaba en su alma.

María sostuvo aquella mirada con un aplomo admirable; comenzaba à ser cómica. En seguida sonriendo con una coqueterìa encantadora, y pasando su mano blanca y pequeña por el cuello de su padre, le dijo con entonacion festiva:

—¡Vamos! siéntate, y recuerda lo que ayer me dijiste.

—Te dije tantas cosas...... balbuceò Colombo dominado enteramente por la zalamería de su hija.

—Te citarè una, dijo María recalcando las palabras "María, desde hoy eres una señorita, porque has cumplido quince años."

—¿Y que tiene que ver una cosa con otra? la preguntò.

—¡Qué ha de tener! que las señoritas tienen sus ideas, deseos, caprichos, exigencias, en fin, y yo quiero tener las mias satisfechas por tí que no sabes negar nada á tu María.

—Pero tú sabes, objetó el Capitan, que tu salida de aquí me compromete.

—¿Quién puede quererte mas que yo? insistió la jóven; te prometo que tratándose de tí, seré sorda, ciega y muda.

—Pero ¿qué interes te guía?

—Ninguno, mas que la curiosidad. Yo he visto des de los helados picachos de esta montaña todos esos pueblos que se extienden á su falda como nidada de palomas y he sentido deseos de estar en ellos. ¡Qué bella debe ser allí la vida, me he dicho á solas deleitándo me en su vista! ¿No es verdad, padre, que debe ser la vida muy agradable donde tantos seres se agrupan y se asocian libremente?

El Capitan guardó silencio; diriase que meditaba algo antes de contestar á su hija sobre aquel extraño capricho. Al fin, levantando la cabeza, dijo lentamente:

—Nada puede negarte mi cariño: dentro de quince dias estaràs en Zapotlan.

María le cubriò de besos, arrojàndose á su cuello.

Habia conseguido su objeto: los deseos de su madre iban á quedar satisfechos, siempre que su abuelo no hubiera muerto.

Al dia siguiente, Colombo se puso en camino, dirigiéndose á la capital de Guadalajara.

María le vió partir con el corazon angustiado. Era su padre, y le amaba à pesar de sus crímenes y maldades.

Desde que su padre le habia otorgado la licencia para hacer su primer viaje, se sentia intranquila.

Luchaba entre dos deberes; y cada uno de estos hablaba á su corazon demasiado alto para no oirlos.

El uno era su padre á quien debia gratitud, amor y

cuidado: el otro era su madre cuya memoria estaba envuelta en el dolor y el infortunio.

Su alma entera estaba suspendida entre dos tumbas. La tumba silenciosa, desde cuyo fondo se levantaba la voz de su madre suplicante y llorosa; y la tumba agitada y llena de peligros, en que su padre aguardaría su vuelta; la tumba en que vivian, pues no podria darse otro nombre á aquella extraña morada, sepultada entre las rocas.

CAPITULO IV.

# El Vizconde de Tuneranda.

En uno de esos dias de Setiembre tristes y nublados como la conciencia de los malvados, vamos à presentarnos à una casa de regular apariencia.

Nos hallamos en la populosa capital de Guadalajara, tàn hermosa entónces, con sus risueñas fachadas, sus grandiosos templòs, sus silenciosos monasterios y sus concurridos paseos.

Entre Guadalajara de hoy, y Guadalajara de ayer, existe una notable diferencia.

Tan notable, como lo que hay del siglo del oscurantismo al siglo de las luces.

Empero, entre esas dos épocas, existe un paralelo de bellezas distintas; y si bien la vemos hoy en el apogéo de la ilustracion, ostentar sus jardines aromatizados, el aroma de mil plantas entónces desconocidas: en galanarse, como una desposada, con las ricas joyas que las ciencias, las artes, y la moda le prodigan, y adelantarse con la magestad de una reina, hàcia el despejado horizonte de su porvenir, no podemos negar sus poderosos encantos, cuando bañada en la luz de una mística poesía, cifraba su principal belleza en la severidad de sus costumbres, en la grandiosidad de sus templos, y silenciosos conventos, de donde se escapaba continuamente el olor del incienso, unido al perfume de las violetas, entre las vagas melodías del órgano, y lar armo-

niosas notas de los seres que en ellos consagraban á Dios la ofrenda de su virginidad.

Perdóneseme esta ligera digresion.

La casa de que he hablado, se hallaba situada en la calle del Santuario, distante de la plazuela de este nombre unas dos cuadras: su fachada era hermosa, é indicaba desde luego, que su propietario debia ser persona acomodada.

El interior estaba en armonía con el exterior. En el patio veianse multitud de plantas en torno de una pequeña fuente, cuya agua al caer, formaba un chispero que á la luz del sol, tomaba los colores del iris. Las piezas todas estaban adornadas con lujo; aunque se notaba desde luego, en la colocacion de los objetos, que faltaba allí la mano exquisita de una mujer.

A la hora que nos ocupa, y en uno de los aposentos mas retirados, alumbrado escasamente por la luz que se reflejaba á traves de un velador, estaba un hombre envuelto en una ancha capa de paño sentado hácia una mesa forrada de hule, y sobre la que se veian varios papeles diseminados con cierto desòrden que manifestaba á las claras, el empeño de su dueño en buscar algo.

El relente de la noche, molestaba sin duda à nuestro hombre, porque amostazado y mohino, dió un fuerte campanillazo y poco despues, se presentó un criado de librea.

—Fortun, le dijo su amo, entorna esa puerta porque hace un frío de los diablos esta noche, y acuérdate que no estoy visible para nadie.

—Està bien, contestó el criado saliendo, y serrando tras sí la puerta con suavidad.

Nuestro hombre siguiò registrando los papeles minuciosamente.

Pero miéntras él se ocupa en desatar rollos de papeles y amontonar cartas, vamos á dar una lijera ojeada sobre el personaje que nos ocupa.

Era éste, de mediana estatura, frente deprimida, bajo la cual brillaban fosfóricamente dos ojillos verdosos

y pequeños coronados por una ceja entrecana cuyo bello en unas partes, era mas saliente que en otras, no tenia rastro de barba, y esto daba à su antipático rostro, cierto aire de afeminacion que cuadraba bien con su vocecita atiplada y chillona.

Contaba 45 años, y se llamaba D. Roque Luis de Alvarado, Vizconde de Tuneranda.

Era español de orígen: y con mucha frecuencia sacaba pergaminos que segun él, databan de una nobleza antigua. Pero lo cierto es, que nadie habia conocido la tal rama genealógica, resultando de esto, que se diera pábulo á muchas habladurías.

Nosotros vamos á verle 15 años antes de la fecha que nos ocupa.

Entre los muchos españoles que emigraban á México todos los dias en busca de fortuna, llegó un hombrecillo de mala calaña, à juzgar por su traje y modales.

Era vendedor de cueros, y con ese honroso giro, se estableciò en un arrabal de Guadalajara.

Como su oficio lo requería, entraban à su casa, gentes de toda clase.

Un dia, despues de algunos meses, se le vió ocupar su puesto en la plazuela de San Agustin; pero de la noche à la mañana se perdió, para aparecer tres meses despues, con el rumboso nombre de Vizconde de Tuneranda, y ocupar la casa en que le tenemos á la vista.

Sus amigos antiguos se le acercaban á conocerle; pero él negaba hasta la evidencia, ser el mismo vendedor de cueros del arrabal y de la plazuela.

¿Cómo ó de qué manera habia hecho su fortuna? Nadie lo sabia, y sobre esto pasaban mil comentarios.

Decia el vulgo, entre otras cosas, que se habia comprado el nombre de Tureranda, para acordarse de los platos de tunas que se comia cuando era vendedor de cueros.

Pero volvamos al punto en que le dejamos, esto es, registrando los papeles uno por uno.

¡Por Satanás! exclamó de repente, buena guerra me

han dado estas malditas cartas de Laurencio. Arrimóse al trasparente y desdoblando algunas cartas, las leyó.

—¡Vaya! dijo para sí, muy fácil ha de serme imitar esta letra y esta firma, es un trabajillo que ha de dejarme medio millon por lo ménos.

Púsose luego á reflexionar de esta manera:

—Laurencio vivió lo más en Cádiz. Murió repentinamente, intestado y sin herederos forzosos porque nunca quiso casarse. Dejó medio millon de pesos fuertes que pronto heredará Adolfo, como su pariente mas cercano......

—¡Diantre! añadió rascàndose una oreja, creo que seré un buen novelista!

Forjaré una historia en esta forma:

Laurencio, casado secretamente en uno de sus viajes á América, con una sobrina mia...... dejó una hija, que yo representaré ante la ley, como su tio que soy. ¡Vamos! esto es fâcil, muy fácil un testamento falso ...... algunas pruebas...... y el medio millon vendrá à mis manos como el maná á las manos de los Israelistas. El Vizconde guardó un corto rato de silencio y prosiguió reflexionando asì:

—¡La sobrina me falta!..... pero no, cualquier cómica puede desempeñar ese papel, con tal que se le pague bien. Despues, si me conviene, se entiende, me casaré con la supuesta sobrina, para que el negocio quede mas asegurado.

El Vizconde satisfecho de su habilidad, se frotò alegremente las manos, y se puso á dar vueltas.

En esta ocupacion se hallaba, cuando su ayuda de cámara tocó la puerta con un dedo, murmurando desde fuera:

—¡Vuesencia!......

—¿Qué se te ofrece? No te he dicho......

—Perdone Vuesencia; pero un señor se empeña en ver á vd......

—Ya te dije, Fortun, que para nadie estoy visible; dijo el Vizconde con enfado.

—Eso mismo le dije, pero dice que es un amigo de Vuesencia, y que le interesa hablaros para un negocio urgente.

—¡Malditos nogocios, que no dejan à uno tranquilo ni de noche! Mira, perillan, cuando yo te ordeno....

—Está bien; pero es el caso que me ha dicho; "Si tu amo no me recibe por bien, tendrá que recibirme por mal." Dijo el criado.

—Ese hombre, murmuró el Vizconde, no ha de conocer las fórmulas ni la etiqueta de la nobleza; dile que pase.

El criado se alejó; y él, con esa petulancia del rico que no siempre lo ha sido, se arrellanó en una butaca, en espera del que tan atrevidamente iba á introducirse.

El extraño visitante, envuelto en una ancha capa. traspuso el umbral de la puerta, con esa franqueza del que se halla bastante familiarizado con la casa á donde entra.

Desembarazóse del capote que le envolvia; colocó su sombrero de felpa en una mesa, y se adelantó hàcia el Vizconde, tendièndole la mano, y murmurando con burla:

—¡Hola Roque! ¿con que te negabas á recibir al que te ha ayudado à subir la escala de la fortuna, y por quien llevas el bonito nombre ó título de Vizconde? ¡Què diablos! todos los nobles sois siempre cortados con la misma tijera, dais òrdenes que......

—Vicente Colombo, se apresuró á decir el Vizconde por lo bajo, no entra nunca en esa clase de órdenes; y si hubiera sabido......

—Hubiera sido lo mismo: los nobles quereis oler à melon cuando solo apestais á *guaje*.

—¡Colombo! murmuró el Vizconde, yendo á cerrar la puerta.

—Es decir los nobles como tú, que se hacen de un dia para otro, como el *jocoqui*

—Déjate de bromas, ¿qué negocio te ha traido?

—Uno muy sencillo, contestó el Capitan, vengo à que me hagas una valedura ¡Què diablos! no te he hecho yo tan pocas.

—Si se puede................dijo el Vizconde detenièndose.

—Te es tan fácil, como á mí desplumar prójimos.

—¡Bueno, bueno! Si es así, arreglados; habla.

—Bien, vas á sorprenderte cuando te diga que vengo á ofrecerte una sobrina, dijo el Capitan.

—¿Y quién es? preguntó el Vizconde con interes.

—Poco à poco; es mi hija y entre tí y ella no quiero llanezas de ninguna clase.

—¡Ah! ¿con que tienes una hija? Nunca me habias hablado de ella...... dijo el Vizconde.

—No se habia dado el caso.

—Bien, y ahora quieres......

—Escúchame Roque, interrumpiò Colombo: mi hija es un precioso dije, que yo no cambiaría por todos los tesoros del mundo: es la única persona que detendrìa mi brazo para que no cayera sobre sus víctimas, y sobre ser tan hermosa, es tan buena que...... ¡me avergüenzo de ser su padre, porque veo que mi nombre es su deshonra!

—Y ella........ murmuró el Vizconde sorprendido de oir hablar à Colombo de aquella manera.

—Ignora que su padre es el terrible salteador de los subterráneos del Nevado. Le hé contado siempre una historia que ha creido.

—Es decir...... murmuró el Vizconde, interrumpiéndose.

—Que ella me juzga un hombre á quien el gobierno persigue por miras políticas, dijo el Capitan suspirando y completando la frase.

—¡Por San Cuilmas! eres ingenioso para engañar tórtolas,, dijo el Vizconde alegremente; y dando á Colombo una palmada, en el hombro, con aire familiar, añadió:

—Pero vamos al grano: decias que me traías una sobrina........

—Si, por cierto; lo es mi hija á quien se ha metido la idea de ir á Zapotlan. ¡Qué diablos! Yo que soy un tigre ante los cuicos del gobierno y ante mis víctimas, á quienes sin trabas ni miramientos, arranco hasta el pellejo; delante de María soy un cordero, un niño, un manequí á su voluntad y sin fuerza propia. Preciso es confesarlo, aunque á mí, un Colombo, me dé vergüenza de ello.

—¡Cah! no; exclamó el Vizconde con entusiasmo: el hombre ante el hombre, es hombre; ante la mujer.... ¡ya es otra cosa! Y si no mira, tù, Salomon el gran rey, quedó ante las mujeres como todo hijo de vecino, débil y miserable.

—De manera que segun tus teorías, no carezco de razon y de disculpa, objetó Colombo.

—Ya lo creo: tus debilidades son hijas del corazon, y...... santas Pascuas. Con que prosigue.

Colombo pasó su mano por la frente, diríase que le era penoso el paso que daba. En seguìda con un tono en que se traslucia la pena de la humillacion, dijo á media voz:

—He concedido á mi hija la satisfaccion de un capricho; pero viendo que la pobre niña necesitaba un nombre que la garantizase contra todas las sospechas y los insultos, me acordé de tí que eres todo ùn Vizconde y......

—¡Cáspita! pues si ya te comprendo! Ella serà mi sobrina, la sobrina del Vizconde de Tuneranda ¿no es así? Tendrá caruajes, criados con librea, buen mueble, magníficos trajes........! ¡Oh! decididamente, no pudiste tener una idea mas feliz! exclamó el vizconde frotándose las manos en el paroxismo de la alegria, y fijando sus ojillos verdosos en el Capitan, que parecia un tanto sombrìo y muy ageno al entusiasmo de su amigo.

—¿Con que aceptas? preguntó secamente Colombo.

—Con todo mi gusto; contestó aquel. Sabes que somos dos buenos amigos de antaño, como quien dice cuerpo y alma; así pues, tù me sirves, yo te sirvo, y asunto concluido.

Si el Capitan hubiese tenido conocimiento del plan que fraguaba el Vizconde aquella noche, hubiera adivinado cuál era el verdadero motivo de aquella alegría que le dominaba y quizà le habria ahogado entre sus manos, viendo que tomaba à su hija por instrumento de su rapacidad; pero ignorándolo, se contentò con decir:

—Te agradezco, Roque; aunque te conozco tanto que no quiero que el fingido parentesco sea un motivo de que te familiarices con ella. Porque...... ¡ay de tí si llegases à cometerle lo menor falta!

—¡Hola, hola! me amenazas...... murmuró D. Roque casi nervioso.

—Te recuerdo solamente, que yo subiría à la horca; pero tù irìas delante de mí; dijo con sorna terrible el Capitan.

—¡Calla, calla! exclamó el Vizconde, llevàndose ambas manos al cuello, como si sintiese correr por él, el temible lazo.

El Capitan soltó una estrepitosa risotada, exclamando á su vez, con admirable sangre fría:

—¡Cuerno de Baco! no te hacia tan cobarde. Aquella brusca jovialidadad de Colombo dió aliento à D. Roque, que recobrando su buen humor, murmuró.

—¡Caramba! ¿quién no ha de tenerle miedo á tan elevado puesto?

El Capitan encojió los hombros é hizo un ligero gesto como de hombre que desprecia el peligro. Paròse en seguida, tomò su sombrero y ya en ademan de irse, añadió:

—Con que quedamos arreglados; la semana entrante partirà la sobrina del Vizconde à Zapotlan, recomendada por su tio.

—Bien; yo lo dispondré todo ántes de su marcha,

para que se la trate como convendrá à su rango, añadiò el Vizconde. Entretanto le dirás que su padre supuesto se llamaba Laurencio Granados, y su madre Gabriela Alvarado, sobrina mia.

Colombo apuntò los nombres en una cartera que guardó en el bolsillo, y se despidió, acompañàndole el Vizconde hasta la puerta.

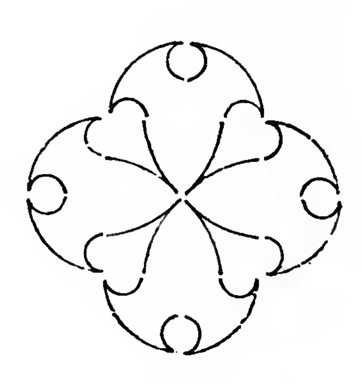
Al parecer eran dos buenos amigos unidos por el lazo del crímen; pero en el fondo se odiaban y hubieran querido exterminarse cada vez que se veian.

Pero sucedia con ellos, como sucede con todos los malvados: se toleran y se cubren, porque se necesitan.

Cuando el Vizconde estuvo solo, lanzó una sonora carcajada, exclamando:

—Parece increible! Necesitaba una sobrina, y sin buscarla se me ha venido á las manos.

Decididamente soy hombre de suerte



CAPITULO V.

# De ventana a ventana.

Por la calle ancha de la Garita, á eso de las once de la mañana, y á la puerta de una casa de regular apariencia, atendida la época y la poblacion que nos ocupa (Zapotlan); se detenia un coche encamisado, que á juzgar por el lodo de que sus ejes iban cubiertos y el mal trato de su cubierta, debia haber hecho un camino de dos ó tres dias.

Una dama jòven, vestida con cierta elegancia que cuadraba bien á su calidad de viajera, bajó de la portezuela dando la mano en seguida para que bajase, á una señora ya de edad.

Entraron ambas al pasillo, abierto de antemano por una criada que parecia esperarlos, mientras el lacayo, cerrando la portezuela del carruaje, y dando un fuerte latigazo á las mulas, dió vuelta à la manzana y se detuvo al frente de una gran cochera, donde desenganchó el tiro, lavó el carruaje metiéndole à la cochera juntamente con el tiro de mulas que fué á ocupar su puesto en la caballeriza. Esta cochera lindaba por la espalda con la casa ocupada por las viajeras; y por entónces fué comunicada à ella por una puerta pequeña.

—Gracias á Dios que hemos llegado, dijo la jóven á su compañera, miéntras se dirigian á la sala; ahora descansaremos de las fatigas del camino bastante malo por las lluvias.

—Tiempo hace y muy largo, que anduve ese cami-

no, creyendo no volverle á andar nunca, dijo la señora suspirando y estremeciéndose à la vez.

—No sé si estarémos bástante solas para que evoques esos recuerdos, te suplico guardes silencio, dijo la jóven mirando á todos lados con sobresalto.

La anciana guardó silencio, y siempre acompañada de la jóven, fué á sentarse en un confidente, accion que imitó su compañera.

Como mis lectores habrán adivinado, las viajeras no eran otras que María Colombo y Juana, su leal servidora, que ocho dias despues de la entrevista del Capitan y el Vizconde, llegaban allí.

La casa, gracias al prestigio del segundo de estos personajes, habia sido amueblada con regularidad, adunando en ella todos los objetos mas necesarios á una persona distinguida por su clase.

Juana, despues de abarcar aquel lujo que las rodeaba, con su escrutadora mirada, dijo por lo bajo:

—Dime, María, y si toda esa historia que venimos desempeñando, llega á descubrirse......? No temes......?

—Nado temo, mi buena Juana; Dios ve en mi corazon que al adoptar el nombre que llevo, lo hago por cumplir con el testamento de mi madre. ¡Encargo sagrado es el de una moribunda y yo buscaré á mi abuelo hasta encontrarle y resarcirle del tiempo que ha estado privado de las caricias de su nieta!

Al pronunciar estas palabras, una lágrima silenciosa y brillante como gota de rocío, humedeció sus párpados, y su pecho se levantò comprimido.

Juana murmuró con cariño, dando á sus ideas otro sesgo:

—Yo temo no saber desempeñar bien mi papel en esta comedia. Y si no ¿qué dirémos ahora?

—Simplemente, que venimos desde México à cambiar temperatura, buscando aires mas puros porque me hallo enferma del corazon. Ademas, por lo que pueda ofrecerse, no olvides que mi padre se llama Lauren-

cio Granados; mi madre Gabriela Alvarado, y...... que soy huérfana. Esto ha dispuesto el Vizconde.

—Ese Vizconde me dá mucho en qué pensar.

—A mí no, balbuceó María, haciendo un esfuerzo; ni me conoce ni le conozco, me guía una accion justa, y tengo fé en que la Santa Madre de Dios nos ha de protejer.

Despues de este sencillo diálogo, pasaron á reconocer su nuevo domicilio, y María que hasta entónces se veia bajo un techo argentado por los rayos del sol y purificado por un viento libre, halló su habitacion encantadora.

—¡Qué bello es vivir aquí, exclamaba, con qué facilidad se respira, cómo se dilatan los ojos y el espíritu en ese hermoso círculo azulado que se extiende en torno nuestro!

Todo para ella era nuevo, todo la deleitaba, aunque se guardaba bien de manifestarlo.

Cada dia que trascurría, proporcionaba nuevos encantos que admirar à su imaginacion viva y ardiente.

Su servidumbre se reducia á Juana que la servia de aya; Martin, de quien mas tarde nos ocuparémos, una doncella y dos criadas.

El Vizconde habia escrito con anticipacion á varias personas de las que mas suponian, recomendándoles á su sobrina, así es que pronto se vió visitada por las mas distinguidas familias de aquella buena vecindad, que no sabia que admirar mas en ella, si su belleza ideal, ó la amabilidad de su carácter.

Extraño parecerá á mis lectores, que una niña educada en la rusticidad de la montaña, poseyera bastante talento para hacerse estimar por sus modales; pero esto queda explicado recordando que Colombo era hombre medianamente educado, habia procurado limar aquella tierna flor que crecia y entreabría su corola, entre las áridas rocas y los helados cierzos del Nevado. Además, poseía la jóven una gran fuerza de voluntad, y una firmeza natural, dos cosas que con poco estudio la

hicieron nivelarse con el tiempo, á las jóvenes mas cultas que tratara.

Su rara hermosura, y el prestigio que le daba el nombre del Vizconde, fueron bastantes para que en poco tiempo, se viera rodeada de personas distinguidas, y hecha el tema principal de todas las conversaciones.

Empero ella no parecia fijarse en el incienso que se quemaba en los altares de su elevada posicion social y su belleza nada vulgar: se la veía siempre distraida y meditabunda procurando aislarse cuanto le era posible como si su contacto hiciese daño; pero este cuidado suyo en ocultarse como las violetas, la hacia mas interesante à los ojos de sus admiradores, que procuraban acrecentar su fama, bajo todos aspectos justa.

Es una gran verdad que no puede negarse, que el mundo para estimar y apreciar, no ve mas que el exterior: la corteza que cubre, y no lo que ella cubre.

Presentóse una persona ricamente ataviada con joyas, perlas y sedas, y sobre todo con la garantía de un nombre que resuene en los altos círculos sociales y políticos, y se verá atendida; aunque esa persona se haya elevado por la maldad, aunque oculte un corazon vil y rastrero ¿què importa el fondo cuando la corteza brilla? Ni qué importa el vicio cuando los harapos se cubren?

Un ser honrado, inteligente y bueno, serà visto con acritud si la pobreza no le permite barnizar su exterior con el polvo.

Y sin embargo, ¡cuántas veces en una reunion, vale mas el pobre que permanece à la puerta, mudo y silencioso, que el magnate que viste seda, y habla mucho ocupando el mejor asiento!

¡Empero este es el mundo: inútil sería cuanto intentáramos por hacer valer lo que él desprecia y humilla!

María era digna de estimacion, si atendemos à sus cualidades personales; pero si atendemos à su orígen, demasiado sabemos que la sociedad injusta, casi siempre la habria visto con repulsion, si la hubiera podido juzgar sin el prestigio que la rodeaba.

Ella comprendió todo esto; y por eso se aislaba; y por eso, pobre ángel sin crímen propio, pero ligado involuntariamente á él por el amor y por el deber filial, vivia triste.

¿Qué le importaba aquel nombre que continuamente resonaba en sus oidos con el incienso de la adulacion?

Aquel nombre era su remordimiento; lo llevaba en sí, sin pertenecerle, la necesidad le impelia á ello; el deseo de consolar à un anciano la obligaba, y sin embargo habia trascurrido ya un mes sin encontrarlo.

¡Difícil empresa era para ella que no lo conocia!

Todo cuanto podia hacer, era preguntar por él; pero esto de una manera muy sigilosa, para que su padre, que iba á verla cada dos ó tres noches, de incógnito para no ser sospechoso, utilizando para hacerlo, aquella cochera comunicada misteriosamente á su casa, no concibiese sospechas del verdadero motivo que la habia conducido á Zapotlan.

¡Pobre María; mientras todo sonreía en torno de ella, miéntras la fama de su belleza y de su alta posicion social, le conquistaban el nombre de vizcondesita, ella no hacia mas que ver su pasado envuelto en el misterio del crímen, sujetando con un eslabon de hierro, la felicidad de su porvenir, y la tranquilidad de su presente!

Una deliciosa mañana del mes de Abril, de esas mañanas en que el aroma de los campos, parece ponerse en contacto con el no menos delicioso perfume de los jardines, que se levantan al abrigo de los muros cuidados por manos industriosas, para embellecer las blancas y pequeñas casas, lo mismo que los espléndidos edificios de ricos propietarios, hallábase nuestra jóven, tras lo ojiva ventana de su recàmara, medio oculta por los vaporosos encajes de una cortina de tul.

Sus grandes y hermosos ojos estaban fijos en una pequeña sala, cuyo interior dominaba en parte desde allí, gracias á una ventana baja abierta en ella simétricamente frente à la suya.

Lo que tan absorta la tenia, no era otra cosa que un

grupo de dos mujeres sentadas al pié de la ventana, y que á juzgar por su exterior, parecian agoviadas por amargos sufrimientos.

Una de ellas, y ya mayor de edad, apoyaba en una mano adelgazada y nerviosa, la cabeza emblanquecida por la nieve de los años. En su rostro se adivinaba fácilmente una vida consumida por las làgrimas que al surcar aquellas mejillas ya marchitas, habian dejado en hondas arrugas una huella indeleble de su paso.

La otra era una jóven de veinte años; y al verla, se la podia comparar à una de las vestales de la antigua Roma, bellezas semiprofanas y místicas, de acabadas y correctas formas; que enloquecian haciendo al mismo tiempo bajar la vista con respeto,

Su frente, de una blancura mate dejaba entrever á través de la epidermis, algunas lineas azuladas, tan suaves y tan finas, que màs parecian acentuaciones ligeras de un fondo trasparente que venas descritas en la finura de la piel: su boca, pequeña y nacarada, semejaba un boton de rosa entreabierto; su nariz era afilada; y de un corte tan perfecto, como las de las Madonas de Murillo; dos gruesas trensas de un rubio oscuro, caian sobre su espalda, haciendo sombra á las suaves lineas de su garganta.

En el momento que la presento á mis lectores, bordaba un pañuelo de batista con esa actividad que indica la necesidad del trabajo, para proporcionarse la vida; é inclinada sobre la almohadilla no veia que su compañera levantaba los ojos de vez en cuando para verla, con la amarga melancolía del alma que lucha y se abate sin esperanza.

Hacia muchos dias que desde su ventana, y al abrigo de sus persianas, contemplaba María con interes aquel cuadro conmovedor, que se repetia sin gran diferencia todos los dias; y su corazon se sentia arrastrado por una tierna simpatia, hacia las dos mujeres que lo formaban.

¿Quienes eran aquellas mujeres que parecian aislar-

se de la sociedad y en cuya vida se revelaba tanta virtud como pobreza y dolor? Esta pregunta se hacia Maria con mucha frecuencia.

Pero dejémosla observando á sus vecinas, y ya que la pluma nos permite ir à donde deseamos, penetremos à la pequeña sala donde se encontraban, para escuchar lo que á la sazon decian.

—Hija mia, decia la señora de mas edad á la hermosa jóven, esa tarea que tienes, ha de causarte un mal.

—¿Lo cree U. asi? contestó la jòven, alzando á verla.

--Tanto que ya ves, cada dia te lo repito, objetó la señora.

—No se aflija U. ¿qué hiciéramos, si yo no trabajase? Ademas el trabajo mitiga un tanto las aflicciones del espíritu, y puedo asegurarle que cuando estoy ocupada, me siento casi feliz. Hoy estoy mas triste que de costumbre, por que la costura và à agotàrseme, puesto que esta pieza que coso, es la última que hay en mi costurero, dijo la jóven.

La señora suspirò, y de sus ojos se desprendieron algunas lágrimas.

—Madre, no llore, exclamó la jòven abrazàndola con efusion, digo á veces cosas que no debia decir nunca delante de U.

—No, Cecilia, nó, dí cuanto quieras, ángel mio, ¿dónde si no en el corazon de tu madre, has de depositar tus amarguras? murmuró la señora.

—Y mis esperanzas ¿no es verdad?—añadió la jòven sonriéndose.

—¡Tus esperanzas! ¿abrigas algunas?

—Oh! si, yo creo que hemos de ver pronto á mi padre, tengo fé en ello, porque Dios es muy grande y misericordioso. Anoche he tenido un hermoso sueño: le vi entrar por esa puerta, y al sentir un beso suyo sobre mi frente, he despertado......!

—¡Pobre hija mia....!

—¿Quién puede asegurarnos que no vive? prosiguiò la jóven con exaltacion: su cadàver no ha sido encon-

trado en ninguna parte; nadie le vió morir: cuando el asalto de los bandidos, á la conducta, que valerosamente trató de defender, no le vieron tantos de los que lograron salvarse huir sin herida ninguna?

—¿Pero entónces, preguntó la señora con interes, por que no ha venido, que ha sido de el?

—¡Ah! yo no sé, pero se me figura que lo retienen oculto en alguna parte, dijo Cecilia en tono sentencioso.

Doña Mercedes, que así se llamaba la señora, no pudo menos que estremecerse: aquella idea le habia hasta entònces sido desconocida, pero acababa de salir de los labios de su hija, y ella la habia escuchado como una verdad aterradora.

—¿Pero à qué fin....? preguntó D.ª Mercedes.

—Madre mia, le interrumpió la jóven, no pueden haber tenido interés en secuestrar á mi padre por alguna medida politica, por alguna venganza miserable, ó por que asi conviniere para el logro ó realizacion de alguna infamia tramada en la oscuridad y en el silencio?

—¡Calla, calla! exclamó Doña Mercedes, recelosa de que pudiesen oir las palabras de su hija;—la policia podria escuchar y......

—Lo sé, dijo Cecilia un poco mas quedo; en el seno de nuestro pais se agita una revolucion sorda: los ahuehuetes se estremecen ánte los anuncios de ese torbellino de sangre que pronto regará los campos, y cuyo eco atronador resonará entre las rocas y las encinas de Sierra Madre, como para decir á los pueblos: levantaos en masa, he aquí el momento de la rehabilitacion de todo un pueblo que ha arrastrado ignominiosamente y durante tres siglos, las cadenas de la opresion........

Doña Mercedes escuchaba à su hija con asombro, jamás la habia oido hablar de aquella manera, le parecia tener delante de sí, no á la tímida Cecilia, sino á inspirada Dèvora anunciando á Barac el exterminio de Sízara. Asi es que clavando en ella sus ojos, la preguntó.

—¿Quién te ha dicho todo eso? porque tú no puedes saberlo por tí misma.

—Alfonso, Madre; y vos sabeis que sus palabras son para mí un oràculo.

Al concluir esta ùltima frase, la voz atiplada de una jòven que se introdujo à la sala, hizo que ambas volviesen la cabeza: era la doncella de María que saludándolas, entregó à Cecilia una carta escrita, que de parte de su ama le llevaba.

Cecilia la leyò; diciendo en seguida á la doncella;

—Decid à la Señorita que en este momento, pasaré à su casa.

El contenido del papel decia así:

"Señorita: sé que cose U. ajeno, por tal motivo me atrevo á suplicarle, pase à mi casa, para que me haga el arreglo de unos vestidos.

Su servidora.

*María Granados.*"

¡Madre! exclamó la jóven con una alegría indescriptible, Dios vela por nosotros. Cuando me iba à faltar el trabajo, nuestra noble vecina, la señora de enfrente, ha venido á proporcionármelo.

E impulsada por el anhelo de obsequiar pronto los deseos de la alta dama que la llamaba, se apresurò á levantarse; y cubriéndose con un chal, se dispuso à salir, mientras D.ª Mercedes entornaba la ventana.

María, à quien hemos dejado observando á sus vecinas, atraida de una simpatía oculta, buscó en su imaginacion un medio de relacionarse con ellas, y como supiera que Cecilia cosia ageno, le dirigió el billete que hemos visto.

Cuando desde allí observó que cerraban la ventana, satisfecha y contenta se sentó en una silla, echó lànguidamente la cabeza hàcia atras y esperó, murmurando:

—Seremos amigas; y aun mas: esa jóven será mi hermana!

CAPITULO VI.

# En el Pico del Aguila.

A la partida de María, Vicente Colombo habia sentido aun mas fuerte la necesidad de un cambio de posicion, por el cual pudiese, viviendo pacíficamente, satisfacer todos los caprichos de aquella hija tan querida.

¿Pero cómo efectuarlo cuando sus crímenes y pillaje eran tan conocidos y odiados que se habia puesto precio á su cabeza, no sólo por el gobierno local, sino tambien por el mismo virey, para quien, siendo misteriosa la desaparicion del coronel, no cabia duda que éste habia sido secuestrado á inmediaciones del Volcan?

¿A dónde iría que la policía no pudiera seguir sus pasos? Y aun suponiendo que esto sucediera así ¿podria vivir confiado en el seno de una sociedad, que tarde ó temprano llegaria á dudar de su pasado?

Todo esto pasaba por su cerebro, y no hallaba mas que un medio que le pusiese á cubierto de peligros, la firma del coronel, por cuyo medio le sustituiría en sus honores y en su empleo, proporcionando à su hija los goces de la familia honrada.

Llevado de esta idea fija y costante, asedió de nuevo á su víctima para arrancarle la confesion deseada. Pero aquel hombre de hierro en el infortunio, habia determinado no ceder ante los ruegos ni amenazas.

Veía amenazada á su hija con la marca de la ignomi-

nia, y se desesperaba, en aquel encierro, cien veces mas terrible que la muerte, porque le impedia ahogar entre sus manos al que tan miserablemente pretendia manchar con su aliento la candidez de aquella frente pura en que habia depositado tantas veces sus paternales besos.

Un medio tenia de salvarla; pero era tan infame, que aceptàndole, solo alcanzaba á cambiar la mancha que la heriría en el fondo del alma.

En esta lucha de lo imposible con el corazon, el coronel determinó, como dije ántes, no ceder ni á ruegos ni á amenazas.

Habia en su resolucion algo de heroicidad, algo grande, que dicho sea de paso, avergonzaba al bandido, aunque sin hacerle cejar en su empeño, siempre fallido, y que acabó por encender su cólera, haciéndole tomar su ùltima resolucion.

Un dia, al salir de la fría prision del coronel, murmuró entre dientes:

—¡Nada! como siempre......! Me apoderaré de la hija siquiera por venganza!

Diciendo esto, atravesó un oscuro subterràneo; despues otro, hasta encontrarse en aquella gran cueva en que le vimos al principio de este libro, anunciando el cumpleaños de María.

Dos ó tres hombres fumaban y charlaban tendidos á la larga en unos petates viejos. Al ver al Capitan se sentaron con las piernas cruzadas á la turca.

Colombo avanzó hácia ellos con aire feroz y sombrío, preguntando:

—¿Donde está Teodoro?

En el Pico del Aguila, de vigía, contestó uno de ellos.

El Capitan volviò á salir sin añadir una palabra.

Atravesó rápidamente algunos subterràneos, hasta encontrarse en plena luz; es decir, en pleno campo. El Pico del Aguila, llamado asì por ser inaccesible, escarpado y montuoso, quedaba algo distante de donde se hallaba Colombo. Quebraduras, rocas, barranquillas;

en una palabra desigualdades intransitables, formaban la ascension de aquel pico, que servía de atalaya á los bandidos; y no obstante esto, Colombo llegó pronto á él. Mas pronto de lo que pudiera imaginarse un espectador matemático, que trata de calcular y medir la distancia.

Desde aquel punto culminante, nada podía ocultarse à la vista de los salteadores. Se dominaban en perspectiva la mayor parte de los caminos, ramal blanquecino de tierra que á fuerza de ser andado, se torna àrido y polvoso, y que dice á las claras al viajero ó traficante: ¡por aquí! Aquellos caminos unían á Sayula, Zapotlan, Colima y multitud de ranchos y pueblos, que servían de pasto á su rapiña.

Efectivamente, Teodoro estaba allì, por haberle tocado en turno aquel día el espionaje del Pico del Aguila.

Colombo se sentó en una roca medio oculta por altos pinos, é hizo sentarse á Teodoro cerca de sì, diciéndole con énfasis:

—Descansa un rato, que el negocio que traigo bien merece la pena de dejar el paso libre á los pobres diablos que tengan que pasar hoy.

—Interesante ha de ser para que Colombo *haiga* venido hasta aquí, dijo Teodoro con adulacion.

Colombo alisó su espesa barba dos ó tres veces, ántes de continuar explicándose, y luego continuó:

—Ese negocio, al ménos, es de interés sumo para mí. Necesito llevarle à cabo, y tù me ayudarás; pero pronto, Teodoro, porque al mismo tiempo que es la realizacion de mis sueños de felicidad es mi venganza; mi venganza segura, porque harà su explosion como la pólvora!

—No sé lo que deberé hacer, mi Capitan, para ayudarte; pero sea lo que sea, estoy á tu voluntad como la bala à la voluntad de la mano que la dirije: soy tu perro fiel, ya lo sabes, y pruebas muchas te he dado de ello.

—Sin embargo, hoy se trata de un rapto, del rapto de la hija del coronel Miranda. Encomendado á tí....

—¡La robaré! juro que serás dueño de la presa codiciada,—dijo Teodoro sonriendo con cierta malicia, no desapercibida para Colombo, que exclamó con desden:

—¡Por Belcebú! Yo no sè si esa jóven es fea ó bonita; nunca la he visto, pero es preciso que en término de ocho días á lo mas, se halle en mi poder!

Un corto silencio siguió á estas palabras: Teodoro escarbaba el suelo con la punta de una vara que tenía en la mano, mientras que Colombo, siguiendo con la vista los movimientos de aquella vara, prosiguió cambiando de tono:

—Voy á revelártelo todo, Teodoro; tú no ignoras que hay un hombre en mi poder; este secreto solo tú lo conoces y.... ¡ay de tí si llegaras à venderle! si faltando un día á la amistad, revelaras el nombre y la cárcel del prisionero!

—¡Si tal cosa sucediere, exclamó Teodoro con acento firme, quiero que tu mano hunda en mi corazon ese puñal que traes contigo, y que mi lengua sea despedazada!

—Gracias, dijo Colombo, sé que me eres adicto; pero necesitaba de ese juramento para estar mas tranquilo; ahora prosigo: tú sabes que el peligro nunca me ha hecho temblar; que las balas de mis enemigos me han encontrado sereno porque el valor es mi patrimonio; pero no sabes, porque nunca te lo había dicho, que el amor de mi hija, es mi debilidad, mi lado flaco. Te lo digo á tí, que me quieres y me conoces: si los demas lo supieran se reirían de mí y me escupirían á la cara llamàndome cobarde!......

El Capitan soltò una ruidosa carcajada como burlándose á sì mismo, y luego continuó:

Tú no sabes lo que es el amor de una hija, y de una hija tan hermosa y tan buena como mi María: tù no sabes que por ella, por ella sola, roe la ambicion mis entrañas dìa á dìa, hora por hora; pero no es la ambicion

del oro, porque el oro que guardo amontonado me bastaria para comprarle un reino. ¡No! es la ambicion de tener un hogar en la sociedad honrada, donde verla dichosa y poder satisfacer, con el orgullo de padre todos sus caprichos y nimiedades!

¡Bastante ha vivido en estas soledades, donde todo para el alma está marchito, ménos la vegetacion: harto ha escuchado el alarido salvaje de las fieras, el canto dulce de los pàjaros y el monótono arrullo de las palomas de los bosques. Quiero que en adelante tenga otros goces, y que esos goces me los deba à mí solo, bajo la salva guardia de un nombre sin mancha que la enorgullezca!

—¡Eso es mas que imposible! observó Teodoro.

—Lo júzgas así porque no conoces mis planes, Teodoro; y precisamente para realizarlos he ocurrido à tí: necesito de Cecilia Miranda porque teniéndola en mi poder, arrancaré al coronel una firma, una inculpacion falsa, que dará cima à mi proyecto.

—Pero el coronel...... balbuceó Teodoro.

—Morirà despues, dijo tranquilamente Colombo ¿qué importa un crímen más?

—Pues, á pesar de todo...... no comprendo......

—¡Cuerno de Baco! ¿no sabes que el coronel y yo nos parecemos lo bastante para cambiar de papeles, tomando yo el suyo y haciéndole tomar el mio?

—¡Caracoles! exclamó Teodoro, dándose una palmada en la frente, he dado en la testera, y te prometo que antes de ocho dias, la prenda estarà en tu poder!

—Bien, dijo Colombo con alegría, elige á tu gusto los que deban ayudarte.

—Con el Grillo me basta.

—Te olvidas de Patiño que es astuto y sagaz.

Teodoro hizo un gesto de repulsion y contestó:

—¡No me inspira la confianza que à tí!

—Siempre andas con eso, dijo Colombo melancólicamente.

—Es que presiento que ha de ser nuestro Judas.

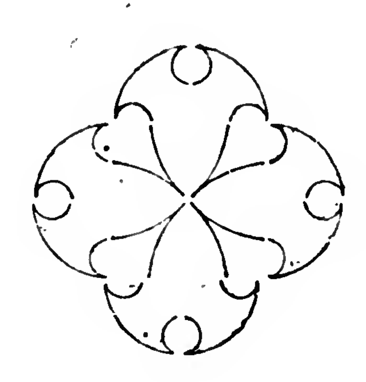
—Pues será; pero en esta maniobra le necesitas, y te ordeno que lo lleves; no ha de pesarte.

—Te obedezco; pero ese hombre y yo......

—Ese hombre y tú, son en los que yo me he fiado siempre, aunque tú.....: ¡eres el primero! exclamó Colombo con tono jovial.

Poco despues el Capitan y su segundo, que tal lo era Teodoro, se separaron.

La ruina de Cecilia; es decir su deshonra y la muerte de su padre, acababan de ser juradas en el Pico del Aguila.



# LIBRO II.

# AMOR Y DESGRACIAS.

## CAPITULO I.

## Rafael Ordoñez.

Serena, tibia y embalsamada estaba la noche: una ligera ráfaga de viento sacudia ligeramente los árboles, y tan suave era la caricia que dejaba entre sus hojas, que apenas un débil murmurio y un aroma casi perdido entre los blancos pliegues de la atmòsfera, la descubrian: el cielo tachonado de estrellas, pálidas las unas, imperceptibles las otras y brillantes las más, se extendia en azulado círculo, como una inmensa cortina cuyos estremos tocan la cúspide oscura de los montes: los campos estaban sonrientes, con sus plantas exóticas, sus mil florecillas, mecidas en la hamaca ligera de las brisas y las ondulaciones trasparentes de la luna, formando en sus caprichosas combinaciones con la sombra, trechos oscuros de distintas dimensiones que bien pudiéramos llamar autómatas de la naturaleza manejados con cordones invisibles por la mano del viento, y que los niños atolondrados toman por espectros, los ignorantes por brujas y los poetas, pulsando la lira, llamarian girones de crespon negro prendidos al tocado de la lu-

na. Y á lo lèjos, como atalaya gigantesca, iluminado en sus altas planicies, oscuro en sus declives y en sus quebradas rocas negro como una tumba, se levantaba el Nevado, con su blanco cráter tocando hasta las nubes.

Zapotlan dormía, cobijada por una de sus mas apacibles noches. Sus calles estaban silenciosas, sin visitantes nocturnos.

Pero no he dicho la verdad; porque siguiendo su calle mas ancha podia verse la sombra de un hombre dibujada en la acera oscura, á quien la luna negaba sus plateados rayos.

A juzgar por su anhelante mirada, la palpitacion de su pecho, y la ansiedad con que daba sus pequeñas vueltas, que no llegaban á la mitad de la cuadra, aquel hombre era un amante, un enamorado, que esperaba el objeto de su cariño.

De repente se abrió cautelosamente una ventana cerca de él, y una mano blanca y torneada como la de una Vénus, salió fuera de la reja. El que pasaba la estrechó entre las suyas, diciendo con un acento indefinible, vago y tierno como el murmullo de un arroyuelo.

—¡María!

—Silencio, Rafael, murmuró la jóven, pudieran vernos y yo tengo miedo: habla mas quedo, no sea......

—¡Siempre el misterio, siempre el misterio en torno de tí, àngel mio! ¿qué puede importarnos que te vean à través de ese muro de hierro que nos separa? ¿No vives aquí sola, no eres la dueña de tus acciones, miéntras el Vizconde tu tio, quiera dejarte aquí?

Si al pronunciar el nombre del Vizconde, hubiera podido ver el jóven el rostro de su amada, iluminado por la luz, le habria visto palidecer.

—¡Oh sí, sí! murmuró la jóven, con acento imperceptible.

—¡Entónces! balbuceó el jóven, no comprendo por qué tiemblas cuando estoy a tu lado.

—Tiemblo por tí, Rafael, por tí á quien amo tanto, y à quien desearia hacer feliz.

—¡María, dijo el jóven con arrobamiento, yo no sueño mas felicidad que la de tu amor, tu posesion es la que mas deseo; dime que pida tu mano y me verás partir para Guadalajara con el corazon rebosando en dichas, y el alma enloquecida por la esperanza!

—¡Eso es imposible, imposible! murmuró María!

—¡Imposible! ¿y me lo dices tú? ¡ah veo que no me amas! dijo Rafael, con doloroso acento

—¡Que no te amo, Rafael! que no te amo...... ¡ah yo te perdono la ofensa porque no quiero dudar de tí ni un solo instante; porque no quiero aparecer á tus ojos ingrata, como tù apareces á los mios en este momento.

—¡Perdon, María!

La jóven por única respuesta, sonrió dulcemente á Rafael, diciendo:

—Jamás habia amado, es tu imágen la primera que ha ocupado mi corazon, y tu nombre la primera armonía que le ha hecho palpitar: mi vida fuera nada para ofrecèrtela, porque tú no conoces la intensidad de mi cariño, pero escucha: hay un imposible que nos separa; entre los dos se levanta un muro, es el destino; yo.... no puedo ser tuya, Rafael, pero tambien te juro no ser de ningun otro.

—¡María! tú deliras; no puedo creerlo: tus palabras han caido en mi alma, como derretido plomo. Un imposible, un muro, el destino entre los dos, ¿qué quiere decir todo eso? exclamó Rafael.

—No puedo aclarártelo; pero está seguro que la conviccion ha presidido á mis palabras; te amo demasiado para alimentar en tu alma, esperanzas que no han de realizarse nunca, dijo la jóven exhalando un doloroso suspiro.

—Pues bien, observó el jóven, á pesar de lo que dices, á pesar de todos los seres mezquinos que traten de separarnos, mi corazon será tuyo miéntras aliente; si no

puedes ser mía, moriré viéndote y amàndote, como esas mariposas que contemplan, y aman la luz del sol, sin poderse quemar en sus abrasadores rayos.

—¡Rafael, Rafael! exclamó la jóven conmovida.

—María, impediràs que te vea, que oiga tu voz y que te ame?-continuó Rafael-¡oh! no. ¿Puede impedirse al rio qué detenga su curso, al lirio que despida su aroma, al viento que suspire, á la paloma que cante, á la luz que alumbre? No, mil veces no: mi corazon es tuyo, mi alma te pertenece como el reflejo á la luz; mi pensamiento vive en tu ser, y el dia que este le falte, morirá á la vida del alma, como mueren las yedras, cuando el frescor de la mañana se despide, como mueren los garambullos cuando el soplo de la noche les falta.

—Rafael, dijo la jóven, yo no te prohibo que me veas ni que me ames, ¿podria hacerlo, cuando tu vista es mi cielo, tu amor mi vida, y tus palabras el suave murmurio de la esperanza en el desierto da mi alma! ¿podria hacerlo, cuando yo misma, no tendria valor para dejar de verte?

—Entónces...... no comprendo...... balbuceó Rafael..

—Mira, dijo la jóven interrumpiéndole, soy hija del misterio; mi tio se ha empeñado en arrancarme de èl, quiere verme feliz; quiere que ria, cuando ápenas te he amado, y he comprendido que solo tengo lágrimas para llorar.

No debia haberte amado nunca, ó si te amaba, haber guardado mi amor en lo mas profundo de mi pecho.

—A cada momento te comprendo ménos, exclamó el jóven, con acento indefinible.

—Es hora de separarnos, observò María; hasta mañana.

—¿Me amarás siempre? dijo el jóven, tendiéndole una mano.

—Te amaré siempre; pero no olvides, que un imposible nos separa.

La jóven se apresurò á entornar la ventana: acababa

de ver á un hombre en la acera de enfrente: aquel hombre se fijaba en ella, con marcada tenacidad, para dejar de llamar su atencion.

Rafael se alejó de allí; iba tan absorto en sus pensamientos, que ni siquiera notó, que aquel hombre le seguia.

Cuando llegó à la plaza de Armas, llamada así antiguamente, se detuvo al frente de una pequeña puerta, sacò una llave del bolsillo, y la abrió, encontràndose luego en una pieza cuadrangular iluminada por la luz de una bugía.

Aquella pieza era un verdadero cuarto de soltero, con un catre de laton, media docena de sillas de tule, un canapé de bejuco, y una mesa forrada de hule, con varios libros y papeles.

Rafael debía estar muy contrariado, à juzgar por su arrugado entrecejo. Arrojò el sombrero en una silla, y fué à acostarse en el sofá indicado.

Era Rafael, un jóven de veinticinco años, que siguiendo la carrera de la abogacía, había venido á establecerse á Zapotlan por un poco de tiempo.

Carecía de padres y hermanos; así es, que vivía solo con un mozo que le acompañaba de dia, y alguna que otra noche que lo retenía por negocios.

A los pocos dias de llegado, trabó relaciones con un jóven casi de su edad, y que era empleado del Gobierno, este jóven que se llamaba Alfonso Dieguez, lo relacionó en la casa de Doña Mercedes, donde conoció y se enamoró de María, que era ya entónces y gracias à su plan, amiga íntima de Cecilia.

María correspondió aquel amor; y bien pronto se vió á Rafael rondando por la noche su casa, mientras ella le esperaba tras los vidrios de la ventana.

¡Condicion necesaria de los enamorados!

Rafael, aunque notaba cierto misterio en la vida de la jóven, no trataba de investigarle, mucho ménos, de creerle un obstàculo á su felicidad; así es que había visto rodar hasta allí, sus horas de enamorado envueltas

en el reflejo de la esperanza, y en los dulces ensueños del amor.

Empero, la noche que nos ocupa, una enconada espina acababa de lastimar su alma ardiente y soñadora, clavando en ella la acerada punta de los celos, de la duda.

María, pertenecía á una familia noble, era la sobrina de un Vizconde millonario, y siendo además tan hermosa y tan jòven, ¿no podía, pues, hallarse comprometida, si no por su gusto, por la voluntad de su familia, à ser la esposa de otro, que como ella, sintiese correr por sus venas la sangre de la nobleza española?

Rafael no tenía duda de ser amado, pero sentía celos, porque para él, existía un rival desconocido que María trataba de ocultarle.

Pero dejémosle cavilando con su amor, sus celos, y sus dudas; y volvamos á María, que si nó abrigaba celos como Rafael, no tenía en cambio ni la paz del espíritu ni la tranquilidad del corazon.

Ocho dias despues de lo referido, acababa el sol de ocultarse, dejando tras sí esa luz vaga é indefinible que impone á los objetos que nos rodean, un tinte vago de dulce melancolía, y reviste las formas de las imágenes que cruzan por nuestro cerebro, de un ropaje luctuoso, que tan pronto nos halaga comó nos entristece.

¡El crepúsculo! He aquí la hora, ó el espacio de tiempo mas hermoso; y en el que parecen desprenderse los sentidos en busca de otra esfera desconocida!

Mezcla de luz y sombra, tiene el poder de alejarnos de la vida real, al mundo de lo desconocido.

¡Cuàntos pensamientos, cuantas ideas, y cuantos suspiros, ayes, sonrisas, miradas y lágrimas, salen á esa hora del corazon humano, atraídos por el reposo en que la naturaleza parece entónces reconcentrarse!

El crepúsculo es el tiempo céntrico; la péndola que se agita entre un punto ya marcado, y otro que va á marcarse; la noche y el dia. A esa hora se recuerda y se espera, se llora y se rie.

¡A esa hora, la naturaleza parece convidarnos á contemplarla, y como juguetona niña, se complace en acumular à nuestros ojos, caprichosos fantasmas brotados de las sombras!

¡Oh! y cuàn hermoso es entónces todo lo que nos rodea!

Las brisas juguetean, las aves cantan y revolotean en torno de su nido, las flores entrecierran con languidez sus risueños pétalos; un murmurio dulce y apacible se despierta por todas partes, mientras los objetos van desapareciendo poco à poco y las estrellas comienzan à brillar en la diadema de la noche:

Pero basta ya de interrupciones: voy à proseguir.

María; sentada en un ancho sillon, miraba desde un corredor interior, la luz opaca y débil de la tarde, y sus ojos humedecidos por las làgrimas, se fijaban con tristeza en la inmensidad del espacio.

Estaba más pàlida que de costumbre y parecía hallarse dominada por algun presentimiento doloroso.

Algunos momentos hacía que Juana la observaba, sin ser vista de la jóven, con ese cariño inmenso y puro de la que ha visto crecer junto à sí, dueño de sus caricias y desvelos, á un pobre huérfano que, careciendo del regazo materno, busca sus brazos y su ternura para reposar en ellos.

¡Tambien la que cria y nutre con el alimento de su cariño y la abnegacion de su ternura, es madre!

¡Tambien ella es capaz de rasgos heroicos y de sacrificios nobles y grandes!

Juana, para María, no era otra cosa que una madre. La habia visto nacer y crecer despues á su lado, sin los besos de una madre; y ella habia llenado este vacío en el corazon de la niña con sus caricias.

Así es que su alegría le alegraba; y su tristeza le entristecía.

Acercóse á ella, y atrayendo su cabeza suavemente hácia sí, como si quisiese aliviarla del peso que la oprimía, la dijo con amorosa ternura:

—Tù tienes algo que me ocultas, María.

—¡Yo......!

—Sí; y permíteme te diga que haces mal, porque no hay quien te ame como yo.

—Lo sè, mi buena Juana, tu abnegacion me lo dice à cada momento, y sería una ingrata si no te amase de la misma manera, dijo la jóven conmovida.

—Entónces.... balbuceò Juana.

—Sufro porque amo, lo sabes bien, supuesto que no he tratado de que este amor, que es el primero y serà el último, sea un secreto para tí.

Juana suspirò, y clavando sus ojos en la jòven, exclamó con tono melancólico:

—Lo sé, María ¿pero y tu padre? no temes que....

—¡Mi padre!

—¡Sí; tu padre! repitió Juana, dando á sus palabras una acentuacion que revelaba el miedo que le tenía.

—Pues bien, exclamó la jóven, ya que has puesto tu dedo en la herida de mi alma, te diré, que á mi padre le temo hoy màs que nunca.

—!Más que nunca' ¿Acaso te ha dicho algo?

—Nò; ni una palabra que me haga sospechar que conoce mi amor, pero hace dias que un hombre de los de mi padre nos espía.

—!Qué nos espían! repitiò Juana, ¿te lo han dicho....? ¿cómo lo sabes......?

—Lo sé porque lo he visto, dijo Marìa, levantàndose y acercándose áun mas à su criada como si temiese ser escuchada; hace tres dias que llegò un mendigo á la puerta, y me adelanté para darle una moneda, y por una curiosidad involuntaria, me fijé en su rostro súcio y tostado, pero luego retrocedí estremecida. Sus ojos relampagueaban como si hubiera querido abrasarme con ellos.

Aquella cara no me era desconocida.

Abandoné el pasillo, y él aun permaneció en el mismo sitio largo rato, para ir despues á indagar con recelosa mirada, el interior de la casa de Cecilia.

—¡Bah! dijo Juana dominando el miedo que la habia hecho estremecer por un momento, los mendigos, niña, gustan siempre de curiosear lo que hay á su alrededor; y no hallo en eso una causa alarmante para nosotras...... eso fué solo una aprehension tuya.

—Así lo creí despues, Juana: pero ayer le volví á ver; era él, no ya vestido de harapos, sino llevando una carretilla con cuatro cántaros de agua. Al llegar à la ventana donde Cecilia cose, fingiò que la carretilla tenía descompuesta una rueda; se detuvo con ese pretexto, y durante el corto tiempo en que aparentaba componerla, le ví varias veces asomarse hàcia dentro de la sala. ¿Qué buscaba allí? No lo sé, pero ese hombre sin duda conoce mi amistad con Cecilia y se encarga de vigilarla. ¿Y sabes, Juana, quién es ese hombre?

—No sospecho quien sea...... dijo Juana palideciendo ante la relacion de la jóven.

—¡Ese hombre es Andres Patiño! mi buena Juana.

—¡El Zorro! debí haberlo adivinado; María; porque ese hombre es de los mas temibles y astutos que tiene tu padre en su cuadrilla.

—Sí, desgraciadamente es así, dijo Marìa; pero aun me falta decirte que anoche, cuando Rafael hablaba conmigo, he vuelto á verle en la acera de enfrente.

—¡Qué imprudencia la tuya! exclamó Juana, casi cadavérica, no solo te expones tú á la ira de tu padre, sino que tambien le expones á él: nunca debias haberle amado......

—Juana, dijo la jòven enjugándose una lágrima que asomò á sus párpados, dices bien, no debí amarle; ¿pero acaso podemos algo contra las impresiones del corazon? ¡Yo amaré à Rafael toda mi vida, ese es mi destino; pero nunca seré suya, porque bien sé que mi nombre seria tarde ó temprano, una mancha para el suyo! ¡Su amor que es el primero en mi corazon, será tambien el último!

—¡Ah! esclamó Juana, estrechando á la jóven contra

su pecho, ¿ qué culpa tienes tú de los crímenes de tu padre?

—Ninguna es cierto, pero el mundo es siempre injusto, murmurò María. ¿Qué culpa tiene el hijo del suicida de que su padre cometa un crímen, ni el hijo bastardo de tener una cuna deshonrosa? Y sin embargo, esa mancha, esa deshonra pesan sobre la frente del niño y le queman el alma como un hierro candente, y le acompañan toda su vida, á pesar de sus virtudes, como un anatema de maldicion arrojado sobre él, por la sociedad.

Al terminar estas palabras, ambas guardaron silencio. Lo que la jóven acababa de decir, era la verdad; y esta verdad, tenia algo de aterradora para las dos.

¡Pobre María, pobre niña! sobre su frente, como habia dicho, pesaba un anatema de maldicion!

Y aquel anatema era tanto mas terrible para ella, cuanto que amando à Rafael con un amor inmenso, venia á separarla de él, como una barrera inexpugnable, como una muralla de hierro.

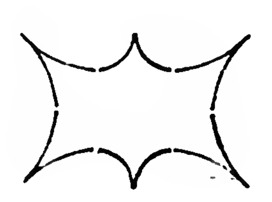
Algunas làgrimas vertidas desde el fondo del alma, humedecieron sus párpados, y como si sus labios obedeciesen á una idea fija y constante, añadió:

—¡Pobre Rafael! tù nunca sabrás la oscura mancha que pesa sobre la frente de la que amas!

Ella morirá heroicamente en el sacrificio de su amor. ¿Pero tù...... ah! no sé lo que será de tì, no lo sé ..........!

Y la jóven apoyando la frente entre las manos, tornó à exclamar con toda la amargura de su alma:

—¡Pobre Rafael, pobre Rafael!!



CAPITULO VI.

# En el Pico del Aguila.

A la partida de María, Vicente Colombo habia sentido aun mas fuerte la necesidad de un cambio de posicion, por el cual pudiese, viviendo pacíficamente, satisfacer todos los caprichos de aquella hija tan querida.

¿Pero cómo efectuarlo cuando sus crímenes y pillaje eran tan conocidos y odiados que se habia puesto precio á su cabeza, no sólo por el gobierno local, sino tambien por el mismo virey, para quien, siendo misteriosa la desaparicion del coronel, no cabia duda que éste habia sido secuestrado á inmediaciones del Volcan?

¿A dónde iría que la policía no pudiera seguir sus pasos? Y aun suponiendo que esto sucediera así ¿podria vivir confiado en el seno de una sociedad, que tarde ó temprano llegaria á dudar de su pasado?

Todo esto pasaba por su cerebro, y no hallaba mas que un medio que le pusiese á cubierto de peligros, la firma del coronel, por cuyo medio le sustituiría en sus honores y en su empleo, proporcionando à su hija los goces de la familia honrada.

Llevado de esta idea fija y costante, asedió de nuevo á su víctima para arrancarle la confesion deseada. Pero aquel hombre de hierro en el infortunio, habia determinado no ceder ante los ruegos ni amenazas.

Veía amenazada á su hija con la marca de la ignomi-

Despues de conducirlas allí, acompañados del pito y del tambor, y echando uno que otro trago de tequila á su estómago, las van parando, á distancia de catorce à quince varas, en línea recta, valiéndose para ello, de unos hoyos cavados en la tierra y bastante hondos.

Arregladas las latas, en la misma direccion que estas ocupan hacen una enramada de verdura, en la que colocan un nicho que contiene una imàgen de la Candelaria.

Explicados estos antecedentes, voy á trasladar à mis lectores á la tarde del dia de Reyes.

Desde las tres de la tarde invaden las calles y plazas multitud de *arrieros.* Estos montan caballos, mulas y burros, y algunos otros van á pié arriando las mulas de carga, llevan la cara cubierta de barro ó de papel, y la cabeza amarrada con un pañuelo, haciendo además ostentacion de los arneses que constituyen el distintivo del arriero. Esta danza, pues no es otra cosa, es armonizada con el ruido de los cascabeles y cencerros con que adornan sus cabalgaduras, los gritos, las bromas y las risadas del arriero que lleva en las secretas de su pechera, y en la cantina, pequeños panecillos que vender ó regalar. Entre los gritos de: ¡Arre la caponera! ¡Mas *apriesa*! ¡Alto! ¡Atájelo! ¡Otro trágo compadre!" el mayordomo va y viene, encabrita la mula ó hace un semicírculo que levanta una nube de polvo que barniza á los curiosos de piés á cabeza.

A las cuatro y media, dos ó tres indios van á acomodarse en las casillas de las latas, valiéndose para ello, de las estacas mencionadas. Una soga gruesa y larga en la que va ensartada una estrella de palo encarnada, con un ángel que la sigue, y que tan pronto se le ve de cabeza como derecho; pasando por medio de las casillas va á terminar á la enramada, donde un indio se coje de su extremo, y lo mismo hace otro con la punta opuesta. En seguida los pastores ó *mongudos* (que tambien así se les llama) van á pararse junto

al primer extremo de la soga, donde comienzan su caminata con un canto destemplado y desacorde.

Al llegar debajo de la primer latilla, los indios agazâpados en la jaula que corona su cúspide, pasan de ella el ángel y la estrella, y prenden fuego à los cohetes que forman su improvisada vivienda: esto mismo se repite en todas, hasta que la estrella y el ángel, se posan en la enramada, guiando á los pastores que llegan á adorar al niño.

Durante esta fiesta, la mùsica de aliento no deja de tocar: los arrieros se acercan allí, el gentío agolpado en derredor, rie, burla, grita y habla, al ver à los indios que bajan de las casillas medio chamuscados por la pólvora.

!Hé aquí lo que es esa fiesta ó costumbre india, en cuyos detalles quizá me he detenido demasiado!

El año de 17.... el dia de los Reyes, habia amanecido como siempre alegre: la animacion de los indios crecía en proporcion al tiempo que hacía, acercándose la hora de ir á presenciar una diversion siempre nueva por el gusto con que la miraban, y la ven aun cada año los renuevos que aun quedan de esa desgraciada raza.

Lucian los rancheros sus mangas chafarreadas, sus pantaloneras abiertas y sus sombreros de anchas alas, al lado de sus mujeres, arrebosadas hasta la nariz y dejando descubierta à un lado la oreja con una gran coqueta de plata.

Los peladillos con sus calzoncillos de manta y su zarape al hombro, formaban grupos; y los indios de ambos sexos iban y venian, sacudiendo las unas con su menudo paso la enagua de sabanilla adornada en su bajo por una ancha tira de color vivísimo cuadrándose y los otros con sus calzones de picos y su ayate sin mangas.

Zapotlan no era entónces lo que es hoy; la mayor parte de la poblacion, estaba ocupada por los indios, cuyas casas, en lo general mal construidas, ocupaban una grande extension, lo que hacia, que fuera de la pla-

za à una ó dos cuadras de distancia, se viesen aquellas separadas por grandes trechos bardeados.

La gente llamada de razon, era muy inferior en número á los indios.

Sin embargo, su clima frio y benigno, hacia que esta poblacion fuese como hoy, frecuentemente visitada por los foráneos.

La tarde del dia que nos ocupa se acercó, y la algazara mas grande invadió los centros de la poblacion.

Los arrieros en grandes pacotas, se diseminaron por todas partes, y el gentío vino á ocupar su puesto en el lugar que mas cómodo le parecia: algunos carruajes rodaban sobre los empedrados, distinguiéndose uno que ostentaba un hermoso escudo de nobleza, y que era arrastrado por un soberbio tiro de caballos negros.

Si las personas que lo ocupaban, no hubiesen estado tan pendientes del regocijo que las cercaba, habrian notado que eran seguidas con insistencia por una camarilla de arrieros que yendo y viniendo, no perdian de vista el carruaje.

¿Quiénes le ocupaban? Creo que mis lectores habran adivinado que dentro de él se hallaban María y Cecilia.

Llevaba la primera un hermoso traje de razo blanco adornado de encajes y de perlas; y su cuello rodeado por un collar de brillantes, parecia áun mas gracioso y seductor. Cecilia, por el contrario, vestia un sencillo traje negro sin mas adornos que una cruz de goma al cuello pendiente de una cinta negra. Este sencillo traje, realzando la palidez mate de su rostro ligeramente ovalado, la hacia parecer aun mas hermosa.

—¡Vamos, decia un jóven de patilla negra, en un círculo de curiosos que le rodeaba, à tiempo que el carruaje de nuestras jóvenes pasaba frente á ellos, ahí van las jóvenes mas encantadoras que tiene nuestro pueblo!

—¡Cierto, dijo otro, como que María Granados parece una Vènus!

—¡Y Cecilia una vírgen! murmuró otro suspirando.

—Lástima es, dijo un tercero que tengan dueño esos àngeles; de lo contrario.........

La gritería de los arrieros que se acercaban, puso término à esta conversacion.

El grupo de arrieros que no era otro que el que hemos indicado, observaba sin cesar la direccion del carruaje, que entónces se habia detenido á corta distancia de las latas para ver quemar las casillas.

—Es hora, dijo uno de los arrieros, en voz baja á su compañero de la derecha; acabando esta ensalada, tornan para su casa, puesto que ya empieza á oscurecer. Ojo pues, mucho tino, y buena suerte.

—Lo que es por mì no queda, valecito.

—Importa que por ninguno quede, porque entónces todo se lo llevaría el diablo, observó el primero.

El sol se habia ocultado en Occidente; y comenzaban á proyectarse esas sombras oscuras y silenciosas, que son el presagio de la noche, y que van dilatándose poco á poco, hasta envolverlo todo con su denso velo.

Todo habia concluido: los pastores envueltos en sus anchas mangas, y llevándose el nicho de la vírgen, habían tomado por la calle de San Antonio con direccion á la casa del Capitan que debia recibirlos: los arrieros se habian diseminado en distintas direcciones; y el gentio dispersàndose, tornaba á su casa alegre y risueño.

El carruaje de María, habia hecho lo mismo, pero viendo el cochero que las calles iban llenas de gente, hizo un pequeño rodeo, temeroso de atropellar à algun niño en la oscuridad que ya se habia extendido.

Atravesò la plaza, y tomando por el teatro, se hallò bien pronto en la plazuela de Rico que entonces no era otra cosa que un baldio solo y desierto.

Iba el cochero à tomar la calle que sale á la Garita, cuando instantáneamente y sin advertirlo, se vió detenido en el pescante, por cuatro brazos vigorosos, uno de los cuales quitándole las riendas latigueò los caba-

llos, mientras los otros le ponian à la boca una mordaza que le impedía hablar, y le sujetaban las manos y los piés, obligándole à permanecer en el pescante.

En tanto que esto pasaba con el cochero, en el interior del carruaje, se efectuaba otra escena casi igual con las jóvenes á quienes otros dos hombres se habían encargado de sujetar, impidiéndoles toda defensa.

Este golpe habia sido tan violento, y preparado con tal maestría, que vanamente intentaría yo describirlo como fué, mucho menos cuando mi mano y mis pensamientos son tan torpes para ello.

Hostigado el tiro por el nuevo cochero que lo gobernaba, partió al galope, y bien pronto el carruaje, envuelto, en una nube de polvo, se detuvo en el callejon de los Capulines, llamado asi, por los muchos árboles que de este nombre bordan su orilla izquierda, formando con sus ramas frondosas y tupidas, una sombra agradable á la hora del sol y un tanto pavorosa á los pàlidos rayos de la luna, por los mil fantasmas que la imaginacion se forja al través del silencio, de la soledad, y del vientecillo, que moviendo las hojas con un ruido vago y melancólico, hace al caminante volver la cabeza hácia atras ó persignarse si es superticioso.

La luna, un tanto opaca, derrama esa claridad media, luz indecisa, como la que se desprende de la torpe pupila del moribundo.

El hombre del pescante silbó entónces, y otro hombre destacándose del grueso tronco de aquellos àrboles gigantes, se adelantò, montado en un hermoso caballo blanco.

Al mismo tiempo, las portañuelas del coche se abrieron, y dos hombres salieron de él conduciendo à una mujer.

¡Era Cecilia!

Adelántaronse con ella hácia el ginete, quien colocàndola en la silla, partió al galope con su preciosa carga.

¿Qué era de María entónces?

Veamos lo que hacia, mientras tenia lugar lo que acabamos de referir.

Cuando vió que Cecilia, arrebatada tan bruscamente de su lado por sus raptores, iba à desaparecer quizá para siempre, la desesperacion se apoderó de su alma, y haciendo un esfuerzo supremo. rompió el pañuelo que ataba sus manos, y se deslizó del carruaje sin hacer el menor ruido; yendo à ocultarse tras el grueso tronco de un Capulin.

Se habia quitado el pañuelo que le impidiera hablar; pero ni un ¡ay' dejò escapar de su garganta, temerosa de ser descubierta. Queria observar desde allí, algo que le diera luz sobre el paradero de Cecilia para volar, si era posible á su socorro.

Mas de repente, cuando ya solo el carruaje quedaba allí, y las pisadas de los bandidos parecian perderse en la distancia, la silueta de un hombre se dibujó frente á la jóven llenándola de pavor y de sobresalto.

Un rayo de luna bañaba de lleno las facciones del desconocido. María tembló, y se llevó una mano al corazon, como si presintiese algo mas funesto todavía, que lo que acababa de acontecerle.

Aquel hombre, le recordó por un instante la historia de su madre; y sin embargo le era bastante conocido.

—Al fin puedo hablar á solas con María Colombo, dijo cruzàndose de brazos.

—Andres, exclamó la jóven con airado acento, ¿te ha dado, por ventura, mi padre la órden de seguirme, de asechar mis pasos, de tutearme y de usar llanezas conmigo?

—¡Oh! no; todo lo hago por mi cuenta, dijo el bandido con ironía, y clavando en ella una mirada en que se traslucia el fuego vil de una pasion reconcentrada.

María la resistió con entereza, y adelantándose con la majestad de una reina, exclamó.

—¡Deja libre el paso á la hija de tu Capitan!

El bandido á pesar de esta órden, permaneció tranquilo é impasible, sonriendo atrevidamente.

La jóven dió con el pié en el suelo, y repitió la órden, sin obtener mejor resultado.

—Mal me conoces María; no he venido aquí á recibir òrdenes, sino à imponerlas, dijo el bandido en tono sarcástico; ¡estás en mi poder! En vano has tratado de huir rompiendo tus ligaduras:

El hombre que vigilaba su presa, no podia dejar de verte y de seguirte.

—¡Silencio, miserable, silencio! gritó la jòven sintiendo refluir la sangre á sus mejillas.—Silencio ó tendré que acusarte á mi padre!

Andres soltó una carcajada estridente que hizo temblar á la jóven, y la dijo burlonamente:

—La sobrina del señor Vizconde, ó mas bien la Vizcondeza...... tendrá hoy, mal que le pese, que callar, y oír al miserable Andres Patiño, como le llama, y que ha tenido el atrevimiento de amarla desde hace algun tiempo. Esa amenaza que me haces, me causa la misma impresion que un rayo de sol sobre la frente. Colombo no manda en mi corazon, y no le temo ni como valiente ni como superior; porque, enamorado de tí, no tengo mas capitan que mi voluntad, ni mayor enemigo que el que ose disputarme á la señora de mi alma.

Al escuchar estas palabras, María, dominó un movimiento de horror, que no pasó desapercibido à los ojos del bandido.

Parece, añadió Andres, que mi declaracion un tanto brusca te causarà miedo. ¡Ya se ve! no tengo ni el tràje ni las enmieladas palabras de Rafael Ordoñez, ese catrin almidonado de banqueta, que aborrezco porque te ama; pero pese á él, tú habrás de ser mia, aunque tenga para ello, que pasar sobre cien muertos!

—¡Qué seré tuya......! exclamó María con supremo desden, ¡qué seré tuya, Andres......? Primero me mataría!

Al concluir estas palabras, un silbido prolongado hi-

riò los oidos de Andres, que irguièndose con altaneria, la dijo:

—¡Hoy fué Cecilia, mañana serás tú, no lo olvides! Andres se alejó y fué á desatar al cochero que al pié de un capulin, esperaba atado de pies y manos, su última hora.

—No has de decir, perillan, que no te dejo algo, le dijo el bandido, rompiendo las cuerdas que lo sujetaban. El robo de una mujer, vale poca cosa, cuando se deja otra, y es tan hermosa como la que te queda ahì.

El pobre hombre entumecido por las ligaduras, no pudo levantarse luego, y Andres para quien la humanidad y la compasion eran palabras vanas, le dió un puntapié tan fuerte, que le tiró boca abajo, causándole un golpe rudo, que casi le dejó sin sentido.

Andres echò à correr y pronto se le vió desaparecer entre los àrboles.

Cuando el cochero pudo levantarse, fué en busca de María; pero la jóven habia desaparecido; y solo encontró el carruaje á una corta distancia suya.

Mas muerto que vivo subió al pescante, y pronto se encontró en su casa, dando cuenta del fatal accidente á todos los que iban á verle.

¿Qué habia sido de María?

Retrocedamos al punto en que Andres la dejó, atento al silbido que era la señal acordada para que dejara libre al cochero y fuese á reunirse con los demas.

Cuando María se vió sola y midiò lo terrible de aquella escena, un ¡ay! doloroso se escapó de su pecho; y cayó sobre la yerba sin sentido.....

Pero casi al mismo tiempo, la silueta de un hombre se dibujó á su lado: la contemplò con amargura, casi con dolor, y levantándola en sus robustos brazos, como si levantase un niño, echó á correr con ella para la ciudad.

¡Aquel hombre era Martin!

CAPITULO III.

# A la luz de la luna.

Al sureste de Zapotlan y á una distancia de diez leguas, existe un pueblo pequeño llamado hoy Tamazula de Gordiano, por haber sido patria de D. Gordiano Guzman, uno de los héroes que mas brillaron, por su valor y recomendable conducta, en las guerras de la Independencia.

Este pueblecito, acreedor á mi cariño por mil títulos, donde cuento tantas amigas bondadosas, y donde tantos recuerdos agradables ha atesorado mi alma; presentaba, en la época à que me refiero, un aspecto triste; en su seno se disfrutaba una vida monòtona y semicampestre, pero dulce y tranquila; no era lo que es hoy, hoy que la civilizacion, avanzando por todos los pueblos de nuestro suelo, los ha regenerado con esa lúz diàfana que despide de su brillante corona, dejàndoles una huella indeleble de su paso, relativamente al lugar que ocupan en la escala social y política.

En lo antiguo se le conocía por el nombre de Real de Zula; nombre que debió á sus ricos minerales, explotados en tiempo de la dominacion española, y hoy cegados completamente.

Se deduce de esto, que si bien, en la grandeza y cultura no ha ocupado un lugar preferente, si le ha ocupado en el órden pecuniario.

Pero dejando todo esto, á lo que, algunos de mis lec-

tores darán el valor de un comino, sigo haciendo el apoteosis de esa simpàtica poblacion, á cuyo recuerdo demasiado agradable para mí, consagro estas líneas.

Figuraos unas cuantas casucas blancas, y otras tantas con el color del adobe, porque para ellas no hubo cal, diseminadas sin órden à la falda de un cerro gigantesco, cuyo penacho rocalloso, elevado y saliente hácia la poblacion parece amenazarla constantemente con un derrumbe, aunque á decir verdad, su cima no ofrece tal peligro porque es demasiado ancha y plana; y figuraos esas mismas casas estrechadas, en la parte opuesta al cerro, por un ancho rio, cuya corriente serpea desnuda de árboles, en una ancha playa que à merced de las lluvias, la aleja ó la aproxima, proporcionándole cada año nuevo, cauce en su plateada arena, sobre la que apenas si osan tomar vida vegetal algunas endebles jarillas; figuraos todo esto y tendreis à Tamazula de entónces.

Hoy, como dije al principio, no es el mismo poblacho de ese tiempo: su blanco caserío, en torno de una pequeña plaza embanquetada, en cuyos costados comienzan à levantarse algunos portales; su templo, que en mejores condiciones, se enorgullece con el culto sencillo, pero lleno de fé y constancia, que se tributa á la Madre de los pecadores, bajo la advocacion de Ntra. Sra. del Sagrario: sus saucedas y platanares; sus plantíos de hortaliza bien cultivados; sus sandillales: ese mismo rio silencioso, ese mismo cerro amenazante, cuyas altas rocas repercuten el eco de las campanas y hasta el grito fuerte de los juguetones muchachos; todo esto tiene su poesía, su belleza particular, como dijera Lamartine, el poeta frances.

Pero dejemos á Tamazula tal como es ó como era, y reanudemos el hilo de los acontecimientos que vengo narrando.

En el centro de la poblacion existía una casa baja, semejante en todo á las demas, sólo que esta tenia à la calle un gran corredor sostenido por fuertes horcones,

que servian à menudo á los rancheros y viajeros para atar sus caballos, miéntras se iban, pues con ser dicha casa un meson y haber en él una fonda, queda explicado que acudieran allí todos los foráneos, en busca de hospedaje.

El dia en que presento á mis lectores esta nueva casa, era el mismo en que Cecilia Miranda habia desaparecido misteriosamente robada, por una banda de arrieros, que como hemos visto, no era otra cosa que cuadrilla de bandoleros disfrazados.

A los horcones habia atados un par de caballos retintos, con buenas monturas; y ostentando en los arzones, ambos á dos, una excelente carabina, una espada envainada y un par de pistolas bien montadas.

Iban à sonar las tres de la tarde, es decir unas cuantas horas ántes del rapto de Cecilia, cuando salieron de la fonda dos jòvenes y desataron las riendas que sujetaban los corceles.

El que parecia tener mas edad no pasaba de veintiocho años. Este jòven era alto, rubio y bien formado: sus ojos, de un azul intenso oscuro, estaban velados por una ceja perfectamente arqueada que los hacia mas expresivos y ardientes.

Una espesa patilla comunicaba á su semblante varonil, cierta gravedad que estaba en armonía con el conjunto de sus facciones un tanto severas à la vista.

Llamàbase Adolfo Dieguez, era empleado del gobierno vireinal de México, y poseía además su despacho de capitan; aunque por entónces se hallaba separado del servicio militar, carrera que habia seguido solo por complacer á su familia.

En la época que nos ocupa, desempeñaba en Zapotlan algunos negocios que añadidos á otras circuntancias que á ellos se enlazaron, debian retenerle allí por algun tiempo.

Dos dias hacia que se hallaba en Tamazula, y á la sazon iba de vuelta para Zapotlan.

Adolfo conservaba siempre un aire triste y medita-

bundo; y no era extraño verle pasar horas enteras solo, aislado del resto de la sociedad, con la frente apoyada sobre la mano y arrugando á menudo el entrecejo, como si el peso de sus pensamientos le fatigase.

¿Habia sido siempre así? Nó; quien le hubiese visto dos años àntes, le habría hallado amable, galante y alegre; pero de un año à la fecha que nos ocupa, su cambio habia sido tan notable, que sus amigos se le habian ido retirando poco à poco, quedándole solo uno, uno de esos amigos, tan escasos en el mundo, y que tanto saben compartir la alegría como las amargas horas del dolor.

Era este Rafael Ordoñez, á quien ya conocemos, ¿Qué causas habian contribuido à efectuar tal cambio en Adolfo Dieguez? Vamos à decirlo en pocas palabras.

Adolfo habia llegado à Zapotlan, al lado del coronel Miranda, que le profesaba un cariño casi paternal, y á quien él amaba con la ternura de un hijo, hacía muchos años. Esa reciprocidad de afectos, diò por resultado, que él y Cecilia se amasen tanto que se pensó en un matrimonio que haciéndolos felices, formara una sola familia.

El enlace estaba resuelto; solo que hasta su verificativo mediaba un plazo de tres meses.

Pero ¡ay! aquellos tres meses quizá no debian cumplirse nunca!

Un dia fué preciso que el coronel Miranda acompañase una conducta que iba à Manzanillo.

Al llegar al Pedregal, los bandidos la asaltaron. Se trabó un combate sangriento entre los asaltantes y asaltados.

Pero el nùmero de los bandidos era superior, y el campo quedó por ellos.

La conducta fué robada, y el coronel desapareciò del campo, sin que habiera podido aclararse qué habia sido de èl.

En vano se habian hecho esfuerzos para encontrarle.

El Pedregal y todos sus contornos, habian sido registrados con escrupulosidad, creyendo hallarian su cadáver: se extendieron avisos pidiendo noticias sobre su paradero; pero todo fué inútil.

El coronel desapareció sin que volviera á saberse de èl.

Algunos soldados huyendo de los bandidos, despues del combate, le habian visto partir á escape.

Esto era lo ùnico que se sabia.

El matrimonio de Adolfo se suspendió hasta que no se aclarase algo sobre el paradero del coronel, cuya desaparicion era un misterio para todos.

Adolfo como empleado del gobierno, como amigo del coronel, y como prometido de Cecilia; se dejó dominar por un pesar triple; pesar voraginoso en que tanta parte toma el amor propio, que se ve vencido en sus indagaciones, como el sentimiento doloroso del alma que pierde de un golpe sus ilusiones, sus sueños y sus esperanzas.

Adolfo sufrió un cambio completo; y como empleado que era, dedicó todo su tiempo desocupado à hacer pesquisas sobre el paradero del coronel, pesquisas que hasta entónces habian sido inútiles.

Conocidos estos antecedentes, volvamos à nuestros jòvenes; diciendo ántes que el jóven que acompañaba á Adolfo, no era otro que Rafael Ordoñez.

Una vez desatados los caballos, montaron ambos. Y Adolfo consultando su reloj, dijo à su compañero:

—Son las tres de la tarde, y el Pedregal es punto muy peligroso, como sabes. Apresurémonos, para que la noche no nos tome ántes de atravesarle.

—Lo que es yo, no tengo miedo Adolfo ¿qué puede sucedernos? ¿Que nos echen la pela? Desnudos venimos al mundo y......

—Tienes razon, yo tampoco me preocupo por eso; pero sentiria morir, ahora que soy el único que puede velar por la suerte de Cecila; y la muerte, tratándose

de un encuentro con los bandidos, en mayor número, es casi segura.

—Si y nó, dijo Rafael en tono bromista. Si nos dejamos pelar como dos pollos, sin decir pio, nos dejaràn vivos.

—¡Imposible, Rafael! Si yo me viese frente à frente de un bandido, te juro que le mataría, si èl no tenia la fortuna de matarme primero; tanto así es el odio que les tengo á los raptores de mi felicidad!

Además ¿no podria suceder muy bien, que el bandido á quien yo matase, fuera el asesino del coronel Miranda? Matàndole me vengaría, y cayendo muerto à sus manos, habria cumplido en la lucha, con el deber de amigo, de prometido y de soldado.

Adolfo habia pronunciado las anteriores palabras con todo el fuego del odio y de la conviccion. ¿Tenía datos claros que le hicieran adivinar en los bandidos, el misterioso crìmen en que se habia envuelto la desaparicion del coronel? No tenia ningunos: el tiempo no habia hecho luz sobre aquel oscuro acontecimiento. Sin embargo, un secreto presentimiento, los acusaba á su conciencia como autores del crímen. ¿Por qué no creer en los anuncios del corazon, si casi siempre son certeros? En la felicidad ó en la desgracia, se nos anticipan, casi siempre esos anuncios vagos, esas inquietudes extrañas, á cuyo influjo no podemos sustraornos, por mas que hagamos un esfuerzo heróico.

Habian salvado la mayor parte del camino, platicando á veces; á veces cabisbajos y pensativos, y otras, embebidos en las armonías de la tarde, tan dulces cuando se camina, tan deleitosas cuando el pensamiento se reconcentra tras la vidriera de los ojos, que le traslada las imágenes revestidas de toda su poesía.

Unos paisajes pasan, otros se tocan, otros se vislumbran: unos àrboles y unos montes se nos alejan, miéntras otros se nos acercan con sus rayos de sol, sus puntos oscuros y sus filetes azulados y verdes.

De cuando en cuando, cruzan á la vista del caminan-

te aves cuyo vuelo pesado, pareco decirle, que el desierto de la vida se salva con dificultad! y otros, cuyo vuelo ligero, le habla muy alto de la proximidad del cielo, cuando el alma se eleva en la atmóstera de la virtud.

¡No hay momentos, no hay dias en que se piense mas; en que la imaginacion remonte, con mas ahinco, su vuelo por los espacios intelectuales y morales; en que el corazon se embriague mas en los atractivos de la naturaleza, que cuando se camina á caballo. Y hago notar esta diferencia respecto del carruaje, porque solo caminando así, se goza de toda la perspectiva de los campos· solo así nos damos cuenta de todas las bellezas agrestes de la soledad: solo así, cuando el sol nos agobia, obligàndonos à recostarnos á la sombra de un àrbol, sobre la verde yerba, podemos admirar debidamente esas combinaciones, en que la mano de Dios pareciò jugar con montes, valles, àrboles, fuentes, pájaros y flores, mientras la remuda pasta cerca de nosotros; y llegan á nuestros oidos, uniformes y enlazados, el ruido del viento en las hojas de los árboles y el murmullo del arroyuelo que allí cerca apagò nuestra sed!

Cuando se viaja en carruaje, por cambio de todas estas bellezas, tenemos el hastio; la monotonía del camino; la somnolencia y pesántez que invade nuestros miembros: el polvo que se introduce; y que unido al humo de los fumadores, producen naúceas, y nos hace lamentar, aun que en silencio, el uso del tabaco y la falta de cortesía de sus adeptos. Añádase à esto el desagradable aliento de los amantes del vino que nos llega al rostro, los modales bruscos de esos acompañantes de botella, y se tendrà la caminata mas desagradable.

Pero dejémonos de viajes; pocos ó ninguno de mis lectores, leeràn mi libro viajando; y yo, al escribirlo, no emprendo mas viaje que el de la imaginacion que inventa, el corazon que siente y la mano que escribe.

Adolfo y Rafael continuaban su camino, como he dicho, ya silenciosos; ya en animada conversacion. Y no

pocas veces, los nombres de María y de Cecilia se escaparon á sus lábios.

¡Los dos amaban, y por circunstancias excepcionales, los dos se veian contrariados en aquel amor puro, que era su sueño, su felicidad!

Para los enamorados, se cierne siempre una aura de dolor, pronta á mezclar su acíbar en la copa dorada de las ilusiones que, en la embriaguez de su corazon, se forman.

En este sentido, podriamos decir, que el amor gusta de verse rodeado de sombras; sombras que se extienden en torno suyo, en proporcion á su intensidad ó fases que presenta; y en este punto podemos asegurar, que tiene muchas màs que la luna; es decir, que esta viajera de los espacios, es pobre junto al niño ciego.

Estas sombras à que hago alusion, no son otra cosa que el deseo, la intranquilidad del alma, la ansiedad del espíritu, la impotencia del corazon para hacerse superior á la sed que le arrastra, y que no tiene lleno: sed voraginosa, que nos lleva à desear màs de lo que podemos.

Para que un enamorado fuera feliz, deberia carecer de estas afecciones; y para que estas afecciones le fueran negadas, necesitaria no tener corazon; y no teniendo corazon, dejaría de estar enamorado.

Cuestion sin rèplica es, que desde el momento que se comienza amar, se comienza á sufrir.

Y es que el amor sin sufrimientos que lo purifiquen, se levanta débil en el corazon; y dura poco, y sus goces son tan efímeros, como la lozanía de esas flores que nacen y crecen cobijadas por la sombra.

Pero volvamos á nuestros jóvenes.

Las sombras de la noche comenzaban á extenderse, envolviendo entre sus negras blondas, los blancos muros de la hacienda de Huescalapa: un soplo leve y blando, agitaba las copas de los árboles, y alguno que otro pájaro, gorjeaba, acurrucado entre las hojas de los achaparrados nopales.

—Apresuremos el paso, dijo Rafael, porque la noche está sobre nosotros y el Pedregal se alarga.

Adolfo por toda respuesta hirió los hijares de su caballo, que comenzò à galopar.

Ambos ginetes guardaban silencio, mientras sus caballos herian las piedras ò rasgaban el zacatillo bajo sus pesuñas.

En ese tiempo, el Pedregal era aun mas peligroso: frecuentes robos y asesinatos se contaban allí; y nadie se atrevia á pasarlo solo ni de dia, mucho menos de noche. Asi es que los comerciantes, rancheros y *burriteros* que tenian que andarlo, se reunian en pequeñas ó grandes caravanas, para poderse defender, en caso de agresion.

El terror que inspiraba el nombre de Vicente Colombo, tenia en constante alarma á todos los viajeros.

Hacia 17 años como sabemos, que se habia enseñoreado con su cuadrilla, en el Volcan; y desde entónces era el azote de todos los pueblos vecinos à su terrible cuanto misteriosa morada.

No habia caminante que, al pasar por el Pedregal, lo hiciese con el corazon tranquilo, y sin escudriñar con la vista las sinuosidades del camino á cada momento. Y era raro que hubiese de atravesar aquel punto sin un mal percance.

El Gobierno, por su parte, habia hecho, y hacia todo lo posible para descubrir la guarida de los bandoleros. Varias veces se habian enviado valientes jefes á inspeccionar la Montaña y sus alrededores, sin contar con que la policía tomaba constantemente una parte activa, redoblando su vigilancia. Pero todo era inútil, la residencia ordinaria de aquellos, se perdia en conjeturas vagas, sospechas sin fundamento, que daban siempre un resultado infructuoso.

Cuando Adolfo y Rafael se vieron sorprendidos por las densas sombras de la noche, y quizá en el punto mas peligroso, pues entraban à un puertecito à cuyo fin, los copales y las peñas se agrupaban formando un

bosque oscuro y tupido, llevaron la mano instintivamente á la pistola que llevaban à la cintura; espolearon los caballos silenciosamente, dirijiendo miradas inquietas en torno suyo.

No eran cobardes, pero la hora y el sitio no eran los mas á propósito para inspirar confianza. Asi es, que mas de una vez, al moverse la sombra de un copal, jugada por el viento, creyeron ver la silueta de algun bandido que iba á marcarles el alto.

Habian atravesado el puentecillo y las sombras del bosque los cubrian enteramente, cuando á una distancia de veinte varas, y por el centro de un claro en que la vejetacion escaseaba, vieron cruzar como relámpago un ginete, que parecia llevar en la silla una mujer.

La luna ópaca y dèbil acababa entònces de levantarse tras de los montes, enviando á la tierra sus plateados rayos.

—Rafael, dijo Adolfo por lo bajo, me parece que ese hombre lleva un precioso fardo.

—Efectivamente, porque si no me engaño, lleva una mujer, observó Rafael.

—Sigàmosle, murmuró Adolfo: el hombre tiene la traza de ser un ladron, y tal vez esa mujer necesite auxilio.

Y ambos jóvenes, dicho lo anterior, torcieron por una senda y al galope, con intencion de cortar al ginete la delantera, abreviando terreno.

Pero en el momento que creian logrado su intento, pues que el misterioso ginete les daba la ganancia de un retraso que no habia podido salvar, quizà por la preciosa carga que conducia, una bala pasò silbando cerca de ellos: se oyó un grito débil y apagado, luego la precipitada fuga de un caballo; y despues todo quedó en silencio.

—El tiro ha partido de muy cerca, dijo Rafael reponiéndose de la sorpresa que el inesperado tiro le causara, ¿seria acaso dirigido à nosotros?

—Creo que no, objetó Adolfo, porque ya tuviéramos

encima al enemigo ò algunos otros tiros. Sin embargo, me parece que la bala ha sido certera para alguno, porque à su detonacion se oyó clara y distintamente un grito de dolor.

—Desengañèmonos, dijo Rafael, dirijiéndose al sitio del siniestro; y tomando por norte para ello, el lado por donde el eco de aquel grito habia llegado á sus oídos.

Adolfo le siguió con ànimo resuelto.

Siguieron aquel sendero por donde su hombre venía; y á poco andar los caballos se encabritaron sin querer pasar adelante. Entónces vieron, á la claridad de la luna, un cuerpo rígido en un charco de sangre.

Tocándole con la punta de la espada, trató Adolfo de reconocer si estaba ó nó, bien muerto, despues de lo cual, exclamó con calma estoica.

—Asunto concluido: un bandido ménos.

—Pero ¿y la mujer qué traía? Porque este hombre debe ser ó, mejor dicho, es el que vimos atravesar el campo à carrera abierta.

—Efectivamente aquel hombre era de formas atléticas y este tambien lo es, contestò Adolfo. ¿Pero qué nos importa su paradero? Vámonos, que el sitio no es muy agradable.

Iban á ejecutarlo, mas ántes de dar un paso, se vieron agredidos por dos hombres de á pié, que puñal en mano, les intimaban á rendirse. Tras aquellos dos y como brotados de la tierra, aparecieron instantáneamente otros cuatro.

Nuestros jóvenes, aunque sorprendidos, comprendieron que en aquel brusco asalto, solo su valor y sangre fría podian salvarlos; y ántes de que los bandidos se les acercasen, se pusieron en guardia, amartillando sus pistolas.

—¡Alto ahí, miserables! gritó Adolfo, con denuedo y sangre fría.

Una doble detonacion siguió á sus palabras, y dos

de aquellos hombres rodaron por el suelo, á pocos pasos del otro cadáver.

Los cuatro restantes trataron de defenderse; pero la suerte favoreció á nuestros jóvenes; y tuvieron aquellos que desbandarse echando imprecaciones horribles.

Adolfo y Rafael, libres del mal paso, partieron à escape, temerosos de que los bandidos reforzàndose volviesen á la carga.

¡Pero cuàn agenos iban de que aquella mujer, que habian visto pasar como una exhalacion en los brazos del bandido, fuese Cecilia'

Al haberlo sabido se hubieran quedado escudriñando la montaña hasta encontrarla, alentados por la desesperacion, el amor y la amistad.

Todo lo hubieran trastornado para conseguir su objeto; con todo hubieran arrostrado ménos con la idea de no recobrar el tesoro de su alma, robado á la amistad, en uno; y al amor ardiente, apasionado, en el otro.

Pero aquella mujer les era extraña; y como extraña, les era indiferente: por eso sin cuidarse de su suerte siguieron adelante.

¡Egoismo y siempre egoismo en el corazon humano! No se acobarda, este, ni tiene valor, si no por lo que le es querido ó de alguna manera habla á su interes! En vano ve la lucha, la desgracia, y hasta la desespesion de un ser à quien no le unen los lazos de la simpatía, las afecciones de la sangre, el interes de un bien social!

Y es, que el egoismo en riña siempre con la caridad, no la deja obrar libremente el bien; y con su dedo de hierro la oprime, le cierra los ojos de la compasion; en una palabra, la mutila, la torna en deforme ahogando sus buenos sentimientos, privàndola de sus mas nobles atributos, como son la abnegacion y el desprendimiento en favor de la desgracia, sea cual fuere.

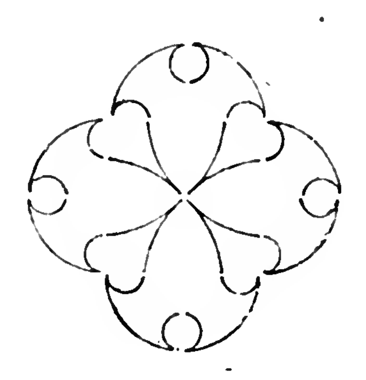
¡Millares de veces se presencian actos inhumanos, en que el espectador, permanece impasible y curioso, co-

mo si se tratase de una funcion teatral, pudiendo salvar à la víctima!

Cecilia en esta ocasion fué un ejemplo práctico de esta gran verdad. Se la consideró víctima, se intentó hacer algo en su favor, se la tuvo lástima; pero nada mas; aquellos sentimientos pasaron como nube de verano.

¿Qué les importaba á nuestros jóvenes su suerte, si les era desconocida; si por su imaginacion no pasó ni remotamente, la idea de que aquella mujer fuese un ser querido?

Salvos de un peligro, se alejaban tranquilos, sin pensar que tal vez dejaban tras sí, lágrimas y desesperacion.



CAPITULO IV.

## Una fortuna que se viene y un amor que se va.

Voy á conducir à mis lectores á la casa de D.ª Mercedes, una hora despues del rapto de Cecilia.

Nada me disgusta tanto, cuando leo una novela, como que el autor deje pendiente el hilo de los acontecimientos, y me lleve á presenciar hechos retrasados, que vienen á entorpecer el pronto desenlace de aquellos.

Pero como dice el adagio: "Lo que no quieras ni ver, en tu casa lo has de tener." Perdónenme, pues, mis lectores si hoy me vengo de esos disgustos, haciéndoles á mi vez desandar lo andado cuando juzgo estaràn ansiosos del desenlace. ¡Paciencia, lectores mios, con la autora de este libro, quien no tiene mas intencion que agradaros, entreteniendo vuestras horas de ócio. Adelante

Esperaba D.ª Mercedes la vuelta de su hija con esa ansiedad tenaz y asustadiza que domina el corazon de una madre, separada del hijo de su amor.

Iba y venia de la ventana al pasillo; y no pocas veces habia enviado à preguntar à Juana por la vuelta de las jóvenes, sin alcanzar respuesta que calmara su inquietud.

Hacia rato que la noche habia cimentado su imperio de doce horas; y la lobreguez de ella, aumentaba la zo-

zobra que, sin saber por qué, dominaba su corazon, llenándole de tristes y amargos presentimientos.

Bien comprendia, que carecia de motivos fundados para preocuparse; pero ¿qué madre ausente de su hijo, no basca en su imaginacion excitada, y encuentra causas alarmantes, ya sean quiméricas ò ficticias, que hablen á su corazon de una desgracia posible?

Nunca la madre sueña dichas y felicidad, si no abraza con la luz amorosa de sus ojos la frente de sus hijos; si no está, por decirlo así, contando los latidos de aquellas infantiles almas que hacen parte de la suya.

¡Oh! los que esto leais, no lo tomeis à exageracion! De tal manera es el corazon de la madre, que, cerca de sus hijos, nada teme para ellos, porque le parece que su solo cariño, cariño inmenso, basta à cubrirlos, miéntras el centinela de sus ojos los vigile; y léjos de ellos, todo le parece amenazador; y cada pensamiento, cada idea, es un abismo que la espanta, le hiela, haciéndolo pusilánime y cobarde.

El corazon de D.ª Mercedes estaba oprimido, tanto mas cuanto que los paseos que solian dar juntas María y su hija, nunca se prolongaban hasta la noche.

De repente oyó voces en el patio, voces confusas que llegaban á sus oídos como el toque de agonía. Se apartò de la ventana, y al volver el rostro vió avanzar á Juana hàcia ella, con paso precipitado, y que loca de pesar, sin tener conciencia de lo que decia, exclamaba, fuera de sí:

—¡Qué acontecimiento, Dios mio, qué acontecimiento!

—¡Mi hija! mi hija! exclamó D.ª Mercedes, presintiendo que se trataba de ella.

—Cecilia...... sí, Cecilia......! balbuceó Juana.

¿—Le ha sucedido algo, Juana? dígamelo, por piedad!

—¡Pues bien, exclamó Juana, es necesario que vd. lo sepa de una vez; la señorita Cecilia, ha sido robada por unos bàndidos!

—¡Robada......! gritó D.ª Mercedes, cayendo sin sentido en los brazos de Juana.

No tardó María en formar parte de aquel cuadro desolador, y aunque la pobre jóven, necesitaba en aquellos momentos que se la prodigasen consuelos, porque su alma generosa se hallaba profundamente herida, supo sobreponerse á la situacion que pesaba sobre ella, prestando á D.ª Mercedes los consuelos y auxilios que creyó oportunos.

Pasado el doloroso vértigo, la infortunada madre abrió los ojos, murmurando débilmente:

—Cecilia......!

No pudo continuar. miró á María, que pàlida como la cera, esquivaba sus miradas, y un torrente de lágrimas rodó por sus mejillas.

María tambien lloraba, sin atreverse á decir palabra sobre aquel extraño suceso perpetrado por la gavilla que su padre capitaneaba.

Hay cuadros que no son para describirse, porque las formas palidecen al pasar por la pluma, y las ideas enmudecen, suspensas entre el fondo de dolor que se destaca y la luz de la felicidad que se disipa.

Este cuadro pertenece á los citados; y por eso lo paso por alto, cubriéndolo con el velo del silencio.

Al cabo de una hora ó poco mas, aparecieron en el saloncito Adolfo y Rafael: en el semblante del primero, estaba pintada la mas honda desesperacion; en el del segundo, el mas amargo pesar.

—¡Adolfo, hijo mio! exclamò D.ª Mercedes, renovando todo su dolor á la vista del jòven; no sabes el nuevo infortunio que me hiere. ¡No sabes......?

—¡Todo lo he sabido al entrar à mi casa! Cecilia ha sido robada; pero, juro revolver esa montaña, guarida de bandidos, hasta encontrarla á ella y á su padre, ó vengarme de esos infames! exclamó Adolfo con acento frenético y apretando los puños.

—¿Tiene vd. sospechas? preguntó Marìa que instintivamente habia temblado, al pensar en su padre.

—Demasiado ciertas, María, se han levantado en mi alma. Esta tarde, cuando Rafael y yo atravesábamos el Pedregal, ha sido muerto un hombre que conducia en sus brazos à una mujer; y esa mujer.... ¡era Cecilia!

—Pero decís que murió...... objetó María.

—Sí, señora, atravesado por una bala, justamente merecida; pero el matador sin duda alguna, se apoderó de aquella misteriosa mujer, porque al llegar nosotros al sitio del drama, no quedaba mas que un cadáver!

—Pero, murmuró María, dejando entrever una esperanza; ¿no puede suceder que ella se haya ocultado, y si, como suponeis, era Cecilia, la veamos aparecer aquì de un momento á otro?

—¡Para Dios no hay imposibles! murmuró à su vez D.ª Mercedes; pero yo creo que mi hija¡ la hija de mi alma! ha sido robada por los enemigos de su padre; y que como à este, no volveré à verla nunca!

—¡Quizá la señora tiene razon! añadió Rafael, que hasta entónces habia guardado silencio.

Esta apreciacion avivó el dolor de todos aquellos seres, que desde allì, en adelante, solo verian en Cecilia una víctima infortunada de alguna venganza oculta ó de alguna pasion criminal.

Dos horas despues, Adolfo y Rafael se dirigian, cada cual á su casa, dominados por un pesar profundo.

Sin embargo, entre el dolor de ambos se dejaba ver una notable diferencia, tan grande como la que puede haber del cielo à la tierra.

Rafael tenia el alma toda ocupada con el amor de María; y este amor atenuaba su sentimiento por la desgracia de Cecilia, á quien consagraba una amistad sincera: asi es que á través de sus lágrimas aparecian sonriendo los mil fantasmas de sus doradas ilusiones. Su dolor, por lo tanto, no podría igualar al de Adolfo.

¡Pobre Adolfo! No habia amado mas que una vez en la vida! Solo una mujer habia llenado su alma ávida de ilusiones y de esperanzas; aquella mujer era

Cecilia que acababa de desaparaecer tal vez para siempre!

Júzguese, pues, cual seria, no el pesar sino la desesperacion de Adolfo, al ver huir la mitad de su alma arrebatada por enemigos desconocidos, contra los que era impotente, puesto que no sabia ni quienes eran, ni donde se ocultaban.

Sospechaba que aquel nuevo golpe venia de los bandidos, quienes no dudaba, eran ó los asesinos ò los secuestradores del coronel Miranda.

Y sospechaba porque habia sido testigo del terrible lance del Pedregal. Empero ¿qué habia sido de aquella mujer que á través de las sombras y entorpecido por la distancia, no habia podido reconocer? ¿Quién habia tenido interes en matar al raptor para apoderarse à su vez de ella?

Esta escena que á cualquiera otro le fuera indiferente era para nuestro jóven de sumo interes, porque la hora en que se perpetró coincidia con el rapto de su amada.

¡Còmo lamentaba, aunque demasiado tarde, su morosidad en dar alcance al bandido, ántes que la bala le hubiera muerto, y otro se apoderara de la desconocida!

Cabilando con estos y otros pensamientos aun mas tristes, aumentaba Adolfo su desesperacion.

Mil ideas de venganza asaltaban su imaginacion calenturienta y exaltada.

Fatigado al fin, como si quisiera dar algun descanso à su espiritu agitado, se sentó en un sillon, recargó la cabeza en su respaldo, y cerró los ojos, para ocultar las lágrimas que trataban de asomar á ellos.

De repente, dos toques dados á su puerta con entereza le sacaron de su ensimismamiento, y paràndose, dijo con voz recia:

—¡Adelante!

La presion de una mano agitó la puerta, que se abrió

dando paso á un muchacho imberbe como de quince años.

Adelantòse este, sombrero en mano, hàcia Adolfo, y le entregó una carta, añadiendo:

—Señor, dos veces he buscado hoy à vd. para entregarle esta carta, que le mandan del correo.

—Está bien, puedes retirarte, le dijo el jóven con mal humorado acento.

El muchacho salió, echando sobre él una mirada curiosa.

Adolfo desdobló la carta, despues de romper la cubierta, y leyó su contenido.

Helo aquí:

Cádiz, 9 de Noviembre de 17......

Sr. D. Adolfo Dieguez.

Zapotlan. [En Nueva Galicia]

Muy señor mio:

"Habiendo fallecido en esta capital, el Sr. D. Laurencio Granados, á consecuencia de un ataque al cerebro, y no constando sus últimas disposiciones por escrito; y como, por otra parte, dicho señor carece de herederos forzosos, nuestro muy ilustre soberano Cárlos IV, á quien Dios guarde muchos años; se ha dignado encargarme de los bienes del difunto, cuya totalidad, que asciende á medio millon de pesos fuertes, algunos terrenos y fincas, permanecerá en mi poder hasta hacer entrega formal de ella, á quien corresponda.

"Tomados informes de la familia del finado, segun órden judicial, se me ha hecho saber, que, no existiendo herederos mas allegados, esos bienes pasarán á manos de vd., como su sobrino inmediato.

"En tal virtud, le suplico, pase cuanto ántes á esta capital, trayendo los documentos de oficio, para acre-

"ditar su parentesco, el que le harà dueño de una for-
"tuna mas que regular.

"Soy de vd. su afmo. S. Q. B. S. M.

"Antonio, Juan de la Cruz Sánchez Osorio, Conde
"del Espino."

Al terminar la lectura de la carta, rugó Adolfo el entrecejo y la arrojó sobre la mesa, con un desprecio que rayaba en cólera.

—¡Bah! murmurò, ¿de qué puede ahora servirme esa carta? ¿Para qué quiero riqueza cuando tengo la muerte en el alma?

¡Qué contrariedades las de la vida, tan amargas y terribles! Si me viene una fortuna cuando ménos la necesito; cuando mi amor ha desaparecido como un astro que se oculta tras la inexpugnable cortina de la inmensidad!

Al concluir las anteriores palabras se oprimió el corazon con ambas manos, como si tratase de calmar sus dolorosos latidos para que fuesen ménos amargos. Dió algunas vueltas y deteniéndose despues frente à la mesa, continuó:

—Hace pocas horas que esa carta hubiera sido mi ventura, porque la fortuna de que es mensajera, habria ido con mi corazon, á las plantas de mi amada......! pero hoy......!

Adolfo inclinó la frente permaneciendo silencioso unos breves instantes. Recogió en seguida la carta, y guardàndola en uno de sus bolsillos, murmuró:

—¡Esta fortuna me servirá para vengar á Cecilia y à su padre!!

## CAPITULO V.

# Donde se prueba que buscando una trama, se puede dar con otra.

Antes de entrar de lleno en el asunto de este capítulo, vamos á retroceder hasta el momento en que colocada Cecilia en el caballo de su raptor, sujeta por los brazos de este bandido, cuyas formas atléticas le habian valido entre sus compañeros, el apodo de Gigante, fuè arrebatada con una velocidad incalculable del lado de su amiga.

Hemos visto á Colombo comunicar sus órdenes à Teodoro, en el Pico del Aguila, para la ejecucion de aquel rapto; y á este despues, aliarse con Patiño, al mas astuto y sagaz de todos los bandoleros; y que como hemos visto se hallaba locamente enamorado de María.

Hemos visto tambien, còmo, para ejecutar semejante atropello, se eligió el dia de Reyes. Y en esto se ve, que no anduvieron torpes, porque el disfraz y la careta del arriero, al mismo tiempo que les alejaban de toda sospecha, les permitian ir y venir por todas partes, preparando el golpe meditado de antemano.

Hasta allí la fortuna les ayudò ó, mejor dicho, les habia sido favorable. El golpe fué consumado, como vimos, con un éxito feliz; y los asaltantes, fraccionados, pudieron huir sin que nadie los persiguiera.

El Gigante, como dije ántes, dió vuelo à su caballo, que á todo escape, comenzó á faldear el Volcan, saltando veredas y matorrales.

Al hallarse en el Pedregal, creyóse en salvo, y orgulloso, y satisfecho del buen éxito de su cometido; y viendo por otra parte, la calma y el silencio que le rodeaban, detuvo de las riendas á su caballo, que jadeante y sudoroso, parecia agotar ya toda su fuerza.

Al atravesar un claro de unas quince varas, en que el terreno declinaba un poco á su izquierda, y enanchaba ascendiendo, hàcia la derecha, la luna aunque opaca por las muchas nubecillas nimbadas que regaban la còncava del cielo, iluminó con su dèbil luz, aquel sitio despoblado y guijarroso, en que no se oían mas ruidos que la amplia respiracion del caballo, el aleteo pesado de la lechuza, al cruzar el espacio, y el resoplido del viento agitando las malezas.

Cecilia abrió los ojos, quizá bajo la influencia refrigerante del viento; pero no pudiendo hablar ni desasirse de aquellos brazos de hierro que la sujetaban, tornó à cerrarlos horrorizada.

Entónces del fondo de su alma subió una oracion á los piès del Padre de las misericordias, y como la oracion es la santa medicina de los dolores, ella se sintió reanimada, y la esperanza halló eco en su corazon para desafiar tan terrible infortunio.

El bandido, que hasta entónces se fijara en ella con mas curiosidad, la contempló con una satisfaccion salvaje, diciendo para sí:

—¡Cuerno! Mi Capitan es hombre de gusto, porque esta chicuela es guapa como un sol! ¡Y qué ojitos, capaces de enloquecer á un santo......! Pues, si me siento con ganas de jugarle á Colombo una mala partida, llevándome esta prenda por esos mundos de Dios......

No habia terminado aùn su monólogo, cuando la detonacion de una arma de fuego, extremeció las rocas, y el Gigante cayó del caballo bañado en sangre. Una ba-

la certera le habia atravesado el corazon.

Cecilia, que habia vuelto á perder la razon, ánte aquel nuevo accidente tan imprevisto como terrible, fué tomada en brazos por otro hombre, que tras el tiro, salia de entre unas malezas, llevando aun en una mano la carabina que habia dado muerte al Gigante.

¿Qién era este hombre, que á su vez, parecia ejecutar un segundo rapto sobre la desgraciada Cecilia? ¿Su àngel salvador quizá, ó algun enemigo más terrible todavía?

Los oscuros hílos de este drama, no nos permiten todavia hacer luz sobre este segundo acontecimiento.

Y puesto que sabemos todas las demàs peripecias que tuvieron lugar en la fatal noche del rapto de Cecilia, voy à presentar á mis lectores la última de ellas, si es que gustan de acompañarme á la habitacion particular de María pieza interior y un poco retirada de las demas.

Marcaba el reloj la una de la mañana; y hacia pocos momentos que María habia entrado á su casa, dejando á D.ª Mercedes acompañada de sus criadas, excepto Juana que tambien se habia venido un poco ántes que su hija adoptiva.

Hallábase la jóven sentada frente à un velador. que repartía una luz dudosa y triste: su semblante estaba mas pálido que la cera; grandes y marcadas ojeras se dibujaban en torno de sus ojos enrojecidos por las lágrimas; y sus trenzas negras, medio deshechas, caian sobre sus hombros, trasparentados bajo la delgada seda de una mascada de tul, prendida sobre el pecho con un alfiler de oro. Su vestido oscuro como la noche, indicaba á las claras, que el luto del alma, trataba de hacerse visible en el ropaje.

A corta distancia de ella, permanecia Martin de pié y con los brazos cruzados sobre el pecho.

Martin era un indio de raza pura, gallardo y bien formado y de fisonomía agradable.

En el momento que lo presento à mis lectores, Marìa lo cubrió con una de esas miradas que tratan de pe-

netrar, è investigar lo mas oscuro y profundo del alma.

El indio recibió la mirada de su jóven ama sin inmutarse, permaneciendo impasible como una estátua, que hubiese sido colocada allí.

—Estamos solos, Martín, dijo la joven con acento triste: nadie nos oye, y quiero aprovechar estos momentos para conferenciar contigo......

—¡Habla! dí lo que quieras, María. El perro fiel está pronto à sacrificarse, si es necesario, por su ama; interrumpió el indio con gravedad.

—Parece que penetras lo que tengo que decirte, dijo la joven, dejando ver en su rostro un suave tinte de melancólica alegría.

—Adivino que mi hermana sufre, contestó Martín, y deja que te dé el dulce nombre de hermana, ahora que nos hallamos solos: nos criamos y crecimos juntos en la montaña, y yo viéndote siempre, me acostumbré á llorar si llorabas, y á reir si reias.

—Gracias Martin, murmuró la jóven, demasiado conozco lo que me quieres; sí, dices bien, somos hermanos, desde que un mismo techo ha cobijado nuestra niñez. Pero díme, ¿si tuvieras que elegir un amo, entre mi padre y yó, à quién elegirías?

—¡A tí......! á tí......! repitió el indio con ojos chispeantes de alegría; si sirvo à tu padre, es por tí, María! ¡Oh! la carrera del crimen no me cuadra; pero no la dejo porque te perdería!

Yo no sé cómo te amo, solo sé que soy tu esclavo; y que si me dijeras "mata"...... mataría sin vacilar...

—Pues bien, Martin, yo no te ordenaría nunca que mataras; pero sí te ruego hoy me pongas al tanto de la suerte de Cecilia; tú debes saber algo......!

—Poco me pides, María, muy poco, dijo Martín sonriendo como quien sabe algo mas que lo que se le pregunta.

—¡Sabes entónces......! balbuceó María.

—Sé que tu amiga fué robada hoy por òrden del Ca-

pitán, y que será guardada tal vez como su padre, en los subterráneos del Nevado.

—¡Su padre, Martín, su padre......! acaso conoces tú al coronel Miranda?

—Como las palmas de mis manos.

—¡Santo Dios! y por qué funesto motivo he descubierto la suerte de ese infeliz!

María guardò silencio un breve rato, sin osar dar crédito à lo que oía: aquella brusca revelación de Martín, y en aquellos momentos, le parecia una pesadilla, una alucinación, un sueño.

—Martín,—tornò à preguntar la joven con interés marcado: ¿conoces la causa que impele á mi padre á cometer ese doble crimen?

—No la sé, contestó el indio apesarado por su ignorancia. Y la existencia del coronel en la montaña, solo el Capitán y Teodoro la conocen; y yo que conociendo las entradas subterràneas que ellos desconocen; yo, que como vìvora me he arrastrado por los peñascos y barrancos mas ocultos, dí un dia con él, pudiendo terciar en el secreto sin que ellos lo sepan.

—¡No, ni lo sabrán! murmuró María, y luego añadió: escúchame, Martín; Cecilia es hoy una nueva víctima de los errores de mi padre; y quizá como lo fué mi madre......! No quiero culparlo, porque ¿qué derecho asiste á un hijo para censurar las acciones de sus padres, de los autores de sus dias? Pero sí quiero evitarle un nuevo remordimiento, salvando à Cecilia y á su padre ¿estás pronto á ayudarme?

—¡Con alma y cuerpo! exclamó Martín, y si falto à mi promesa, quiero que los *zopilotes* y las águilas me saquen las entrañas y me arranquen la lengua!

—Acepto tu juramento; y en prueba de ello, saldràs en este momento para el Volcàn, dijo María, y sacando una carta de la bolsa de su vestido, la entregó al indio, añadiendo:

Esta carta será puesta en manos de mi padre; y mañana no te devolveràs sin contestación.

—Lo juro, María, por la memoria de tu madre, dijo solemnemente Martín.

—Vé, pues, y recuerda que dos hermanos no deben traicionarse nunca, dijo la joven con acento solemne.

Martín inclinó la cabeza y salió precipitadamente.

María permaneció largo rato entregada á sus pensamientos.

Sin indagarlo, acababa de saber el paradero del coronel Miranda.

—¡Vamos! se dijo, el camino que tengo para salvar á Cecilia, es esa misteriosa influencia que ejerce el Vizconde sobre mi padre...... ¡Quién sabe si conociendo los crímenes de éste, toma parte en ellos! ¡Oh! yo le haré mi instrumento; le enloqueceré si es necesario ......; sí, estoy segura de conseguirlo! En la posicion que hoy guardo soy su obra y debe tenerme cariño, porque todo lo que se hace se quiere. Seré coqueta, zalamera é intrigante con él, hasta arrancarle el secreto que deseo. ¿Qué hombre á su edad, no se deja arrebatar por el torbellino de las pasiones? ¡Rafael me aborrecerá......! ¿pero qué importa el sacrificio de una felicidad imposible, si con él puedo evitar á mi padre nuevos crímenes y devuelvo la dicha á esa desgraciada familia?

La joven tenia razón al expresarse de esta manera, porque la delicadeza de su alma le recordaba á cada instante su origen, levantado como un muro, entre su amor y el de Rafael.

En aquellos momentos su corazòn luchaba terriblemente entre su amor y su destino; pero estaba resuelta al sacrificio. Le aceptaba como la única tabla de salvación para el coronel y su hija, sobre quienes pesaba una venganza terrible y misteriosa de parte de su padre.

Ninguna culpa tenía ella en todo lo tramado por Colombo, y sin embargo sentia vergüenza y hasta remordimiento como si ella hubiera autorizado tamaños crímenes.

Al cabo de un rato entró Juana, y despues de besarla en la frente, preguntó con ternura zalamera:

—¿En qué piensa mi niña?

—En mi abuelo, Juana, por quien dejé las apacibles rocas, donde ignorante é ignorada, no tenia mas placer ni mas ambición que los besos de mi padre, y los tuyos: sí, Juana, no me avergüenzo de decírtelo a tí, mi compañera de infortunios, ¿qué importa que mi padre fuera un bandido: si ese amor santo, inmaculado, lo mismo fructifica en los jardines de la honradez, que en las zarzales del crimen?

Pero te decia que pienso en mi abuelo, á quien ni aun he buscado como debiera, y de quien no me ocuparé quizás en mucho tiempo; por no decir, quizá nunca......! añadió la joven exhalando un suspiro.

—¿Por què dices esto? preguntó Juana recelosa.

—Porque he resuelto salir mañana para Guadalajara, donde tal vez halle la felicidad para D.ª Mercedes, á quien te recomiendo; porque tú te quedaràs aquí hasta que yo disponga tu marcha ó vuelva por tì.

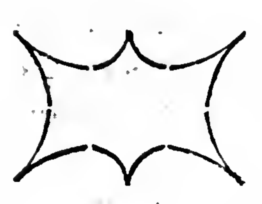
—¡Pero tu sola, por ese camino tan peligroso....!

—No tengas cuidado, Juana, me acompañaràn Rosa y Martín: y perdona; si te dejo, es por que tu edad requiere ya la tranquilidad y el reposo del hogar.

Los ojos de Juana se llenaron de lágrimas y levantándolos al cielo, con voz entrecortada, exclamó:

—¡Dios mio, protéjela......!

—Que Dios te oiga, Juana, añadiò la joven cayendo de rodillas.



# LIBRO III.

# LOS BANDIDOS DE SALON.

## CAPITULO I.

## Un escribano de cuenta.

El sol rasgando las diàfanas cortinas del oriente, vino á iluminar una vez mas las altas torres de la populosa capital del suelo de Jalisco.

Nos encontramos en la misma casa donde vimos penetrar á Colombo, en busca de un nombre que pudiera servir de garantia à su adorable hija, durante su estancia en Zapotlan.

El Vizconde acaba de levantarse; y en verdad que á su posición, estar levantado á tales horas, es una de esas rarezas que tiene el lujo, y mas el lujo noble; y que puede pasar por un desvelo ó por un madrugón, capaz de ocasionar un resfrío, aunque no sea el alba de rayos crepusculares y opacos, la que le alumbra.

Una ancha bata de color amarillento, le envuelve en sus abundantes pliegues, y un gorro encarnado de dormir, le cubre la cabeza.

El pié calzado con una ancha babucha de oro, des-

cansa muellemente sobre un cojín de terciopelo verde, dando á su cuerpo, una postura digna de un Alejandro el grande, ó de un príncipe de "Las mil y una noches."

Sentado en un gran sillón, aguarda al parecer, con imperturbable tranquilidad, algun nuevo personaje; y digo, aguarda, porque sus ojos verdosos se fijan con insistencia en la puerta, à cada movimiento oscilatorio que hace.

De cuando en cuando, consulta la caràtula de un reloj que colocado al frente, parece destinado à recordarle, que la vida es tan breve, como son breves las horas que hace sonar incesantemente con su ronca campana.

¡Oh el reloj deberia ser para todos, el libro mayor donde se consultase sin cesar, el valor del tiempo que se aleja y la indiferencia con que se le ve pasar!

Y sin embargo, ese círculo blanco, con sus caracteres negros, su acompasado movimiento, y el eterno girar de sus manecillas, pierde su poderoso destino para convertirse en anuncio de negocios, caprichos y crímenes.

¡Cuántas veces el asesino ó el raptor de la honra de una mujer, cuentan las horas, los momentos, y hasta los segundos que marca la blanca carátula de un reloj, para sebarse en su víctima, llenando de luto el seno de una honrada familia!

El Vizconde quizás era uno de estos; pero no adelantemos los acontecimientos.

La campana del reloj que nos ocupa, diò ocho toques sonoros y vibrantes.

—No es muy exacto que digamos, el señor escribano, supuesto que à las ocho ofreció de estar aquí; se dijo el Vizconde algo mohino.

Pero de pronto y como contestando á su reclamo, se abrió la puerta, y Fortún, á quien ya conocemos, anunció:

—El señor Escribano Público D. Remigio Flores.

—Que pase, dijo el Vizconde con arrogancia; y aña-

dió en seguida: en tanto él estó aquí, no estoy visible para nadie.

Fortún se retiró bajando la cabeza, como hombre dispuesto á obedecer.

Al cabo de un momento, el personaje anunciado entró al salòn, é hizo una reverencia al Vizconde, quien con una indicación de mano, le ordenó que se sentara.

El Escribano D. Remigio Flores, era de alta estatura, y tan delgado, que parecia doblarse al peso de sus cincuenta años: sobre su frente hacia remolino un mechòn de cabellos grises, en torno del cual se dejaba ver una prolongada calva, bien así. como en un ancho desierto suele verse un oásis, probando de esta manera à la humanidad, que la aridez tiene tambien sus puntos de fecundidad: sus ojillos aunque negros, eran pequeños y hundidos, sus labios delgados y su nariz de caballete, todo este conjunto estaba armonizado con dos clavillos entrecanos que bajaban à la parte superior de la mejilla.

Vestía un pantalón corto de paño negro, un casaquìn de azul oscuro, con grandes botones amarillos; media blanca, y zapato negro con hebilla.

Al sentarse, murmuró, fijando en el Vizconde una mirada:

—Hanme dicho que vd. deseaba verme, señor Vizconde, y deseoso de complacerlo......

—Ha tomádose la molestia de venir, ¿no es así? interrumpió el Vizconde.

—No es una molestia la que me tomo, sino una alta honra.

—Gracias, y al grano—dijo el Vizconde—necesito de vos como el verano de las lluvias, y asunto concluido.

—¿En qué puedo servir al señor Vizconde? preguntó el escribano.

—Hay asuntos delicados, amigo mio, dijo el Vizconde; y el que traigo entre manos es uno de ellos; por lo mismo reclamo toda su atención.

—Estoy à sus órdenes, murmuró el escribano.

—Como mi negocio es un tanto delicadillo y reservado, he comprado de antemano la discreción de vd.: prosiguió el Vizconde sin hacer caso de las palabras ùltimas del Escribano.

—¡Què ha comprado vuesencia mi discreción! ¿cuándo se ha visto, que á todo un escribano público se le desconfie, señor Vizconde? preguntò el escribano con los labios pálidos por la cólera.

—Poco á poco D. Remigio, dijo el Vizconde sin inmutarse, hay ciertas personas....... de quienes debe uno desconfiar ántes de fiarles sus negocios.

—Es decir...... balbuceò el escribano.

—Que poseo ciertos secretillos que me garantizaràn de su silencio.

El escribano dió un salto en la silla, como si le hubiese mordido una vívora.

El Vizconde continuó cada vez mas sereno.

—Creo que con una poca de mas calma, nos entenderemos mejor vd. y yo, y terminaremos este negocio de una manera amigable.

—El escribano sonrió por primera vez, arrellanándose en el sillòn.

—Como decia à vd., continuó el Vizconde, sé de mas de un testamento arreglado por la honrada pluma de vd. en contra de sus herederos legítimos; sé, de una viuda á quien la aparición de una nueva escritura, unida á la secuestraciòn de otra, dejó en la mendicidad; sè además, otras mil cosillas que probaría á vd., en caso ofrecido, y que han servido de pedestal à su fortuna que no es muy menguada que digamos, sino al contrario .........

—Señor Vizconde, si no creyera que á vd. lo guía un móvil de interes propio, por el que me necesita, me daría por insultado, y saldria por esa puerta, ni mas ni ménos que he entrado; esto es, con la indiferencia del hombre que nada teme, porque yo también podria poner en duda la probidad del señor Vizconde.

—El Vizconde se estremeció imperceptiblemente, y contestó.

—Es vd. hombre de recursos, y lo alabo, porque de esa manera, vamos á entendernos; y supuesto que lo tengo sujeto por hilos muy oscuros, para que pueda venderme, voy á decirle mi negocio en pocas palabras.

El escribano contestó con una inclinación de cabeza, y el Vizconde continuó:

—Necesito un testamento á favor de una sobrina mia, cuyo padre, que era amigo mio, murió intestado dejando á su hija sin recursos, puesto que ella como hija natural, no puede representar sus derechos. Laurencio, lo tenia arreglado todo para desposarse con Julia mi sobrina, y legitimar así á su hija; pero la muerte violenta de Julia, lo impidió. En su último viaje á Cádiz me dijo: voy á arreglar todos mis negocios, y à mi vuelta á México, aseguro la fortuna de María, á quien públicamente reconoceré por mi hija; poro entretanto te suplico que veles por ella como si fueras su padre."

El Vizconde pareció enjugarse una lágrima.

—Comprendo de lo que se trata, dijo el escribano, el testamento en cuestión, debe aparecer tal como si el Sr. Laurencio lo hubiera hecho con una fecha retrasada.

—Sí señor, contestó el Vizconde alargándole un papel: aquí tiene vd. los puntos necesarios y el valor de intereses, cuya totalidad, asciende á medio millón de pesos fuertes existentes en el banco de M. L.

—Por esta parte estoy enterado, pero en el pago aun no tenemos arreglo ninguno, dijo D. Remigio.

—¡Cabal! pero lo tendrémos, objetó el Vizconde, daré á vd. quinientos duros en el acto de recibirlo.

—Es poco eso, Señor Vizconde, el negocio puede costarme la cabeza, y además el pago de testigos......

—Pues bien, doblo la cantidad.

—Trato concluido. Pero aun otra cosa, necesito u-

na garantía que me asegure de su silencio, señor Vizconde.

La garantía es, mi interés propio, ¿cree vd. que arrojaría yo un lazo sobre mi cuello? Aunque no cometo un crímen, porque lo que haga es en justicia, veo sin embargo, que este testamento, sería mi sentencia si se descubriese. Tengo, pues, armas contra vd. pero vd. posee una terrible contra mí.

—Parece, pues que hemos terminado, dijo el escribano parándose: mañana tendrà vd. aquí el testamento.

Entre aquellos dos hombres, medió por despedida un apretón de manos.

El escribano salió, y el Vizconde se frotó las manos con satisfacción.

Para aquellos dos miserables que acababan de despedirse, la cuerda habia sido digno premio; pero como sucede con los de su clase, se veian escudados por el mismo prestigio de su posición social.

Acabó de presentar á mis lectores dos tipos de esos seres especiales, que cubren con la careta de la hombría de bien, la centina de maldad que les anima y hace de su corazòn el fango mas horripilante é inmundo que darse pueda.

Seres que por desgracia no escasean en la sociedàd; tipos acertados del bandalismo de salón, ò de banqueta, como muchos le llaman. La manera de calificarlos no hace al caso; supuesto que los mismos que se pavonean en los salones, se dan aire de honradez en las banquetas.

Tal vez os canse, mis queridos lectores, pero no quiero dejar pasar esta oportunidad, para tratar este punto del bandalismo.

He dicho que abundan los tipos del bandido de salón, y creo que nadie lo pondrà en duda, con tal que estudie un poco los círculos sociales, con tal que se interiorice de tal ò cual drama de familia; de tal ó cual acontecimiento en que ni faltó la víctima ni el sacrificador.

Millares de veces se ve que el miserable sube al apogeo de la grandeza, y el rico acaudalado desciende al miserable tugurio de la pobreza.

Aquí caben dos deidades, la fortuna y la desgracia. Pero hay que advertir que estas dos deidades tienen ruedas giratorias que las impulsen.

Para el primero, el empuje es de alza: para el segundo, de baja. Ambos tienen por primer móvil el interés, y no encarecen los maniobrantes.

Los empleados y titulados sin conciencia, se venden al oro del ambicióso: los agiotistas dejan en completa desnudez à la pobreza y arrastran al rico à la quiebra fraudulenta: los ricos sin caridad, despojan al pobre del pan de sus hijos y le dejan sin hogar, cuando las compras que les hicieron al tiempo, no son cumplidas con eficacia.

¡Ah! si dado nos fuese penetrar en el interior de cada familia, qué de horrores veriamos, qué de lágrimas arrancadas por esos seres desprovistos de corazón ò que si le tienen, como no hay duda, es endurecido con la maldad!

El bandidaje de que hablo, escudado por el oro, el empleo y la posiciòn social, es aun mas temible que el que asalta los hogares y roba en despoblado. Contra éste, está la ley y la defensa garantizada: contra el primero no hay justicia, y si se pide á los jueces, raro será que estos no atiendan à la posición del acusado en contra del acusador.

Pero escudriñemos aun màs. Los bandidos de asalto, no abundarían tanto si no hallasen protectores; y estos no son otros que los bandidos de salón, quienes aprovechan en los primeros la ocasión de comprar barato, aunque sepan que lo que compran es mal habido; así como de llevar á cabo, por medio de ellos, miserables venganzas.

Pero permitaseme hacer una aclaración sobre lo antes expuesto: ni todos los capitalistas, ni todos los titu-

lados, ni todos los empleados pertenecen ó son dignos de compararse á esos tipos. ¡No!

¡Les he entresacado de la escoria como se entresaca el cobre, para que el oro quede puro y en todo su valor!

Por cada uno de esos seres miserables, abundan los corazones nobles y generosos; los acaudalados caritativos ó filántropos; los titulados enérgicos y honrados; los empleados de criterio, de buen tino y justicieros, à quienes la sociedad coloca en el lugar que les corresponde; y cuyas cualidades yo soy la primera en encomiar y reconocer.

Pero precisamente los seres buenos, virtuosos y probos, son el blanco de aquellos malvados, que se arrastran y se escudan bajo artesonados de seda, sin que la justicia ose arrojar sobre ellos ni aun el soplo de la sospecha,

¡Ah! el dia que la policía lograse desenmascarar à esa polilla brillante, la seguridad pública habria dado un gran paso, y la buena sociedad estaría de pláceme!

Para concluir, bàsteme decir que ninguno de mis lectores podrà negarme la realidad de esos dos tipos. Otros muchos podria presentar; aunque en segundo término; pero temo ser cansada. Volvamos pues, á nuestros personajes.

¡Vamos, vamos! dijo el Vizsonde, mis asuntos marchan viento en popa! Una dificultad me queda, y es la de entenderme con María, sin que su padre lo sepa........

Antes de terminar su monólogo, fué interrumpido por su criado que anunciò.

—Un capitan de artilleros desea hablar á su señoría.

—¡Un capitán de artilleros........! que pase.

El Vizconde se puso á dar paseos en la sala; poco despues el capitán anunciado, se presentó á la puerta. Su cuerpo airoso, vestido con el riguroso uniforme del soldado, y la patilla negra y espesa, que cubria la par-

te inferior de su rostro moreno, demostraba à las claras al hombre de valor que no sabe retroceder ante los peligros.

Saludó ceremoniosamente al Vizconde, quien lo invitó á tomar asiento; pero el capitán ántes de hacerlo, entornó cuidadosamente la puerta, corriendo en seguida las cortinas.

—Querrá decirme el señor capitàn, ¿por qué toma tal precaución; preguntó el Vizconde con inquietud mal disimulada.

El desconocido lanzó una mirada burlona, diciendo con aire jovial:

—¡Buen maula eres, cuando bajo el uniforme del soldado, no has podido reconocer à tu amigote Colombo!

—¡Debí sospecharlo; poro no siempre está la cabeza para sospechas! Ademas, seamos justos ¿quién diablos te ha de conocer con tan perfecto disfraz? exclamó el Vizconde alegremente.

—Seamos breves, dijo Colombo variando la entonación de su voz, porque son cortos los momentos que puedo permanecer aquí.

—Veamos si es tan breve lo que tendrás que decirme, añadió el Vizconde.

—Solo he venido à proponerte unos fardos de ropa, y unos cuantos barriles de aguardiente.

—¿Precios......? balbuceò el noble.

—Los convenidos entre ambos: sé que en las compras que me haces, ganas triple pero......¡ nada me importa! porque todo lo que te vendo, me serviria para maldita la cosa, si no hubiera marchante!

—Apruebo tu lógica; y en todo caso, vale mas algo quo nada, contestó el Vizconde.

—Esta noche, haré la entrega, á las dos de la mañana, calle del Arenal, número......

—Está bien, interrumpió el comprador; á otra cosa. Ya que tan casualmente has venido, hablemos de tu hija, si te place, sobre la que tengo un pensamiento.

—Bueno es saberlo, dijo Colombo con indiferencia.

—Sin preàmbulos ni rodeos, te diré que tengo un raro capricho; y si tú lo apoyas, desde luego seré el hombre mas feliz.

—Explícate mas claro, Roque.

—A eso voy. Tu hija Marìa, según todos los qué la conocen, es bastante hermosa, y le sobra donaire y talento para desempeñar su papel de gran señora.

Como ves soy soltero; y aunque ya paso de los cuarenta años, no quiero morir célibe ¡oh no! eso me asusta y está fuera de mi rutina. Pero, como dice el adagio, "Gato viejo quiere ratón nuevo," no pienso ni por chanza en unirme á una jamona; quiero una joven graciosa y bella, en una palabra, te lo dirè lisa y llanamente, quiero à tu hija; quiero hacer verdadera Vizcondeza á la que finje serlo, por no sé qué extraño capricho de la suerte.

—¡Ah! exclamó Colombo con un acento en que se revelaba un mundo de amargura, quieres la mano de Marìa, te has hecho ilusiones sobre esa niña, sin contar con las garras del leòn de la montaña, sin pensar que esa misma montaña, perdería su mayor tesoro perdièndola á ella; y quedaria sin la mirada de sus ojos y la sonrisa de su boca, tan desierta de encantos como los desiertos de la Nubia......! ¡Te perdono, Roque, pero no te daré á mi María!

—Y sin embargo, valia mas que me la dieras.

—¿Y por qué? preguntó Colombo con extrañeza.

—Voy à decírtelo: ¿crees tú que ella, después de probar las bellezas, las dulzuras, el fausto de la vida social, después de verse halagada en su vanidad de mujer, de mujer jóven, noble, rica y hermosa; después en fin, de haber abierto su corazon á las ilusiones, á las esperanzas, á los sueños de amor, que á esa edad se despiertan envueltos en la atmósfera de la poesía y tan brillantes como el primer rayo de sol; después de todo esto, crees que ella se resignarà sin lágrimas à volver á la soledad de las rocas, á encerrarse en esas guaridas, que aunque adornadas por tí, no son mas que sepulcros cabados en

la profundidad, misteriosos recintos de que la virtud huye espantada?

Durante este discurso, Colombo con el codo izquierdo sobre la rodilla y la frente apoyada en la palma de la mano, habia guardado un profundo silencio, que no se interrumpió ni durante la corta pausa que siguió á él. ¿Era que el convencimiento de lo que oía se dejaba sentir en su alma como una plancha de hierro que le quemara el alma impidiéndole el uso de la palabra, ó era que meditaba ántes de responder à la proposición repentina del Vizconde?

Poco tardaremos en saberlo.

El Vizconde, alentado por aquel silencio, y no queriendo perder el tiempo, continuó así:

—Convèncete. Vicente, desde que esas rocas se abrieron para que la paloma tendiese el vuelo, se sentenciaron à no volver à escuchar sus arruyos. Quiero darme el caso de que la retengas á tu lado, valiéndote para conseguirlo, de tu autoridad de padre; tú, que tanto la amas, que no sabes negarle nada ¿podrás ver tranquilo que las lágrimas escaldán sus ojos, podràs oir indiferente sus quejas y los suspiros de su alma? Y aun mas ¿podrás ver cómo se empalidecen las rosas de sus mejillas y se marchitan, una á una, las azucenas de su frente, sin dejar asomar á tus ojos una lágrima? ¿Le veràs, en fin, sucumbir como las pasionarias, vìctimas del abatimiento y la tristeza, sin sacrificarte en aras de su dicha, sin sentir el corazón torturado por el sufrimiento?

—¡No, mil veces no! tienes razón, Roque, no lo sufriría!

—No lo sufrirías, es cierto; y es que en tu corazón se levanta por ella, un amor tan grande como los crímenes de que te rodeas, añadió el Vizconde.

—Pero y bien ¿qué hacer en todo este laberinto?....

Pensar en el porvenir de tu hija, se apresuró á decir el Vizconde; discernir entre estas dos verdades sin argumento: ó casada conmigo, noble, rica y feliz; ó casa-

da, tarde ó temprano con un plebeyo oscuro, pobre y desventurado.

—¡Roque! exclamó Colombo con resolución, no sé qué extraño dominio estás ejerciendo sobre mí en estos momentos! no lo sé; pero sí se lo bastante qué clase de persona eres tú, y lo que vales: sé mejor que nadie, que eres la escoria levantada por el viento de la fortuna; sé que eres mi aliado por la ambición, y que podría deshacerme de tí cuando ménos lo esperas; pero sé también que no lo hago porque eres el alma que me inspira, porque te necesito como tú á mí; sé que eres un bandido como yo; pero bandido figurando en el carnaval del oro y à cubierto en los salones......! Pero ¡no importa! tus palabras me han convencido, y tú serás el mejor esposo que halle para mi María, porque te tendré cojido por hilos delgados como la araña á la mosca, y sujeto á mi voluntad. Además, sábelo de una vez; mi hija está enamorada de uno de esos hombres de leyes que detesto, de un abogadillo sin fortuna, y...... ¡àntes que casada con él, casada contigo!

—Es decir que accedes á mis desos?

—Si María no se opone, será tu esposa.

Estas palabras fueron pronunciadas por Colombo con notable esfuerzo, lo que, notado por el Vizconde, hizo que este se apresurase á manifestarle su gratitud, diciendo:

—¡Gracias, Colombo, gracias! Tu hija serà dentro de poco virreina; y solo entónces comprenderás el bien del sacrificio que hoy te impones!

—¡Virreina! exclamó Colombo, dando un paso hácia atrás, y como dudando de lo que oía.

—Tengo mis planes, murmurò el Vizconde por lo bajo; y si no fracasan, podràs verte algun dia, sin temor ninguno, alternando con esa sociedad que ahora pone precio á tu cabeza.

—Pero esto es posible! ¡Oh! si así fuere, recojo tu palabra, Roque, y vuelvo à repetirte, ¡mi hija será tu esposa! pero á mi vez, me toca ofrecerte, escucha: esa

montaña cuyas entrañas son impenetrables à todas las miradas, que no sean las nuestras, guarda tesoros cuantiosos, incalculables; tesoros que me pertenecen, y que como mios, siendo María mi ùnica heredera, pasaràn à tu poder como esposo de ella, si muero ántes que tú. Pero entretanto, si para llevar á cabo esa ambición en que ya tomo parte, si para alcanzar la corona de virrey que, engrandeciendo á mi hija, me enorgullecerá, si para conquistar ese puesto, necesitas oro, no te pares en precio; porque Vicente Colombo es mas rico que el virrey de México, D. Miguel de la Grua Talamanca.

—¡Bien, Colombo, bien! exclamó el Vizconde en el paroxismo de su alegría, ahora seré yo quien recoja tu palabra!

Una hora despuès, Colombo sereno y tranquilo, se dirigia á la Alameda. Iba tan perfectamente disfrazado, que nadie al verle hubiera sospechado, que bajo aquel uniforme se ocultaba el bandido más temible de cuantos entonces se conocian.

Este hombre sediento de disfrutar sus riquezas pacíficamente, acababa de empeñar con su palabra, la felicidad de aquella hija ùnica tan amada.

Sin embargo dirémos, en obsequio de la verdad, que más de una idea triste habia cruzado por su mente, desde su aprobaciòn á aquel imprevisto enlace que meditaba el Vizconde; quien más astuto y sagaz, le habia hecho caer insensiblemente, en las tramas de su desmedida ambición.

—Pero dejémosle seguir el resto de la calle que le separaba de su posada, y volvàmonos al Vizconde.

## CAPITULO II.

# Una tarjeta inesperada.

¡Ocho veces se habia puesto el sol tras los altos vericuetos de los montes en medio de una corte nubífera de plateados perfiles y nacarados arabescos!

¡Ocho veces la aurora habia traspuesto los umbrales de la noche para teñir en grana los oscuros horizontes, despertar à los pajarillos, y entonar con sus deleitables armonías el primer himno á la majestad de Dios, artífice supremo de todas sus bellezas!

¡Ocho veces se habia inaugurado esa fiesta cuotidiana de la naturaleza, que comienza con la salida del alba y concluye con la puesta del sol para renovarse á las pocas horas, con la misma magnificencia, el mismo aparato regio y la misma armonía!

Ocho dias habian trascurrido desde que el Vizconde y Colombo se habian puesto de acuerdo para llevar á efecto las pretensiones del primero acerca de María.

Corto tiempo en verdad; pero bien aprovechado por el Vizconde, quien à decir lo cierto, no carecia de talento en las intrigas, siempre que pudiesen valerle una regular propina.

Asegurado ya, como lo estaba, de que María sería su esposa, para lo que contaba, despues de la voluntad de Colombo, con su riqueza y nombre, dió vuelo á su principal idea, cual era hacerse dueño de la fortuna del intestado Laurencio.

El Intendente, los Oidores y demàs personas que debían conocer en el asunto, estaban ya impuestas de aquel documento que, atestiguaba en favor de María, la última disposición de su supuesto padre Laurencio Granados. Disposición hecha con todas sus formalidades y requisitorias, por el escribano D. Remigio Flores.

La astucia de éste, unida á la del noble que la pagaba, allanó dificultades que parecìan imposibles; y ya sólo esperaba el último la resolución de los tribunales de Cádiz, para entrar en posesión de aquella codiciada herencia.

A la fecha que nos ocupa, una sola cosa restábale por allanar y era su enlace con la hermosa hija de Colombo.

Temia ¡y con razón! que si María descubría, ántes de ser su esposa, la parte que él la hacia tomar en aquella horrible trama, en aquel despojo arbitrario del heredero legítimo que era Adolfo, lo declarase falsario y estafadór, echando por tierra sus ambiciosos planes, é importaba, pues, asegurarla por un enlace, que, dándole dominio sobre ella, la obligase à callar y á secundar sus miras siquiera por una obediencia pasiva.

A màs de este poderoso motivo, tenia otro; las maravillosas riquezas de que Colombo le hablara en su última entrevista; desde la cual, fluctuaba con más avidez en una atmósfera metalizada.

Montones de oro se presentaban sin cesar á sus ojos: dormido ó despierto, le parecía ver aquellos profundos subterráneos, que no conocia; pero que en su imaginación deslumbrada, le parecian morada règia de poderosos genios por su riqueza fabulosa.

¡Cuán cierto es que el ambicioso y el avaro nunca se satisfacen! Su sed es voraginosa; es como la sed del febricitante; miéntras mas agua toma, ménos la sacía, mas le abrasa las entrañas, más le atosiga!

¡Oro, y más oro: hé ahí su dios! y por ese oro, cometen los crímenes mas espantosos: por ese oro, ahogan

en su alma los sentimientos más nobles; por ese oro, sacrifican hasta los seres que les son mas queridos y rompen los vínculos más sagrados!

El Vizconde tenia además otra ambición, la de los honores: le parecía que el dinero, sin salir à la palestra de esa gran comedia, en que la envidia muerde y la adulación besa; en que los espíritus verdaderamente elevados se ennoblecen, y los ruines y rastreros se dejan ver en toda su miseria, le parecia, repito, arena sin brillo y sin sonido.

Por eso al propio tiempo que amontonaba oro en sus arcas, movia resortes poderosos, para elevarse; gastando enormes sumas, de que pensaba reembolsarse cuando estuviese en el poder.

Hemos oido de su boca, que aspiraba al virreynato de México; y lo que es mas, tenia probabilidades de conseguirlo. Estaba pues, en camino de realizar todos sus sueños; pero necesitaba àntes unirse á María, mujer, que segun sus cálculos, le era necesarísima. ¡Ya sabemos por qué!

Esta circunstancia le precisó á tomar la rosolución de ponerse al frente de María, para lo que detorminó ponerse en camino para Zapotlán, acompañado de Fortún, su ayuda de cámara.

Trataba de deslumbrar á la joven con el fausto y el lujo, y à este fin, dispuso que su equipaje fuese arreglado exquisitamente.

El dia á que hacemos alusión en este capítulo, era el de la víspera de su proyectado viaje.

Todo estaba arreglado; y el Vizconde mas alegre que nunca se enorgullecia con su talento, de que estaba muy satisfecho.

En el momento que vamos á ponernos frente á él, parecia haber rejuvenecido diez años; no porque desapareciesen las huellas que sientan los años al pasar por el rostro del hombre, sino por el afàn de su imaginación en dar vueltas por todas las peripecias que pudiesen tener lugar en sus tramas.

Soñaba, dirémos, en su viaje, en su primera entreta con María, aquella joven rara que el destino habia interpuesto en su camino: creía verla, tímida primero, despues asombrada y mas tarde rendida, aceptar su nombre y su amor con loca vanidad.

En este filamento de ilusiones, con que halagaba su vanidad de noble, y de hombre astuto y elegante, como él se creia, se le presentó Fortún llevando, en una dorada palmatoria, una tarjeta.

El Vizconde la tomó, y ántes de romper el sobre quiso reconocer la forma, que dicho sea, era de mujer; pero no recordando haberla visto otra vez, rompió la cubierta, y quedó como fascinado. La tarjeta decia así:

"María Granados, se ofrece hoy à las órdenes del se-
"ñor Vizconde de Tuneranda, calle de San Francisco,
"número 27, piso segundo."

Júzguese cuál seria la agradable sorpresa del Vizconde al recibo de aquella tarjeta inesperada que le ahorraba el viaje, dinero y distancia.

No cabia duda, este hombre estaba cobijado por la buena suerte, y debido á esto, sus criminales proyectos iban, como vulgarmente se dice, à pedir de boca.

¿Por qué á veces la maldad encuentra tan àmplios y llanos los caminos que se traza? ¡Dios lo sabe; y nadie más que Dios!

Entra esto en sus altos juicios; pero entre sus juicios y nuestra limitada inteligencia, no cabe la presunción de penetrarlos ni aun siquiera de discutirlos.

Nosotros vemos todos los dias la facilidad con que los malvados llevan á feliz término crímenes, nefandos crímenes cuya sola narraciòn nos causa horror: el asesino cae sobre su víctima, como el gavilán sobre el polluelo, y le arranca la vida sin que un obstàculo se interponga; el seductor roba la honra de la doncella, pisoteando familias y escarneciendo los derechos sociales, y va despues à divulgarlo en los cafés, à laurearse con lo que èl llama sus triunfos y conquistas de Tenorio; y todo esto lo hace sin que una mano honrada selle su boca con un bofe-

tón, único elogio que se merece quien así se gloría de haber llevado la deshonra y las lágrimas al seno de una honrada familia; el ladrón y el fraudulento dan cima á su crimen y van á saborear su fruto con escandalosas orgías: el dignatario sin conciencia, en cuyas manos quizà se halla el destino de un pueblo, encuentra siempre camino disculpable y fácil para violar las leyes á su favor y satisfacer sus ambiciosas miras. Todas las maldades se llevan las mas veces, á feliz término, quedando despues los comentarios tristes levantados sobre la dura realidad.

Que la maldad se allane los caminos, secreto es de la Suprema Sabiduría, no porque Ella la autorice, pues que siendo la bondad suma, no puede autorizar lo malo. Quizá permite que el criminal sacie todos sus deseos, para castigo de unos; arrepentimiento de otros; y horror de los demàs, por lo que no es otra cosa; que amargo fruto de la prevaricación del hombre. Y no pocas veces, tras el colmo de la maldad, el corazón del malvado se siente hastiado, se horroriza de sí mismo; llora y se arrepiente.

Volvamos al Vizconde.

Cuando hubo leido la tarjeta, y se repuso un poco de la sorpresa que le causara, ya mas sereno, ò mejor dicho en posesión de su estado normal; dijo hablando consigo mismo:

—Iré en este momento à conocer á mi futura...... sí, porque estoy seguro, segurísimo, de que será mi esposa. ¿Qué mujer no tiene vanidad, què mujer no desea brillar en el gran mundo?

Acto continuo su mano oprimió el botón de un timbre, y Fortún apareció pocos momentos despues.

—Su señoria...... murmurò.

—¡El carruaje á la puerta! dijo el Vizconde con entonación de mando.

El criado desapareció y nuestro noble restregándose las manos, cosa en él muy frecuente, se dijo, como hombre experimentado:

—¡Cuanto más temprano la vea, mas complacida ha de quedar: así son las mujeres, les gusta que los hombres no dén al tiempo demora, sino que tratándose de ellas, sean listos!

Media hora despues el carruaje, rodando sobre los empedrados tomaba por la calle de San Francisco, deteniéndose à pocas vueltas delante de la casa mencionada en la tarjeta. Casa que Colombo habia hecho tomar para María, tan luego como esta determinò visitar la capital.

Los caballos piafaron, se abrió la portañuela, y el Vizconde con toda la elegancia de su clase puso el pié en el estribo; y ya abajo, comenzó à subir las escaleras.

Al toque del timbre colocado en el cancel para anunciar à los visitantes, apareció Rosa, quien le condujo à un precioso saloncito, sencillamente arreglado.

Sentóse el Vizconde, en tanto que Rosa desaparecia tras una mampara que comunicaba con las habitaciones interiores, y esperó tranquilo.

Su corazón, si hemos de ser sinceros, no sentia mas que algo de curiosidad por la hija de Colombo, á quien habia prestado su nombre, y à quién habia hecho su instrumento, sin que ella lo sospechase.

Pero si su corazón estaba indiferente, su cabeza era otra cosa, giraba al rededor de un interés particular, que dependia en cierto modo de la joven; por lo que ansiaba verla aparecer.

Sin embargo, pasó largo rato sin que María diera señales de vida en aquella casa: tal era el silencio que reinaba.

La impaciencia del Vizconde iba en aumento, y ya se creia burlado por alguna meretriz, cuando el roce de un vestido le hizo ponerse en espera.

La mampara por donde Rosa desapareciera, se abrió y María saludándole cortesmente, fué á ocupar un sitial.

El Vizconde quedó deslumbrado ante una hermosu-

ra tan acabada; que superaba à todos los elogios que de ella le habian hecho.

Aquel primer golpe de vista no pasó desapercibido para María y sonrió con satisfacciòn.

Todo el arte que puede poner en práctica una mujer para aparecer bella, habia sido puesto en juego por ella, en aquella mañana.

Sabemos cuales eran sus fines, y con esto queda explicado el por qué de su coquetería.

Y sin embargo en su tocado habia una estudiada sencillez, que hacia resaltar sus gracias naturales.

Un vestido de punto de seda, sobre una falda rosa, y adornado con flores blancas de listòn de raso, caía vaporoso hasta el borde del pié, como una de esas nubes que contemplamos á la caida del sol: una gargantilla de rubíes rodeaba su cuello, cubriendo el escote del vestido; y sus negras trenzas peinadas hàcia arriba, llevaban enlazado con suma gracia un hilo de perlas.

—Señor Vizconde, murmuró la joven despues de los cumplidos de costumbre, circunstancias de familia que vd. conoce y yo deploro, me han obligado á aceptar su nombre como una garantía ante la sociedad; y la gratitud y el deber me han impulsado á poner en su conocimiento mi llegada á la capital, donde mi permanencia será corta.

—¿Y por qué ha de ser corta? No seré yo por cierto quien tal cosa permita, dijo el Vizconde con zalamería; una belleza como la de vd. no debe marchitarse entre los cerros ni en la apatía de los pueblos.

—¡Señor Vizconde, es vd. muy galante; y......permítame decirlo, un poco hiperbòlico! exclamó María con fingida coquetería.

—No tal; perdone vd. Me habian hecho elogíos de su hermosura y talento; pero veo que esos elogios estaban muy distantes de la realidad; quiero decir, que eran muy oscuros junto al modelo que los inspiraba.

—De manera que ¿no se arrepiente vd., segun eso, de tenerme por sobrina, señor Vizconde?

—¡Ay! no, nunca! y hoy que conozco y trato á vd. me siento orgulloso de ello, y desearía aceptara mi nombre como una legítima propiedad; dijo el Vizconde abarcando á la joven con una mirada ardiente, que pareció sorprenderla.

María se mostró aturdida con aquel golpe verdaderamente teatral. Así es que con un gesto encantador en que se traslucian la sorpresa y la duda al mismo tiempo, balbuceò:

—Pero ¿qué quiere decir todo eso? Hace un cuarto de hora que me conoce.........y.........no sé.... explíquese vd.

—La explicación es muy sencilla: á fuerza de oír ponderar sus gracias, llegué á amarla, y le rendí un culto silencioso de que yo solo me daba cuenta; hoy que la veo y estoy á su lado por primera vez, siento que ese culto raya en adoración. A mi edad, no se prueba el amor con aglomeración de frases más ó ménos dulces y aduladoras, sino con hechos; ni tampoco se pierde el tiempo en dar vueltas à un balcón, haciéndose el medroso y apocado, ántes de expresar un sentimiento que es natural y que despierta en el corazòn y habla allí muy alto ántes de quemar los labios.

—Agradezco á vd. esa deferencia, ese amor; pero me permito suplicarle no tratemos màs de ese asunto. Quiero que vd. sea para mí un protector...... mi tio...... y nada mas. Y esto lo admito porque sè que es vd. un íntimo amigo de mi padre, dijo María recalcando cuanto pudo las últimas palabras.

—Si...... algo......tartamudeó el Vizconde todo desconcertado; aunque yo no estoy de acuerdo con el método de vida que lleva su padre de vd., à quien.....

—No toquemos á mi padre, dijo María con viveza, le empuja una fatalidad por la pendiente del mal, ¿no es eso lo que vd. iba á decir?

—¡Justamente! Sin embargo, añadiò, nosotros dos podriamos salvarlo, redimirlo...... es decir vd. y yo......

—¡Redimirlo! ¿pero de qué manera? preguntó la joven con curiosidad.

—Por medio de un enlace, que me haga, no el esposo, sino el esclavo de María Colombo. Y no crea vd. que este enlace, es obra meditada del momento, bajo la impresión de sus poderosos atractivos, nó; la estoy acariciando hace algunos dias, como necesaria á la paz de un amigo, y á mi felicidad própia. Además este enlace trae de antemano, la aprobación de Colombo.

—Pero no alcanzo á comprender qué ventajas podrian resultar à mi padre....... objetó María.

—Me parece vd. mujer discreta, y voy á revelarle lo que áun es un secreto: dentro de tres meses à lo sumo seré virrey de México; si acepta vd. mi mano, será virreina; y Colombo podrá vivir tranquilo á nuestra sombra: abandonará esa vida que sólo peligros le trae, y cuando se vea feliz, bendecirá à su hija que le ha devuelto la paz del alma.

María se llevó las manos á la frente como si soñara; para salvar à su padre del crímen, el Vizconde le ponia una condición, la obligaba à ser su esposa, ¿cuales eran las miras de aquel hombre? Sin embargo, reponiéndose un poco de la sorpresa que acababa de experimentar, le dijo:

—Confianza por confianza señor: si vd. para salvar à mi padre, me impone la condición de un enlace, yo para aceptarlo, le exijó la libertád de un hombre y de una joven que tiene mi padre en su poder.

El Vizconde fijó en María sus pequeños ojillos, rugó el entrecejo, y no pudo ménos que manifestar la sorpresa que aquellas palabras le causaban. Jamàs se habia imaginado que aquella joven, arrullada por las brisas de la montaña, fuése capaz de tanta energía, como la que acababa de revelarle en sus últimas palabras.

Ella sin darse por entendida, de la mutación del Vizconde, continuó con inalterable calma.

—Le tengo que advertir á vd. que mi padre no debe saber nunca que yo he revelado ese secreto; y como

grandes crímenes, deben tener afianzada la amistad de los dos, por eso no he vacilado en imponer una condición, que el señor Vizconde se guardarà muy bien de publicar.

El Vizconde estaba anonadado ante aquella mujer, que entonces le parecia mas digna de la corona de Mèxico. Empero, reponiéndose un poco, la contestó:

—Me juzga vd. ligeramente: entre su padre y yo, es cierto, media una amistad antigua; pero ningunos crímenes nos unen. Ese secuestro de que me habla vd. me es absolutamente desconocido; pero en fin, interpondré la influencia de la amistad para conseguir la libertad de las víctimas. ¿Cuál es el nombre de ellas?

—Ese es un secreto; si lo dijese podria fracasar mi tentativa. Puede vd. decir à mi padre: "Sé que hay en "tu poder dos prisioneros; un hombre y su hija. Mi "matrimonio con tu hija ha de solemnizarse con la li-"bertad de esos seres desgraciados. No extrañes esta "condicion; soy algo supersticioso, y como me era co-"nocido este crimen tuyo, he tenido presentimientos "tristes para tu hija y para tí, si no les devuelves la li-"bertad." Ponga vd. en juego todo su talento para conseguir la libertad de esos dos seres.

Mi padre es algo supersticioso tratándose de mí, y creo que accederá; de lo contrario apelaremos á la franqueza, y...... quizà al ruego para conseguirlo; pero de todos modos lo haré, apoyada en el prestigio de vd.

—Se harà como lo desea vd., María, aunque algùn trabajo ha de costarme ¡pero no importa el precio con tal de alcanzar la recompensa!

—¡Qué juro, añadiò María, será mi mano!

Esta corta escena, puso frente á frente dos almas, distintas bajo todos conceptos en su modo de ser, que se buscaban: la una para sacrificarse en las aras del bien; la otra para saciar su ambición en la oscuridad del crímen.

Pero sin embargo, y por lo que hace al Vizconde di-

remos: que á pesar de todo, al salir de la casa de María llevaba la certidumbre de estar enamorado.

Al poner los piés en la calle, el Vizconde que llevaba el corazón lleno con la imagen de María, vió que un joven elegante cruzaba la calle è iba á situarse en la acera de enfrente, con dirección á los balcones de la casa de aquella; mientras otro hombre de calzoncillo blanco, ocupaba su puesto en la esquina, como en asecho de todo lo que pasara en aquel momento.

Los zelos son tan violentos como el rayo para dejarse sentir en el corazón humano; chispa pequeña, que inflamada produce incendios terribles, y destruye nada ménos que la felicidad de toda la vida. Su fuego lento ó voraginoso, consume en un instante todas las ilusiones, las dulces esperanzas y los sueños puros que se basaban en una santa confianza.

Los zelos son el acíbar que derrama Satàn en la copa del amor; y por eso rara vez faltan en ella: el gusano que roe el tallo de las flores mas hermosas, convìrtiendo su lozanía y fragancia, en basura hedionda que causa la muerte del corazón en que brotaron; y para decirlo todo, son la muerte talando los campos de la vida del amor.

El Vizconde sintió clavarse en su alma el aguijón de los zelos, tan luego como vió al joven parado frente á los balcones de María, y se propuso descubrir, è indagar quien fuese para quitarlo de en medio.

El joven, por su parte, dirigió una mirada de soberano desprecio al noble, mientras el hombre de la esquina, riendo con burla, murmuró por lo bajo:

—¡Yo me vengaré de ella y de ese par de *zopencos*!

Estos otros dos hombres, igualmente zelosos y quizá mas enamorados que el Vizconde, eran Rafael y Patiño.

Veamos ahora por qué circunstancia se hallaban ambos en la capital, ó mejor dicho Patiño, pues de Rafael nos ocuparemos en otro capítulo.

Cuando Colombo se separó del Vizconde, en aquella

entrevista que decidió de la suerte de María, lo hizo acariciando un pensamiento, una idea de esas que sólo brotan y se fecundan en el cerebro de los malvados.

El matrimonio de su hija con el Vizconde, debia efectuarse á toda costa, porque en él veía basada no sólo la grandeza de la joven, sino también su felicidad.

Un obstàculo sin embargo, sé presentaba á sus ojos; y aquel obstáculo era terrible, pues podia en un solo momento echar por tierra todos sus planes: este era el amor de su hija por Rafael.

Preciso era que Rafael desapareciera de en medio, pero por una rareza de Colombo, no pensaba en matarle, queria un suplicio mas prolongado para el hombre que se habia atrevido à poner los ojos en María.

Deseaba que presenciara su enlace, aunque fuera con la imaginación; y más que su enlace, su elevación á la dignidad de virreina.

Queria verlo como al coronel Miranda, soñando una libertad imposible; libertad que él le devolvería á su antojo, porque tampoco le quitaria la vida.

En estos y otros pensamientos entró á una casa de mala apariencia, de donde salió al anochecer, rumbo á Zapotlán, aunque no por el camino carretero.

Cuando llegó al Volcán, y se halló en aquellos extensos subterráneos, que tantas riquezas atesoraban, llamó à Patiño,-á quien ya conocemos; pero de quien Colombo se fiaba, muy ageno de que la pasión que este sentia por su hija, le hacia ya su enemigo.

Le dió ordenes terminantes que à su tiempo sabremos; órdenes que Patiño recibiò sonriendo de un modo terrible.

Pocos dias despues, un hombre de à pié con una gran canasta á la espalda y un cayado en la mano, se detenía en la garita de Mexicaltzingo. Era Andrés Patiño.

CAPITULO III.

# Escenas nocturnas.

Daban las nueve en la catedral.

La noche era oscura y un tanto pavorosa, debido á las cabañuelas que en eso año se presentaban algo molestas. El cielo estaba encapotado: espesos nubarrones se aglomeraban hácia el Oriente, amenazando derramar de su seno abundante lluvia.

Los relámpagos se sucedian casi sin interrupciòn, anunciándose con el ronquido de lejano trueno; formando culebrillas de fuego, cintas amarillentas que se angostaban ó enanchaban, semejantes á una serpiente que ràpida se desliza por montones de escombros.

Las calles estaban desiertas: uno que otro transeunte cruzaba de vez en cuando, alguna calle, más bien con el objeto de llegar à su casa ántes que se desatara el chubasco, que con el de pasearse; supuesto que la noche convidaba á calentarse al fuego del hogar, pues que el frío que se sentía no era lo ménos molesto.

Por el costado izquierdo de Palacio, mas bien que andar, parecía deslizarse un hombre envuelto en un ancho capoton que le cubria casi todo el cuerpo.

A la escasa luz de los faroles, podia verse que aquel hombre, que más parecia un fantasma que un ser viviente, llevaba ol rostro casi cubierto por el embozo;

y lo ojos, única parte del rostro que á la vista del observador quedara, velados por unas antiparras de dobles vidrios, parecian recatarse, bajo las alas de un sombrero jarano

Nadie hubiera podido definir si aquel hombre era joven ó viejo; noble ó plebeyo; rico ó pobre: su traje ni decia una cosa, ni negaba otra.

Su paso era rápido; pero su pisada sentaba sin ruido; indudablemente el calzado era de zuela delgada y flexible.

Torciendo algunas calles, presto se halló en el puente de San Juan de Dios, triste y solitario por el mal temporal.

Detúvose allí quizá para orientarse ó para tomar aliento. El rio se deslizaba ruidoso y desapacible, comunicando al sitio cierto melancólico pavor, que hizo al nocturno paseante, volver la cabeza á todos lados, y seguir adelante. Ya en el barrio de San Juan de Dios, tomó hácia la derecha, por una calle polvorosa, sucia y algo despoblada.

Detúvose frente á la puerta de un cuarto bajo; brilló una luz sorda; alumbró el número y dió algunos golpes, que fueron contestados con el "van" de costumbre.

Entretanto abrieron, se arregló el embozo, y se caló el sombrero hasta cubrir casi por entero las cejas.

La puerta giró entonces, y un hombrecillo con voz atiplada dijo al desconocido:

—¡Pase vd. señor, pase vd. ántes que *la agua* se descuelgue. Y qué noche ¡Jesus! si parece que el mundo se vá á convertir en agua!

Tras aquella redundancia de palabras se hizo lugar el saludo y el visitante entró.

El cuarto era tan miserable como su dueño: no habia en él mas que un banco, una silla desvencijada y sucia, un petate viejo, y disemimadas en el banco varias ormas de zapato, leznas, gamuzas, baquetas; y otros útiles de zapatería.

El visitante se sentó en la única silla que habia, y el hombrecillo se colocó frente á él en cuclillas.

Antes de continuar adelante, dirémos algo sobre el hombrecillo del cuarto que nos ocupa.

Era de estatura baja, color trigueño, fisonomía repugnante, nariz remangada, pómulos salientes, y la mejilla izquierda marcada con una ancha cicatriz. Su nombre bautismal era Pancho Becerra; pero todos le conocian por el "Jicote."

Su padre habia sido un honrado zapatero, à quien sus camaradas de escuela, dieron el apodo que sus hijos heredaron, y que era el que llevaba Pancho.

Este habia sido el más pequeño de sus hijos; y degeneró de tal manera de las buenas cualidades de su padre y hermanos, que no habia taberna, mesa de juego, ò garito donde no se le viese. Varias veces habia visitado la cárcel, siendo puesto en libertad, después de cortas retenciones y de pequeñas multas: era lo que se llamaba, "un criminal con suerte." Se burlaba de la justicia con una facilidad asombrosa: asesino por oficio, debia ya varias muertes y era temido de todos. Tendria à lo màs, treinta años y sin embargo, su fisonomía avejentada revelaba los estragos del tiempo, como sucede á todos los que llevan una viciosa y desarreglada conducta.

—Gran trabajo me ha dado dar contigo Pancho, murmuró el embozado.

—Por lo visto su *mercé* me conoce......

—¡Como á mis manos! exclamó el desconocido interrumpiéndole. Eres uno de esos pícaros de buena suerte que abundan en el mundo; y que tanto se les dá matar un pollo como despachar un prójimo al otro mundo!

El Jicote se extremeció; y puso la mano en el mango de un puñal que siempre llevaba á la cintura.

—¡Poco à poco dijo el embozado, notando el movimiento de su interlocutor, puedes escucharme tranquilo: no vengo á echarte en cara tus fechorías, ni mucho

menos seré quien te delatará por ellas; vengo à tratar contigo un buen negocio; hablemos claro, á proponerte sencillamente oro, porque quites de enmedio un sujeto que me estorba.

—¡Ah......ya!......eso tiene sus pelillos, señor; y además yo no conozco á *Usté*......balbuceó Pancho.

—Ni me conoceràs, contestó el visitante, te pagaré bien, sin que sepas nunca, qué mano te ha mandado herir.

—¿Y quién me asegura......?

El desconocido por toda respuesta entregó à Pancho un bolsillo.

Este se puso à contar las monedas que contenía: eran 25 pesos; los que bastaron à excitar su codicia.

—¿Cuento con el negocio? preguntó secamente el desconocido.

—Sí, señor, como yo con los 25 duros. ¿El sujeto......?

El embozado interrumpió á Pancho pronunciando á su oido un nombre, como si temiese ser escuchado. Despues añadiò en voz alta:

—Dentro de tres dias à estas mismas horas vendré, si fuere necesario.

—Està bien, mi amo, murmuró Pancho, abriendo la puerta.

El visitante se alejó, mientras aquel cerraba diciendo para sí:

—¡Esté ha de ser alguno de los que aquel ha desplumado!

Sigamos al desconocido:

Eran las once dadas, cuando dejó la casa del Jicote. Una lluvia menuda y delgada humedecia la tierra.

Con lo avanzado de la noche, la oscurídad habia aumentado: el vientó movia fuertemente las hojas de los fresnos, y las calles estaban aun mas desiertas que dos horas antes, es decir, que cuando nuestro hombre las cruzaba en busca del Jicote.

Aquella soledad, aquel rumor siniestro formado por

la lluvia, el viento y las hojas causaban un pavor indefinible en su ánimo turbado por el aguijón de la conciencia, de ese juez severo á quien nada se oculta, y que castiga tan prontamente como la falta se comete.

¡Avisador terrible con que Dios llama al criminal al arrepentimiento!

Nuestro incógnito, siguiendo el frente del convento de San Agustin, anduvo dos cuadras; y torciendo hácia la derecha cruzó varias calles, encontrándose bien pronto, en el costado izquierdo del convento de Santo Domingo; edificio severo y solitario en su exterior.

De repente se detuvo, y aun se ocultó en el marco de un zahuan. Acababa de percibir en la oscuridad y á corta distancia suya, un grupo de hombres.

Los ojos se acostumbran à ver en las sombras, cuando han estado en la oscuridad algùn tiempo. Asì fué que á pocos momentos, pudo distinguir perfectamente, que uno de aquellos hombres pugnaba por desasirse de seis brazos que le sujetaban.

Nuestro hombre contenía hasta el aliento para no perder el menor detalle de aquella escena; y hubiera dado algo por saber quienes eran los actores del drama perpetrado allí, en el silencio de la noche.

Empero la naturaleza vino en su ayuda porque cuando con más atención fijaba sus ojos en el agredido, un relámpago iluminó de lleno la faz del desgraciado; y el desconocido sonriendo con aplomo sin igual, murmuró:

—¡El abogado Ordoñez......! ¡rival menos que me dispute la mano de María!

Efectivamente, el agredido no era otro que Rafael, á quien Patiño acababa de aprender, siguiendo las instrucciones de Colombo, con lo cual realizaba su propia venganza.

Cuando los bandidos se alejaron llevando en el centro á Rafael maniatado y amordazado, el Vizconde, pues ya sabemos que él era el de la expedición nocturna, salió del ligero escondite, y se dirigiò á su casa, contento y satisfecho del buen éxito de sus negocios.

CAPITULO IV.

## Retrocediendo.

Voy á dar principio à este capítulo explicando á mis lectores por qué circunstancias se nos ha presentado Rafael, en Guadalajara, casi al mismo tiempo que María; y voy à explicarlo, no tanto por la falta que esto haga para la hilaciòn de nuestros acontecimientos, sino porque no quiero que alguno de ellos, diga de mì, lo que yo he dicho de más de un autor, al tener en mis manos una preciosa producción suya: "Aquí hay un vacío que el autor, ó no quiso, ó se olvidó de llenar."

Pasemos adelante.

La carta que María habia entregado á Martín para Colombo, no reconocia más asunto que la solicitud de una licencia que le autorizara su viaje para Guadalajara.

Lo interesante de ella, estaba concebido en estos términos:

"Hanme hablado tanto de las bellezas de la capital, "padre mio, que he entrado en deseos de conocerla. "¿Me concederás tu licencia? Sí; yo sé que nada sa-"bes negar à tu María. Me estaré allí muy poco por-"que ardo en deseos de volver á la montaña, para ver-"te libremente como ántes lo hacia. No me niegues

"esta licencia, porque si tal haces, creeré que ya no me "amas. Sello mi carta con un beso, y un "¡pronto nos "veremos!"

Tu hija,

María.

La joven conocia el lado flaco de su padre; y no dudaba que accederia á sus deseos, siempre que adulase un poco su amor propio con su estilo zalamero.

Y no se engañaba. A la mañana siguiente se le presentó Martin entregándole la contestación, en que su padre le otorgaba la licencia solicitada, rogándole se volviese pronto á su lado.

María que todo lo tenia dispuesto de antemano para su improvisado viaje, determinò salir el mismo dia. Y mientras trasladaban al coche su equipaje, fué á despedirse de D.ª Mercedes, à la que por una rara casualidad, halló acompañada de Rafael.

Ambos dos se sorprendieron con la marcha tan repentina de María, quien interrogada, les dijo:

—Mi tio me llama, y yo le obedezco con gusto ¿no es tal vez este inopinado viaje un medio de que la Providencia se vale para que descubramos el paradero de Cecilia? Muy bien pudiera haber sucedido que sus raptores la hubieran escondido en la capital.

D.ª Mercedes moviò la cabeza con desaliento, y murmuró penosamente:

—No quiero desconfiar de Dios que puede devolverme à mi hija; pero no quiero hacerme ilusiones, porque cada dia que pasa me arrebata una esperanza.... y van ya tres dias!

—Sin embargo, objetò la joven, debemos tener una fé ciega en el Padre de los desgraciados, único Ser à quien podemos pedir consuelo en las amarguras de la vida.

Rafael que hasta entonces guardara silencio, la preguntó:

—Volverá vd. pronto, María?

—A lo más durarà mi ausencia quince dias: los aires de esta población me han probado bien...... ¡Vol veré pronto, muy pronto! Entretanto también á vd. le recomiendo sus cuidados por nuestra buena amiga, dijo María, señalando á D.ª Mercedes.

Rafael suspiró y María disimuló su emoción con una sonrisa

Nuestros jóvenes se trataban en esta corta escena con cierta ceremonia, ocasionada por la presencia de D.ª Mercedes, ceremonia que les era agena cuando se hallaban sin testigos, y que les impidió esplayar sus sentimientos de despedida.

Al cabo de unos cortos momentos, en que cada cual, se impresionó según el estado de su alma, María se despidió, volviéndose á su casa. Y poco después las ruedas de un carruaje herian los empedrados, y el ruido que causaban era cada vez menos perceptible

¿Qué era entretanto de Rafael? Veloz como el relámpago habia dejado la casa de D.ª Mercedes, tan luego como la joven se despidiò.

Ya en la calle, se detuvo en el batiente del zahuan, y allí esperó la última mirada de su amada, quien al cerrar la portañuela, sacò la cabeza hácia afuera, para decirle adios.

De allí se dirigió á su casa triste, pensativo, y dando vuelta en su imaginación á la imagen de aquella mujer que creia no ver màs. Al llegar á ella no tenia ya mas que una sola idea, un solo pensamiento; seguirla!

¿Qué enamorado no comete locuras?

El viaje de Rafael no podia ser mas descabellado ni mas fuera de razón. Era pobre, y sus pocos negocios iban á quedar abandonados; y esto sólo por correr tras una mujer de quien lo separaba, al parecer, una gran distancia.

Demasiado lo comprendia; pero no entraba en el combustible que le trastornaba y le enloquecia, la sana idea de la razón.

Dos horas después de haber salido María, nuestro enamorado joven, montado en un brioso alazán, salia por la calle de San Antonio con dirección à la garita, de donde iba à tomar el camino de Guadalajara.

Tres dias hizo la joven de camino, llevando á Rafael en retaguardia, y sin sospecharlo siquiera. ¡Cuán agena se hallaba de ser seguida tan de cerca!

A su llegada á Guadalajara, Rafaèl se ocupó de inquirir y tomar señas de la casa donde María se hospedaba y que pertenecia á un amigo de Colombo; por lo que á este le habia bastado una simple carta para que la casa quedase á disposición de su hija.

Al parecer, trataba Rafael de ponerse en comunicación con la joven de sorprenderla agradablemente con su inesperada presencia; pero no era así; era celoso y un pensamiento le dominó desde su llegada; y era descorrer el velo de aquel misterio que rodeaba al amor de María hácia él.

La ocasión, para aclarar si tenia un rival ó nó, era oportuna, y no quiso desperdiciarla.

A este fin, se propuso guardar el incògnito por algunos dias, y asechar desde lejos todos sus pasos, todas sus acciones.

¡Conducta indigna, y sòlo perdonable si se atiendé al caràcter fogoso de Rafael y á su amor á María!

Ahora que ya conocemos sus pensamientos, vamos à seguirle cinco noches después de su llegada en pos de la joven.

Ocupàbase de rondar la morada de esta, como las noches anteriores, cuando vió salir al Vizconde orgulloso y satisfecho de aquella casa, que guardaba lo que mas amara en el mundo; que encerraba su felicidad; felicidad que huia de él como un sueño de alborada, como una exhalación evaporada en el viento, cuando su reflejo apenas cae sobre la tierra!

Rafael estaba celoso; y el Vizconde no disimulaba su interés por María; interés que se destacaba à los ojos de Rafael como una amarga realidad.

Se figuró entonces hallar la clave de aquellas enigmáticas palabras, que tantas veces habia escuchado de los labios de María: "¡No puedo ser tuya, porque un imposible nos separa!"

Ya no le cabia duda; la joven perteneciendo á la nobleza española, no podia aceptar el amor de un hombre que no fuera de alta cuna.

¡Y él la amaba con apasionado frenesí; como solamente una vez se ama en la vida!......

¡Y aquel amor ardiente, no tendria mas recompensa, que la desesperación; los celos, el olvido......!

Lo que debia sufrir Rafael en aquellos momentos, fué lo bastante para que, desatentado, loco, ebrio de dolor, tomase una resolución extrema, que en otras circunstancias habria rechazado como indigna.

Dirigióse con paso ràpido à la escalera; por donde pocos momentos antes habia bajado el Vizconde su rival aborrecido: subió de dos en dos los escalones; el cancel estaba entornado aún, le abrió, y àtravesó de puntillas el corredor que le separaba de la sala de recibo: se detuvo en el batiente de la puerta, y latiéndole el corazón con fuerza, se introdujo silenciosamente á la sala.

María, dando la espalda à la puerta, se hallaba sentada en una butaca, y entregada á tristes reflexiones no se apercibió de la entrada de Rafael, que parado á corta distancia la contemplaba silencioso.

Con los ojos fijos, sin objeto, y la frente apoyada en la mano derecha, parecia vagar en otrà atmósfera, agena á todo lo que pasara en su alrededor.

¡Pobre niña! Las circunstancias terribles de que se veia rodeada por las maldades de su padre, la obligaban á aceptar un enlace que rechazaba su corazón.

Hacia pocos momentos que el Vizconde habia estado allí, anunciándole que el coronel Miranda y su hija serian libres tan luego como ella firmase el contrato matrimonial. ¿Le habia dicho el Vizconde la verdad ó la engañaba? los resultados nos lo dirán.

Por lo pronto solo dirémos que la joven fiada en las promesas del noble y deseando reparar en algo los crímenes de su padre, en aquella honrada familia, se habia obligado à firmarle antes de ocho dias.

Esta resolución heroica; pero dolorosa porque en las aras del sacrificio le arrancaba de un golpe, todas sus esperanzas de dicha, la tenia agobiada en aquellos momentos; y la hacia inclinarse, semejante á la azucena que dobla su tallo á los empujes de la tempestad.

Rafael la contemplaba con los brazos cruzados; y quizà adivinando en ella amargos y escondidos dolores, sentía remordimiento del paso que daba. Ya habia resuelto salir como habia entrado, silenciosamente, cuando María, tal vez impelida por esa magnética atracción de las almas que se comprenden en el idealismo del amor, levantò los ojos. Y al ver á Rafael de pié, cerca de ella, quiso pararse; pero no pudo: la sorpresa pareció ligarla en el sitial que ocupaba.

—¡Rafael......! ¿tú aquí?...... exclamó en seguida con una entonación sentida y tierna; pero que á los oidos del celoso amante, llegò como un reproche.

¡Tal es el corazón humano; recibe las cosas, no como són, sino según el estado en que él se encuentra!

Rafael arrojò sobre María una mirada de despecho, voraginosa, terrible y sangrienta, y luego exclamó estoicamente:

—¿Te asusta verme aquí......? y donde habia de estar sino donde tú estuvieras? Crees tan fàcil que se pueda permanecer lejos del bien que forma y alimenta nuestra existencia, que se puedan pasar los dias sin sentir sobre nuestra frente la misma intensidad de sol, el mismo ambiente que refrezca la suya? "¡Tú aquí...!" bien se conoce la facilidad con que te has olvidado del que ni un instante ha dejado de pensar en tí...!

—¡Ah! exclamó Maríacon abatimiento, ¿desde cuàndo tus palabras han sido inspiradas en la hiel venenosa de la reconvención?

—Desde que sé, María, que eres la prometida de un Vizconde; desde que no ignoro hasta qué punto has podido olvidarme, y has jugado con mi corazón haciéndole pedazos; desde que conozco........ pero basta de explicaciones y de palabras vanas. ¿Qué otra cosa puede esperar un hombre de cuna humilde como la mia, cuando se atreve á poner los ojos en una dama noble como tú?

La joven se sintiò anonadada ante estas palabras que le echaban en cara una nobleza que no tenia, y le era aborrecida desde que estaba à punto de adquirirla, uniéndose al Vizconde, pero sobreponiéndose à la lucha de su alma, se adelantó serena hacià Rafael.

--Veo con pena, le dijo, que despues de seis dias de ausencia, sólo hayas venido á insultarme de una manera tan cruel. Pero sean cuales fueren los motivos que para ello tengas, injustos ó no, te perdono las ofensas, porque son hijas del extravío de los celos:

¡Rafael, yo te amo y jamás ni un instante he dejado de amarte; pero hay una fatalidad que se interpone entre nosotros dos! Muchas veces te lo he dicho lo recuerdas? "Te amo, pero nunca podré ser tuya!"

—Quíero creer que me amas, dijo Rafael, porque necesito creerlo, ¿pero entónces por qué alientas la pasión del Vizconde? Porque èl te ama, sí, yo lo sé: ¿qué amor permanece oculto, sin revelarse en las miradas, en las palabras, en todo èl ser, en fin, de la persona que le siente?

—¿Y qué importa que me ame, si yo no amo más que à tí?

—¡Mas que á mí!......, balbuceó Rafael con una sonrisa mordàz.

—Sí, contestò la joven con dulzura, te lo juro por la memoria de mi madre!

—¡Si es así, prométeme que nunca serás la esposa de ese hombre, exclamó Rafael, entre delirante y conmovido.

María hizo un esfuerzo supremo, y murmuró con apagado acento:

—¡No! no puedo; es imposible......!

—¡Es decir......!

—¡Que hay sacrificios que necesitan consumarse...

Rafael dió dos pasos hácia atràs; se llevó la mano á la frente que sentia abrasada; sus labios temblaron dejando escapar esta sola frase.

—¡Adios......!

Lanzóse fuera de la sala sin esperar más.

María corrió á detenerle, pero en vano; cuando llegó al cancel, vió que Rafael salvando el último escalón, tomaba ya la calle.

María corriò al balcón, pero apenas alcanzó á verle, porque volteaba ya la esquina.

Uno de esos accesos de locura febril, tan frecuentes en los enamorados, dominaba al joven en aquellos momentos. Cruzó calles sin darse cuenta del lugar á donde iba; agitado y convulso, con la mirada vaga, cuan presto reía, murmuraba palabras incoherentes y sin hilación, ò levantaba los ojos al cielo, cargado entonces de nubarrones.

Un viento húmedo y frío le azotaba el rostro y ponia sus negros cabellos en desorden; y una que otra gota de agua helada salpicaba su frente abrasada por la fiebre de los celos, y mas que todo por la fria realidad del engaño.

En aquella tempestad que le agitaba, arrastrando en pos de sí todas sus ilusiones, sus mas dulces esperanzas y sus sueños mas lisonjeros; aparecia de vez en cuando, una luz roja, que al brillar à sus ojos, contraia sus labios con una sonrisa amarga. ¡Era la venganza!

¿Qué celoso deja nunca de acariciar esa pasión bastarda, único lleno de su corazón vacio de esperanzas y de paz; de creencias y de fé?

Rafael era bueno, religioso y honrado; pero por desgracia poseía un carácter violento, á cuyos arrebatos no sabia, ó no estaba en su mano sobreponerse. Todas

sus buenas cualidades desaparecian, por lo mismo, cuando se dejaba dominar de él.

Alentando, pues, la venganza, en el torbellino que le arrastraba, seguia sin rumbo ni objeto las calles que se le presentaban; y mas de una vez anduvo dos veces una misma manzana.

De repente, habia dado vuelta à una esquina, cuando se vió asaltado por tres hombres, que formàndole cerco, y asestàndole al pecho la fría hoja de sus puñales, le intimaron que se rendiese y guardase silencio.

La calle estaba desierta y la oscuridad era tan densa que á unos cuatro pasos los objetos no se percibian.

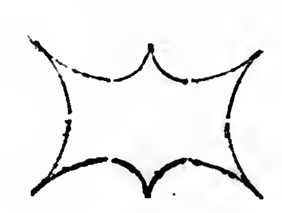
Rafael que nada tenia de cobarde, amartilló la pistola que siempre le acompañaba; pero uno de los asaltantes le tomó la mano con tal fuerza, que le hizo botar el arma, la que fuè luego recogida por uno de los foragidos.

Luchó Rafael por desasirse de estos; pero inútilmente: los asaltantes parecian tan avezados à aquella especie de lances, que era imposible toda defensa, al menos en aquella hora.

Pronto se vió con las manos atadas, la boca amordazada y casi arrastrado por sus agresores.

¡El desdichado Rafael viendo que ni le robaban ni le quitaban la vida, comprendió que se trataba de una captura misteriosa; y la ruin figura del Vizconde pasò por su imaginación!

Toda esta escena fué presenciada, como vimos, por el Vizconde cuando volvia de la casa del Jicote.



CAPITULO V.

## Donde Rafael cree que sueña.

Hay seres fatalistas para quienes la ventura, si la hay, es una sombra fugaz, que se desliza cuando apenas toca á su corazón, el roce de sus alas volubles y caprichosas: seres infortunados que sedientos de felicidad, corren tras una esperanza engañosa y cruel; tras un fantasma ficticio que se desvanece, tornando las rosas que á su paso levanta, en un zarzal oscuro y sin término: seres desterrados del paraíso del amor; que cuanto mas sueñan y vagan adormecidos por los prismas de la ilusión, es mas tètrico y terrible su despertar.

Rafael pertenecia á esta clase de seres.

Habia corrido tras la felicidad, y creyendo asirla de su manto, habia soñado, habia dejado á su imaginación vagar por los dorados campos de las ilusiones; y lo que es más, se habia prometido un cielo imaginario, cuyos horizontes no tenian más límites que las irradiaciones del amor. ¡Y aquel cielo argentado de su dicha, se trocaba como por encanto, en un páramo desierto; y a-

quel amor se convertia en una realidad desnuda de todo bien, en un esqueleto sin vida, sin fondo, sin luz!

Y todo este cuadro, todo este relieve en que las tintas eran negras, y sombríos los contornos, habia sido abarcado por el pobre loco, bajo la flama siniestra de una venganza contra el Vizconde, bien léjos, de creer que la venganza de otro afilaba sus uñas de buitre, para herirle y burlarse de él.

¡Pero así es la vida, si la estudiamos con todos sus amargos sarcasmos. Valle de miserias, por cada millón de lágrimas ofrece una sonrisa!

Asi es la vida, repetimos. ¡Y qué pocas veces dejamos de apurar la copa amarga que para otro preparamos! ¡qué pocas veces deja de volverse hácia nosotros la acerada punta con que herimos ó tratamos de herir! ¡Palabra es esta de Dios y no puede faltar!

Veía Rafael contrariados todos sus deseos, todas sus esperanzas, como si una mano enemiga tratase de estorbarle la realización de lo que consideraba su placer; y su abatimiento crecía, como crecen los torrentes cuando la tempestad se desata sobre ellos.

¡Oh! cuán pocas veces una pasión se ve satisfecha hasta llenar el deseo!

¡Cuán pocas veces alcanzamos la realización de aquellos caprichos, que mas acariciamos y mas alto levanta el polvo de nuestra vanidad......!

Dios à quien no podian oscurecerse las flaquezas del corazón humano envió como antagonista de nuestro miserable orgullo, á la contrariedad; esa mómia rígida, austera y sañuda, que si algunas veces non conduce al mal, infinidad de veces nos conduce al bien, evitándonos lágrimas y remordimientos.

Pero supuesto que nos ócupamos de Rafael, nuestro infortunado protagonista, vamos à seguirle de cerca hasta el tèrmino de su maladada aventura.

Al amanecer de aquella noche en que se vió asaltado, se encontró en un camino poblado de árboles, donde las sinuosidades del terreno formaban una estrechu-

ra. Los bandidos que le acompañaban, guardaban silencio y le obligaban á él á guardarle; por lo que comprendió que aun no estaban léjos de Guadalajara.

Le llevaban en el centro por lo que era inútil toda tentativa de evasión. Empero una cosa notaba, y era que le guardaban algunas consideraciones, como si obedecieran una orden superior.

Tres dias con sus noches caminó de aquella manera; ya extraviando senderos, ya ocultándose en parajes espesos y solitarios, y sí, á cada momento acechando una oportunidad para evadirse, burlando la vigilancia de sus conductores.

A veces el ladrido de los mastines ó el alegre canto del gallo madrugador, alentaban sus desvanecidas esperanzas de salvación figurándose que de algùn rancho cercano podria venir su libertador.

Pero el canto del gallo y el ladrido del perro se perdian à lo lèjos sin que apareciera nadie en su auxilio; y el pobre Rafael caía por esta circunstancia en un abatimiento mayor.

Aunque libre de la mordaza, desde el primer dia, no hablaba sino para contestar, y esto cuando era necesario.

Hácia la media noche del tercer dia, hicieron alto; y uno de sus guardianes le dijo en voz recia:

—Voy à vendarte los ojos para que no veas el camino que llevas, no sea que hagas con nosotros, una de esas pilladas de que tanto entienden ustedes los letrados.

—¡Cabal! añadió otro, y amárraselos bien, Patiño, no sea.....

—Me es indiferente cuanto hagais conmigo, desde que no soy dueño de mi voluntad; dijo Rafael, dejándose vendar.

Poco despues sintió que subian la falda del Volcan, á cuyo pié le habian vendado; y un viento fresco, acompañado de ese dulce murmullo que forman las hojas de

los ocoteros al chocar unas con otras, comenzó á orear su frente sudorosa y fatigada.

Despues de subir un trecho regular por laderas tortuosas y empinadas, oyó el ruido de una piedra levantada de su sitio.

Entonces Patiño le ordenó agacharse, y tomándole por una mano le guió por una grande oquedad, que despedia un olor á tierra mojada.

De allí para adelante, guiado Rafael por su lazarillo, subia, bajaba, se arrastraba ó era descolgado por gruesos calabrotes.

Su imaginación se perdia en mil conjeturas y laberintos. Lo que le pasaba comenzaba á tomar en su cerebro la forma de un sueño; pero de un sueño terrible, cuyo sopor le espantaba, y en cuyo despertar creía vislumbrar algo tan temible como la eternidad.

De repente sintió que la venda que le cubría los ojos caia á sus pies; y girando la vista en torno suyo, vió con espanto que se hallaba en un oscuro subterràneo, cuyas macisas paredes hubiera en vano tratado de escalar.

La luz de un farol la iluminaba dudosamente: así es que pudo ver los objetos que allí habia, y que se reducian á una manta que le serviría de lecho, y una mala silla.

A pesar de todo su valor, se horrorizó pensando en la terrible suerte que se le esperaba sepultado en aquella cueva y en poder de los bandoleros.

Patiño entretanto, habia despachado á sus compañeros, diciéndoles:

—Avisad al Capitàn que el pichón está en la jaula.

Cuando estos hubieron desaparecido, volvióse á Rafael y en tono mordaz y ordinario le dijo:

—¡El ratón ha caido en la ratonera......! Sepa vd. señor letrado, que yo Andres Patiño, amo á la señorita María, mas que á las niñas de mis ojos......Y, por cierto, no habré de dejar que un catrín almibarado, *no mas* porque viste á la española, se lleve ese tesoro!

Rafael no fué dueño de contenerse al oir á Patiño; y apretando los puños con fuerza, exclamó en el paroxismo de su cólera:

—¡Miserable!......! tú........! tu aspiras á ella; tú, pobre reptil de la basura, arrastrado en la vil escoria, pretender escalar los muros que te separan de la nobleza......! tú......!

—¡Silencio, exclamó Patiño pálido de cólera, ó ¡por Barrabás! que le levantaré la tapa de los sesos para castigar esos insultos!

Patiño habia echado mano á la pistola, disponiéndose á probar lo que decia, cuando Colombo se presentó allí. Dirigióse á Patiño, diciéndole secamente:

—Puedes irte.

Patiño obedeció, arrojando sobre Rafael una mirada rencorosa, harto significativa.

Adelantóse el Capitán hasta quedar à unos tres pasos de Rafael; y abarcándole con una mirada escudriñadora, dijo con un acento que se esforzó en hacer aparecer tranquilo:

—Deseaba conocer al hombre que ha tenido la audacia de poner sus ojos en la sobrina del Sr. Vizconde de Tuneranda.

Rafael à su vez, mirando al Capitán con altanería le contestó:

—Mexicano de sangre pura, y honrado, aunque pobre; no juzgué crimen ni audacia amarla; porque rechazo y desconozco la supremacía de esos títulos, que, separando las cunas, hacen del rico un magnate, y del pobre un esclavo, un ente despreciable! Libre en mis convicciones, ni respeto más nobleza que la del corazón ni mas títulos que los de la honradez y la virtud!

Al pronunciar estas palabras, se hallaba Rafael tan excitado, que su voz, su mirada y hasta sus movimientos revelaban su ira.

El Capitán, impàvido y sereno, recogiò sus palabras una á una, casi con alegría; pero disimulándola supo mantenerse, á la vista del abogado, tan altivo como e-

sos minaretes que se mantienen tranquilos en medio de la tempestad que ruje.

Sin embargo, en aquellos momentos le encontraba mas digno que ninguno otro, de su hermosa hija; de aquella niña que amaba tanto, y que iba á sacrificar en aras de su ambición.

—¡Vamos, dijo à Ordoñez, habla vd. en justicia; y como buen patriota tiene odio por los que se llaman nuestros señores' Yo tambien abrigo esos mismos sentimientos...... Pero á pesar de todo, me veo obligado à obedecer òrdenes superiores con respecto á vd. Esta serà su cárcel hasta que la señorita Granados se despose con el Vizconde, porque como ella está enamorada de vd. podria traer este capricho de niña algún grave inconveniente para la realización de esa boda.

Las últimas palabras de Colombo arrojaron sobre Rafael un rayo de luz: María le amaba; y por eso le quitaban á él de en medio de la escena. ¡Oh! còmo recordó entonces aquellas palabras de Marìa: "Hay sacrificios que deben consumarse!" y cómo lamentó la violencia de su carácter que le habia impedido buscar la luz, que le diera la clave del enigma que las envolvia para salvarla de los que trataban de sacrificarla à sus caprichos!

Estos pensamientos y otros muchos se agolparon à su cerebro, como un relàmpago que tan presto flamea como se apaga. Y fijando airado su mirada en el Capitán, exclamó:

—¡Con que es decir, que ella será sacrificada por su tio, tutor noble y sin corazón, á quien poco le importará verla desgraciada......? Es decir, que pagan à vd. para que me retenga mientras el sacrificio se consuma, temerosos de que yo sabria arrancarla del poder de sus tiranos, de las mismas gradas del altar si una sola de sus lágrimas quemando su alma llegase hasta mí...... ¡Ah! son muy miserables, y muy cobardes......!

—¡Silencio! vociferó el Capitàn pálido de cólera, an-

te las aseveraciones de Rafael, que iban á herirle en su amor propio, y màs que todo en su amor de padre; entre esa joven y el abogado Ordoñez se levanta un muro insuperable, téngalo vd. entendido!

Al terminar estas palabras, Colombo, dominando su indignación se alejó de allí, cerrando la entrada de aquel subteráneo que por entonces servia de prisión à Rafael.

Este se lanzó sobre la piedra que le separaba del mundo viviente: forcejeó por levantarla, pero inùtilmente. Volvióse, pues, desalentado y triste, y dejándose caer en la silla, hundió la frente en las manos exclamando:

—¡Sálvala, Dios mio, sàlvala!......

Poco después, su imaginaciòn febricitante, recorrió una á una, todas las peripecias por que venia pasando desde su última entrevista con María, todos los acontecimientos últimos que tan misteriosamente encadenados, se conjuraban contra su felicidad.

¡En vano trataba de aclarar el enigma, la clave de todos ellos! ¿Por qué sircunstancias raras los bandidos del Volcàn obedecian al Vizconde? ¿por qué éste obligaba á María á ser su esposa, y por qué ésta á su vez obedecia, siendo que no le amaba? ¿Quién era María, y quién era el Vizconde? ¿Por qué le habian tratado à él, en aquel extraño plagio con ciertas consideraciones que al ménos hasta allí, habian puesto su vida á cubierto de un asesinato? ¿Quièn era Patiño, para atreverse á poner sus ojos en la sobrina del Vizconde?

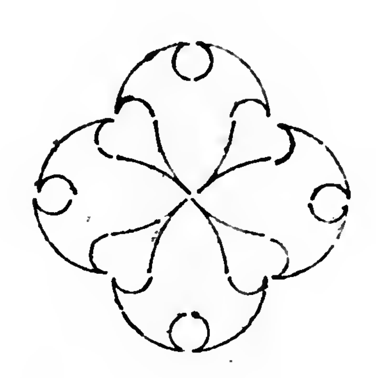
La frente de Rafael ardia perdiéndose en conjeturas de que ninguna luz sacaba.

Se agitaban sus ideas en la cabidad de su cerebro, así como se agita la lava en las entrañas candentes de un volcán.

Por fin, sacudiendo la cabeza, dió dos ò tres vueltas como si tratase de despejar sus pensamientos; y murmuró con palabras apénas perceptibles:

—¡Nò!...... no puede ser cierto nada de lo que pasa! Estoy soñando, sí, estoy soñando......!

Y como si quisiera hacer efectiva la ilusión de un sueño que pudiese salvarle de la espantosa realidad; tornó á sentarse, cerró los ojos, y reclinó la cabeza en el respaldar de la silla.



CAPITULO VI.

## Una escena de sangre.

El toque de ánimas acababa de resonar en todos los templos, y aun se repercutía el último de sus clamores en las altas torres de los severos monasterios, cuando, siguiendo la calle solitaria de San Felipe, se veia à un hombre alto y delgado, envuelto en una capa y apuntalándose en un baston. Caminaba de espacio y con la cabeza baja, como si inspeccionase el piso para evitar un tropezón.

La noche estaba serena y tranquila; si bien algo oscura por lo aborregado del cielo.

A corta distancia suya, y por la misma acera, un *peladillo* parecia seguirle. Sin levantar ruido ninguno con sus pisadas, pues iba descalzo, aceleraba el paso cuanto podia, y dirigía con frecuencia miradas furtivas hàcia atrás, como si temiese ser á su vez expiado por alguno.

¿Quién era este hombre, á donde iba y què temía? Presto lo sabremos, pues que vamos à seguirle à la escasa luz de los faroles, y sin perder ninguno de sus movimientos.

Habían andado tres cuadras adelante del templo à quien debe su nombre dicha calle y sin variar de direccion, sino siempre al poniente; cuando el pelado se creyó seguro de que nadie le veía, aceleró aun màs el paso, yendo à colocarse á una distancia de tres metros respecto del primero.

Este entregado á sus pensamientos ó demasiado confiado quizá, no se habia fijado en que era seguido tan de cerca, y continuaba su camino con igual calma.

La soledad era completa; ningun otro ser viviente, que no fuera alguno de nuestros citados hombres, aportaba por allí.

Los serenos, ó no los habia en aquel barrio, ó por algún incidente casual se habian retirado.

El hombre del calzón blanco, ya una vez á corta distancia del otro, se le fué acercando de puntillas hasta encontrarse á un paso de distancia.

Quien hubiese podido verle en aquellos momentos á la luz clara del dia, habría leido en su mirada algo de siniestro y terrible; aquel algo espantoso, que desde Caín, marca la frente del asesino.

Corrian algunas gotas de sudor por su frente, y una vaga inquietud, aunque á su pesar, le torturaba y le hacia temblar.

Sea una mera casualidad; sea que el presentimieto que nunca falta en el peligro, como un aviso de la Providencia que casi siempre despreciamos, hubiese tocado al corazón del hombre de la capa; lo cierto es, que instintivamente volvió hácia atràs. Pero en el mismo instante, sin darle tiempo á tirar del verduguillo ni à pedir auxilio, la fría hoja de un puñal penetró en su pecho, hundiéndose hasta el mango.

Nuestro hombre vino à tierra bañado en sangre; y al ruido sordo de su caida, sucedió un ¡ay! débil y doloroso que instantàneamente se apagó en sus lábios rígidos y fríos.

El asesino extrajo la hoja de la herida, y dándole un

puntapié para cerciorarse de su obra, echó á correr murmurando para sí:

—¡Ese hombre es muerto! ¡El Vizconde está servido!

Apénas Pancho, pues no era otro el asesino, como mis lectores habrán adivinado, habia dado vuelta á la primera esquina, cuando se abrió cautelosamente una puerta á cuyo dintel se encontraba el cadàver; y una mujer con una vela en la mano, se presentó en ella.

La luz iluminó el cuerpo allá tirado, y la mujer acercàndose à reconocerle, exclamó azorada:

—¡Jesús me valga! ¡El escribano D. Remigio Flores....! Y acto continuo, comenzó á gritar.

—¡Auxilio! auxilio....!

A sus gritos acudió un sereno, luego otro; y seguidamente exhalò el herido dos ayes lastimeros.

—¡Un sacerdote! murmuró la buena mujer, alejándose del siniestro, en busca de aquel.

En la misma cuadra vivia un buen eclesiástico, que se apresuró à ir á prestar al herido los últimos auxilios del alma.

Llegado á su lado, hincó una rodilla en tierra y dijo al herido cariñosamente:

—Hermano mio, vas á comparecer ante el Eterno quizá en estos momentos: la eternidad se abre para recibirte, y es necesario que entres á ella purificado con el sacramento de la Penitencia.... Dime tus culpas, que yo te las perdonaré en nombre del Omnipotente.

El moribundo abrió los ojos un tanto apagados y murmuró con voz inteligible:

—Dios me concede estos momentos para que, reconociendo su justicia, descargue mi conciencia.... Soy muy criminal, Padre mio....!

—Arrepiéntete, hijo mio, y cree que la misericordia de Dios es infinita! Sus brazos están abiertos para todos aquellos, extraviados del redil de la gracia, que vuelven sus ojos á El. Yo no soy mas que un indigno

ministro suyo; pero á su nombre, podrè aliviarte de la onerosa carga que pesa sobre tu conciencia.

—Padre....si....pronto porque me muero.... La confesión del moribundo comenzó, endulzada por las palabras consoladoras con que el sacerdote animaba aquella endurecida conciencia, pròxima á comparecer ante Dios.

Entretanto los serenos habian partido: el uno à dar cuenta á la autoridad; y el otro en busca de un médico.

Pronto estuvieron de vuelta, acompañados del juez y de un facultativo.

El sacerdote les indicó que se acercaran, y les dijo con voz solemne:

—Autorizado por este desgraciado que en breve comparecerá ante la presencia del Creador, declaro, ante todos, que ha sido asesinado por orden de un alto personaje. D. Remigio Flores se arrepiente de haber sido còmplice de aquel, en un crimen de falsificación por robo.

El juez anotó lo que acababa de oír, y acercándose al herido, le preguntó con bastante calma arrimando á la nariz una caja de polvos:

—¿Confesais todo ese crimen como cierto?

—Si....; y deseo su reparación, no por venganza sino por justicia......

—¿Conocisteis al asesino?

—¡No! pero sí á la mano que le pagó....!

—¿Su nombre?

—El Vizconde.... de.... Tuneran....da....

El sacerdote, viendo que el moribundo daba las últimas señales de vida, le aplicó la santa Unciòn; ceremonia sacramental tan necesaria como imponente, por tener su verificativo á las puertas de la eternidad!

El facultativo se acercó en seguida; y procediò á reconocer la herida, cosa que no habia hecho al llegar, por la confesión ya descrita. En seguida, con ese aplomo que acompaña siempre las palabras del hombre de

ciencia, que ha encanecido curando las dolencias del cuerpo, y presenciando esos cuadros de horror en que la vida se vá cortada por la mano de un criminal, en que la materia lucha por retener un resto de aliento, y el alma se agita para abandonar su cárcel; dijo retirándose un paso:

—Este hombre debió haber muerto en el acto, porque el puñal ha roto las arterias mas nobles del corazón.

—Juicios son de la Providencia que tal cosa no haya sucedido; de lo contrario el crimen que se versa, haría mas víctimas-dijo el sacerdote sentenciosamente.

La agonía de D. Remigio fué breve y violenta. El sacerdote le rezaba con fervor; los demás oraban en voz baja.

De pronto el primero diò al herido otra absolución, terminada con estas palabras:

—¡Ya puede tu alma volar en paz al seno del Criador!

Y como si el moribundo no hubiese esperado más que estas consoladoras palabras, arrojó una bocanada de sangre, y expiró.

—¡Ah! exclamó el alcalde, mirando el cuerpo rígido del escribano, cuántos pícaros como este alientan en el mundo vestidos de oro y seda, escudados por un título ò por su alta posición social!

Los serenos condujeron el cadáver á la alcaldía para proceder al siguiente dia con todas las solemnidades que el caso requeria.

El alcalde, hombre tan activo como previsor en materia de crìmenes, tomó desde luego providencias enérgicas, à fin de que tan oscuro crimen no quedase sin castigo.

Asegurado en la declaración del herido y teniendo testigos presenciales de aquella misma declaración, ordenó catear en la misma noche la casa del Vizconde, àntes que este pudiese tener denuncio de lo que apsaba.

Sus puertas fueron abiertas en nombre de la ley; y el alcalde, seguido de la policía, comenzó á registrarlo todo.

Fortún fué preso en unión de otros criados, y conducidos con ellos à la càrcel.

¿Qué habia sido del Vizconde? Ni aun el mismo Fortún lo sabia, que era su criado de mas confianza; y sin embargo, al entrar la autoridad él se hallaba en su casa.

En vano se le buscó: todo fué registrado minuciosamente; suelos, paredes, muebles y puertas, por ver si se le encontraba.

La casa fué cerrada, y las llaves entregadas al alcalde con varios papeles extraidos de un armario, y entre los que figuraba el testamento hecho por D. Remigio Flores.

A las nueve de la mañana del siguiente dia, se les tomó declaración à los presos, en presencia del cadáver del escribano.

Fortún declaró lo que sabia, esto es, que el escribano habia estado con su amo varias veces; que últimamente debia casarse con una sobrina del mismo, llamada María Granados, joven hermosa recien llegada á la capital, y hospedada en la calle de San Francisco, número 20.

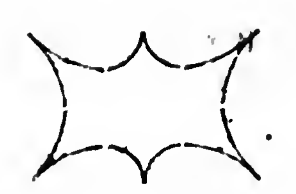
Los otros criados, punto más ó ménos, dieron idénticas declaraciones.

Despues de todas estas averiguaciones, hechas en el orden que la ley prevenia, se procediò al arresto de la sobrina del Vizconde, quien aparecia cómplice en aquel crímen doblemente perpetrado; pero grande fué la sorpresa de la policia, cuando al desempeñar su cometido, se le hizo saber por el dueño de la casa que aquella habia ocupado, que la bella inquilina se habia marchado dos dias ántes, sin saberse á donde.

Todo esto, acompañado de algunos elogios en favor de la joven, cuya bondad era siempre tan conocida de los que la trataban, diò por resultado que, al menos

por entonces, se suspendiesen mas averiguaciones acerca de ella, pues, si bien aparecian algunas cartas autografiadas con su firma, y que la comprometian altamente, habia datos para juzgar que ella misma no fuese mas que otra víctima de la rapacidad del Vizconde, quien fué exhortado por todas partes, con fin de conseguir su captura.

Por lo que hace á Pancho, una vez más habia sido favorecido por la suerte, permaneciendo fuera de toda sospecha jurídica; y llevando su cinismo hasta ir á formar parte de los espectadores de tan ruidoso asunto.



CAPITULO VII.

## Hilos sueltos.

Antes de terminar este libro, y como epílogo de él, voy á recoger algunos hilos sueltos, que à nuestro paso vertiginoso, he dejado pendientes; hilos que nos conducirán á echar una ràpida ojeada sobre algunas escenas no aclaradas todavía, y que serán muy necesarias para la mejor explicación de los sucesos que venimos desarróllando.

Ya es tiempo de que nos pongamos al tanto del estado en que se hallaban los ànimos de muchos de nuestros personajes, al desenvólverse los últimos acontecimientos de este cuadro.

Perdónenme mis lectores, si con algún retraso de tiempo voy à conducirlos ahora al Pico del Aguila; y precisamente en la tarde de aquel dia en que se efectuó el rapto de Cecilia Miranda.

¡Perdónenme, repito! En ningun tiempo es desagradable un paseo en el campo. La aridez del Invierno tiene también su belleza propia; y si bien la vejetación aparece entonces tostada por el frío; el suelo cubierto de hojarasca que vate el viento con imponente ruido; la atmósfera condensada por una niebla helada

que entumece los miembros, reseca la epidermis y torna melancólico el espíritu; los ojos se deleitan contemplando, á través de la desolación de la naturaleza, los picos cubiertos de nieve, las blancas hebras del heno convertidas en hilos de plata, y ese mismo manto de desolación, que lo envuelve todo con su melancòlica poesía.

¡Allá vamos, pues; y espero que me acompañeis con gusto!

Al caer de la tarde, en que se consumó el rapto de Cecilia, Vicente Colombo y Teodoro, sentados en una roca, esperaban ansiosos en el Pico del Aguila, la llegada de Patiño y su linda prisionera. Y digo esperaban, porque el dia que nos ocupa habia sido designado con anticipación por Andres, como el mas apropòsito y seguro para el rapto meditado.

Habia oscurecido, y comenzaban à dudar del éxito, cuando se escuchó un fuerte y prolongado silbido, que tomaron como anuncio de hallarse ya cerca la codiciada presa.

Ambos bandidos se pararon y fijaron su mirada, deseando abarcar los objetos; pero la luna se hallaba en su primer cuarto y era demasiado débil la luz que hacia llegar á la tierra.

A los pocos instantes sonó la detonación de una arma de fuego, y casi en seguida otros disparos mas opacos, que juzgaron ser de pistola.

—¿Qué habrá sucedido? preguntó el Capitán sobresaltado.

—Pronto lo sabremos, contestó Teodoro con la vista fija en las ondulaciones riscosas del terreno.

—¡Patiño es valiente!...... no creo se deje arrebatar á la chica......, murmuró Colombo distraidamente.

—¡Mucha confianza tienes en ese bicho de Patiño! dijo Teodoro con acento sarcástico.

—¿No la tienes tú tambien, Teodoro?

—Siento decirlo; pero de algunos dias á esta parte

le desconfío; y...... ¡hasta quisiera que nos deshiciéramos de él!

—Perderiamos un buen brazo, Teodoro; pero dices tienes motivos para sospechar......

—Ninguno que merezca la pena, se apresuró á contestar Teodoro; pero noto en él hace algunos dias, un cambio extraordinario: se vuelve ambicioso, ceñudo y hasta hipócrita. Yo no sé por qué, pero me temo que el dia menos pensado nos juegue una mala partida.

—¡Por Barrabás! que si tal hace, le colgaré del palo mas alto, exclamó Colombo con voz de trueno; y en seguida cambiando de tono, añadió con serenidad:

—No será lo que dices: Patiño es buen amigo y.... ¡no lo hará! tus apreciaciones, respecto de él, son hijas de una imaginación engañada.

Teodoro no contestó: acababa de percibir algunos bultos que subian, y tomando á Colombo por el brazo exclamò:

—¡Ya están ahí!

Bajáronse violentamente para encontrarles; y tomando por el declive de una cuchilla, pronto se hallaron en el fondo de una barranqnilla, por donde corria un hilo de agua blanca y pura, quebrada en pequeños cristales; y que parecia dormir entre los lirios y las margaritas silvestres.

Junto á aquel manantial se hallaba una de las muchas entradas subterráneas que poseían.

Al llegar allí vieron á Patiño, que parecia esperarlos, con los brazos cruzados.

—¿Y la hija del coronel? preguntò Colombo con inquietud, mirándole solo.

—Nos la han arrebatado, contestó aquel secamente.

—¡Qué os la han arrebatado! exclamó Colombo con mal reprimida cólera; ¿y desde cuando os volveis màndrias, para dejar que otros os desplumen y se rian en vuestras barbas?

—Mal hace, mi Capitan, en llamarme màndria: dijo Patiño poniéndose lívido; yo hubiera defendido la pre-

sa hasta morir; pero el Gigante me llevaba una ventaja que no pude salvar, para caminar á su lado, y evitar el fracaso.

—¡Ira de Dios! ¿me habrá vendido el Gigante? gritó el Capitán, casi furioso.

—Si tal hizo, perdónale porque ha muerto, dijo Patiño con imperturbable calma.

—¿Tú le has matado?

—Nó, el raptor es quien lo ha hecho.

—Entónces, murmuró Teodoro, no ha traicionado; porque ningún traidor vende para que le maten. Aqüí lo que se ve es la falta de tino para asegurar el negocio hecho.

—¡Tino......! dijo Patiño mirando à Teodoro con desprecio; à tí te hubiera sucedido lo que á mí, si te hubieras hallado en mi lugar!

Teodoro sonrió desdeñosamente sin contestarle; y Patiño les refirió de aquel lance todo lo que mis lectores saben, ménos su entrevista con María, verdadero motivo á que debia no haber podido auxiliar al Gigante en aquel asalto imprevisto en que el misterioso riflero tuvo tan feliz èxito, pues á la hora que atacó à Patiño y sus còmplices andaban diseminados y sin orden.

Despues de la relación de Patiño, siguieron los comentarios sobre el paradero de Cecilia, y se acordó tomar nuevos informes para asegurar el golpe de una manera mas fácil y segura.

Pocas horas despues Colombo estaba en su dormitorio mohino y colérico.

Era la primera vez que veia fracasar una empresa; y como era algo superticioso, creyó que su estrella comenzaba á serle contraria.

Mil negros pensamientos le asaltaron; concluyendo por pasar el resto de la noche pensando en Maria, la que acostumbrada ya á otra clase de vida, no podría resignarse en lo de adelante, à la soledad de aquellas ro-

cas y de aquellos agrestes picachos, siempre cubiertos de hielo.

Era preciso á su corazón ambicioso y sediento de la dicha de su hija, aceptar un medio decisivo que le llevase al logro de sus deseos.

Por lo que hace á Teodoro y á Patiño, al separarse del Capitàn, fueron à reunirse á sus camaradas, aparentando una tranquilidad amistosa que no tenian, pues que en realidad se odiaban y comenzaban á desconfiarse.

Dícese, y con razón, que la desconfianza es el primer nublado en el cielo del cariño, bajo cualquier punto de vista que se le considere. Y efectivamente, desde que la duda aparece en su horizonte; la desconfianza, hija de aquella, disminuye el brillo y magnitud de tan hermoso cielo, con su mirada torba.

Entre Teodoro y Patiño, no cabe este aserto, porque estaban muy lejos del cariño; pero ello es que se dejaba sentir entre los dos un recelo mutuo que les auguraba funestos resultados.

Teodoro, adicto y fiel à Colombo, como el siervo á su amo, habia comenzado à recelar de Patiño: quizá por ese instinto desconocido que llamamos presentimiento, y que tan pocas veces nos engaña, ò porque el mismo cariño le hiciese adivinar peligros donde acaso ni los habia: sea por una ù otra cosa, ponia siempre malos ojos á cualquiera confianza que de este se hacia..

Patiño á su vez, desconfiaba de Teodoro, porque era como decia con frecuencia, el ojo derecho y la sombra de Colombo. En sus miras, que ya conocemos, le tenia como el obstàculo principal opuesto á la realización de sus deseos.

Su desconfianza, pues, no era más que la vanguardia de su odio, siempre adelante, siempre abriendo brecha á la venganza de este; porque Patiño ansiaba destruir todo lo que de alguna manera se interponia entre él y su amor.

Porque era Patiño uno de esos hombres que sienten

el amor, no dulce, tranquilo y abnegado; sino borrascoso, egoista, caprichoso y cruel: uno de esos hombres, cuya pasiòn es un torrente, que no conòce dique que le contenga, capaz de arrastrarlo todo en su desbordamiento. Para él no existía más ley mas virtud, ni más soberano que su vòluntad; y como à todos los hombres de su condición, para llegar al logro de ella, nada le importaba el camino por donde lo hiciera ni los medios de que echara mano, con tal, como dije, de alcanzar el objeto.

Orgulloso por naturaleza, de sentimientos viles y rastreros, acariciaba la venganza, único recurso que le quedaba, desde que sabia que su amor era despreciado por María. De aquí què, al ver à Rafael frente á los balcones de María, y al Vizconde salir de la casa de ella, dejase escapar estas palabras que ya conocemos:

—¡Yo me vengaré de ella, y de ese par de *zopencos*! ¡Tal era el corazón de Patiño; tal se hallaba en la noche á que me refiero!

Pero ya que le conocemos à fondo, permítaseme añadir, que entre sus defectos, poseia la audacia, el valor y la astucia, tres cualidades que le habrian servido para engrandecerse, fuera del camino del bandalismo.

A estas cualidades debiò siempre la preferencia que Colombo le daba en sus negocios, como hemos visto; pudiendo decirse de él y de Teodoro, respecto de aquel, que este, era su segundo, su brazo derecho, el depositario de todos sus secretos; el que disponía y vigilaba en ausencia del Capitán; en fin, el centinela eterno de aquella inexpugnable fortaleza, de la que raras veces se alejaba: Patiño, por el contrario era el móvil de su brazo, el ejecutor de sus pensamientos, el vigía ambulante; que entraba y salia á su antojo, sin que nadie lo extrañara: tan acòstumbrados estaban todos á sus alejamientos ordinarios.

Pero volvamos à Colombo.

Cuando las amarguras de aquella noche aciaga para él, por haber visto fracasar en ella su mas acariciado

proyecto, se disiparon un tanto; cuando vió surgir las primeras horas del dia, envueltas primero en el tènue velo de la alba, y despuès radiosas y brillantes con su espléndida corona de luz, su manto de flores y su concierto de aves; tuvo un pensamiento y le acarició por via de distracción, y como un medio para distraer su mal humor; este fué, tener una entrevista con el Vizconde, para ver si por su influjo ó consejos, se abria un nuevo camino à sus anhelos.

Hemos visto ya los resultados de esta entrevista en que Colombo, sin explicarse aun con el Vizconde sobre el verdadero motivo de su viaje, fué sorprendido por èste, con una propuesta de matrimonio entre él y María.

Desde que le fué hecha, guardó Colombo silencio sobre su verdadera visita, porque así le convenía. Nada dijo; y aun se mostrò afectado; pero en realidad aquella propuesta alhagando todos sus deseos, fué aceptada por él, como negocio en que ganaría mucho sin exponerse á pérdida.

La seguridad de este proyecto necesitó de otra vìctima, y se apoderó de Rafael: bastante conocido nos es este detalle.

A partir desde ese dia en que Colombo vizlumbrò para su hija la corona de virreina, cesaron todos sus planes sobre Cecilia; y hasta pareció olvidarse del corenel Miranda, quien no viendo á su enemigo cerca de sí, como ántes, importunàndole, comenzó á abrigar nuevas esperanzas de una remota libertad.

Los alimentos que Teodoro le llevaba no eran para provocar el apetito, sino al contrario para quitarlo; pero se hizo un esfuerzo para aprovecharlos en la rehabilitaciòn de sus decaidas fuerzas.

Interiorizados nosotros del estado de ànimo en que cada cual de nuestros personajes se hallaba, dejémosles para ir en busca de otros hilos. Dejemos à Colombo acariciando sus mas risueñas esperanzas; viendo á su hija poderosa rodeada de prestigio y de adulación,

por medio de su enlace con el Vizconde; y viéndose él mismo disfrutando sus riquezas fabulosas á la sombra de su yerno, quien no podia ménos de atenderle, dadas las circunstancias excepcionales que los unian.

Dejemos á Teodoro desconfiando de Patiño: á éste dando vida en su cerebro á una venganza que le hiciera dueño de Marìa y le librase de todo lo que pudiera hacer sombra á su proyecto: al coronel Miranda soñando en una libertad remota, con la fé del mártir y la resignaciòn del cristiano, y volvamos á María, á quien sabemos ya que la policía no habia encontrado en su domicilio, al dia siguiente del asesinato de Flores.

¿Qué era de ella, dónde se encontraba?

Para saberlo nos veremos obligados à retroceder à la infausta noche en que Rafael tuvo con ella, al parecer la última entrevista.

Hemos visto á Ordoñez dejar la casa de María, loco de celos, ébrio de despecho y desesperado; y siguiendo su vertiginoso paso, hemos presenciado su plagio, pues que á su agresión no cuadra mejor otro nombre, por las circunstancias de que fué revestido: pero siguiendo los episodios de esa noche, levantarémos un hilo pendiente sobre lo que en ella toca á la infortunada joven quien poseyendo una alma noble y generosa y un corazón en que irradiaban los mas bellos sentimientos, se veía envuelta entre las redes de oscuros crímenes y de ambiciones viles; de donde ¡pobre paloma! trataba en vano de salir!

Cuando hubo perdido de vista á Rafael, volviòse à la sala en un estado de excitación nerviosa, difícil de explicar, y dejàndose caer en una silla, abrumada por el dolor, dejó correr sus abundantes làgrimas.

La noche pasó para nuestra joven, como el dia: el sueño, dulce reparador de las perdidas fuerzas, huyó de sus párpados: su frente abrasada por los recuerdos parecia arder; y ante sus ojos, en alas de la imaginaciòn calenturienta, pasó su vida toda. Más de una vez, se

deslizó á sus ojos la figura de Paula, de aquella màrtir del bandalismo que siendo su madre parecia acariciarla y sonreirla ó llorar con ella, en aquellos instantes de amarga y secreta lucha!
—¡Pobre, madre mia! exclamaba entónces, como si realmente la viese, viendo estàs que tu hija es tan desgraciada como tú......! Implora à Dios porque yo pueda consumar el sacrificio que ha de salvar á Cecilia y à su padre......!
En el trascurso de esa noche funesta las fuerzas de su alma parecieron agotarse. Y sin embargo otro golpe rudo la esperaba con los primeros albores del sol, como vamos à verlo.
Acababa de trasponer el umbral de su dormitorio en busca del ambiente matinal, que fresco y alegre, parece ahuyentar con su apacible contacto los dolores del espíritu, cuando Martín yendo á su encuentro, le dijo con cierto misterio:
—Tengo que hablarte donde no nos oigan.
—En la antesala, murmuró María guiándole.
Cuando estuvieron en la antesala, entornó ella la puerta sigilosamente, diciendo:
—Habla, Martin, estamos solos.
El indio suspirò como si aquella misiòn le quemase el alma, y dijo en seguida:
—¿Tendrás valor......?
—¡Valor......! repitió la joven ¿crees que me falte? Dí lo que tengas que decirme: dias hace que la negra mano del dolor me hiere á todas horas ¿por qué temes pronunciar palabras en que ya entreveo un nuevo golpe? ¡Ah......! este golpe no serà más que una gota pequeña en el raudal en que me anego.....!
—Dices bien ¡y esa gota de hiel voy à derramarla yo que te amo tanto......! exclamò Martin, oprimiéndose el corazón con ambas manos. En seguida añadió:
—Acabo de saber, por un criado del Vizconde, que ha sido asaltado D. Rafael, por unos hombres........
—¡Dios mio! exclamò la joven con angustia indefini-

ble, sintiendo agitarse todo su ser ante aquella nueva inesperada y terrible: ¡oh...... acaba de revelármelo todo ¿qué ha sucedido? ¿donde está Rafael?

—¡Ha desaparecido......!

—¡Desaparecido! ¿estás cierto de ello?

—Como lo estoy de estar hablando contigo, María; escucha: el ayuda de cámara del Vizconde me ha dicho que el mismó Vizconde presenció su agresión, por un incidente casual........

—¡El Vizconde! ¡oh ese hombre en todo........! exclamó la joven con desaliento; y luego añadió: pero no crees que sus asaltantes le hallan asesinado?

—¡Oh! no; la policia no ha encontrado su cadáver, de lo contrario ya habria dado cuenta: el golpe fué misterioso, pero yo sé de donde parte, dijo el indio, mostràndole sus dos hileras de dientes blancos con una sonrisa despreciativa.

—¿De dónde......? murmuró María con voz imperceptible.

—Patiño estaba aquí ayer; hoy no está, lo sé bien; ha dado el golpe, y ha huido llevàndose á la víctima.

María dió un pequeño grito, y se dejó caer en una silla. Por su imaginación acababa de cruzar la escena que le tocò durante el rapto de Cecilia: vió à Patiño amenazarla de una manera ruda y brutal; y juzgó que lo sucedido con Rafael, era principio de su venganza.

—¡Oh á estas horas quizá Rafael ha muerto! murmuró, dejando asomar las lágrimas á sus ojos.

—Nó; contestó el indio, es claro como ya te dije, que no se trató de asesinarle, porque lo habrian hecho luego. Tu padre debe haber ordenado un arresto para el que tú amas, mientras eres Vizcondesa...... Yo presiento algo; y creo que á estas horas le conducen á nuestros subterráneos.

—Entonces, Martin, le salvaremos: tú me ayudarás ¿no es verdad? preguntò María con una mirada suplicante.

—¿Qué no hago yo por tí? á él le odio; pero tu le amas, y eso me basta para ser hasta su esclavo.

—¡Gracias, Martin! exclamó la joven tomándole una mano con gratitud, Rafael te recompensará mas tarde, porque es bueno.

La joven comprendia lo que pasaba en el alma del generoso Martin, y le compadecia en silencio.

Martin la amaba; pero su amor era el amor puro y noble que se sacrifica y se torna sublime en los rudos combates porque tiene que atravesar.

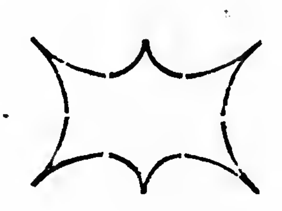
Largo rato conferenciaron aún nuestros dos jóvenes sobre la extraña situación de Rafael y lo que deberian hacer para salvarle, dado caso que no le hubiesen asesinado.

Al dia siguiente, María y Rosa su doncella entraban á un coche y partian sigilosamente rumbo al Sur. Sin embargo, al llegar à Sayula, pretextó María su deseo de detenerse allí para conocer la población, y mandò à Rosa al lado de Juana.

Cuando aquella hubo partido, María y Martin desaparecieron à su vez de Sayula.

¿A dònde iban?

Corramos un velo sobre su viajata, al ménos por ahora, pues que pronto volverémos á encontrarlos.



# LIBRO IV.

# LA MANO DE DIOS.

## CAPITULO I.

## El cazador del Nevado.

En el centro de un valle abierto entre dos colinas verdes y que más parecia una ancha cuchilla por su forma triangular terminando en cúspide, y por hallarse entre el declive de aquellos dos centinelas de la naturaleza que le servian de límite con sus achatadas cimas y su manto de musgo siempre delicioso, siempre blando y fresco; habia en la época á que me refiero un ranchillo de adove cuyo techo de zacate ennegrecido por el sol y las tormentas le daban un aspecto casi miserable. Sin embargo, y à pesar de su aspecto, aquel

rancho era risueño si atendemos á la parte topogràfica del terreno en que estaba situado.

Hàcia donde el cerro se dividia formando las dos colinas mencionadas, se destacaba un grupo de árboles seculares, cuyas ramas entretejidas formaban una verdadera enramada, donde los rayos del sol eran escasos, pues que sólo penetraban en cortos jirones y pequeñas ruedecillas.

Frescas enredaderas, suspendian sus delgadas y flexibles guías de las ramas añosas de algunos de aquellos àrboles lozanos y se columpiaban al beso del ambiente tímido, á la ardorosa caricia del abrasado viento, quien al barrer las amarillentas hojas, forma ese rumor que tanto tiene de melancólico como de dulce y misterioso para los seres contemplativos.

A lo léjos, como un chal azul flotando en el espacio se extendia el horizonte con sus mil paisajes nubíferos, sus millares de brillantes soles y su inmensidad ¡dilatada siempre, siempre majestuosa!

Multitud de labores, ya de riego, ya del temporal, se extendian en torno, del sitió que nos ocupa, como verdes sábanas, y balanceaban sus blancas espigas y sus jilotes rubios, al compás del murmurio que formaban sus largas y delgadas hojas movidas por el viento.

Algunas chozas esparcidas aquí y allí, mal cobijadas por los àrboles ò tendidas á pleno sol en las laderas cercanas, completaban la poética armonía de aquel pedazo de tierra, á donde hoy nos dirigimos.

En el rancho descrito habitaban dos seres respetados y queridos de cuantos les conocìan; à quienes todos llamaban; el tio Pablo y la señora Francisca.

No formaban matrimonio: el tio Pablo era solo; y la señora Francisca era su parienta.

El tio Pablo, aunque frisaba en los 60 era un hombre alto de fuerte musculación, derecho, de fisonomía dulce y triste.

Su rostro surcado de arrugas y enriquecido con una

barba abundante que bajaba hasta el pecho, un tanto amarillienta por el humo del tabaco, conservaba siempre esa expresión agradable que imprime la mano de la virtud; y más que en otros, en la frente del anciano.

Debido á su naturaleza de hierro, su pulso no habia perdido su tino ni su vigor; y no era extraño, por lo tanto, verlo cazar ánades, venados y otros muchos animales de que constantemente proveía su cocina.

Por lo demás, su vida era un tanto rara: un tinte de melancólica tristeza se dibujaba constantemente en su ruda fisonomía; y con frecuencia se le veía suspirar, como si algun recuerdo penoso levantase en su alma la imagen lejana de alguna ventura perdida.

Acostumbraba levantarse cuando todavía cintilaban las estrellas, esas arenas de plata regadas en el cielo para deleitar los ojos de los mortales; y al despuntar el dia, después de recorrer su labor, se alejaba con su carabina al hombro y su morral á la espalda.

¿A dónde iba? Quien hubiera de seguirle todos los dias, tendria que cerciorarse que sus escursiones diarias no tenian más punto que el Volcàn, ni al parecer más objeto que cazar animales; por lo que todos le daban, además de su nombre de pila, el de "El cazador del Nevado."

Al caer la tarde tornaba por lo regular á su choza, trayendo la caza que hiciera durante el dia, y que la Sra. Francisca zazonaba para la cena, reservando lo que de ella restaba para la comida del dia siguiente y para obsequiar à los labradores vecinos.

Algunas veces, sus escursiones duraban dos, tres ó cuatro dias; en cuyo tiempo la buena Francisca rezaba por él y se afligía, temiendo por su larga ausencia.

En estas veces el tio Pablo se remontaba hasta los picachos màs altos de la montaña, vagaba por las barranquillas màs inaccesibles y profundas, y pasaba horas enteras devorando con sus miradas todo lo que le rodeaba, como si procurase encontrar algún indicio, alguna huella que llenase sus pensamientos.

¿Quién era tio Pablo? ¿Qué interés tenia en pasar horas enteras, dias y mas dias en aquella montaña morada de salteadores, quiénes por otra parte, nunca se fijaban en él, despreciándole quizá por su pobreza ó por la costumbre de verle todos los dias?

Los acontecimientos nos lo diràn, supuesto que vamos á seguirle en ellos muy de cerca, retrocediendo unos cuantos dias á las últimas peripecias que he narrado, hasta el dia anterior.

En una de las escursiones del tio Pablo, y el dia tercero de su ausencia, Francisca se levantó mas temprano que de costumbre.

Estaba inquieta y miraba con frecuencia á las veredas por donde solia llegar aquel.

Aquellas ausencias del tío, la ponian siempre de mal humor, y le quitaban la tranquilidad en sus faenas diarias.

Sin embargo, preparó sus guisos de costumbre para esperarle, guisos que no pasaban de carne asada, huevos, chile y frijoles; teniendo á poco rato que resignarse à comer sola.

Pùsose en seguida, á tejer al torno una servilleta, levantando siempre los ojos cubiertos con grandes antiparras blancas, mientras sus manos callosas corrian con agilidad por la tela, jugando por decirlo así, con los azumos y el *zozopaxtle.*

Comenzaba el sol à desaparecer, y sus últimos rayos teñían las montañas con esa luz vaga, indecisa que puebla de imàgenes el espíritu, y que parece sonreirnos con sus últimos besos.

La tìa Francisca abandonó el torno, y tomando un canasto con maiz, comenzó à llamar á sus gallinas, que momentos después, la rodearon cacareando; algunas de ellas saltaban al canasto recibiendo una caricia ó un regaño de su dueño.

Alzó despues el canasto, y fué á sentarse á la puerta murmurando:

—Pablo no ha de parar en bien, con esas idas al Volcán. ¡Dios lo acompañe!

Ya hacia rato que las sombras de la noche lo habian envuelto todo con su ropaje negro: el cielo se habia engalanado con sus chispeantes estrellas, esas lámparas eternas del espacio, esa corona de brillantes que ciñe tan majestuosamente su frente; y que parece decirnos cuando la miramos: bendice al Ser Supremo que me ha clavado en los cielos para recreo de tu vista y esperanza de tu alma.

Todo se hallaba reconcentrado en el más profundo silencio: los medieros de labores y sus familias dormian dando descanso à sus fatigados miembros: solo la tia Francisca velaba, rezando sus oraciones de costumbre, dentro de su rancho, cuya puerta habia sido antes atrancada con un palo grueso de encino.

De repente sonaron á la puerta dos golpes, que por la manera de darlos, le fueron conocidos.

—¡Vamos, exclamó con alegría, ya viene! ¡qué hombre tan extraño! no ha de parar hasta que lo ahorquen los bandidos.

—¡Abre presto, mujer, dijo el tio impaciente, desde fuera; abre presto! tornó à decir.

—Ahora vienes con precisiones, murmuró ella, poniéndose las pantuflas de gamusa, que se habia quitado mientras rezaba.

Abrió en seguida, y el tío Pablo entró conduciendo en sus brazos á una joven que Francisca miraba con curiosidad y sorpresa.

—¡Ea! dijo el tio, poniéndola en un jergón que cubria un *tapeixte,* leventado del suelo por unos horcones; tu cama va à servir para que repose esta pobre muchacha, que tú y yo cuidarémos.

La tia Francisca era buena, y hospitalaria, sobre todo; por lo que se apresuró á desalojar la cama de todo estorbo. Le ayudó á colocar á la joven; y viendo que estaba desmayada, deslisó entre sus labios algunas go-

tas de agua; la frotó con aguardiente, consiguiendo al fin que abriese los ojos al poco rato, y murmurase:

—¡Madre........! madre........!

Estas dos palabras arrancadas por la desesperación, parecieron agotar todas sus fuerzas, porque cerrando los ojos, pareció aletargarse de nuevo.

—¿Qué ha sucedido? preguntó la buena mujer.

—Silencio, Francisca, yo te lo contaré todo; pero no en estos momentos en que esa joven reclama todos nuestros cuidados.

Efectivamente la desconocida era víctima de una violenta calentura que hacia convulsos todos sus miembros; y hácia la media noche un espantoso delirio se desarroyó en ella. La fiebre se habia declarado.

—Es necesario, dijo tió Pablo que nadie sepa, lo que ha pasado esta noche; ni que esta joven está aquì, porque sus raptores tratarán de recobrar su presa.

Francisca se propuso guardar silencio, y vigilar para que ninguno de los campesinos que vivian cerca, pudiese ni aun sospechar que existía con ellos una mujer desconocida.

Como no tenian criados, el secreto no podia evaporarse, y les fué fácil guardarle.

Entre tanto, con un esmero casi maternal, procuraban cortar aquella fiebre, que devoraba á la enferma, aplicàndole esas medicinas propias de la gente campesina, y que, en aquella naturaleza joven, se negaban à operar de una manera favorable.

El tío Pablo, habia abandonado por primera vez su método de vida: ya no salía, y pasaba la mayor parte del dia y de la noche, velando á la cabecera de la enferma.

—¡Dios mio! exclamaba el buen hombre á cada momento, no permitas que esta joven muera léjos de su madre! ¡es tan grande, es tan terrible el dolor de perder á un hijo........!

Un mes entero, luchó la joven entre la vida y la muerte; pero un dia, por fin, la calentura desapareció;

y la jóven viendo al tio Pablo, preguntó con acento débil y apagado:

—¿Dónde estoy?

—Estàs en una casa que te ha deparado la Providencia, y al lado de dos ancianos que te aman, le contestó Pablo con amorosa solicitud.

La jóven suspiró, y cerrando los ojos, pareció dormir.

Diàlogos semejantes à este, y en el que solia aparecer el nombre de ¡Madre! se entablaron durante algunos dias entre aquellos tres seres.

Pero al fin, como aquella naturaleza enferma, era tan joven, el mal cedió por completo; y la convalescencia no se hizo esperar mucho tiempo.

La joven recobró su vigor, y aunque algo pàlida y delicada, pudo hacer ostentaciòn de una belleza, que los ancianos admiraban cada dia más.

—¿Cómo te llamas? la preguntó un dia Francisca.

—Cecilia, contestó la joven con dulzura, y luego añadió ¡os debo mucho, mucho......! me habeis salvado con vuestros cuidados y desvelos, de una muerte cierta.

—¿Recuerdas...... algo......? preguntó la anciana con timidez.

La joven llevó su mano á la frente, y exclamó:

—Como al través de una niebla densa, porque mis recuerdos aun están muy confusos; veo un acontecimiento horrible, que me ha separado en un momento de los seres que me eran mas queridos, acontecimiento que me ha envuelto en la mayor desgracia.

—Pero esa desgracia no es tán grande como la juzgas, hija mia, dijo Pablo, la Providencia te ha salvado, haciendo que mi pulso fuese certero como siempre; y ahora que sé, que tienes una madre que te llore, te devolveré á ella, y sereis felices otra vez las dos.

—¡Oh sí, sí: esa promesa sola, es ya una felicidad para mí!

Desde ese dia, la joven fué mejoràndose con asombro-

sa rapidez; tanto puede la moral sobre los males físicos que nos aquejan.

Habia contado á los ancianos las desgracias de su familia, y su misterioso rapto, y aquella confidencia íntima, aligeró los sufrimientos de su corazón.

Quedábale empero, una llaga viva y palpitante; y era el dolor de su madre, que no adquiriria noticias suyas, y que indudablemente la lloraba sin esperanza.

Propuso al anciano varias veces, hacerla saber su paradero; pero este le contestaba siempre:

—No soy de esa opinión: mientras no estés en estado de caminar, debemos guardar reserva.

En todo lo que concierne á vuestra familia, hallo la mano de un enemigo oculto y terrible; y es necesario burlar la vigilancia de ese enemigo. El gusto de la madre podria ocasionar la pérdida de la hija y la suya propia.

Estas y otras razones convencian á Cecilia, que esperaba con ansia el dia en que pudiese de nuevo abrazar á su madre. Pensaba en ella, en Adolfo y en María, tres amores distintos, que llenaban su alma en distinta escala.

Un dia, el tío Pablo anunció á la joven que á la mañana siguiente salia él solo, con objeto de investigar la mejor senda para conducirla al lado de su familia, con toda seguridad.

Cecilia se estremeció de alegría, y estrechó con efusión las manos del anciano entre las suyas.

La esperanza, esa hada preciosa que se cierne sobre la frente del infortunado, y que parece decirle: "Estoy junto de tí, no te acobardes:" ese sueño dorado, que hace al artista avanzar por el camino de la gloria; esa flor abierta, cuyo aroma perfuma el camino que sigue la juventud; ese fuego sagrado á cuya bendita flama, se agrupan todos los seres para leer en el libro del porvenir una dorada página, que quizá ni existe; pero que buscan anhelantes: la esperanza, repito, brilló entónces

para la joven, no ya dudosa, sino clara y alegre como la lámpara suspendida al techo de un salón de baile.

¡Con cuànto gozo; pero también con cuanto sobresalto por su pronta y feliz vuelta, vió salir al anciano!

Sus ojos le siguieron, hasta que no pudieron ya percibirle, y solo entónces cayendo de rodillas, murmuró una oraciòn por su protector, por su pronto y feliz regreso.

El alba en aquellos momentos desdoblaba apenas su fino y trasparente velo, sobre un paisaje medio dormido aún, y palpitante entre los besos y caricias de los nocturnos vientecillos; las aves aleteaban dejando sus nidos y formaban besàndose y cantando, esa dulce algaravía que, unida á los mil rumores y cadencias del crepùsculo vespertino, precede á la salida del padre del dia.

¡El corazón de Cecilia despertaba también, y sonreìa embriagado con la luz de la esperanza......!

La tía Francisca se le acercò de puntillas, y le echó un brazo al cuello.

—Ahora sí, le dijo, pronto verás á tu madre, porque á Pablo ni rios crecidos lo detienen.

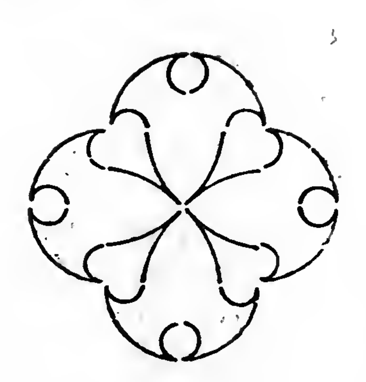
—La Providencia, que hizo certero su brazo para librarme de la ignominia que me esperaba en poder de los bandidos, le ha de protejer para que vuelva salvo, y me conduzca á los brazos de mi madre!

Poco despues el sol se levantaba sobre los montes; las aves gorjeaban; los labradores dejaban sus chozas para emprender el trabajo; y toda la naturaleza se alegraba: aquella alegría común, parecia reanimar á Cecilia, que se juzgaba ya en los brazos de D.ª Mercedes.

!Tal es el poder de la ilusión, débil vaso que mientras no se quiebra, nos presenta bajo su trasparencia, y envueltas en los colores de un prisma, las imágenes realizadas de nuestros mas ardientes deseos; aunque después nos ofrezca, con toda la desnudez del desengaño, el esqueleto destruido de aquello que más alimentaron nuestras esperanzas!

Pero dejemos á Cecilia esperando el regreso del cazador; y á éste indagando el mejor y mas seguro sendero para conducirla al lado de su madre.

Otros sucesos nos esperan, cuyas tramas tenemos que seguir, si hemos de imponernos bien de todos ellos.



CAPITULO II.

# ¡Nunca falta un Judas!

Retrocediendo como por encanto, à algunas noches antes del hilo de nuestra narración, vamos à seguir à un hombre, que embozado en un zarape jaspeado, atravesaba sigiloso la ancha plaza de toros de Zapotlán; y torciendo una callejuela hàcia el Oriente, conocida hoy con el nombre de calle de "La Montaña," despues de andar dos cuadras, contó á la derecha cuatro puertas ó zaguanes, y deteniéndose en el último, dió tres golpes con la mano izquierda, miéntras que su derecha se apoyaba en el frio mango de un acerado puñal.

A los pocos momentos, se oyó el ruido pesado de una aldaba que caia, y la puerta giró media ala misteriosamente sobre sus goznes.

Nuestro hombre entró, entornando la puerta; pero sin avanzar un paso que le separase de ella.

Levantóse entónces de una mala silla, en que se ha-

llaba sentado otro hombre de mediana estatura, grueso, trigueño, de facciones severas, y con el rostro perfectamente afeitado; y un hombrecillo bajo y de mirada astuta, y que era el que habia quitado la aldaba, se apresuró á tomar la vela en la mano, sin hablar palabra, pero no sin dejar de dirigir miradas furtivas al extraño visitante.

—A tu puesto, Benito; dijo el personaje de la silla à un sirviente, que era sin duda el hombre de la aldaba, quitándole la vela. Vigila bien, para que nadie nos interrumpa ni nos oiga.

El hombrecillo, fué entonces à ocupar su puesto á una ventanilla pequeño, que habia en una extremidad de la sala.

Volvióse nuestro personaje al desconocido, y le dijo con voz agria; en que se traslucìa repugnancia y desprecio.

—Seguidme.

— Os sigo, contestó el del zarape en voz baja; pero os advierto antes, que si me vendeis lo perdeis todo, porque me dejaré matar antes que hacer entrega de mis secretos.

—Tengo 50 años y jamás he vendido á nadie, murmurò el que guiaba, con dignidad y orgullo: seguidme à esa otra pieza para que hablemos solos, como lo deseais.

Al terminar estas palabras volvió la espalda y comenzó á guiarle.

El visitante le siguió, acariciando siempre su puñal, y dirigiendo en torno suyo miradas recelosas.

La casa de que hablamos, era una finca sola y escueta casi en ruinas. Sus paredes de adove, sòlo conservaban de su blanqueo, uno que otro lamparón amarillento y sucio, lleno de telarañas: su suelo, sembrado de pozos, estaba cubierto de una tela de polvo y sus techos apuntalados en partes, parecian prontos à desplomarse.

Nuestros dos hombres, atravesaron la sala y un pe-

queño cuarto, cuya puerta cerraron al entrar á otro contiguo.

¿Còmo era, que aquella casa horripilante, que según su apariencia desagradable y sucia, anunciaba mucho tiempo de estar sola, se hallaba ocupada á aquellas horas, por tan extraños personajes?

Vamos á saberlo.

Desde algún tiempo hacía, la casa mencionada gozaba de una fama nada agradable por cierto: la vulgaridad, le habia atribuido fantasmas y apariciones, que habian hecho helar la sangre á más de cuatro desgraciados que la habian habitado.

Mucho habian hablado de esto, no sólo los inquilinos, sino el vecindario. Quièn aseguraba haber visto á una mujer, atrvesar el patio, y entrar à la sala, donde se perdia; quièn otro, à un hombre de cara larga que le seguía, levantàndole de su cama miéntras dormía; quién aseguraba que las puertas se abrian y se cerraban á ciertas horas de la noche; y quién en fin, oia ruidos de pasos, gemidos tristes, y un patético sonido de osamentas que le torturaban hasta en el dia; y entre todos estos no faltaba quien se lamentase de unos fríos por tal ó cual visión.

Estas habladurías llegaron á tener tal eco, entre la gente baja, que bien pronto, no hubo un solo inquilino que procurase domiciliarse allí.

¿Tenian razón los que así hablaban, ó eran simples suposiciones basadas en el miedo?

Ni una ni otra cosa. No eran suposiciones, porque efectivamente, ni habian faltado aparecidos ni ciertos ruidos extraños, que el que los oía ó los tomaba según su exaltada imaginaciòn, los figuraba.

No tenian razón, porque los ruidos y apariciones de aquella casa, eran debidos á la astucia de los bandidos, que procuraban tenerla deshabitada, y darle una apariencia de horror, cubriéndola con el velo de la superstición màs absurda y ridícula, para alejar de ella toda mirada curiosa; cosa que les fué muy fàcil, porque has-

ta el dueño, hombre crédulo y vulgar, la dejó en abandono y casi en ruinas, por tal de no sufrir un mal percance con los aparecidos.

Como estaba à la salida de la calle, muy despoblada entonces; y lindaba al Oriente y al Sur con algunos solares baldíos, los bandidos la utilizaron, sirviéndose de ella, como de un escondite, cuando les era necesario.

Hecha esta reseña, volvamos á nuestros hombres.

Sentado el uno frente al otro, parecian esperar ambos el rompimiento del silencio; hasta que el mencionado como habitante de la casa, sacó del bolsillo de la chaqueta un papel; y acercándolo al otro le dijo:

—¿Conoce vd., esta firma y esta letra?

—Es mia: y para mas seña diré á vd., que con ese papel fué la llave de esta casa, citando al señor alcalde para que viniese aquì hoy á arreglar un asunto que le era de interés à él y á mí tambien, añadió el visitante con desfachatez y sangre fria.

—La aventura es singular, dijo el alcalde riendo.

—Y no nos ha faltado valor, señor alcalde; pudimos ambos tendernos una celada y caer en ella como ratones en la ratonera.

—No tal por mi parte, dijo el alcalde, porque los negocios los arreglo según se me presentan; y para el caso de que en esta cita misteriosa, se tratara de asesinarme, he venido bien armado. Pero vamos al negocio; ¿què teneis que tratar conmigo?

—La entrega de los bandidos del volcán, como los llamais vosotros.

El alcalde dió un salto en su silla, como si le hubiese prendido el aguijón de un animal; tanto así le sorprendió aquella inesperada propuesta.

—Vamos, dijo á su interlocutor, ¿y qué os mueve á dar este paso?

—¡El amor y la venganza! murmurò sordamente el otro.

—¡Diantre! exclamò el alcalde ¿y qué recompensa ó

premio solicita el que vende á sus compañeros?

El visitante se mordiò los labios con despecho; pero reponiéndose contestó:

—La recompensa es sencilla y de poco costo: un pasaporte para ir donde quiera con su mujer, y sin que se le moleste, es lo que pide Andrés Patiño.

El alcalde sacó un làpiz y un papel, y escribió el nombre que su interlocutor acababa de pronunciar.

—¿Y el nombre de esa mujer? preguntò el alcalde.

—En blanco, por si se me antojare cambiarla de seguido, contestó Patiño socarronamente.

—Bien, pero veamos ahora ¿en què términos ofreceis hacer esa entrega?

—En término de tres dias, á contar desde mañana.

—¿Y juzgais cumplir lo que prometeis? porque mucho se puede dudar del que traiciona para vender; dijo el alcalde.

—Lo juro. ¿Y vos jurais, no atentar contra mi vida ó mi libertad ni ántes ni después de este asunto? preguntò Patiño con entereza.

—Lo juro, dijo á su vez el alcalde. Ahora ponedme al tanto de vuestro plan, para saber lo que tengo que hacer.

—Lo que hareis, será esperar hasta pasado mañana, en que á esta misma hora, nos veremos aquí solos como hoy, para poneros al corriente de mi plan.

—Está bien: el éxito de ese plan, será premiado con el pasaporte, como lo pedís.

—¡Eso no! contestó Patiño: pasado mañana, en esta casa recibo el pasaporte, ó no hay nada de lo dicho.

Andrés Patiño, sólo una palabra tiene, y no falta á ella nunca, señor alcalde.

El alcalde clavó en el bandido su penetrante mirada; y en seguida se puso à mirar los techos como si nada le preocupase.

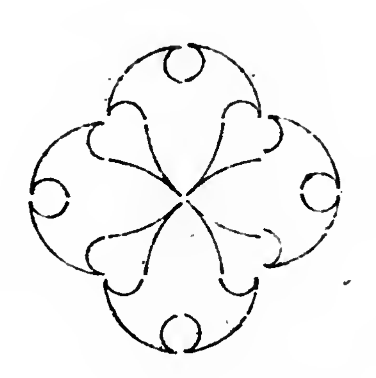
Al cabo de un rato de silencio, murmuró como vacilando:

—Sea...... tendreis el pasaporte, siempre que el

plan sea satisfactorio. Podeis iros, puesto que la llave de esta casa, quedará en mi poder hasta la segunda cita.

Patiño y el alcalde, se pararon casi al mismo tiempo; y ántes que el segundo se diera cuenta de ello, el primero desapareciò por uno de aquellos solares baldíos que lindaban con la casa.

El alcalde, estupefacto de la agilidad del bandido, y deseando salir de aquella casa, cuyos secretos habia comprendido esa noche, se acercó al ventanillo, llamó á su criado, que se habia dormido, y calándose el sombrero hasta los ojos, salió de allí, cerrando cuidadosamente la puerta, y guardando la llave en uno de sus bolsillos. Aquella llave habia sido mandada hacer por Patiño, para abrir y cerrar la casa à su antojo.



CAPITULO III.

## Lo que puede hacer una mujer enamorada.

Vamos á seguir à María, á quien hemos dejado abandonando la capital, ansiosa de llegar aún à tiempo de salvar à Rafael, à quien acertadamente juzgaba en poder de Colombo.

Pasemos por alto el camino que hizo entre mil sobresaltos y temores: pasemos por alto, la primer entrevista que tuvo con su padre, al tornar de nuevo à aquella morada subterránea, en que su niñez, se habia deslizado tranquila; y en que Colombo, sorprendido al pronto por su aparición, se habia dejado dominar de una inmensa alegría, y sigámosla unas cuantas horas después de su llegada.

La noche habia tendido su denso velo; y aunque en

el interior de aquellos subterráneos, todo era noche, èsta sin embargo, á su llegada, se hacia sentir, porque la velada de sus primeras horas, cuando no habia asalto, era para los bandidos un rato de solàz y libertinaje en que cada cual procuraba divertirse á su manera.

En torno de una gran mesa improvisada sobre algunas cajas vacias y aun parte de ellas, sobre mantas; se encontraban todos los moradores de aquella mansión subterrànea, cuyas murallas defensoras eran la misma naturaleza ruda y agreste, que hacia imposible toda pesquisa é infructuosa toda tentativa.

Alternaban en ella ricos platillos de sardinas, carne en asado, y algunos otros manjares sencillos y propios de aquel lugar, con espumosos vasos de vino, entre los que, ni escaseaba el champaña ni se echaba de ménos el tinto.

Aquel extraño banquete, era presidido por María, a quien su padre contemplaba con orgullo; y cuyo despejo y donaire le tenian encantado.

Era la primera vez que la veia hacer los honores de la mesa; y también era la primera, en que se permitìa su presencia entre sus camaradas de pillaje.

—¡Padre, le habia dicho María por la tarde, voy á casarme con el Vizconde como tú lo deseas y yo lo quiero; pero ántes de esclavizarme á las ruines exigencias de la alta vida social, he querido venir á esta morada que me sirvió de cuna, á este sitio en que los recuerdos de mi niñez están escritos con el fuego puro de tu amor! ¡Mañana me iré......! pero no quiero hacerlo sin dejar un recuerdo de dulce alegría entre todos los que te acompañan. ¿Me permitirás, pues, obsequiarlos á todos con una cena de familia, que tú y yo presidiremos?

—No tengo inconveniente en darte gusto, la contestó Colombo; mucho menos cuando, como dices, será esta la última vez que penetres aqui.

Has todo lo que deseas, segura de que nadie habrá de faltar al convite.

El Capitán habia encontrado tan natural el capricho de su hija, que para resolver no se detuvo à reflexionar.

La mesa, pues, estaba obsequiada por todos los bandidos, excepto por Patiño, que según el Capitán, se hallaba de vigía.

La falta de este pareció inquietar algo á María; pero fiada en que estaba fuera de allì hubo de tranquilizarse.

A la hora que nos ocupa, la joven, que ya habia adquirido ese tino delicado de la culta sociedad, se esmeraba en hacerse obsequiosa y agradable; atrayéndose la confianza con su amabilidad y talento.

Todos estaban pendientes de sus labios siempre recatados y dulces al expresarse.

Los vasos se vaciaban con rapidéz, impulsados por ella; quien á su vez se excusaba de tomar, instando á todos los demás para que tomasen.

De cuando en cuando, Marìa dirigia à Martín señas ó demostraciones de ojos, ininteligibles, para que no se embriagase; y éste dejando ver sus blancos dientes con una sonrisa imperceptible, parecia demostrarle que estaba enteramente á sus órdenes.

Poco á poco se fueron trastornando todos los cerebros; los cuerpos de aquellos hombres perdieron el equilibrio; y sus rostros tostados y llenos de cicatrices, se hicieron todavía más repugnantes de lo que eran.

Este momento parecia esperado por la joven, pórque inmediatamente que se dió cuenta de la embriaguéz general de sus obsequiados, tomó una botella que parecia reservada para los postres, y propuso un brindis á su salud.

Los bandidos aplaudieron la idea y aprontaron sus vasos, que la misma joven se ocupó de llenar, reforzando la primera botella, con otras que Martín le presentó.

En seguida, tomó una copa de vino tinto para ella; pero antes de llevarla á sus labios: exclamó:

—¡Deseo que esta noche no se borre jamàs de vuestra memoria; y que mañana, cuando veais à la vizcondesa de Tuneranda, recordeis con gusto, que teneis en ella una amiga, màs aùn, una hermana, pues esto será siempre para vosotros María Colombo!

Colombo sonrió y los bandidos exclamaron, apurando todo el contenido de sus vasos:

—¡Viva la hermosa hija de nuestro Capitán! ¡viva María Colombo! ¡viva la futura vizcondesa......!!

El Capitán y María apuraron entónces el contenido de sus vasos.

Pocos momentos después de esta escena, descrita á grandes rasgos, la embriaguez habia llegado á su última grado. Un sopor à que ninguno pudo resistir, se apoderó de todos aquellos miserables: sus miembros perdieron su fuerza; sus piernas se doblaron; sus párpados se hicieron pesados y su cabeza abrumada, tuvo que apoyarse en la mesa ó en la silla para no caer.

Un sueño pesado, se apoderó instantàneamente de todos, comenzando por Colombo.

Y en breve, en torno de aquella mesa tan animada poco antes, no reinó más ruido que el desigual ronquido de unos, ó la respiración fuerte de otros.

Solamente María y Martín permanecian en pié, esperando quizà, que aquel sueño se hiciese mas pesado aún.

María estudió separadamente á cada uno de aquellos hombres; y terminado su examen, dijo á media voz:

—El opio ha hecho su efecto; guia, Martín!

Martín tomó una bujía y echó á andar, seguido de la joven, que no se olvidò de llevar consigo una botella de jerez y un pequeño baso.

Cuando estuvieron á una regular distancia del banquete, preguntò esta á su guia.

—¿Encontraste á Cecilia?

—Nos hemos engañado; porque tu amiga no está aquí: la he buscado en todos los sitios que me son conocidos, sin hallarla, contestò Martín impasible.

Pero entónces ¿dónde está? ¿qué ha sido de ella? Sus huellas se han perdido envueltas en un misterio completo ¡Pobre Cecilia! Pobre madre la suya!

La joven abatida con este desengaño, guardó silencio y se detuvo, añadiendo con una tristeza indefinible:

—Yo habia creido, viendo que no se hacía luz ninguna sobre la desaparición de Cecilia, que ésta se hallaba aquí; y que Rafael y Adolfo se habian engañado, imaginándose fuera Cecilia la vìctima de aquel extraño asalto en la falda del Volcán. Ahora estoy segura que otro hombre la arrebató, pero ¿quién ha sido ese hombre? ¿dónde encontrar á Cecilia....?

—¡María, dijo Martín, lo pensarás despuès porque si el tiempo se nos pasa, todo lo hecho será inútil!

—Dices bien, Martín, sigamos adelante, ¡Dios nos iluminará después....!

Y ambos á dos continuaron su interrumpido camino por aquellos largos y oscuros subterráneos.

El silencio era sepulcral; y en aquella hora, y allì donde se hallaban, no se oía mas ruido que el latir del corazón de María y las pisadas de Martín.

De repente se detuvo este, y moviendo una piedra que se hallaba á un lado del sitio donde se parara, y que cubria la abertura de una oquedad hùmeda y hedionda, dijo á María.

—Hemos llegado à la prisión del Coronel Miranda.

—Entremos, pues, y que Dios nos proteja, murmuró la joven adelántandose.

El prisionero dormìa sobre la manta sucia en que le vimos al principio, y que era todo lo que constituia su lecho.

Una emoción desconocida se apoderò de María, cuando al acercarse à él, le vió dormir tranquilo en el duro suelo y rodeado de enemigos, con la muerte suspendida quizá en aquella noche sobre su cabeza.

—¡Ah! se dijo, su sueño debe ser mas tranquilo que el de mi padre....!

Arrodillóse al borde de la manta, y colocando suave-

mente una mano sobre el hombro izquierdo del coronel, le movió, murmurando con acento dulce y quedo á la vez:

—¡Soy yo, despertad!

El infelíz preso abrió los ojos con sobresalto; y viendo ante si aquella mujer deslumbradora por su belleza y ricamente ataviada, cruzó las manos sobre el pecho; la contempló como á una visión celeste que hubiese descendido à consolarle en su soledad, y exclamó con respeto y admiración:

—¿Estoy soñando ó me ha mandado Dios uno de sus àngeles....? ¡Bendito sea el Señor....!

—Ni una ni otra cosa de mi, dijo María; ni soñais ni soy àngel: por lo que hace àl Señor, haceis bien en bendecirle, porque permite á una mujer llegar esta noche hasta aquí para salvaros y devolveros á vuestra familia.

—¡Mi familia....! ¿la conoceis acaso? ¡oh habladme de ella; hace tanto tiempo que no la veo....! exclamó el Coronel con acento doloroso.

—¡Estais conmovido, calmaos! No es tiempo de hablar de ella, que os recibirà con toda la efusión de la alegria....!

¡En este instante el recuerdo de Cecilia cruzó por la imaginación de nuestra heroina, bien así como pasa un esquife enturbiando la tersura de un lago. Su rostro palideciò; su corazón se sintió oprimido y una lágrima asomó á sus ojos. El coronel y D.ª Mercedes se verian, pero solos, sin aquella hija querida!

Sin embargo, reponiéndose de aquel dolor oculto, añadió con aparente tranquilidad:

—¡El tiempo urge, señór, dentro de breves instantes estareis fuera de aquí!.....

—¡Ah! exclamó el prisionero, dando unos pasos, ¿no ha de engañarme tanta felicidad?

—Tened fè en Dios, coronel, y disponeos à salir. Este hombre, que me acompaña, vendrà á sacaros dentro de media hora, lo màs tarde: seguidle sin vacilar, á la hora que se presente.

En seguida, llenó la joven un vaso de jeréz y lo puso en las manos del coronel, añadiendo:

—Tomaos este vino para que recobreis un poco vuestras fuerzas.

El coronel apuró el contenido del vaso, y se puso á dar vueltas para ejercitar su paso, murmurando:

—No temais, señora que las fuerzas me falten: al contrario, me sobrarán pensando en que voy à ver á mi esposa y à mi hija, de quienes me hallo separado tanto tiempo hace.

—¡Dios lo quiera! dijo la joven despidiéndose del preso.

—¡Vuestro nombre.... señora! ¿no me lo direis..? quiero bendecirlo à todas horas durante el resto de mi vida, dijo el coronel viendo que trataba de alejarse.

—Lo sabreis quizá mas tarde.... mañana talvez.... Hoy no puedo decíroslo.

Después de estas palabras, la joven salió seguida de Martín, quien durante todo este diálogo, habia permanecido velando la entrada, y algo encubierto con la sombra proyectada por el lado trasversal de la linterna.

El coronel la siguió con la vista, sin osar aún dar crédito á lo que le pasaba. ¡Iba á verse libre! ¡libre como los pájaros que cruzan el espacio; y ya suben hasta las nubes, ya bajan á la orilla de los riachuelos ó ya arruyan en los àrboles!

—¿Pero sería esto cierto? ¿No le levantaría aquella mujer desconocida al pináculo de una dicha fugitiva, cuyo despertar fuera un abismo funesto?

Pero dejémosle á èl, alimentándose con una esperanza cuyo desenlace le hacía temer y gozar al mismo tiempo; y sigamos á María, cuyo corazón conmovido, parecia salírsele del pecho, sacudido por tantas y tan distintas emociones con que estaba luchando desde que esperara aquel extraño banquete, en que el ópio prerado por ella misma, debía dejarla dueña de sus acciones, al menos por aquella noche.

Fuera de aquel antro oscuro y fètido, Martín tornó á guiarla, deteniéndose á pocos pasos y mostrando à su ama la entrada de otro subterráneo que lindaba con el que ocupaba el coronel.

Martín desalojó de su sitio la piedra que lo cubria: y que entónces dejó libre el paso que conducia á su interior.

El corazón de María palpitó con mas fuerza; su cabeza tuvo un vértigo; y sus piés parecieron hundirse faltos de fuerza: ¡En aquel instante, la palidèz de su rostro denunciaba terriblemente el estado de su alma!

Hizo, sin embargo, un supremo esfuerzo para serenarse y aparecer tranquila; pero á su pesar en aquella lucha del corazón, sentía vergüenza de presentarse à la vista de Rafael, en aquella morada del crimen.

Por primera vez, al poner el pié en aquellos umbrales de piedra y polvo, se arrepintió del paso que daba para salvarle, y quiso retroceder.

Pero hay instantes supremos y decisivos, en que lo hecho, si nos arranca un suspiro ó una lágrima que tenga por fondo la convicción del mal, es para empujarnos hàcia adelante con más fuerza, que la agua que empuja las ruedas de un molino.

¡Flaqueza humana! dirémos: esta es lá disculpa que desde la caida de Adàn nos acompaña!

¡Y no es otra cosa que el sarcasmo arrojado al rostro con nuestra propia mano!

María, pues, escudándose sin duda, con esa tan trillada disculpa, avanzó hàcia adentro, dejando á Martín vigilando la entrada.

¡Cuán distinto al del coronel, era el aspecto que presentaba Rafael á los ojos apasionados de María!

El coronel dormia tranquilamente, cuando llegó hasta él, revelando, si no tranquilidad, resignación y fuerza de ànimo; Rafael por el contrario, iba y venia desesperadamente, buscando, en vano en su imaginación los medios de recobrar su libertad.

En los pocos dias que allì tenia, habia enflaquecido

notablemente; y profundas huellas. habian impreso en su rostro las noches de insomnio y de ternura porque estaba pasando.

—¡Rafael! murmuró la joven con acento doloroso y tierno.

Rafael levantó la cabeza con un movimiento brusco y enojoso, creyendo que alguno de los seres mezquinos y criminales que le rodeaban, venia à interrumpir su soledad; pero al verla, al encontrarse frente á ella tan inesperadamente, lanzó un grito de alegria; grito del alma en que se escapó repetido el nombre de ¡"María"!

Pero casi al mismo tiempo. retrocedió dos pasos hàcia atràs, cruzando los brazos con estoica indiferencia: indeferencia que podia compararse á un monte de ceniza, bajo cuyo exterior apagado se alienta el fuego que ha de producir la llama, y con la llama el incendio; y con el incendio, la explosión que arrasa y lo debasta todo.

Un pensamiento oscuro como la noche, y rápido como una exhalaciòn, acababa de asaltarle.

¿Qué hacia María en aquellos terribles subterràneos, en que el vicio se enseñoreaba, y de los que la virtud huía espantada?

El velo misterioso de que siempre se habia rodeado á sus ojos, pareció descorrerse en aquellos momentos ànte su imaginaciòn calenturienta, para presentarla con el sello de la ignominia y el de los criminales.

Mil pensamientos le asaltaron; mil ideas se revolvieron en su mente, confusas y siniestras como las olas azotadas por el chubasco.

María con ese tacto delicado y penetrante de la mujer, que instintivamente presiente la borrasca que agita el sereno lago del alma, y aun mas si esta, se desata en el cielo de su amor, midió aquel abismo de dudas, que habria en el corazón de Rafael aquel torrente próximo á desbordarse; y deseando ponerle término abreviando aquella tan fatal entrevista para ambos, le dijo con acento digno y tranquilo:

—Leo demasiado claro lo que pasa en tu alma: las

apariencias me condenan á tus ojos; pero, no importa, he venido á salvarte....

—¡A salvarme....! ¿y quiéres decirme, á quién deberé mi salvación? preguntó Ordoñez con ironìa.

—Me extraña tu pregunta, supuesto que nadie más que yo, viene à ofrecerte la libertad, dijo María con amargo reproche.

—¡Qué te extraña mi pregunta....! ¿acaso se quién eres en este momento, viendote aquí en estos sepulcros donde reina el crimen y de donde la virtud huye espantada? No eres tú la sobrina del Visconde, joven, rica, noble y hermosa? qué haces, pues, aquí?.....¿què misterio te rodea....? ¿quién eres tu en fin? ¡Dímelo, dìmelo porque mi cabeza se aturde, y creo volverme loco .....! exclamó Rafael con acento frenético.

De los ojos de María se desprendieron algunas làgrimas; su garganta se oprimiò haciendo imposible la articulación de toda frase; y guardó silencio.

Rafael vió correr aquellas lágrimas, y sintió que el corazón se le oprimia; pero no avanzó un paso hácia adelante para enjugarlas: espectador indiferente, pues tal queria serlo, trató de disimular su emoción, clavando sus ojos en la joven con despecho, y casi con altanería.

Pero sus ideas se atumulaban, cayendo sobre su corazón como un ataúd y haciéndole à su pesar, juguete frágil de su misma alucinación.

¿Era María, una aparición del cielo, ó un ángel caido, hermoso y sublime aun en su misma desgracia?

Estas y otras mil preguntas se hacia el joven en la oscuridad tormentosa de su imaginación, al contemplar á la joven, que con la frente inclinada al peso de un sentimiento profundo, y casi superior à sus fuerzas, parecia huir de sus miradas.

Y sin embargo, y à pesar del despecho y la duda que le dominaban, podia asegurarse que su alma toda y todos sus sentidos, estaban pendientes de ella. ¡Estaba tan hermosa....!

Los contornos de su rostro virginal, las suaves líneas de su frente; los bien modelados brazos, y la redondeada garganta, levantàndose sobre el pecho como un copo de blanca nieve eran irresistibles y fascinaban el corazón y los ojos ardientes del abogado, que concluyó por decirse:

—¡No! no es posible.....! Tanta belleza no puede existir para el fango del crimen.....! ¡Oh! si pudiese verla sin amarla; y olvidarla, como se olvida la imagen que acariciamos en el sueño, cuando la luz viene á disiparle..... ¡como se olvida una esperanza fugitiva, que no deja de su paso mas que una huella perdida en los hielos de la indiferencia......!

María entretanto habia enjugado sus ojos, y haciéndose un esfuerzo supremo, habia logrado serenar la tormenta de su alma. Y recobrando su altiva dignidad, herida por el hombre que más amaba, irguiò la frente; y sonriendo con amargura, extendió su brazo derecho hácia la salida de aquella fétida prisiòn, murmurando con acento dulce; pero à la vez imponente y altivo:

—¡No hablemos más! Entre los dos, todo ha terminado! Nunca mi nombre volverá à turbar la tranquidad de tu corazón; pero si alguna vez cruza por tu mente un recuerdo mio, quiero que este recuerdo vaya á decirte: "¡A ella debí mi libertad!"

Ahí te espera Martín, sìguele sin perder un instante..... ¡Rafael, estás en salvo. Adios!

María hizo ademàn de irse; pero Rafael se le interpuso, exclamando:

—¡No te iràs: soy un infame dudando de tí. Perdóname, María; soy un loco que no tiene conciencia de lo que dice, cuando te ofende á tí, tan grande y generosa......!

—¡Oh! cuánto bien me hacen tus últimas palabras.....! dijo la joven con apasionado acento.

—¡Me perdonas, ángel mio? porque tu debes ser un

àngel traspasando las etéreas regiones para venir á consolarme....! dime que me perdonas......!

—¡Oh! si, estás perdonado! ¡Pero huye, Rafael, huye pronto de aquí......! exclamó María con tono suplicante.

—Y tú.... ¿te quedarás.....?

—No me lo preguntes.... ¡no lo sé....! balbuceó la joven.

—Entónces, correrè tu suerte; dijo resueltamente Rafael.

—¡Nunca! no lo consentiré, exclamó enérgicamente María; tú debes salir para que devuelvas á D.ª Mercedes parte de su reposo y de su dicha, porque sábelo de una vez, el coronel Miranda irá contigo, y tu le servirás de apoyo y de guia.

—¡El coronel Miranda....! exclamó Rafael estupefacto, no osando creer lo que oía.

María dejó asomar á sus labios una sonrisa de dulce satisfacción, y añadiò:

—Vamos, es necesario; es preciso que concluyas mi obra: el coronel Miranda te esperà; ambos obedecereis á Martín, hasta que el frio de la noche, besando libre vuestra frente, os dé à conocer que estais libres. Seguid sus instrucciones ciegamente, y llegareis con felicidad á Zapotlan.

—¿Y tú....? le preguntó Rafael.

—Saldré unos pocos momentos despues, le contestò María, mirándole cariñosamente.

—María, estoy pronto bajo esa condición; pero no quiero salir sin que me digas quien eres.... ¿Qué poder tienes para penetrar á esta terrible morada? quièn te ha conducido hasta aquí....? á quién obedeces?

—No me preguntes, Rafael, lo que no puedo contestarte hoy; algun dia lo sabràs todo.... ¡quizà mañana....! si mañana tal vez, repitió distraidamente la joven.

—¡Siempre ese misterio, María! ese misterio que en vano lucho por aclarar, y que me volvería loco, si el a-

mor y la esperanza no me alentasen! dijo Rafael con acento amargo y doloroso.

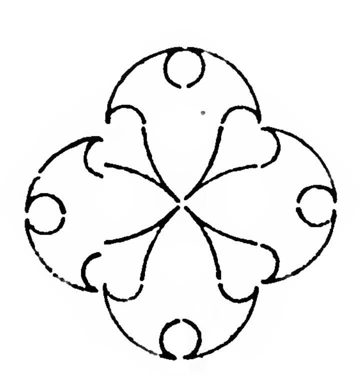
La joven le dirigiò una mirada suplicante; y teniéndole su mano con cariñoso abandono murmurò casi por lo bajo:

—¡Adios Rafael! la noche avanza....! ¡huye; y que Dios te proteja!

Al pronunciar estas palabras, María desapareció, sin que Rafael se hubiese atrevido à detenerla. Martín se adelantó entonces hácia Rafael, y le dijo secamente:

—¡Seguidme....!

Rafael le obedeció sin pronunciar una palabra, y pocos momentos después, tres hombres salián de aquellos oscuros subterráneos: eran Martìn, Rafael y el coronel Miranda.



CAPITULO IV.

# La ultima copa del banquete.

Dejémos à nuestros prisioneros saboreando los goces de una libertad imprevista, y ya en camino de su casa, soñar con las dichas que en ella les aguardaban ó temer con los sufrimientos que bajo su lecho se albergasen; dejémosles respirando el aire puro de la montaña, y sigamos á María hasta el desenlace de tan interesante escena, por ella promovida, y llevada hasta allí á felíz término.

Despues que la vimos separarse de Rafael, se apresuró á volver al subterráneo, donde en derredor de la mesa, dormían todos los bandidos entorpecidos por el opio que su mano les habia preparado.

En aquella mesa se veian los restos de la abundante cena, saboreada pocos momentos ántes.

Entre los fragmentos de pan, queso y carne, y los

vasos á medias y vacíos, que quedaban allí diseminados, una espumosa copa de vino parecia convidar tentadoramente á gustarla.

María, presa de una agitación nerviosa, y despues de dirigir a todos aquellos rostros vinosos y repugnantes una mirada de lástima, fué á sentarse en un sitial, distante un tiro de brazo de la mesa; y precisamente en el lado donde la copa mencionada se encontraba.

Su espíritu estaba dominado por una vaga inquietud, revelada á grandes rasgos en la tesura de su frente, que en aquellos momentos aparecia velada por una lijera sombra de dolorosa contracción.

La escena habida pocos momentos antes, entre ella y Rafael, habia dejado en su alma una herida profunda que aun estaba sangrando. Habia sufrido mucho; pero no era esto lo último que debia atormentarla. Su padre se despertaría de aquel letargo que tambien era su remordimiento, y apercibiéndose de la fuga de sus prisioneros, trataría de aclarar el autor del hecho, de que solo ella y nadie màs era culpable.

Trató, pues, de combinar un plan que sin comprometer á los demàs, apartase de ella toda sospecha.

Pero en vano; su cabeza ardia, y su corazón lleno de la imágen de Rafael, no marcaba otros horizontes luminosos á su pensamiento, que aquellos que éste le inspiraba.

Acariciaba mil ideas que tan pronto tomaban vida, cuando ya morian desechadas por su medrosa imaginación, ò porque no se le presentaban á la altura de su deseo.

En aquella lucha de inútil afán, sintió que sus làbios abrasados y secos, necesitaban refrescarse; y maquinalmente llevó la mano á la espumosa copa que tan cerca tenia. La acercó à sus làbios con precipitación, y apuró su contenido, volviendo á dejarla sobre la mesa enteramente vacía. Y más alentada se entregó de nuevo à discurrir, aunque sin mejor resultado que ántes.

Despues de algún rato de revolver su pensamiento

con afanosa precipitación, concluyó por esperar los acontecimientos y dejarse guiar por ellos.

Levantò su corazón á Dios, único ser de quien se recibe la fuerza y el consuelo; y sus lábios se movieron maquinalmente, murmurando una corta oración.

Pero apenas la hubo terminado, cuando sus pàrpados se hicieron pesados: su cabeza abrumada por un sueño violento, tuvo que buscar apoyo en el respaldo de la silla; y sus brazos cayeron pesadamente sobre la falda azul de su vaporoso vestido; quedando así los brillantes riquísimos de sus anillos, como estrellas en un cielo sereno y brillante.

¡En vano, al sentir aquel extraño sopòr, trató de ahuyentarle; á cada instante pasado, tomaba mas creces, apoderándose de todo su ser!

De pronto cruzó una sospecha por su imaginaciòn, y como respondiendo á ella, un temblor convulsivo agitò todos sus miembros.

Giró la vista, con espanto y en un supremo esfuerzo, en tórno de aquella mesa, que entónces halló fatìdica: vió que todos dormian, aletargados por un sueño cuya causa no le era desconocida, é impresionada y como fuera de sì, tratò de levantarse para huir de aquel sitio. Pero sus piés se resistieron, y una angustia indefinible, aterradora, se pintó en su semblante, al verse sujeta en aquel asiento por una fuerza superior é irresistible.

Tornó á levantar la copa cuyo contenido habia apurado: vió á su fondo, y un ¡ay! desgarrador se escapó de su pecho, al distinguir que el asiento de ella, contenia algo como un polvo muy fino y blanquecino.

—¡Dios mio....! balbuceó con desmayado acento, yo misma he preparado el ópio que debia castigarme....!

No concluyó; sus ojos se cerraron, y la copa fatal rodò de sus manos con estrèpito....!

Un silencio profundo sucedió al ruido que hiciera el cristal al romperse contra la mesa.

La cabeza de la joven cayó hácia atrás; y su rostro pálido como la cera, iluminado de lleno por la clara luz de una bujía, que ardia sobre la mesa, no ostentaba mas sombra que la de sus negras pestañas, semejantes á un fleco de seda.

Una palpitaciòn tranquila levantaba su pecho, haciendo mover levemente los encajes que le cubrian.

¡Indudablemente estaba hermosa con aquel sueño terrible ó involuntario!

Cortos momentos habian trascurrido desde que el letargo del ópio la dominara, cuando la silueta de un hombre se dibujó en una de aquellas sombrías paredes. Era Patiño que acababa de entrar, y que al ver á sus camaradas dormidos, se habia detenido á la puerta sorprendido.

Adelantóse al fin, y su asombro creció viendo á María figurar en aquel cuadro del poder de Morfeo.

Se paró frente á ella y se puso à contemplarla con arrobamiento.

—¡Ay! exclamó despues de breves instantes de absorta contemplación, pasárame aqui toda la noche, deleitàndome en su belleza; pero no debo ni puedo perder el tiempo que ha de hacerla mia....! Mia, sin que nadie me la pueda disputar!

Y Patiño, tras este discurso, sonrió como si ya viese colmadas sus ilusiones; y despues de un breve silencío, añadiò:

—¡No me ama! pero ¿què importa? algun dia me amará como la amo... ! ¿No es para ella, y solo por ella, por quién he vendido á todos estos? Mañana seré dueño de ella; y capitàn de estos subterráneos, poseeré solo, todos sus secretos y todas sus riquezas.... !

Al decir las últimas palabras, se acercó á María, y levantándola en sus brazos, como si fuese un niño pequeño, una paja, atravesó con rapidez aquel espacioso subterráneo, y penetrando al que servia de alcoba á la joven cuando la conocimos, es decir al principio de esta novela, la colocó en un sillón y tornando á verla con

incentivos ojos, volvió silenciosamente à donde sus compañeros dormian.

Acercóse á Colombo, y moviéndole con fuerza trató de recordarle; pero en vano, porque su sueño era profundo.

Sacudió en seguida la cabeza y cruzando los brazos murmuró:

—¡Es imposible que este sueño dure más; mis planes quedarian por tierra, y yo...... Si habrán tomado ópio....! Es muy posible, supuesto que duermen como unos lirones.

¿Qué hacer....? ¡ah! exclamò dándose una palmada en la frente, el Capitan poseé unas gotas eficaces en estos casos.... deben estar en su dormitorio .....

Y Patiño, interrumpiéndose, salió rápidamente, volviendo poco despues con un frasco en la mano.

Enjuagó un vaso: y poniendo agua en él, le mezcló una dósis de aquel líquido verdoso contenido en el frasco; y con una cucharilla introdujo entre los làbios secos de los narcotizados la cantidad que juzgó necesaria.

Pasado un corto tiempo, acercóse de nuevo á Colombo para observarle; y viendo sin duda, que la medicina hacia su efecto, le habló por su nombre dos veces seguidas.

El Capitan abriò por fin los ojos, bostezando largamente, como si el sueño rudo que acababa de sacudir, le abrumase aun.

—¿Qué hay? preguntó con voz ofuscada.

—¡Que el enemigo està encima, mi capitan, y pronto le tendremos aqui sobre nosotros!

—¿Que dices? preguntó de nuevo Colombo, parándose frente á Patiño.

—¡Que nos han vendido miserablemente, dijo este, fingidamente exaltado. Todas las entradas de estos subterráneos, han dejado de ser un secreto para el gobierno. Oculto tras unos matorrales les he oido ciertos detalles mientras subian hácia acá. Pero afortunada-

mente son torpes tratàndose de estos terrenos, por lo què he podido adelantarme á tiempo!

Colombo apretó los puños con rabia, crujió los dientes y se irguió aun más, preguntando:

—¿Y quién es el Judas de mi gavilla?

—Según pude escuchar fué Martín quien ofreció entregarnos à todos aletargados por el òpio en torno de una mesa.

—¡Maldición!! exclamo Colombo, golpeando el suelo con el pié.

—¡Huyamos, mi Capitan, huyamos; dijo Patiño con melodramático acento.

—¡Huir....! dejar mi fortuna sin defenderla.... eso nunca!

Y como si tratase de unir la acción à la palabra, añadió con voz enérgica:

—¡A las armas! que el enemigo està cerca! ¡Ea! despertad pronto; y el traidor que nos ha vendido, sepa de una vez, que la mano de Colombo no tiembla para atravesarle el corazón con una bala, si no me es dado escupirle á la cara!

Los efectos del ópio habian disminuido en su totalidad, gracias á las gotas que Patiño preparara tan á tiempo. Asi fué que á las voces de su gefe, todos los bandoleros estuvieron en pié, denotando en su exterior la confusión y sorpresa que les embargaba.

—Hay un traidor entre nosotros: Martín ha vendido nuestra fortaleza con todos sus secretos ¿puedo contar con vosotros....?

—¡La defenderémos hasta morir! gritaron en coro los bandidos.

—¡Bien! mañana, muchachos, victoriosos ó muertos; juradlo!

—¡Lo juramos! repitieron todos á un tiempo.

Durante este diálogo, Teodoro no habia apartado sus ojos de Patiño: en aquella mirada tenaz, podian leerse estas palabras:

"Patiño es quien nos vende."

Colombo dió sus instrucciones, á aquellos sectarios del crimen; terminando con estas palabras:

—¡Nada se habrà perdido si matamos al traidor: Martín es quien nos vende; no lo olvideis!

Los bandidos desfilaron por aquellas extensas cuevas; pero no con la enerjía de otras veces: la sorpresa de que habian sido presa, levantaba en su alma cierto terror desconocido para ellos hasta entónces.

El capitán y Teodoro cerraban aquella marcha que tenia algo de fúnebre, dada la hora y las circunstancias que la rodeaban.

—¿Y María? preguntó Teodoro.

—Duerme, contestó Colombo lacónicamente.

—Antes de salir al frente del enemigo; dijo Teodoro es preciso Colombo, que sepas quién es el Judas que nos vende.

—Le conozco, y ya me has oido sentenciarle: Martín morirá como mueren los traidores.

—Quizàs muera yo en la refriega, dijo Teodoro, sentenciosamente; si me sobrevives, acuèrdate de lo que voy á decirte: ¡hay un traidor, y ese traidor es Andrés Patiño!

Colombo guardó silencio un corto rato, murmurando en seguida con voz terrible:

—¡Si es Patiño, le harè ahorcar del palo màs alto!

Entre tanto, habian salido al campo libre, y se encontraban junto à una de las salidas exteriores situada en una barranquilla sombreada por tiernos madroños y elevadas encinas que, á través de las sombras, aumentaban el pànico, entre aquellos hombres, con sus ramas movibles y ruidosas.

Situémonos en esa meseta del frente, dijo Colombo, y desde su altura, matarémos á todos los que traten de escalarla, asegurando asi el triunfo de nuestras armas.

Aprobaron todos lo propuesto y comenzaron à hacer la ascensión de la meseta; pero apénas se entraron

en ella, cuando una granizada de balas los envolvió instantáneamente por los cuatro vientos.

Los bandidos eran valientes y estaban acostumbrados á toda clase de refriegas; pero la sorpresa de aquel ataque inesperado y brusco, les hizo retroceder algunos pasos.

Sin embargo, un poco repuestos, atacaron con cólera y desperación á sus adversarios; quienes mas peritos en el arte de la guerra, y mayores en número, tenian ventajas de consideración sobre los bandoleros.

La meseta habia sido asaltada en un segundo, sin que Colombo ni los suyos pudiesen impedirlo.

Y en estas circunstancias críticas, los asaltados replegados á un extremo de ella, se defendian desesperadamente.

—¡Cargad fuerte sobre ellos; matadles como á perros! gritó de repente una voz entre los soldados.

Estas palabras hirieron terriblemente el amor propio de Colombo; y abalanzàndose sobre el campo enemigo, arremetió con tal fuerza à sus contrarios, que les hizo retreceder algunos pasos.

Teodoro á su vez hacia prodigios de valor, y á ejemplo suyo, los demàs bandidos

¡Pero estaba escrito que aquella noche seria la última de su dominio sobre la montaña; y que aquella meseta guardaria en mudas páginas la última hazaña de su valor!

Los soldados cortándoles toda retirada, y batiéndoles bizarramente, lograron terminar aquel combate de horas, con una victoria completa por su parte.

En medio de aquella humillante derrota, y ya sin esperanza de salvación, Colombo se acordó de María que iba à quedar sola en aquellos inmensos subterráneos.

Midió la distancia que le separaba de ella, y también la altura de la meseta......

Entónces una lágrima ruda se desprendió de sus ojos;

un ahogado suspiro se escapó de su pecho, y murmuró con voz firme:

—¡No; yo defenderé á mi hija hasta el último aliento....!

Y àntes que el enemigo pudiera darse cuenta de lo que hacia, se lanzò por el voladero.

Pero en el mismo instante; y cuando quizà ya se consideraba en salvo, una detonación rasgó el aire: las rocas se extremecieron; y al vizlumbre del tiro, pudo verse de pié, sobre una peña bastante alta, á un arrogante y bizarro joven de cuyas manos habia partido el siniestro tiro. Era Adolfo Dieguez, que asechando silencioso los movimientos de Colombo, acababa de matarle.

Teodoro, testigo presencial de tan tràgica escena, viendo que se acercaban algunos soldados á desarmarle, como à sus infortunados compañeros, exclamó con voz resuelta y terrible:

—¡Antes que prisionero,.... muerto!

Al mismo tiempo; preparándose la pistola al corazón, se diò un tiro: y una blasfemia se escapò de sus làbios, al caer sobre la yerba.

—¡Ha muerto como un valiente, dijeron los prisioneros al verle, asì debimos morir nosotros, antes que dejarnos maniatar como unos perros!

—¡Ha muerto como un cobarde! murmuró Adolfo.

Y es la verdad, por más que muchos sostengan que suicidarse sólo puede un valiente.

¡Suicidarse sòlo puede un cobarde, de corazón ruin y alma pequeña, donde no cabe la grandeza de la resignación! ¡Suicidarse solo puede un loco que ha perdido la razón ò un ateo para quien la moral divina es una fantasmagoría, una mentira la virtud, y un ídolo la razón!

Al amanecer del dia que venimos narrando, aquel campo de batalla presentaba un aspecto triste: los bandidos del volcán habian sido exterminados en su totalidad, pues que los que no eran cadáveres, yacian prisioneros; pero esto á costa de muchas vidas por parte

de sus contrarios. Toda la meseta estaba regada de sangre.

Los cadáveres àun calientes eran arrojados en hoyos apenas abiertos; los heridos, conducidos á Zapotlán en angarillas, y los prisioneros bien escoltados, comenzaban á hacer el descenso de la montaña.

Adolfo, jefe de aquel asalto, se ocupó gran rato de hacer pesquisas inútiles, para averiguar las entradas de aquellas cuevas, donde según sus cálculos debia encontrarse Cecilia.

Interrogó varias veces à los prisioneros, empleando promesas y amenazas para que le descubriesen los secretos de aquellas guaridas; pero estos, alentados quizá, por la esperanza de salvar la vida ó por otro motivo cualquiera, guardaron silencio.

Viendo que se obstinaban en callar, se puso en camino, después de levantar el campo, con toda su gente.

Dejémosles proseguir su descenso por la montaña, y retrocedamos. Otros personajes nos aguardan; cuyos hechos en esta fatal noche, nos son aún desconocidos.

Hablo de María, de Patiño y de Martín, de quienes no hemos hecho mención en la escena precedente; y que según hemos visto, sirvió de tumba al poderío de Colombo.

CAPITULO V.

# Celos y sombras.

Al abandonar Colombo la sala del festín, para salir al frente del enemigo que iba à sorprenderle á las altas horas de la noche, guiado por la traición; aun se veian algunas copas llenas y platillos servidos sobre la mesa. Y ya hemos visto como una de esas copas se habia encontrado fatalmente al alcance del brazo de María, privàndola de toda acción y defensa.

Dejémosla aletargada y agena por esta causa á los peligros que corria su padre y aun ella misma; y sigamos al Judas de la gavilla de Colombo.

Andrés Patiño, astuto, sagaz y afortunado como todos los traidores, halló oportunidad para separarse de sus compañeros, cuando salian fuera de los subterráneos.

Aprovechando la confusión que en ellos reinaba, o-

cultóse en el hueco oscuro que formaban dos rocas salientes.

Desde allí, les vió tomar sus puntos de defensiva.

Los desgraciados estaban poseidos de un pánico terrible; y abrumados aun por el sopor de la borrachera, sólo pensaban en vender cara su vida.

Después que Patiño vió desfilar desde su escondite, á todos aquellos hombres con quienes tantas veces habia compartido el peligro y rico botín de la rapiña, y á quienes entonces sacrificaba en aras de una pasión borrascosa y volcànica; tornò con paso ràpido hàcia la sala del festín, cerrando àntes por dentro aquella salida, para que nadie pudiera penetrar por ella.

Encendió una pajuela, buscó una linterna que habia siempre à la entrada, y proporcionándose la luz necesaria, atravesó dos grandes subterráneos, hasta llegar à la alcoba de María, que dormia profundamente donde él la habia colocado.

Detúvose frente á ella unos breves instantes, y la contempló, no con el arrobamiento y adoración del amor del alma, sino con el atrevimiento de la pasión de los sentidos, con la frìa sonrisa del amor impuro.

—¡Por fin soy dueño de ella y de todo lo que me rodea, exclamó con orgullo, dando un paso hácia adelante! Nadie puede disputarme tan hermoso tesoro... Ella serà mia......¡y yo viviré aquí como un rey..! Sí, cuando todos mis compañeros hayan muerto à manos de la justicia, y ésta se aduerma tranquila y orgullosa con su triunfo, creyendo terminado para siempre nuestro dominio en esta montaña; yo estarè aquí, yo seré el capitán que se enseñorée sobre estas rocas y en estos ignorados subterráneos tremolando el pendón de su libertad y de su poder!

Al terminar este monólogo, un retumbido sordo y siniestro, extremeció las rocas; y las paredes de aquellos antros oscuros parecieron prontas á derrumbarse. Y como si aquel estruendo hubiese sido la voz del remordimiento que marcaba á Patiño su hora más terri-

ble, la hora del castigo ó de la expiación, sintió éste que la sangre se le helaba en sus venas: vaciló sobre sus piés; sus ojos crecieron en grandor; su cara se puso lívida, y todo su ser reveló en aquellos momentos el pánico de una conciencia criminal.

¡A toda su vida de maldades habia añadido la traición......!

En aquellos momentos le parecia ver los espectros lívidos de todos aquellos hombres que morian vendidos por èl, pidiéndole cuenta de su sangre.

Pàlido y agitado enjugó el sudor de su frente con la manga de la camisa, y una sonrisa feróz reanimó sus gruesos labios, tornando aun más repugnantes sus embrutecidas facciones.

Adelantóse hácia María, murmurando con acento tembloroso:

—¡Es preciso ocultarla, huir con ella, no sea que el diablo me juegue una chicana........ Colombo puede venir en busca de su hija.........si tal sucede, puedo perderlo todo........ Aprovecharé su letargo para llevármela donde nadie me la dispute.........! ¿no tengo un pasaporte para ir sin temor á donde quiera?

El bandido engolfado en sus pensamientos, acariciando ensueños de locas esperanzas y asaltado por supersticiosos temores de ver desaparecer su felicidad cuando apénas le parecía vizlumbrarla, se hallaba á dos pasos de María, é iba á extender hácia ella los brazos para arrebatarla consigo, cuando una voz hueca y terrible que le era bastante conocida, exclamó cerca de él:

—¡Detente ó te mato como á un miserable....!

Patiño tembló, y desviando la vista del objeto codiciado, de aquella mujer de quien se creía ya absoluto poseedor, fuè á fijarla en un hombre que, al frente de él amartillaba una pistola lleno de ira.

—¡Martín......! murmuró, Patiño lívido de cólera.

—¡Sí, Martín que te disputará tan hermosa presa: Martín que asecha tus pasos, desde que has puesto tus ojos en lo que mas amo: Martín que sabrá defender á

la hija de su capitàn: y que te matará ántes que toques uno sólo de sus cabellos!

Patiño se irguió como la vívora cuando se vé asaltada de improviso; y abalanzándose sobre el indio, con una rapidez asombrosa, le disparó un tiro á quema ropa.

Pero éste previendo el asalto desvió el cuerpo; y la bala que debia haberle muerto, pasó à la pared, rozàndole levemente un hombro.

La linterna de Patiño, colocada en el suelo, despedía una luz opaca, que proyectándose indecisa en las sombrías paredes, daba forma á mil sombras que semejaban fantasmas negros, errando en torno de aquella escena sombría provocada por los celos en el misterioso seno de aquellos sepulcros de vivientes.

Al sentirse Martín herido, aunque levemente, se arrojó sobre Patiño, y ántes de que éste pudiese hacer uso nuevamente de su arma, le asiò por el brazo con tal fuerza, que le hizo soltar el arma.

Sin embargo, Patiño era valiente, y no se desanimò por esto, sino que cobrando nuevos bríos, dió una media vuelta y se abrazó al cuerpo de Martín tratando de derribarle, desarmándole á su vez.

—¡Una es la mujer que nos disputamos; los celos nos impulsan con el mismo odio; el amor premiarà al màs valiente ó al màs afortunado: la lucha es pues á muerte, porque solo uno de los dos cabe desde hoy en la tierra......! dijo Patiño ebrio de cólera.

—¡Sea así......! exclamó Martín lacónicamente. Patiño pudo entónces evadirse del círculo de hierro que le oprimia, pues tal cosa parecian los brazos del indio en aquella lucha, y llevando la mano al ancho puñal que guardaba en la cintura, se arrojó nuevamente sobre su adversario.

—¿No habrá ventaja en el combate y ya que me atacas con el puñal, con él te recibo, exclamó Martín echando mano à su cuchillo, y arrojando à un lado la pistola.

En aquel momento brillaron los dos puñales siniestramente. Por ambas partes se luchaba con igual ardor y pericia. Y hubo momentos en que la victoria pareciò decidirse por Patiño.

Pero de repente, el golpe de un cuerpo que daba en el suelo, unido à un ¡ay! casi apagado, puso término á tan encarnizada lucha.

La luz de la linterna parecia entonces extinguirse. Sin embargo, á través de su dudosa claridad, pudo verse á Martin de pié junto al cuerpo exámine de Patiño.

María continuaba sumida en ese sueño profundo y pesado que trae consigo el opio.

Martín se inclinó, y apoyó su mano en el corazón de Patiño murmurando luego:

—¡Està bien muerto!

Llevò en seguida aquella misma mano á los bolsillos de la chaqueta que el cadáver tenia puesta, y extrajo de uno de ellcs una cartera.

Sus ojos negros como las alas del cuervo, se fijaron en una de sus hojas; estaba suelta, y era un pasaporte, extendido bajo las condiciones de estilo.

En la foja del frente se hallaba estipulada la venta de Colombo y sus compañeros, sin más precio que aquel pasaporte.

Guardò la cartera, é irguiéndose con orgullo exclamó:

—¡Era un traidor! yo no he sido mas que el brazo de la justicia de Dios, para castigarle y vengar á mi capitán......!

Guardó silencio unos breves momentos y añadió:

—¿Qué hacer......? este miserable entregó sin duda el secreto de estos subterràneos que nos han servido de morada hace tanto tiempo......! De un momento á otro estarà aquí el enemigo...... ¿y ella......? ¡oh! la mataràn......! Es preciso sacarla de aquí cuanto ántes...... El subterráneo que ve al Oriente es el más seguro...... Sí, por allí huirémos....!

En aquellos instantes se oyó una granizada de tiros que se repercutian tenebrosamente.

El indio tomó la linterna, y abrazando á María como si fuese un niño, echó à andar rápidamente por un subterráneo, cuyo declive era mas amplio y ménos colgado.

Le atravesó en ménos tiempo del que hubiera podido imaginarse; tal era el temor que le dominaba, dàndole alas para la fuga.

Cuando estuvo fuera y el aire libre oreó su frente, colocó á la jóven sobre el césped; dejó caer una enorme piedra para cubrir la entrada: la luz de la linterna chisporroteó, lanzando su último destello, y las sombras cubrieron por completo aquel subterráneo que guardaba un cadáver, reliquia ensangrentada del oscuro drama que acababa de ejecutarse sin testigo alguno, ó mejor dicho, sin mas testigo que Dios.

Un hondo suspiro levantó el pecho del noble indio, y quien á través de la oscuridad hubiese podido contemplar su tostado rostro, habria visto que algunas làgrimas le salpicaban.

¡Huía quizá para no volver de aquel recinto, que á pesar de todo le era tan querido!

¡Allí habia visto cruzar la mayor parte de su vida; allí se encerraban sus mas caros recuerdos; allí quedaba aroma de sus mas dulces afecciones!

Inclinó una rodilla sobre el césped, y volviendo à tomar en sus brazos á María para alejarse de aquel sitio, murmuró con acento entrecortado:

—¡Toda nuestra fuerza y poderío ha desaparecido como un soplo.........! hoy esta morada de nuestro orgullo, no guarda en su seno mas que un cadàver....! Si alguno de mis infortunados compañeros se salva, no podrà volver aquí........!

Su voz cortada no pudo continuar: dió una última mirada á la montaña, y siguió descendiendo con paso rápido........

# LIBRO V.

## EN PODER DE LA JUSTICIA.

### CAPITULO I.

### **Descendiendo por la montaña.**

Acababa el dia de despertarse, y su beso tibio aún comenzaba à secar las gotitas de agua derramadas del seno de la aurora, y columpiadas airosamente en las hojas verdes de los àrboles. Una capa blanquecina apénas deshecha, se extendia en torno de la montaña; ligera niebla que como un velo trasparente envolvia á la magestuosa reina de Colima, coronada de eternas nieves, y festejada siempre por una corte de alegres pájaros.

Los soldados, sin orden alguno, avanzaban llevando en el centro varios prisioneros, último resto de la fa-

mosa cuadrilla de Colombo; en tanto que á su espalda, y ya algo léjos, un grupo de hombres se ocupaba aun inútilmente en investigar los secretos desconocidos, las entradas ocultas de aquella morada impenetrable.

Este grupo se componía de Adolfo Dièguez y cinco soldados de toda su confianza.

Diéguez estaba desesperado; y comenzaba á presentir que aquella refriega, y aquella venta de Patiño, no darian resultado, al ménos en el órden de sus afecciones.

Y sin embargo, por cada esperanza que huía de su alma parecia aumentar el incentivo de su amor. Cecilia estaba ante sus ojos, en su alma, en su corazón y en su pensamiento, con toda su idealidad y su poesía, con todas sus gracias, con todo su candor!

Ni aun en los lances mas apurados dejaba de verla.

Así fué, que mas de una vez, durante su asalto á los bandidos, aquella imagen querida cruzó por su imaginaciòn más enamorada y más bella qué nunca, semejante à esas nubes que tan presto se dibujan en el horizonte, cuando ya se desvanecen al contacto glacial del aire.

¡Màs de una vez el suspiro de su pecho voló confundido con la bala de su pistola! Y era que el recuerdo de ella, su imagen vaporosa y pura, se destacaba á su vista sobre el negro fondo de la desgracia.

Y después, cuando aquel combate terminò dando á sus armas la victoria, cuando vió que de aquella turba de foragidos, en cuyo poder suponía á Cecilia, solo quedaban unos cuantos prisioneros, su primer cuidado fuè interrogar á estos sobre todo lo acaecido en aquel rapto, y màs aún sobre su existencia. Peró ni sus promesas ni sus amenazas pudieron arrancar de aquellos hombres degradados una sola palabra que arrojase un rayo de luz sobre el paradero de la víctima de tan triste acontecimiento.

—¡Es extraño, se dijo Adolfo, que ninguno de estos miserables canallas confiese algo......! La vida es

muy amable; y sin embargo de ofrecerla al que me diga donde se halla Cecilia, permanecen mudos! ¡Oh! si hallase la entrada de esos laberintos........!

A pesar de todo, Adolfo no quiso devolverse sin escudriñar á su gusto toda la montaña, para lo que eligió algunos compañeros, como hemos visto, y seguido de ellos comenzò sus indagaciones.

La esbelta montaña vestida aun con el frescor de la mañana, estaba hermosísima: sus salientes rocas, cubiertas de musgo ó desnudas de verdor; sus profundos barrancos en cuyo fondo alzaban su lamentoso canto las palomas; y sus empinadas mesetas cubiertas de arbustos y árboles seculares en cuyas hojas comenzaba la nieve à derretirse, presentaban en conjunto un panorama delicioso. A veces las sinuosidades del terreno presentaban grutas caprichosas, donde el ruido de los madroños y pinabetes, mecidos por un viento casi glacial, heria los oidos con ecos dulces y melancólicos. En esas lindas grutas, á quienes servian de atalaya constante los riscos volados ó las colinas que en miniatura se elevaban en derredor, revoloteaban las calandrias de pecho amarillo, los rojos cardenales, los negros mulatos, y mil avecillas de cantó dulce y armonioso; á cuyo concierto unía sus quejas la paloma y su silbido la serpiente venenosa de los bosques.

Algunos hilos de agua azul serpeaban en las barranquillas, brillando á los rayos de sol y sirviendo de espejo á los lirios silvestres y à las moradas violetas. Y el todo, el conjunto de tantas armónicas bellezas, la montaña, en fin, con su fondo azul, su variada vegetación, ostentando caprichosamente desde el verde mas oscuro hasta el mas claro; su profundo cráter coronado de blanca nieve y su manto de blancas nubes deleitaba la vista, embriagaba el corazòn y hacia que el alma, rompiendo nubes y rasgando estrellas, se levantase à lo infinito para contemplar al Supremo Artífice, criador de tanta hermosura.

Adolfo, en medio de su abatimiento, se extasiaba

con aquella belleza de rudas formas, y de suaves y deliciosos contornos.

Poco á poco fué subiendo el astro del dia, trazando á su paso por el zenit una roja cinta cuyos rayos perpendiculares y ardientes, caían sobre la tierra como una lluvia sutil de imperceptible y finísimo polvo de oro.

A la trasparencia de la montaña, sucedió la galanura del dia; á las dulces miradas del alba, las abrasantes caricias del sol.

Así como la belleza tímida de una niña adolescente, se despierta con la juventud y se desarrolla hasta convertirse en seductora, la montaña entonces tenia una belleza mas vigorosa y mas llena de encantos á los ojos del enamorado Adolfo, que un poco delante de sus compañeros, parecia entregado á profundas meditaciones.

De repente el eco débil de una voz que se hizo oír, no léjos del sitio en que se hallaba, le detuvo. Aquel acento partia del fondo de una barranquilla casi plana y en cuyo centro se agrupaban algunos árboles formando entre todos una sombra compacta y fresca en las horas calurosas del dia.

Empero para ir à ella del punto donde Adolfo se encontraba, era preciso ó hacer un gran rodeo, ó descender por un desfiladero bastante elevado por aquel lado y lleno de guijarros y escabrosidades.

Esperò à sus compañeros que, un poco atrás departían amigablemente; y tomando por compañero á un soldado llamado Pascual, echó pié á tierra, entregando las bridas de su caballo á otro de los que debian seguir sus órdenes, dar la vuelta hasta cortar la orilla opuesta de la barranca donde se reunirían de nuevo.

Adolfo y Pascual, emprendieron el descenso de aquel despeñadero, no sin gran trabajo, pues al llegar al fondo, se encontraron con la ganancia loca de algunos arañazos y rozaduras y tambien con una gran cantidad de polvo que sacudirse.

Pascual, que no tenia ni la amorosa desesperación ni

el interés de Adolfo, le seguía en estas peripecias, maldiciendo en su interior, lo que llamaba extravagancias locas de su capitàn.

Ya abajo, ambos espedicionarios, tornaron á escuchar aquel acento, mas claro y màs cercano.

Apresuraron el paso hàcia el grupo de árboles ántes mencionado.

Al piè de aquellos àrboles mecidos levemente por el viento, habia un grupo interesante.

Un hombre, mayor de edad y consumido por una vejez prematura, yacia tirado sobre la fresca yerba, casi sin aliento; en tanto que un jóven arrodillado á su lado, deslizaba entre los labios secos del enfermo algunas gotas de aguà limpia y azulada recogida en el hueco de la mano.

Aquel grupo, en aquella soledad, habria dado modelo para un magnífico cuadro, si hubiese podido contemplarle un pintor, un artista de sentimiento.

¡Pero cuál no seria la sorpresa de Adolfo, cuando al acercarse allí, vió que aquel grupo era formado por dos personas que le eran demasiado queridas!

—¡El coronel Miranda y Rafael! exclamó casi loco de alegría, poniéndose á su lado.

El coronel parecia aletargado.

—¡Silencio! murmuró Rafael, no le hables, espera que al abrir los ojos te halle él aquí, y se sorprenda agradablemente.

—Pero ¿está muy grave? preguntò Adolfo con interes.

—¡Oh! nó; ha sido un vahido que pasará pronto; ¡està tan débil......! contestó Rafael.

Efectivamente, pocos segundos después el coronel abrió los ojos; Adolfo se habia replegado hácia atràs; pero no tanto que aquella mirada no le alcanzase.

—¿Veo bien ó me engaña la vista? preguntó el coronel tratando de ponerse en pie. Eres tú, mi querido Adolfo, eres tú......?

La contestación de este, fué arrojarse á sus brazos.

—¡Sí, yo soy; no se ha engañado vd., exclamó Adolfo.

—¡Oh que feliz comienzo á ser......! balbuceò el coronel con voz cortada.

Y reponiéndose un poco de la emociòn que le embargaba continuó con visible interès:

—¿Y mi hija y mi esposa? ¡háblame de ellas....! còmo quisiera abreviar la distancia que aun tengo que salvar para verlas......! Me creerán muerto, ¿no es verdad, Adolfo? ¡y qué hermosa ha de estar mi Cecilia......!

Adolfo sentia que se ahogaba, le pareció sofocante el aire de la montaña en aquellos momentos. ¿Qué contestarle de Cecilia, cuando él mismo ignoraba su suerte? ¿qué decirle de su esposa tan terriblemente herida por el infortunio?

Rafael llamó entonces toda su atención con una leve tosida, acompañada de una mirada preventiva que equivalía á estas ó semejantes palabras:

—¡Le mataràs si le dices la verdad!

Y Adolfo comprendiendo el lenguage mudo de los ojos de su amigo hizo un esfuerzo murmurando:

—Han llorado mucho por vd.; pero no hablemos de ellas que tiempo nos sobra para ello; y dirigiéndose á Rafael, con una variación de tono instantànea, preguntó: ¿ha tomado el coronel algun alimento?

—¡Ninguno! contestó Rafael tristemente; perdidos en esta montaña, á pié, sin guía y sin provisiones, hemos venido á dar á esta barranca, donde ya sin fuerzas el coronel para proseguir en busca del camino, nos hemos detenido, en espera de la Providencia que nunca abandona al que sufre. Dios te ha conducido hasta aquí Adolfo; y ayudados por tí podrémos continuar sin peligro.

Adolfo sacó de uno de sus bolsillos un frasco con aguardiente, tomó una poca de agua, y la mezcló en el frasco, presentando en seguida este espirituoso alimento à sus amigos; les dijo.

—Esto os fortalecerá ¡tomad un trago á la salud de nuestro triunfo sobre los bandidos!

—¡Ah.........! exclamaron à un tiempo el coronel y Rafael; ¿luego ese tiroteo de la madrugada........?

—Lo sostuvimos nosotros, obteniendo una victoria completa.

—¿Y Colombo? preguntó el coronel.

—Le he matado yo, cuando trataba de huir cobardemente, contestó Adolfo con orgullo.

—¡Un abrazo, mi Adolfo, un abrazo; porque has vengado dos años de sufrimiento que he pasado en su poder! exclamó Miranda apretando al joven contra su pecho.

Pocas horas después, los compañeros de Adolfo llegados allí, haciendo alto, ataban los caballos con unas sogas para que pastasen.

Pascual habia encendido lumbre. Cada cual tomó de sus cantinas el comestible que contenia, póniéndole á calentar.

Mièntras la comida estaba lista, algunos màs diestros ó más glotones cazaron algunas perdices, que asadas, aumentaron el bastimento.

El apetito nunca hace falta en el campo, así fué que al corto rato, las limpias servilletas extendidas sobre la yerba, daban lugar á una comida verdaderamente campestre y deliciosa, en que cada cual se servia à su manera.

Durante el almuerzo, el coronel refirió á sus amigos su larga prisión, cuyo relato arrancó á su corto auditorio algunas lágrimas.

En seguida se comentó à grandes rasgos la venta que Patiño habia hecho de sus compañeros y todas las demàs escenas ocurridas hasta allí.

Solamente del rapto de Cecilia no se hizo mención: todos guardaban un absoluto silencío acerca de él.

En todo aquel largo relato, el nombre de María habia aparecido varias veces, mortificando á Rafael, quién habia aparentado ante el coronel y los demás no cono-

cer á la joven que les habia dado libertad, durante la neche de ese dia, à èl y al coronel.

Rafael obrando así, evitaba toda sospecha que pudiese caer sobre María.

La prudencia está muy léjos de ser una virtud ejercitada por los enamorados. Muy al contrario, gustan de atropellarla cuantas veces pueden, porque su temperamento ardiente y atrabiliario, no se conforma con la apacibilidad de aquella.

Pero Rafael, en este caso, daba á entender que no siempre la prudencia es incompatible con los enamorados.

Después del almuerzo, el coronel, débil y fatigado como estaba, se habia recostado sobre el musgo.

Cuando el estómago ha estado falto de alimento, por algun tiempo, al satisfacer tan apremiante necesidad, el cuerpo se hace pesado; los pàrpados obedecen á la influencia del sueño que les abruma, y las ideas se tornan confusas y aletargadas. En este estado acojemos el reposo de nuestro ser como una necesidad, y à pesar nuestro nos dormimos.

El coronel, ya recostado, concluyó por dormirse, cosa que cualquiera de mis lectores habría hecho hallándose en su lugar.

Viéndole dormido, todos guardaron silencio.

Rafael imitò, ó mejor dicho, tratò de imitarle; pero no pudo conciliar el sueño: la imágen de María, grabada en su alma con un buril de fuego, no le dejaba un solo instante. Y en aquellos momentos, frescas como estaban las últimas impresiones de su alma, la tenìa delante de sí, envuelta en el misterio, penetrando aquel laberinto de oscuros subterráneos, sepulcro de espantosos crímenes, para darle libertad.

¡Y esta visión le torturaba el alma terriblemente, hasta el grado de desear haber muerto á manos de los bandidos, ántes que deber su libertad à María; ántes que dudar de ella, como dudaba!

Su corazón era un abismo del que nadie podia librarle.

Amor, duda, celos, vergüenza; hé ahí el abismo en que su fé y su amor estaban prontos á naufragar!

No léjos de Rafael, Adolfo luchaba tambièn con su dolor y sus pensamientos. Alejado de los demàs, investigaba por última vez con miradas penetrantes à aquellas àsperas rocas, que mudas y silenciosas, no podian darle razón de su amada.

Tenia perdida toda esperanza de encontrarla: cruzaba ese anchuroso lago de realidad amarga, en que perdida la fé, no hay un puerto contra los vientos de la decepción.

Así como las tempestades azotan los árboles más altivos y levantados, los grandes infortunios asuelan las alegrías del alma; con tanto mas dolor, cuanto que al herir por vez primera, encienden la luz de una esperanza, que decrece gradualmente, hasta que apagada del todo, con la perseverancia de aquellos, deja en torno de nosotros oscuridad y tinieblas. Entónces, si el alma no está templada por el bàlsamo de la Religión, suele extraviarse hasta llegar al suicidio.

Pero dejemos á nuestros jóvenes, y vayamos á reunirnos al cuerpo de tropa que al mando del teniente Mendoza, hemos visto desfilar por la mañana, conduciendo en el centro á los prisioneros.

Se encontraba èsta, hácia la mitad de la media altura de la montaña, lo que indica que tomada dicha altura desde su vèrtice, dejaba la tropa á su espalda las tres cuartas partes, è iba en descenso de la ùltima de ellas, cuando el teniente distinguió al través de una persiana de enredaderas silvestres, á un hombre, que al parecer, trataba de ocultarse á las miradas suspicaces de los que por allí iban, procurando verles pasar sin ser visto.

Adelantóse Mendoza con rapidéz, pues no le faltaba valor en su profesiòn de soldado, y colocàndose á diez

pasos del desconocido, le ordenó salir de aquel escondite.

Una indefinible angustia se pintò en el rostro del desconocido, de esas angustias que revelan una necesidad, una idea contrariada, la irrealización de un proyecto que nos augura un bien, la pérdida, en fin, de una esperanza acariciada quizá por largo tiempo. Quiso huir; pero la voz aterradora de Mendoza le contuvo.

—¡Alto ahí, ó sois muerto! le gritó, preparando el arma.

—Estoy à vuestras órdenes ¿qué deseais? preguntó el desconocido.

—Que marcheis adelante: el que se oculta, algo debe; y màs si lo hace en estos sitios.

—Soy hombre honrado, y si me he ocultado ha sido temiendo que se me confundiera con los bandidos. Un negocio importante, la dicha de un ser querido me ha conducido á este sitio: ¡dejadme libre, puesto que nada tengo que pagar!

—¡Os haceis el muerto......! ¡Ea! marchad; dijo el teniente sin bajar la pistola.

—¡Por la memoria de vuestra santa madre, dejadme volver à mi casa......! exclamó el hombre con desesperación.

—No puedo dejaros libre; iréis preso con vuestros compañeros...... Sí, no cabe duda, hasta el arma que portais os denuncia como secuáz de la camarilla de Colombo, quién á estas horas dará cuenta al diablo de sus hechos. Con que dadme la carabina, y adelante.

Nuestro hombre comprendiò que era inútil tratar de persuadir á Mendoza, y se resignó con su suerte. Le entregó el arma exhalando un suspiro, y levantó su corazón á Dios murmurando para sí:

—La hoja del àrbol no se mueve sin la voluntad de su Creador, que se haga, pues, su voluntad.

Volvióse después al teniente, y le dijo en tono tranquilo y suplicante:

—En mi cabeza brilla la plata de los años: mi frente

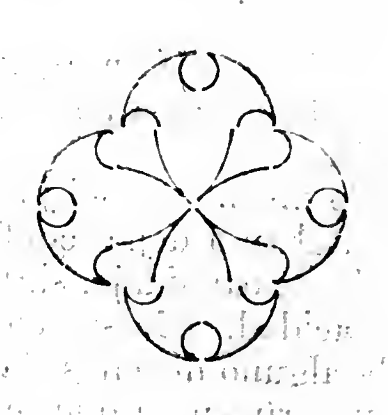
lleva impresas las arrugas del tiempo; y todo mi ser demuestra ya los estragos de la edad; y no obstante esto, no dais crédito á mis palabras, y me haceis la ofensa de confundirme con unos miserables bandidos. ¡Sea! Os perdono, porque en fin no me conoceis; pero os ruego que no me confundais con esos hombres; conducidme preso en hora buena; pero separado de ellos porque su sola vista me horroriza.

Mendoza se sintió conmovido; y se mostró ménos duro con su nuevo prisionero.

—Os llevaré cerca de mí, le dijo; y à fè que sois el primero que recibe tal gracia.

—Yo os juro que no os arrepentiréis de habèrmela concedido.

Mendoza guardó silencio: nada dijo; aunque en realidad comenzaba à serle simpàtico el nuevo prisionero.



CAPITULO II.

# ¡A TIEMPO!

Dos dias después de los sucesos que acabo de narrar, entre las diez y las once de la mañana, se tomaba declaración á los prisioneros del Volcán.

Apiñàbase la gente lo mejor que podia en torno de ellos para verlos de cerca y no perder una palabra del interrogatorio que tenia lugar entre ellos y el juez, y cuyo desenlace preveian que seria fatal para aquellos desgraciados.

Todo aquel auditorio estaba en espera de la sentencia; y conforme á su deseo, daba por terminado el proceso que se les instruía.

Pero no sucedia lo mismo con el juez, cuyas averiguaciones no se limitaban á dejar confesos á los criminales en su profesión de bandidaje, sino que se proponía emplear toda su sagacidad, toda su sangre fría y aplomo, hasta lograr de alguno de ellos la aclaraciòn deseada sobre el oscuro crímen en que se envolvìa el rapto de Cecilia Miranda, de cuya suerte ni aun indicios habia.

Así es que los presos volvieron à sus calabozos como

el dia anterior, sin aclarar nada sobre este punto; y los curiosos tuvieron que marcharse, pensando volver al dia siguiente.

—¡O nada saben estos, se dijo el juez viéndoles ir, ó se obstinan en callar......!

¿Era en efecto obstinación?

No; por una rara casualidad, los que tomaron parte en el robo de Cecilia habian muerto todos: así es que los presos nada sabian, y por consiguiente nada podian decir.

Pero el juez no era hombre que cejara muy fácilmente, y se propuso tener paciencia hasta dar con Cecilia, cuya desaparición no era mas que la continuación del plagio del coronel.

Algo mohino, devanaba sus pensamientos, cuando se le presentó el coronel Miranda deseoso de saber algo sobre su hija.

—¿Ha aclarado vd. algo, señor? le preguntó después del saludo ordinario.

—Nada todavía; pero paciencia, coronel, os prometo dar con el hilo...... ó de lo contrario, me arranco los cuatro pelos de barba que Dios me ha dado!

—¿Y si os proporciono la extremidad de ese hilo?

—¡Vos......! exclamó el juez estupefacto.

—¡Perdóneme Dios! tal vez no es así; pero he visto una jóven que si no es la que me dió libertad, serà su hermana gemela!

El juez dió un salto en su silla, preguntando:

—¿Y puedo saber quién es ella?

—La alta dama...... la señorita María Granados.

—¡Rayo de luz! El vizconde su tio està exhortado por crímenes de falsificación...... Sí, bien puede ser que ella...... Su ida de aquí......!

El juez bajó la cabeza; se colocò el índice sobre los lábios y guardó silencio. Reflexionaba......

De repente se puso en pié; y tomando su sombrero y su bastón de oficio, ofreció su brazo al coronel.

—¿A donde vamos? preguntó èste.

—A tomar la extremidad del hilo ántes que se rompa.

—Pero no olvideis que esto es pura sospecha, dijo el coronel.

—Dejaos conducir; que ante todo, haré mi deber, àntes que como juez, como caballero.

Adolfo se reunió à ellos cuando salian, y el juez le invitò para que sirviese de testigo.

Dejémosles en camino. Y como supongo que mis lectores querrán saber algo sobre la llegada del coronel á su casa, voy á satisfacer brevemente su curiosidad.

El que oye à otro, tiene derecho de exigir; y el que narra, tiene ob'igación de complacer.

Así pues, lectores, adelantàndome á vuestra justa exigencia, si la teneis, voy á ser complaciente.

D.ª Mercedes fué preparada por sus amigos, para recibir, no sé sí la alegría ó el pesar por la vuelta de su esposo, pues en sus tristes circunstancias todo podia caber.

Ademàs, en el matrimonio la mujer lleva la peor parte en todo lo que á él atañe; y ni mis lectores lo negarán, ni mis lindas lectoras dejaràn de afirmarlo.

Sucede un acontecimiento fatal en la familia, y el hombre culpa á la mujer, aunque ella no tenga culpa.

Quizá D.ª Mercedes esperaba reproches, y quizá los recibió....... no lo sabemos. Prosigo.

La vista entre ambos esposos después de dos años amargos, fué dolorosa y por demás desgarradora.

El coronel, no hallando á su hija, vió su casa desierta, y una lágrima rodó de sus ojos.

¡Faltaba allì el capullo de su amor, el sol de su alegría, la estrella de su felicidad!

Empero aquel rapto le habia sido anunciado por Colombo, como una negra venganza, y no dudó un instante que Cecilia hubiese sido su víctima.

Pero ¿dònde encontrarla ahora? La residencia de la joven era un secreto que hasta allí nadie habia descubierto.

El corto tiempo que hacía desde su llegada, lo habia pasado cavilando y revolviendo sus pensamientos; recogiendo al cabo de aquella revuelta, la misma oscuridad, la misma realidad triste y amarga, el mismo dolor causado por una herida fresca y palpitante todavía!

En la mañana del dia á que hacemos referencia en este capítulo, María habia ido à saludar á D.ª Mercedes, estando allí el coronel. Apénas éste oyó su voz, y apénas sus ojos se fijaron en ella, cuando una moción extraña se apoderó de todo su ser.

Era una sorpresa dudosa que le tenia clavado en su asiento y lleno de ansiedad.

Miraba à María, y tornaba á verla; y cuanto más la miraba, más palidecía.

—¡Es ella...... es ella......! pensaba; ella me ha salvado...... sí; pero ella debe saber donde está mi Cecilia..... ! Ella que ha penetrado hasta allí, debe conocer toda esa trama tejida contra la inocencia!

Apenas María se despidió, cuando el coronel, tomando su sombrero, y guardando una reserva absoluta para con D.ª Mercedes, sobre aquella sospecha, se dirigió à la casa del juez.

Ya hemos visto cuál fué el resultado de este paso, y por lo mismo continuarémos la marcha de los acontecimientos.

Cuando yo era niña, solian referirme algunos cuentos de encantadoras, en que las varitas màgicas encendian en mí deseos irrealizables, y me hacían gozar con una perspectiva agradable en que las mezas se servian solas con mil delicados manjares; y los desiertos se convertían en jardines; y los jardines en zarzales; y otras mil cosas por el estilo, que concluían por dejarme deseando poseer una de aquellas varitas prodigiosas, ó una hada por madrina que me concediera todos sus dones.

Hoy, gracias á Dios, he llegado á alcanzar una varita de aquellas, por la que puedo á mi antojo, cruzar en

un segundo los mares, visitar el Viejo Continente, el Nuevo y el Austral: en una palabra, entrar y salir á donde quiero, sin pedir licencia: andar tan de prisa que dejo atrás á los que iban delante; y oigo y observo, sin que nadie me observe á su vez.

Aprovechando, pues, la virtud de esa varita, vamos à anticiparnos unas cuantas horas, entrando á la casa de María, á quien no vemos desde aquella noche fatal para Colombo y los suyos.

Nos encontramos en una pieza casi oscura, situada en el interior, á regular distancia de la calle.

Tres personas se hallan allí hablando reservadamente al parecer, porque su voz es tan baja, que su eco no traspasa más allá de los umbrales de la puerta.

Se hallaba ésta entrecerrada, dando lugar á una media luz que templaba las sombras al proyectarse en las paredes.

Entre paréntesis, perdonadme la distracción de haber principiado esta escena en presente, para conducirla tan bruscamente al pasado. Todo puede perdonarse al novelista, con tal que mienta con gracia, aunque en lo último me quede á oscuras, respecto de mì.

Las personas que ocupaban el aposento indicado, eran María, Juana y Martín.

Vestía la joven un traje de terciopelo negro sumamente sencillo, en cuyo fondo oscuro, resaltaba la palidez mate de su rostro angelical; cuyas líneas suaves y puras, parecian haber perdido algo su lozanía y frescor en el dia que tornamos á encontrarla.

Un rebozo oscuro envolvia casi por completo su cabeza yendo sus puntas á cruzarse sobre el hombro izquierdo con un descuido verdaderamente encantador.

En torno de sus ojos grandes y negros como su vestido, se veía un círculo azul oscuro que revelaba las dolencias del alma, el extrago de abrasadoras lágrimas.

Una tristeza profunda é indefinible se revelaba en todo su ser, y aun la misma estancia en que se hallaba parecia participar de ella.

¡El aposento que se elige para derramar lágrimas, tiene siempre el aspecto de una tumba; y es que el dolor se comunica y se extiende á todo lo que le rodea como una mancha de grasa!

Martín y Juana apénas osaban levantar los ojos á mirarla, participando de aquel pesar inmenso que respetaban, y cuya causa no les era desconocida.

Al fin la joven, rompiendo el silencio que guardaban, dijo, dirigiéndose á Martín:

—Me siento con la energía necesaria para escuchar de tu boca todos los detalles correspondientes á la muerte de mi padre...... Cuéntame todo lo que sepas de tan fatal episodio, en el que tristemente, sin saberlo, tomé una parte cuyo recuerdo abruma mi conciencia.

—Yo, como tú, ignoro esos detalles, supuesto que me hallaba à tu servicio, contestó Martin.

—¡Ah! es verdad......! murmuró María con amargura.

—¡Pero puedo decirte lo que quizà no sabes, dijo Martín, reanudando sus palabras; y es que el miserable Andrés Patiño fué nuestro judas!

—¡Desgraciado........! exclamó María con exaltaciòn!

Pero luego, moderando aquel sentimiento de ira, añadiò dulcemente:

—¡Yo...... le perdono!

—¡No puedes hacer otra cosa después que le he quitado del mundo!

—Dios mio! cuánta sangre y cuànto crímen......! murmurò la joven con dolor.

—¡Era preciso vengar à mi Capitán, y librarle de un enemigo terrible: además, los traidores sóbran en el mundo!

Martín al terminar estas palabras, mostró la hilera de sus blancos dientes con una sonrisa de satisfacción, que cuadraba muy bien con su terrible lógica.

En seguida, contó à María su encuentro providen-

cial con Patiño al volverse, después de dejar en libertad á Rafael y al coronel; y cómo lo habia matado, recibiendo en cambio un ligero rozón de bala.

Lo demás que siguió á este acontecimiento lo sabía la joven: debia su vida, su honra y su libertad á Martín, que valientemente la habia conducido hasta su casa, al lado de Juana: así es que fué pasado por alto en la narración.

Juana, que hasta entonces hubiera guardado silencio, dijo con acento bajo y receloso:

—Niña, bueno es no tratar de estos asuntos ahora que los acontecimientos estàn tan recientes........

—¿Tienes miedo de que alguien nos observe y nos denuncie? Hablamos tan bajo........

—Es que........ como dice el refrán, las paredes tienen oídos. Además hasta ese vestido negro que traes hace dos dias, me asusta; revela un riguroso luto que puede atraer sospechas sobre tí, dijo Juana.

—Tales sospechas serían tan ciertas como la luz del dia, mi buena Juana: soy la hija de Colombo, y no porque éste haya sido un bandido, deja de ser mi padre. Este vestido negro no es màs que la expresión de mi justo sentimiento: me amó demasiado para que yo pueda ver indiferente su triste fin, murmuró María llevando el pañuelo á sus ojos para enjugarse una lágrima.

—¿Y què has resuelto? ¿nos vamos siempre? se aventuró á preguntarla Martín.

—¡Siempre......! ¡Mañana, cuando el sol corone la cumbre de los montes, estarémos muy léjos de aquí! dijo María con doloroso acento.

Esta noche...... continuó, cuando todo repose en el silencio, cuando todos duerman, partirémos de aquí.

—¡Dios lo quiera! murmuró Juana.

Acababa Juana de pronunciar estas palabras, cuando Rafael, desde el dintel de la puerta pidió permiso para entrar.

—Martín, dijo la jóven, hazle entrar à la sala.

Martín salió à encontrarlo; y María enjugándose los

ojos lo mejor que pudo, y dando á su semblante un aire risueño, se apresuró à entrar à la sala de recibo, donde la aguardaba Rafael.

—¡Gracias á Dios que te hallo mas contenta, exclamó Rafael estrechando la pequeña mano de María.

—Es que...... segun està el corazón recibe las impresiones y percibe los objetos. Tú eres el que, sin duda, está hoy de mejor humor, dijo María con acento amigable.

—¿Es decir que tú no has sufrido un cambio en los ùltimos dias, cambio moral, que afectando tu alma, oscurece tu frente, nubla tus ojos, y te rodea de no sé què atmósfera luctuosa, cuyo aliento me aniquila porque no alcanzò á penetrarle?

—Puede ser...... balbuceó la jóven.

—Cada vez te comprendo ménos; dijo Rafael con marcado despecho: ¡siempre la reserva, la duda siempre......! ¡oh! tú no me amas, ni me amarás nunca..!

—Y sin embargo, dijo dulcemente María, te he dado pruebas de un amor sin límites.

—Si te refieres á aquella noche terrible cuyos secretos te obstinas en ocultarme, no puedo negar que te debo la libertad, la vida, y sobre todo la felicidad de volver à verte; ¿pero fué esta acción tuya, hija del amor ó del capricho? Sea cual fuere su móvil, ella ha encendido aun más mi pasión ¡María, tú no sabes lo inmenso de mi cariño: tú no sabes que tu imagen vive en mi imaginación calenturienta, dàndole vida á mi alma, fuego à mi corazón, luz á mis ojos: tù no sabes que vivir siempre unido á tí, es mi deseo constante y serà mi suprema ventura......!

—¡Quisiera creerlo, Rafael, porque esa creencia sería un consuelo en mis amarguras; pero ¿cómo, si en mi corazón está escrita con caractéres de hielo, esa noche cuyo recuerdo has evocado; esa noche en que por cambio de mi amorosa abnegación y de la libertad que te ofrecia, recibí de tus lábios las frases màs duras que el despecho y la ira pudieran dictar nunca......? Allí,

Rafael, he visto huir al ángel de mi amor, arrojando á mis piés los girones de una venda que hacía mi ventura, tornando en flores las espinas que ocultaba.....! ¡Oh! cuando esa venda fatal cayó á mis piés, y tus palabras injustas hirieron mis oídos, mis ojos contemplaron llorando los desiertos del corazón, y herida en lo más puro de mis afectos, en mi amor propio, en mi virtud, sentí que la vida me abandonaba, que mi sien ardía y que todo mi ser se aniquilaba en un instante!

—¡Perdòn, María, perdòn! exclamó Rafael comprendiendo por primera vez el peso de sus palabras en aquella terrible noche! soy disculpable, porque el sitio en que te hallabas me hizo dudar......!

—¡Así sois los hombres todos, dijo la joven, así sois: juzgais, aborreceis y despreciais, sin examinar primero la causa, y solo porque las apariencias os hablan engañosamente...... ¡Cuán distinto es mi amor del tuyo, cuàn distinto! Si yo te hubiese visto con la marca infamante del presidiario en la frente, rodeado de criminales, arrastrando las cadenas más oprobiosas en aquel albergue miserable, mi corazón no te habría confundido; habría creido en tu fatalidad; pero no en tu difamación; y mis labios te habrían dicho con màs ternura y màs amor: «¡tú no eres igual á ellos; te condenan las apariencias, pero yo las desprecio.......!" Te habría compadecido, pero no te habría insultado: habria enjugado tus lágrimas y habría tratado de endulzar tus penas, ya que no fuera dable curarlas!»

—¡Tienes razón......! murmuró Rafael anonadado ante tanta abnegación.

Y tomando en seguida, una mano de su amada entre las suyas, añadió con vehemencia:

—¡Echemos un velo à lo pasado: olvida ese involuntario momento de locura febril, olvídale por la memoria de tu bendita madre........!

—Lo perdono........! Olvidarlo........ es imposible!

—¡Cuánto bien me haces, María! ¿qué importa que

no olvides, si me perdonas? yo te amaré siempre à pesar del misterio que te envuelve y cuyo velo no osaré nunca levantar!

Marìa le oyó con arrobamiento y una dulce sonrisa iluminó sus ojos, al jugar en sus labios.

¡Tan pronta es la mujer en perdonar y devolver sus sonrisas, como en sentirse ofendida y en derramar làgrimas!

—Tú no levantaràs ese velo, es cierto; porque...... ¡ni podrías! pero yo le levantaré: sabràs quien soy; aunque el decírtelo sea un sacrificio para mí.

Sí, porque demasiado comprendo que vas á despreciarme, que te avergonzarás de haberme amado; aun cuando ninguna culpa pese sobre mí......!

Rafael guardó silencio: quizá en aquel instante temía escuchar las revelaciones de Marìa; quien al contrario parecia resuelta á descubrir ante el abogado la mancha de su nacimiento, su pasado en fin.

—¡Confidencia es esta que solo tú debes escuchar..! Acerca tu silla á la mía.

Rafael obedeció, colocando su silla á la izquierda de María.

Pero al mismo tiempo, cuando esta iba á comenzar su relato, sonaron en la puerta dos fuertes golpes; apareciendo seguidamente á la entrada de la sala, el juez, el coronel Miranda y Adolfo.

María tembló instintivamente y Rafael palideció, presintiò una escena desagradable.

A una insinuación de la joven tomaron asiento, y Rafael que se habia levantado á recibirlos, hizo lo mismo, pero sin cambiar de asiento.

El juez dirigió una mirada vaga hácia los techos, con esa indiferencia que denota al hombre despreocupado, ó que trata de parecerlo así.

Y aquella mirada, por final de cuentas, buscò un punto culminante, su tema de accutuación. Este era María.

—Señorita, le dijo adoptando cierto énfasis que

cuadraba perfectamente con su caràcter de juez inquisidor, sin duda mi presencia le serà extraña en este lugar.

—Algo, señor...... murmuró María.

El juez tomó un sorbo de tabaco, cosa muy usada de él, y continuó:

—Acontecimientos terribles y por demás oscuros y misteriosos, han pasado con la familia Miranda, comenzando por el señor coronel que ha permanecido en secuestro más de dos años: su hija, la señorita Cecilia ha sido víctima de un rapto escandaloso, de cuyo rapto vd. fué testigo ocular. Aunque vd. entonces asegurò no conocer á ninguno de los raptores, hoy se tiene indicios de que....... perdone vd., su aseveración fuè equívocada, con intención...... ¡ó sin ella!

Todos los presentes palidecieron; la indagación tomaba un caràcter serio, pues que el juez mismo se constituía rotundamente primer acusador de Marìa.

Esta, sin embargo, aun dueña de toda su energía, contestó sin vacilar:

—Lo que entonces dije á mis amigos, fué la verdad; debe vd. suponer que esa terrible escena llevada à cabo en la oscuridad, fué tan violenta que ni aun el número de hombres que la ejecutaban me fué conocido; mucho ménos podia haberme fijado en el personal de aquellos miserables, que á màs de miedo me causaban horror.

El juez movió la cabeza sonriendo maliciosamente, y dijo:

—Me convenceria todo lo expuesto por vd. si un último episodio en que bondadosamente ha figurado [hablo de la libertad del coronel y el Sr. Ordóñez], no pusiera de manifiesto que vd. guardaba ciertas relaciones...... ó que al ménos tenia algun prestigio sobre los bandidos del Volcán.

El juez tomò un segundo sorbo de tabaco, y Rafael inclinàndose al oído de María, murmuró disimuladamente:

—¡Niega, María, niega!

María le agradeció con una sonrisa aquella demostràción de cariño, y contestó sin vacilar:

—No sè con quién se me pueda confundir, porque solo así me explico tan injusta acusación. ¿En qué se funda vd. para echarme en cara relaciones y prestigio que no he tenido nunca con esos desgraciados?

—Dos personas hay aquí que pueden contestar en mi lugar, testificando la presencia de la Srita. Granados en los desconocidos subterráneos del Volcán, dijo el juez algo mohino.

—¡Niego todo eso! dijo María con admirable calma.

—¡Sr. Ordóñez, exclamó el juez, dirigiéndose al mencionado, diga vd. lo que sepa relativo á este asunto!

María permaneció tranquila; segura de que Rafaél, siendo su defensor, buscaria los medios de poner su honra y su libertad à cubierto de sospechas. Y Rafael impasible y sereno, fingiendo estudiar el personal de la joven con una mirada curiosa, contestó:

—Mi libertad la debo, en primer lugar, á la Providencia; y en segundo, à una mujer que...... no conozco!

—Ciudadano Ordóñez, dijo el juez, vd. mismo ha dicho al Sr. Adolfo en un arranque de pasión, que su libertad la debia á su amada.

—Yo mismo me engañè cuando tal creí, lo confieso; pero las circunstancias en que me hallaba eran excepcionales y muy propias para trastornar mi cerebro.... ¡Solo! en un oscuro subterráneo, con la imagen de mi amada ante los ojos; el eco de su voz en mis oidos; su amor llenando mi corazón y mi alma, en aquella tumba que me alejaba de ella quizá para siempre; ví de repente el reflejo de una luz opaca que reflejándose en aquellas frías paredes ahuyentaba las sombras que me cercaban; y en el centro de aquella luz, una mujer, una joven······ parecida à María, como una gota de agua à otra gota......! ¡María! exclamé al verla,

María......!—"No me llamo María, me contestó; pe-
"ro poco te importa mi nombre; he visto que sufrías
"mucho y he venido á darte la libertad que deseas.
"Este hombre, añadiò señalando à uno que la acómpa-
"ñaba, te conducirá fuera de aquí."

Al terminar estas palabras desapareció, sin que mis esfuerzos por oír de ella otra palabra fueran satisfechos. Seguí al desconocido, sin apartar de mí tan dulce visiòn, en la que creía ver à María......!

¡Pero no tardé en conocer que era una pura ficción, ocasionada por el fuego del corazón en las cavidades del cerebro, todo lo que me habia imaginado!

Ví á María........ y la diferencia entre ella y mi salvadora, me pareció, nó dudosa, sino cierta y notable.

Esta última, aunque parecida, era mas alta, de más edad y ménos blanca que ella.

—Gracias, Rafael, murmuró María de quedo.

El juez no pareció satisfecho con el relato de Ordóñez; así es que tomando otro sorbo de tabaco, se dirigió al coronel, diciendo:

—Sr. Miranda, ¿es esta señorita la joven que penetró á su prisión para darle libertad?

—Creo no engañarme, asegurando que ella es..... Sí: la reconozco......... ¡su misma voz, su porte majestuoso como el de una reina, su belleza casi ideal...! exclamó el coronel como recordando.

—El señor coronel puedo engañarse, interrumpió Adolfo, que hasta entonces no habia desplegado los labios, y que comprendiendo la situación difícil de la joven trataba de ayudarla á salir de ella. ¿No se ven con frecuencia personas de gran parecido? ¿Quién puede asegurar que aquella joven y la Srita Granados sean una misma persona?

Ante estas palabras cruzó por la mente del coronel un pensamiento rápido; y dudò. ¿No habia existido una semejanza, que bien pudiera llamarse igualdad, entre él y Colombo?

Tuvo remordimiento de haber confundido à María

con una mujer que sin duda pertenecia á la banda de foragidos.

Levantó la cabeza y murmuró:

—Quizá Adolfo tiene razón; he juzgado ligeramente à la Srita. Granados. Hay otra razón que expongo en su favor; y es, que si ella hubiera sido nuestra libertadora, no creo que hubiera dejado en olvido á Cecilia, que sin duda se halla en aquellos tristes subterráneos.

El juez se encogió de hombros; tosiò fuertemente como si tratase de tomar tiempo ó disimular su disgusto, y dijo con enérgica entonación; dirigiéndose á María:

Tomando en cuenta las dudas que se han versado en este interrogatorio; y en atención á que los hechos que acaban de pasar han coincidido con la repentina marcha de vd. y su vuelta aquí, en los mismos dias en que se procede judicialmente contra el Vizconde su tio; usando de la autorización que la ley me concede, declaro à vd. en arresto hasta que se pruebe de una manera clara su inocencia.

—¡Arrestada!! exclamaron á un tiempo los que presenciaban tal escena.

—¡Eso es una arbitrariedad.........! añadió Rafael.

—Estoy pronta à obedecer, dijo María con altiva dignidad, é interrumpiendo á Rafael: no ha de decirse mañana que me ha faltado valor para morir, si es necesario! Guiad, ¿á donde debo ir........?

Tanta resolución causó en el juez una viva con moción, que suavizó su proceder contra la joven.

—Teneis una alma grande, la dijo; y no creo perder nada al consignaros presa en vuestra propia habitaciòn.

—Permitidme, señor, dijo entonces el coronel dirigiéndose al juez, que os pida la suspensión del acto que ejecutais; soy la parte que demanda justicia; pero no contra esta señorita.

—Cumplo con mi deber, coronel...... ¡levantar el velo que envuelve los crímenes es la misión de la jus-

ticia......! Este paso tal vez es la clave que ha de conducirnos al descubrimiento de Cecilia Miranda, vuestra hija!

—Cecilia Miranda......! repitiò una voz fuerte y varonil, á la puerta de la sala.

Todas las miradas se volvieron al sitio indicado, movidas por la curiosidad de ver al que tan inopinadamente pronunciaba el nombre de la joven que daba lugar à la escena ya descrita. Y mientras esto sucedia, un hombre ya viejo, pero fuerte y robusto, avanzaba con reposado continente al centro de la sala.

—¿Què queréis? ¿quién os ha introducido aquí... ? ¿quién sois....? preguntò el juez al desconocido, con austero semblante.

—He entrado guiado por el deber de mi conciencia; y soy el que he podido llegar á tiempo, señor alcalde, para evitar à la justicia el error de castigar á una señora que moriria; pero que no podría deciros nunca donde se halla la joven que bnscais, porque no lo sabe!

—¡Mi hija! mi hija....! exclamó el coronel dando dos pasos hacia el desconocido, vos debeis saber dònde està....!

—¡Ah! ¿sois el padre de ella......? preguntó nuestro hombre.

—¡Sì; pero acabad......! contestó el coronel impaciente.

—Pues bien, señor, vuestra hija se halla en mi casa, en la casa de este pobre viejo que, con el auxilio de Dios, pudo salvarla del poder de sus raptores.

El juez se puso en pié y todos los demás circunstantes hicieron lo mismo: el coronel quiso adelantarse á estrechar la mano ruda de aquel hombre; pero el juez se lo impidiò diciendo:

—Coronel, quien os devuelve à vuestra hija, no es mas que uno de los bandidos que se están procesando. ¡Dics, sin duda le ha tocado la conciencia!

—¡Dios mio! exclamò con angustia nuestro desconocido: soy honrado y no se me crée....!

En estas palabras pareciò brotar toda la ternura, todo el sentimiento que puede albergarse en un corazón noble y generoso; toda la fé de una alma creyente.

El coronel, no obstante las palabras duras del juez, se sintiò conmovido al oirlas, y exclamó:

—Bandido ó nó, ha salvado á mi hija y....

—Bien puede el señor coronel estrechar mi mano encallecida por el trabajo, dijo el procesado; y luego levantando la voz añadió:

¡Pablo Medina no ha sido nunca bandido....!

—¡Pablo Medina!! exclamò María adelantándose maquinalmente hácia el que acababa de salvarla.

Al casi grito de María, el tio Pablo, pues no era otro aquel personaje, fijó en ella sus ojos: su rostro tostado por el sol se puso lívido de sorpresa: su frente rugada pareció dilatarse como si su epidermis fuera á romperse con el calor de recuerdos adormecidos por mucho tiempo, ó instantáneamente despiertos, á la influencia de una reacción galvanizadora; y adelantándose al encuentro de Marìa, abriò sus brazos para recibirla, exclamando con acento tierno, expansivo y conmovedor:

—¡Paula......! Paula......! ¡Así era ella cuando tenía veinte años......!

—¡Padre......! padre......! exclamó Marìa, cayendo desfallecida en los brazos del tio Pablo.

Todos los que presenciaban aquella sentimental escena formaron círculo en torno de tan interesante grupo.

Y Rafael, con el desaliento del que ve deshechas en un momento todas sus ilusiones, murmuró:

—¡María! ¡Ella...... la hija de un bandido.....!

Y esta frase deshonradora, estas palabras, cuyo aterrador sonido solo puede explicar el ser á quién van dirigidas; estas palabras, puñal agudo con que la injusticia hiere el corazón del hijo á quien tocó un mal padre; y que, sea cual fuere el escalòn del crímen en que este hubiere caído, pues solo varía por el epíteto, estas palabras, repito, fueron reproducidas en eco desprecia-

tivo por todos aquellos labios glaciales, permítaseme el calificativo, puesto que el hielo del corazón cuando sube á los labios, mata moralmente más seres, que los que físicamente puede matar el hielo de los polos.

A los oídos del tio Pablo llegó el eco que ellas producían, como un clamor de muerte. Desasió suavemente la hermosa cabeza de María de entre sus brazos, y volviéndose al coronel, le dijo:

—Se me ha confundido miserablemente con los bandidos; pero Dios ha puesto à vuestra hija bajo el techo de mi pobre casa, y ella serà la que ha de salvarme.

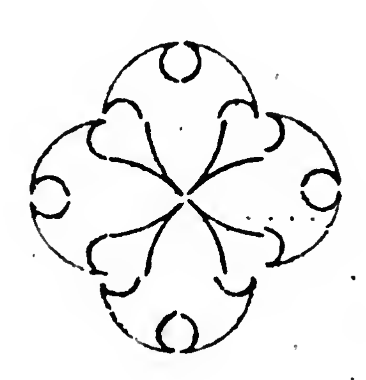
—¡Nó! dijo Adolfo, desde el momento en que entregueis á Cecilia, seróis libre, porque yo responderé por vos!

—¡Gracias, Adolfo! murmuró María, levantando sus ojos llenos de lágrimas.

En la tarde de ese mismo dia, el tío Pablo, Adolfo y el coronel, partieron alegremente en busca de Cecilia.

Dejémosles caminar: al uno relatando lo que sobre Cecilia sabemos, de su rapto à esta parte; y los otros escuchando y comentando con un interés siempre creciente.

La hilación de nuestra novela, nos llama á otra parte.



CAPITULO III.

# Un doble crimen.

Hemos seguido paso à paso á nuestra linda joven protagonista, desde su salida de Guadalajara, hasta el momento en que, envuelta por sospechas en un odioso crímen, encontró los brazos de su abuelo. llegado tan à tiempo para salvarla de un arresto que le habría sido bochornoso.

Retrocedamos ahora hasta el dia aciago en que el Vizconde, viendo su casa cateada por la policia, trató de ocultarse á sus pesquizas.

Y decimos aciago, porque efectivamente lo fué para el vizconde, que por primera vez veía nublarse el cielo de su buena fortuna; y no como quiera, sino amenazàndole con un eclipse total. Y era que la declinación de su estrella comenzaba á sentirse en un descenso de grandes proporciones.

Habia en su casa un emparedado hecho de tal ma-

nera, que la mirada màs prespicaz no habría podido descubrirle. En este emparedado tenia recopilados todos sus tesoros y alhajas de más precio.

Azorado y fuera de sì, (porque cuanto màs encumbrado se ha visto el hombre, es más cobarde en la caída) buscó el vizconde en aquel escondite su salvaciòn; y abriendo la incrustada puerta que le cubría, entró sigilosamente á él; y acomodàndose sobre el oro, esperó su suerte conteniendo hasta el aliento; porque aunque estaba seguro de no ser encontrado, tenía miedo. ¡Tal es el hombre cuya conciencia es un acusador terrible! No halla un lugar seguro donde guarecerse, ni alcanza paz, ni logra estar solo en ningún sitio, porque donde quiera escucha la voz de ese juez invisible, y donde quiera ve la imagen de sus maldades clavando en él su mirada torva y repugnante!

¡Oh! si el hombre tuviera un dominio absoluto sobre sus pasiones, esclavo de la virtud por convencimiento, por voluntad y por amor al bien, gozaría de una libertad perfecta; y nunca aquellas podrían arrojar à su cuello el dogal del vicio, que arrastràndole impotente en pos de sí, le torna en un mite despreciable, cuyo mayor castigo es la intranquilidad de la conciencia!

Pero por desgracia no sucede así; y el hombre dominado por sus pasiones se sirve de su inteligencia para correr al abismo, en que al fin ha de naufragar: se sirve de toda su razón para encenegarse en el lodo, písoteando sus màs nobles y santos deberes.

He dicho que el vizconde tenia miedo; diré más, temblaba sobre aquellos montones de oro que entonces para nada le servian, si no era para atormentarle más. ¡Desde allí observó cómo la justicia lo escudriñaba todo, buscándole: el murmullo de voces llegaba à sus oídos en eco siniestro y pavoroso. Y cuando las pisadas se sentian cerca de donde estaba oculto, se replegaba hácia atràs como si cien ojos le estuviesen ya acechando, y otras tantas manos se apoyasen en la fràgil puerta!

Gruesas gotas de sudor corrieron por su frente durante aquel siglo, pues tal le pareció el tiempo en aquel corto intervalo que el juez ocupó en registrar su casa.

Al fin oyó cerrar las puertas: los pasos se alejaron, las voces se perdieron; giró el zahuàn sobre sus goznes, chilló la llave en la cerradura y...... todo quedó en silencio.

El vizconde abrió, asomó un ojo, luego toda la cara, y no viendo à nadie se aventuró á salir del escondite. Las puertas interiores estaban entornadas: buscó un saco y lo llenò de oro, y aunque no sin trabajo, le condujo junto à la tapia del segundo patio: allí fué depositada en pequeñas cajas toda su fortuna, y ya terminada su faena se dispuso á esperar la noche.

Pocos momentos después sintió pasos á su espalda, y tomando una pistola que traía consigo, se dispuso á vender cara su vida.

Pero el que así llegaba no era otro que Fortún; y el vizconde al verle, creyó que la fortuna no le abandonaba aún.

—¿Cómo es que te encuentras aquí Fortún? preguntó el vizconde gozoso.

Se me olvidaba decir que el dia à que hago referencia era el segundo del arresto de criados; y por consiguiente se habia practicado en esta vez, una segunda averiguación sobre la casa, no sabemos debido á qué circunstancia.

Así es que el vizconde tenia allí dos dias à la esperanza de salvar su oro.

No dejó Fortún de sorprenderse al encontrarlo; pero pasada su sorpresa le contestó con esa hilaridad que acostumbran los criados.

—Me hallo aquí, mi amo, por un verdadero milagro. Hoy cuando nos sacaron á declaraciòn, pude fugarme, gracias al gentío que nos rodeaba y á mi agilidad.... Y aquí me escondo y allí me meto, pude llegar aquí, con fin de ocultarme y salvar mis hilachos viejos que buena falta me han de hacer en lo de adelante.

Fortún mentía bonitamente; al penetrar allí, conociendo las riquezas del vizconde, lo hacía con la intención de realizar una vez más aquel adagio de nuestros abuelos: "A rio crecido, ganancia de pescadores."

—Ayúdame, Fortún, á salvar mi fortuna, le dijo el vizconde á media voz, y te haré rico cuando estemos léjos de aquí, cuando atravesando el Golfo de California, nos hallemos en San Francisco, donde pienso permanecer unos dias.

Fortún abrió tantos ojos y contestó:

—¿En què puedo servir á vd., mi amo? ordene y sabrá que Fortún es el mismo en el escalón de abajo que en el de arriba.

El vizconde estrechó con gratitud la mano de su criado, dicièndole:

—Cuando la noche llegue, vas á la calle del Arenal, ya sabes á qué casa; arreglas tres mulas: una ensillada para mí y dos aparejadas, para conducir todo esto que aquí ves: à tu astucia dejo los medios de arreglarlo todo lo mejor que se pueda. Ahora lo que importa es ver como abrimos la cochera para cargar aquí dentro. La calle es sola y todo irà bièn.

—Déjeme vd. á mí ese cuento. Tengo mis artimañas que aprendí antes de estar á su servicio. ¡Ahora veo que todo sirve en este mundo......!

El vizconde diò á su criado un bolsillo con oro para que pudiese arreglarlo todo à su gusto.

Inútil es decir que Fortún anduvo listo: la cochera fuè abierta; las mulas cargadas con paja á la vista, se entiende. La noche favoreció todos sus planes, cambiando en ella amo y criado sus papeles, pues el vizconde obedecìa ciegamente á Fortún.

A la mañana siguiente ambos se encontraban á una gran distancia de Guadalajara. El vizconde marchaba delante á una regular distancia, y como si ni aun conociese á Fortún, quién yendo á pié arreaba sus mulas tarareando algunas tonadillas de vihuela.

El primero llevaba en su maleta una gran cantidad de dinero y algo de ropa.

Nada me importa, se decia, que hayan fracasado mis últimos planes.

Tres dias llevaban de camino; ya desviando senderos, ya ocultándose en algunos parajes que se les hacian sospechosos, ó ya caminando con la noche.

El vizconde se encontraba en los primeros declives de la Barranca de Beltràn.

La mañana estaba nublada; y parodiando á los poetas, pudiéramos decir melancólica, impregnada de vagos rumores que entristecian el alma; un velo blanquecino de espesa niebla cubría por completo todo el panorama bellísimo que allí se despliega ante los seres capaces de admirar ó sentir. Los árboles, que vistos de lèjos semejaban espectros en blanco sudario, al acercarse los ojos á ellos parecian renacer à la vida abandonando su delgada y pálida túnica.

¡Asì debe el alma salir de las nieblas de su mortalidad para idealizarse en esa vida superior por que anhelamos los creyentes durante nuestro paso por el mundo!

A través de aquella niebla que todo lo envolvía, se oía el dulce trinar de los pájaros y el triste lamentar de las palomas que revolotean y anidan en aquellos sitios quebrados por la naturaleza; sitios de imponente belleza y poesía siempre nueva, que mis ojos han contemplado con deleite!

Sin saber por qué, el vizconde se sentia oprimido por una de esas tristezas vagas, que agobian el espíritu y que llamamos presentimiento.

Así caminó largo trecho, hasta que el sol saliendo de entre sus persianas de nácar, comenzó á disipar la niebla, y á descubrir los objetos, dejándose ver extendidas sobre las rocas y colgadas en los ramajes las guías del coralillo, con sus rosas nacaradas y sus verdes hojas brillantes de rocío. Flores y pàjaros, aromas y céfiros, todo sonrió bajo la mirada del sol, que hacia re-

saltar en el fondo de la barranca el blanco cristal del arroyo que se desliza ruidoso entre las gramas y las violetas.

El corazón del vizconde, pareció sacudir el peso que le oprimia, ante la belleza del sitio que cruzaba.

De repente una voz ladina resonó á su lado, murmurando:

—¡Buenos dias, señor vizconde! quién me hubiera dicho que habiamos de ser compañeros de viaje!

Quién asi hablaba, era un hombre de á pié con el calzón de manta enrollado arriba del tobillo, una banda encarnada, un ancho sombrero de petate, y un grueso palo en la mano.

El vizconde le miró de reojo, y el marcado gesto de disgusto que siguió á su observaciòn, denotó à las claras que la compañía le disgustaba.

—No conozco á vd., dijo secamente.

El hombrecillo sonrió maliciosamente y contestó:

—Què pronto se ha olvidado de Pancho el Jicote, aquel que despachò al otro mundo à D. Remigio Flores......

—Bien, bien, supuesto que me conoces, está por demás el disimulo; arreglémonos como buenos amigos, aunque el negocio citado lo hiciste tan mal, que merecias una paliza que te dejara en el campo.

—Esa no es culpa mía sino de la mala suerte de vd.. ¡Algun dia se pagan las verdes, no digo las ya maduras!

De buena gana hubiera el vizconde acribillado á balazos á su aliado; pero temía que la detonación de su arma atrajese á algunos transeuntes de camino, que sospechando de él, le hiciesen perder todo lo ganado. Así es que, resuelto á jugar el lado bueno, dijo á Pancho, sin darse por entendido de sus últimas palabras:

—¡Bien, Bien,— arreglémonos sin discusiones ni reclamos.

—Nada es más justo, dijo el Jicote, viendo á la maleta del vizconde.

—¿Què quieres para separarte de mí? porque ya comprenderás, que no nos conviene caminar juntos, dijo el vizconde.

—Orita orita no hay peligro: el camino viene solo; nadie nos ve: creo que podrémos echar un pisto de mi vinillo y un *taco* de su almuerzo.

Diciendo esto, sacó Pancho del seno una botellita llena de vino de Tequila, y la presentò á su compañero.

—Con que, pié à tierra y almorcemos un bocado, porque hace mucha hambre, y yo vengo con tia Clara. Vd. comprenderá què por lo de D. Remigio ando por estos caminos de Dios, sin cuartilla y dado à la trampa.

—Pero, hombre, yo no puedo detenerme, necesito estar temprano en Colima.

—Le aseguro que no nos entretendrémos: está la lumbre hecha, mire vd. allí la humareda.

Efectivamente, antes de llegar al puente, se veía una lumbrada que Pancho atribuyó á algun arriero que les precedia.

Pero no era así; Pancho habia visto ir al vizconde; y sabiendo que huía, juzgò que la maleta llevaría mucho dinero, é intentó un plan para quedarse con ella, porque yendo el vizconde bien armado, necesitaba astucia, y de esta se valió.

Prontamente encendió la lumbrada con algunas ramas secas, y á favor de la niebla, desanduvo un trecho y fué á colocarse á espaldas del vizconde, saludándole por su título, como hemos visto.

Veamos ahora lo que pasó después.

Sea que el vizconde sintiese la necesidad del almuerzo, ó sea que quisiese por miedo ser consecuente con el Jicote, lo cierto es, que echando pié á tierra, sacó de las cantinas un poco de pan, y un buen trozo de carne, que calentado á la lumbre, fué devorado por los dos, aunque con mejor apetito por Pancho, que se echó sobre el almuerzo un gran sorbo de vino.

Iba el vizconde à tomar el estribo, cuando Pancho le detuvo, diciendo:

—Espero que su excelencia no se irà sin darme algo para el camino ¡qué diablos! no le serví tan mal, y mi bolsa está vacia.

—¡Con mil de à caballo! exclamó el vizconde algo mohino, y llevando la mano á la pistola, creo que te burlas de mí!

Pancho diò un salto hácia el vizconde; y ántes que este tratara de impedirlo, le asiò con tal fuerza el brazo, que le hizo soltar el arma.

—¿Cuánto quieres por dejarme libre? preguntó el vizconde pálido de coraje.

—Lo que trae esa maleta, dijo el Jicote con cinismo.

—¡Es decir, miserable, que lo que pretendes es robarme, dejarme en la miseria......!

—No tanto: quitarle à vd. esa maleta, es quitarle un pelo al gato. Con que démela y asunto arreglado. Pancho no volverá à detenerlo en su camino.

El vizconde lanzó una blasfemia. é hizo la tentativa de montar para alejarse á escape de allí. Pero su antagonista no le dió lugar: le abrazó fuertemente por la espalda; y á contar desde ese instante, se trabó una lucha terrible entre ambos enemigos. Pancho habia sacado el puñal, arma terrible en sus manos; pero el vizconde à su vez la hizo saltar de su mano.

En aquella desesperada lucha, Pancho tuvo una idea horrible; arrastró consigo al vizconde, logrando colocarle á la orilla del puente.

En vano el vizconde hizo por desasirse de aquellos brazos de hierro, no pudo: y extraviado de terror giró la vista buscando un auxilio.

Fortùn debia estar cerca, pero no parecía aún; y sólo alcanzó à ver la profundidad de la barranca llena de breñas y de rocas; aquel horrible abismo, en cuya sima oscura, serpenteaba un arroyo, cuyo murmurio se perdia apagado por la distancia, y que entonces le helaba de espanto.

Sus fuerzas estaban perdidas, sus piernas vacilaban......! Pancho le empujó sobre el abismo, de-

jando escuchar de sus labios una risa estridente é infernal; y el vizconde, sintiéndose perdido, reunió sus pocas fuerzas, y asiéndole por el cuello, le arrastró en pos de sí á la profundidad de la barranca......!

Entonces, y como brotado de la tierra, apareció Fortún arreando sus mulas y silbando una balona.

Montó en la mula del vizconde y siguió adelante, murmurando:

—!Nadie sabe para quién trabaja: toda esta riqueza es mia......!

Dentro de tres dias estaré en alta mar, para ir à gozarla en pais extranjero!!

Fortún habia presenciado aquel doble crímen oculto en un recodo de la barranca.

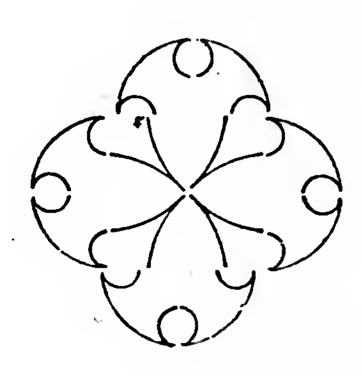
.........................................

Tres dias después, el "San Francisco" contaba entre sus pasajeros á Fortún, con el desconocido nombre, de Márcos Carrasco.

En Colima se habia provisto de buenos y elegantes vestidos; y pasó á bordo como un rico comerciante, que iba à radicarse á la California.

Dejèmosle bogar viento en popa y retrocedamos en pos de otros acontecimientos.

Pero no esperéis, mis queridos lectores, volver á ver en el trascurso de esta novela al heredero del vizconde á quién no seguirémos màs allá de los mares!



# LIBRO VI.

## A LA SOMBRA DE LA RELIGION.

### CAPITULO I.

### ¡Primero es Dios!

Cuando nos encontramos en una función teatral, absortos en la contemplación de un paisaje bellísimo, que aunque pintado, nos encanta, al par que nos encantan las interesantes escenas que se describen allí y los torrentes de armonía arrancados á las dulcísimas notas que hieren nuestros oídos; cuando contemplamos ese paisaje, repito, cambia instantánemente la decoración, el cuadro desaparece: la armonía que nos deleitaba huye, la escena toma otro aspecto; y nuestra pasada impresión se sustituye con otra.

¿Qué importa? el fondo es el mismo; los colores pueden combinarse; las formas reducirse á una sola, y los hilos adherirse de tal manera que ni juntura quede.

De la misma manera el novelista cambia à menudo las decoraciones de su fantasía: nada màs justo; tiene tantas cuantos son sus caprichos.

Yo, de la misma manera que mis predecesores y proseguidores, pues éstos harán lo mismo que los otros hicieron, voy á correr una decoración que cubra las oscuridades de los crímenes con la luz de la fé y la poesía de la Religión.

¿Y quién es aquel que poseyendo un espíritu elevado á las grandezas de Dios, no se sienta arrobado por ese dulce misticismo, que como un delicioso perfume, se desprende hasta de los actos más sencillos de nuestra Religión?

¡Amable es ella como el miraje de una alborada de Abril; dulce y tierna como un crepúsculo de Primavera; grande y sublime como todo lo que dimana de Dios!

¿A dónde iriamos, pobres extraviados, si ella no guiase nuestros pasos por las desigualdades de la vida? ¿Qué seria de nosotros, pobres expatriados, si su regazo no acogiese nuestras lágrimas?

El mundo es un desierto de ardientes arenales, donde el simoun de la degracia levanta contínuamente huracanes que amenazan sepultarnos; donde el fuego de las pasiones lo abrasa todo, todo...... hasta el aire que respiramos y la luz que hiere nuestras pupilas!

¡Y ese desierto......! Tenemos que cruzarle aunque sea llorando!

¡Y ese desierto nos parecería terrible, y su perspectiva nos espantaría sin el ala amorosa de la Religión, la única que nos hace sombra y sostiene nuestra impotencia en la ruda adversidad!

El mecànico se deleita en ademar ruedas, pulir ejes y estudiar movimientcs; el comerciante en balancear los gananciales: el filósofo en buscar consecuencias.... Yo me delcito en hojear el sencillo tratado de mis ciencias; y que no es otra cosa que la cartilla del hogar puesta por la madre católica en las manos de sus hijos.

Perdonadme, lectores, si os he entretenido con este párrafo, que á muchos de vosotros parecerá largo, y que á mí me parece bastante corto.

La decoración que os presento tiene en el fondo una cruz: en torno de ésta se destacan bellísimas madonas, silenciosos monasterios, la vida que se extingue entre la melodía de los cànticos, las notas del salterio y las armonías del òrgano......

¡Contempladla......! Y entretanto atención hácia las escenas que van à describirse bajo la irradiación de tan lindo paisaje!

¡Atención!

Vamos à introducirnos á una linda casita situada á corta distancia del convento de carmelitas en Guadalajara. Vé al oriente: no estrañéis, por lo tanto, que la mañana coqueta y risueña, le regale algunos rayos de sol que se introducen indiscretos por las ventanas, casi siempre abiertas.

Su patio, que tiene la forma de un cuadrado perfecto, contiene diversas plantas colocadas simétricamente: unas de ellas cargadas de flores; otras anunciando su lujo en graciosos botones, cuajados por la noche, de rocío......

Sin embargo de ser el patio cuadrado, no está encerrado entre corredores, como sucede con los de las casas de mayores dimensiones. Un solo corredor hay en ella: de arcos redondos, cubiertos de madreselva y mosqueta.

Este corredor es el lugar preferente de asistencia para los inquilinos; pues los que allí viven no son propietarios.

A la hora que presento á mis lectores en la mencionada casa, un anciano, sentado en un ancho equipal forrado de cuero, miraba distraido los manojos de rosas blancas y nacaradas que se columpiaban en las endebles ramas; y digo distraido, porque al parecer escuchaba atentamente la lectura que, en un grueso volúmen del Año Cristiano, daba una joven hermosa y

sencillamente vestida; la qué de cuando en cuando levantaba sus negros ojos del libro, para fijarlos en el anciano con amorosa solicitud.

De pronto cerró el libro: cruzó los brazos sobre la falda é inclinando el busto hácia delante se puso á contemplar al anciano, sin que éste diera muestras de apercibirse de ello.

Al cabo de unos cuantos minutos murmuró con acento bromista:

—Padre mio ¿á que nó me dice vd. donde quedamos en la lectura?

—¡Ah! ahora caigo........ me distraje involuntariamente........, ¡pienso tanto, hija mia......! dijo el anciano con voz cortada.

La joven cambió instantáneamente la expresión alegre de su fisonomía, en grave y melancólica.

—Vamos, dijo: ¿puedo saber en qué......?

—Pienso en tí, María. ¿Tengo otra cosa en que pensar que no sea en tí?

—Ya se ve que no; de lo contrario...... ¡quién sabe si me encelara! Pero dígame vd. ¿qué le preocupa tanto respecto de mí......?

—Me preocupa tu suerte, hija mia, si nó ¿qué será de tí cuando yo desaparezca de la tierra? preguntó el anciano.

—¡Qué cosas tiene vd.! exclamò la joven ¿por ventura puede saberse quién de los dos ha de morir primero? Cuando el huracán azota, lo mismo cae el tierno retoño que el tronco que le sostiene; y á veces......

—¡No te formes ilusiones: hablo del renuevo que brota al pié; éste por lo regular se torna hermoso, florece y fructifica, mientras el tronco viejo tiene por razón natural que volver à la tierra. Yo siento que la vida me falta cada dia más: me acerco à la tumba como el sol á su ocaso; y esa muerte que hace tres meses me hubiera sido preciosa, hoy me asusta y me llena de tristeza, por que sé que tras de mí queda en el mundo la

mitad de mi alma, sola y expuesta à los vaivenes del infortunio! dijo el anciano con acento doloroso.

La joven hizo un esfuerzo para aparecer alegre, diciendo:

—Ese peligro lo veo léjos, padre mío; pero si fuese cierto que pronto me faltárais, no debeis afligiros, supuesto que Díos vela por todas sus criaturas.

—Demasiado lo sé; pero esto no quita que debamos proporcionarnos los medios; para eso Dios nos ha dado inteligencia, facultad de obrar y......

—Y vos ¿qué sacais de tanto pensar?

—Que un buen esposo á tu lado seria la paz de mi muerte.

—Pero......, balbuceó la joven.

No me interrumpas, dijo el anciano, en quién mis lectores habrán adivinado al tio Pablo, al cazador del monte, pues no es otro el que tenemos à la vista. Rafael es bueno, le amas y te ama ¿por qué si él te ofrece la felicidad con el título de esposo, no le dàs tu mano en cambio de ella?

—Tocamos un terreno, dijo María, en que es preciso ser franca. Es cierto que Rafael me ama y que yo le amo más que à mi vida; y sin embargo, hago el sacrificio de ese amor que sería mi ventura, si la suerte me hubiera colocado en otra escala. ¡No seré nunca su esposa, padre, nunca! ¿y sabes por què? porque mi nombre tarde ó temprano, sería una mancha para el suyo!

La joven enjugó una lágrima que asomó á sus ojos, ahogó un suspiro, y prosiguió:

—¡Por màs que en su amor por mí intentara cubrir con un espeso velo mi pasado, à través de ese velo, siendo su esposa, siempre yo sería la hija de un bandido, la hija del crímen......! ¡Oh! creedlo, padre mío; cuando, esposa de Rafael, escuchase yo de sus labios ese sangriento reproche, acusando mi orígen, me moriría de dolor......!

El anciano inclinó la frente con abatimiento, como si aquellas palabras le partiesen el alma, y María tor-

nó à reanudar el hilo de sus ideas, demasiado ciertas por desgracia.

—Las ilusiones son un velo trasparente y fino, cuyo tejido no va más allá de la mañana del amor, y tiene que romperse al menor vaivén de ese huracán que desata la desilusión en el hondo abismo del corazón. Entonces la realidad tiene que asomar á nuestros ojos desnuda, severa y fría como la misma muerte: entonces, si el amor y la resignación no son capaces de llenar la desolación que inunda los jardines del alma, huimos espantados de nuestra propia obra...... Y llorando tal vez nos arrepentimos del culto que dimos á un ser que, ya fuera de la ilusión, encontramos indigno de nuestro sacrificio......! ¿Y quién me asegura que Rafael no tenga que pasar por esa desnudez del corazón, por esa desilusión terrible?

—¡Seria infame si así se portase contigo que eres tan buena! dijo el tio Pablo apretando los puños.

—El egoismo del amor paternal os hace atribuirme virtudes que no tengo; y os lo agradezco en el fondo del alma. Pero volviendo á los serios temores que os afectan por mi porvenir, debo, como buena hija, desvanecerlos.

No; vuestra hermosa nieta, como me llamais, no quedarà sola ni expuesta à los infortunios de la orfandad, en caso de que Dios se sirva llevaros primero. Tiene elegido un esposo cual no le hay en toda la redondez de la tierra.

—¡María......! exclamó el anciano emocionado de alegría; y luego la preguntó con curiosidad de niño: ¡quién es ese esposo?

—¡Dios! dijo la joven tranquilamente: seré capuchina, padre!

—¡Esposa de Dios....... ! bendita seas........! Cuán dichoso haces así á este pobre viejo.......! dijo el tio Pablo, tomando entre sus manos la negra cabeza de Marìa y cubriendo su frente de besos.

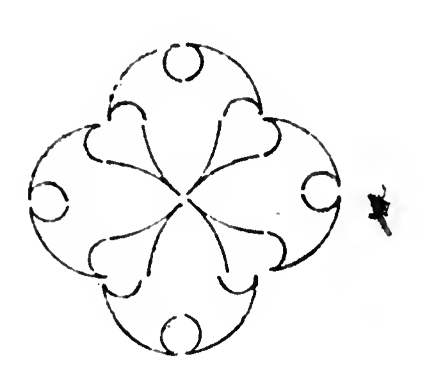
—Pero dime, añadió después de una breve pausa.

¿no te apenarà después el recuerdo del mundo, el recuerdo de...... tu amor?

—No temais nada; tengo fè, y en mi corazón estará Dios antes que todo: primero serà su nombre en mis oídos que el de Rafael; en una palabra ¡Dios serà el primero en mi alma, en mi pensamiento y en todo mi ser! dijo María con exaltación relígiosa, y despuès continuó con reposado acento.

—Càrlos V dejó las grandezas y los honores: abdicó la corona con todos sus atractivos para sepultarse en la soledad de un monasterio. Yo ¿qué dejo tras de mí? ¡dolores y acaso remordimientos que allí borraré con làgrimas! Ademàs; mi vida se nutrió á expensas del crímen; lo que de esa vida me resta, justo es consagrarlo á la oración y à la penitencia! Así, vivid tranquilo, puesto que el claustro se abrirá para recibirme, si me toca sobreviviros......

—¡Y Dios velará por tí! dijo el anciano completando la frase.



CAPITULO II.

## Entre el claustro y el mundo.

Hémos visto à María y á su abuelo conversar agradablemente acerca de la última resolución de la joven; pero antes de seguir adelante, aclararémos algo de los últimos acontecimientos acaecidos tres meses antes; y en los que dejamos á Cecilia cerca de los brazos de su padre, puesto que éste iba á buscarla guiado por el buen Pablo, y á María llena de alegría con el encuentro del último, todavía acusado de pertenecer á los bandidos.

¿Cómo, ó de qué manera providencial habia llegado el tio Pablo tan oportunamente para salvar á María del escàndalo de un arresto tan denigrante y vergonzoso!

¡Casualidad, contestarán algunos; fortuna, dirán otros; y no pocos juzgarán tal acontecimiento debido al acaso!

Pero yo contestaré à todas esas opiniones: ¡Providencia fué de Dios que vela siempre por sus criaturas, mayormente cuando éstas se constituyen apóstoles del bien!

El teniente Mendoza cobró cariño al buen Pablo, y

aunque tarde, se arrepintió de haberlo hecho prisionero. Comprendió que era un hombre de bien, y se propuso enmendar su yerro, ayudándole á recobrar su libertad.

Empero los jueces estaban en aquel proceso de bandidos, tan enérgicos y duros, que nada hasta allí habia podido arreglarse por el que en justicia llamaba su víctima.

Aquel dia, pues, en que María fué acusada de complicidad, el tio Pablo tomó una resoluciòn: la de hablar con el coronel Miranda. Comunicó al teniente su pensamiento; y este se valiò de todos los medios que estuvieron á su alcance para conseguir dos horas de excarcelamiento al cazador, garantizadas éstas dos horas por el mismo teniente.

—¡Dios os pagará tan noble acciòn! dijo el prisionero al que entonces le hacia tan gran bien, y se lanzò à la calle guiado por un soldado.

Rápido como un relámpago se dirigió á la casa del coronel, en su busca; pero allì le dijeron que no estaba. Y tomando màs informes, pudo averiguar que lo hallaría en casa de la Srita. Granados.

Dirigióse hácia allá...... ¡y ya hemos visto todo lo que pasó.........!

El tio Pablo bendijo aquel acto de prisión, sin el cual quizá nunca habria encontrado à su linda nieta.

Cuando el teniente supo todo lo acaecido, y que su protejido era ya libre, murmuró atusándose el grueso bigote:

—¡No se pierde una buena acción; yo estoy ahora tan alegre y feliz como èl!

Entretanto el tio Pablo, el coronel y Adolfo iban ya en busca de Cecilia, como dije en otro capítulo.

Cecilia y la buena Francisca habian derramado ya abundantes lágrimas viendo que los dias pasaban y el tio Pablo no tornaba à su casa, de donde le vimos salir en busca de un sendero seguro por donde conducir á Cecilia al regazo de D.ª Mercedes.

La tarde de ese mismo dia que venimos mencionando, Cecilia y Francisca, paradas á la puerta de aquella tranquila morada, seguían con los ojos, todas las veredas que se extendian al frente de ellas, con esa melancólica ansiedad del que espera sin certidumbre.

El dia declinaba: los campos parecían entrar en el mutismo del sueño, porque las aves, retiradas del bullicio del dia, escondian la cabeza entre sus alas, disponiéndose á dormir: las gallinas formaban esa algazara última, resultado de los picotazos que se dan unas à otras, tumbándose de las ramas del àrbol que les sirve de techo.

—La oración de la tarde es muy agradable à Dios; rezemos por la vuelta de Pablo, dijo Francisca.

—Y por mi pronto regreso al lado de mi madre, añadió Cecilia.

Y ambas mujeres se arrodillaron, guiando la primera el poético "Angelus Domini."

Apénas se hubieron puesto en piè, cuando el tropel de algunos caballos que se acercaban, llamó fuertemente su atención.

Volvieron la cabeza hácia donde aquel se escuchaba, y bien pronto vieron acercarse tres jinetes:

—¡Jesus me ampare! exclamó Francisca; Pablo con dos señores y á caballo..... ¿qué sucederá?

Cecilia fijó la vista en los que ya echaban pié á tierra; pero de improviso palideció, dió un grito y cayó sin sentido.

¡Acababa de reconocer á su padre!

Me abstengo de describir los detalles de escena tan tierna: cuadros son estos que no es posible legar á la pluma ni aun al pincel más acabado, porque los colores son pàlidos.

El tio Pablo, libre desde aquel momento, lloraba de alegría, comparando su propia felicidad con la que allí presenciaba. Y Adolfo reía, daba vueltas por la casa, renovando en su imaginaciòn todos sus proyectos de matrimonio.

Esta escena se repitió al dia siguiente en Zapotlán. contando un actor más, que lo era D.ª Mercedes.

Entre tanto el tio Pablo, su nieta y Juana, formaban otro cuadro encantador y tierno.

Un mes despuès de estos sucesos, Cecilia y María se abrazaban, iban á separarse. La despedida fué triste, quizá era la última vez que se veían sobre la tierra.

La familia Miranda acompañada de Adolfo, partia para Mexico, después de largos sufrimientos; regresaba á su ciudad natal, donde celebrarían el matrimonio de su virtuosa hija con Adolfo; y donde éste recibiría la cuantiosa herencia que tanto habia codiciado el vizconde.

A su vez, Pablo, María, Martìn, Juana y Francisca, seguidos de muy cerca por Rafael fuerón a radicarse á Guadalajara, ocupando desde luego, la casa en que hemos visto á los dos primeros.

Los prisioneros del Volcàn fueron pasados por las armas; no quedando de aquella gavilla temible, capitaneada por Colombo, mas que el noble indio Martín, que nunca fué descubierto por la justicia como bandolero.

Tres meses datan de todos estos acontecimientos; tres meses de felicidad para el tio Pablo, que contaba sus horas por los dulces y cariñosos desvelos de su nieta, aquel ángel que endulzaba las frìas amarguras de su vejez.

Pero esta felicidad era aparente y engañosa como la careta del carnaval: el mismo Pablo trataba de engañarse con ella, murmurando cuando lloraba: ¿por qué lloro...... si soy tan feliz?

¡Cuando se mezcla el acíbar con un terrón de azúcar, resalta màs el amargo!

El tio Pablo poseía la felicidad, puesto que María lo hacía feliz con su amor y sus virtudes; pero se empeñaba en no serlo, alimentándose con dolorosos recuerdos.

El manuscrito de Paula era guardado por él religio-

samente, y ningún dia dejaba de pasar su cansada vista por las amargas páginas de aquel amarillento cuaderno.

Esta era la hiel, prosaicamente hablando, que el buen Pablo mezclaba á su terrón de azúcar.

Tanta insistencia en remover las olvidadas cenizas, en apurar el tósigo de dolorosos recuerdos, y en ulcerar las llagas cicatrizadas por el tiempo, fué arrebatando dia por dia su salud, física y moralmente.

Su carácter franco y jovial se volvió taciturno para todos, excepto para María, á quien adoraba.

A la fecha en que volvimos à encontrarle al lado de la jóven, ya no salia de casa porque su mucha debilidad no se lo permitía.

El médico que lo visitaba habia informado á María, que el dia ménos pensado moriría el anciano; y esta certeza la hacia derramar lágrimas en los momentos que se hallaba sola.

¿Qué enfermedad alejaba al tio Pablo de la vida, empujándole tan rápidamente hácia el sepulcro?

¡La consunción! enfermedad terrible, porque su dolencia más bien que al cuerpo, pertenecia al alma!

La calentura lenta que le devoraba no tenía bastante poder para arrancar de su imaginación la imágen de su hija.

Paula estaba siempre delante de sus ojos: la veía de niña, sonriente y juguetona como las mariposas; de joven, recatada, tierna y hermosa, como una fresca alborada; ¡y después......, sepultada en ignorados laberintos, trémula y llorosa, escribir aquellos pliegos en que se derramaba toda su alma combatida por el más espantoso sufrimiento!

Quince soles habian coloreado el Oriente desde la conversación del anciano con María, conversación citada en el capítulo anterior; quince veces la luna habia traspuesto la cumbre de los montes, en su evolución diaria, para unos pueblos de luz y para otros de som-

bra, cuando la gravedad del anciano tocó á su último periodo impidiéndole abandonar el lecho.

Todos los cuidados y auxilios que se emplearon para arrebatarle de las garras de la muerte fueron inútiles.

El tio Pablo pagó su tributo á la naturaleza, muriendo cristianamente y bendiciendo á su nieta.

.........................................

Al dia siguiente, mientras se trasportaba el cadàver á su última morada, María recibia una carta en que Adolfo y Cecilia le participaban su enlace.

—¡Dios los haga felices! murmuró María, doblando la carta.

En aquel momento Rafael penetró à la asistencia. Acercóse á María y estrechando una mano que ella le tendió cariñosamente, le dijo:

—Has quedado huérfana y sola ¿puedo abrigar la esperanza de que serás mi esposa?

—No, Rafael, contestó la joven con dulzura; un juramento sagrado me separa de tí; y hoy serà la última vez que nos veamos sobre la tierra!

—¡No me amas......! nunca me has amado......!

Frases son esas que pertenecen al pasado, Rafael; hoy la hija del bandido, pues no ignoras mi nacimiento, puede ofrecerte sin rubor, el amor santo de una hermana.

—¡María......!!! exclamó Rafael en un arranque supremo de dolor.

—¡Esta misma noche el Monasterio de las Capuchinas abrirá sus puertas para recibirme. ¡Adios......! No olvides que entre aquellas cuatro frías y solitarias paredes, hay una hermana que rezarà por tí!

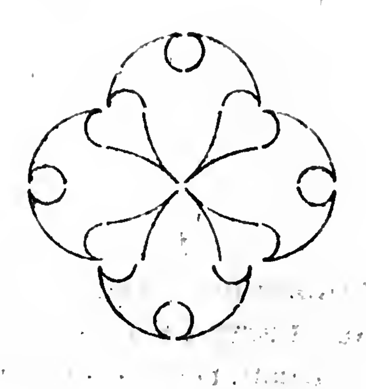
—¡No volveré á verte......! exclamó Rafael con voz cortada.

—En la tierra...... ¡nunca! allà...... sí......! dijo María señalando el cielo, y tendiendole después su mano para despedirse.

Rafael estrechó por última vez aquella mano queri-

da; y se alejó de allí con el corazón desgarrado y los ojós llenos de lágrimas.

Aquella misma noche, María fué á aumentar el número de las monjas capuchinas.



CAPITULO III.

## Al ponerse el Sol.

Han pasado algunos años desde los últimos acontecimientos que hemos narrado, desde que María tomó el velo de esposa de Jesucristo en el convento de Capuchinas, adoptando una vida de oración y de pobreza.

En el paréntesis de este tiempo, que no es muy corto, quizá encontremos la última pincelada para nuestro libro, el último brochazo del cuadro que he venido delineando, aunque con colores bastante pàlidos.

Acababa el sol de ponerse, dejando tras sí esa luz vaga y melancólica que dibuja sombras en los contornos quebrados de las montes, que llena de rumores las llanuras, y que huyendo á paso precipitado, descorre, sin embargo, muy reposadamente, el velo que cubre la rica diadema de la noche, incrustada de esos mil brillantes que giran regados en el espacio, y que marcan cintilantes la huella prodigiosa del dedo de Dios en el libro de la inmensidad.

A través de esa luz nacarada, última mirada del dia, último beso del sol á la tierra, podia verse el austero

convento de Capuchinas envuelto en una mística poesía.

Sus altos muros arqueados y silenciosos tenian en esos momentos un aspecto severo é imponente á los ojos; pero dulce y conmovedor al alma. Y era que tras ellos, se alzaba constantemente el himno grandioso de la oración brotado à torrentes de labios puros y virginales; era que tras ellos brotaban flores de virtud mecidas y arrulladas al son de armonías, sólo inspiradas y sentidas en la paz del Amor Divino, en el silencio de las celdas.

Frente al edificio mencionado, á la hora que venimos describiendo, podia verse también una ventana abierta, perteneciente á una casa pequeña; pero aseada y graciosa.

En el interior de la sala y casi al frente de dicha ventana, habia un enfermo cuyas manos enflaquecidas se perdian entre los dobleces de la colcha que le cubría. Sus ojos debilitados por la fiebre, se hallaban fijos en la negruzca tapia del monasterio, como atraidos por una fuerza irresistible y magnética. Suspiraba à menudo y en su semblante se adivinaban las huellas de la muerte marcando ya su paso con oscuras sombras.

A pesar de que la vida parecía escaparse de aquel cuerpo ya destruido por agudos dolores, el enfermo luchaba con una fuerza de ánimo superior por retener aquella vida que se le escapaba, como se escapa la esencia del vaso en que se la guarda.

En el ángulo de la sala que quedaba tras la piesera de la cama del enfermo, dos mujeres arrodilladas oraban en silencio.

Una tristeza profunda se dibujaba en el semblante de ambas mujeres, quienes no apartaban los ojos del enfermo. Estas mujeres eran Juana la compañera de Marìa y Francisca la buena parienta del tio Pablo, y el enfermo à quien ellas cuidaran con amorosa solicitud no era otro que Rafael.

La casa á que hacemos referencia, habia sido comprada por María antes de encerrarse en el claustro, para que sirviera de morada à las dos buenas mujeres, que con ésto recibieron un gran consuelo, pues gozarian en respirar el aire que tan presto jugase en las negruzcas almenas del convento, como en las bajas paredes de su casa.

Efectivamente, desde allí escuchaban con recogimiento, dia á dia, el concierto de vírgenes voces que se confundían y rasgaban los aires entre las místicas armonías del órgano; y entre las que creían distinguir siempre un eco más dulce, sentido y tierno......, ¡el eco querido de la voz de María!

Una felicidad relativa alentaba su corazón cuando consideraban, y esto era todos los dias, que entre ellas y María, no mediaban más que la ancha calle y los altos muros.

Ahora bien: ¿por qué circunstancia casual se hallaba allí Rafael el dia que nos ocupa y en el estado que le hemos visto?

Voy á explicarlo.

Desde aquel dia fatal en que los restos del tio Pablo fueron depositados en la morada común; desde que María se despidió de él por última vez, levantando entre ambos un muro de hierro, las frías rejas del monasterio y el olvido del mundo, Rafael tomó la resolución de consagrar el restc de su vida á la independencia de su patria.

Una sorda revolución se agitaba en todo el país y ganaba terreno en todos los círculos sociales, aunque de una manera sigilosa y precavida. ¡Así suele el mar alentar una borrasca sin que asomen á su superficie las espumas airadas que rebotan en su seno.

¡Cada cerebro ardía, cada corazón palpitaba y cada brazo se preparaba à la lucha que más tarde ó más temprano tenía que desencadenarse al impulso de una idea común. En el centro de las ciudades, en las humildes chozas y hasta en el campo, mientras el arado

rompía la tierra y el grano caía en el surco abierto; se pensaba en una era de libertad, de gloria en fin, para la cautiva México!

Y Rafael no era de los ménos entusiastas en acariciar sueño tan delicioso.

¡La vida no le ofrecia ya encantos, y ansiaba morir; pero morir con gloria!

Así fué que cuando el héroe sin rival de nuestras glorias patrias, cuando el inmortal Hidalgo proclamó la independencia de México en el pueblo de Dolores, la memorable noche del 15 de Setiembre de 1810; cuando su voz, semejante á la del trueno que rasga el seno de las nubes, hizo estremecer las vírgenes selvas de la cautiva Anáhuac, é hizo bambolear el trono de los virreyes levantado sobre mares de sangre, y que sobre mares de sangre tenia que hundirse al peso de la justa causa; Rafael fué de los primeros que se agruparon al pié del pabellón nacional levantado por las dèbiles manos de un anciano, y entre cuyos colores simbólicos se destacaba la imágen venerada de nuestras creencias patrias, la dulce morena del Tepeyac, María de Guadalupe en fin.

El àrbol de la libertad se alzaba al parecer endeble; pero su crecimiento debia ser prodigioso, puesto que contaba en su antigua preponderancia, héroes como Cuauhtemoc; y en sus renuevos, caudillos tan gloriosos como Hidalgo y Morelos.

El corazón de Rafael parció hallar un lenitivo à su constante melancolía, en la vida turbulenta á que entonces se consagraba.

Un amor borra otro amor; y Rafael se creyó libre del recuerdo de María, al colocar en su alma el sentimiento patrio; y libre del recuerdo de sus primeras afecciones, se soñó feliz...... ¡Cuán fàcil es el corazón humano en forjar el muñeco de la felicidad, cuya duración está sujeta al primer hilo que se rompe, al primer vaivén de la fortuna!

Empero la carrera de Rafael en el camino de las

mas debia ser muy corta, por lo que pronto pudo cerciorarse de lo ilusorio de su felicidad.

Durante la batalla terrible del Puente de Calderón dada el 17 de Febrero de 1811, batalla funesta para las armas independientes, Rafael, como otros muchos de sus infortunados compañeros, fué herido gravemente por una bala enemiga.

Hubiera perecido allí mismo à manos de los españoles, si Martín, que desde la profesión de María, se habia unido à él con un lazo casi fraternal, no le hubiese ocultado en un sitio seguro, prodigàndole sus cuidados en medio de mil peligros, hasta que el enemigo desalojó el campo.

Cuando el nombre del terrible y orgulloso Calleja dejó de escucharse en aquel sitio donde la sangre habia corrido, fecundando el àrbol de la libertad, el noble índio, ayudado de un amigo suyo, trasladó al herido á la casa donde le hemos visto.

Rafael mismo habia pedido á su compañero tal favor dicièndole con voz suplicante:

—¡Quiero morir cerca de ella, para que mi último suspiro, oreando su pura frente, arranque á sus labios una plegaria por mí......!

El cielo coronó los esfuerzos de Martín por complacer los últimos deseos de un moribundo.

Pero volvamos al punto interrumpido, puesto que ya sabemos cómo ó por qué se hallaba allí Rafael.

De repente éste dejó escapar un quejido débil y doloroso. Las dos enfermeras se pusieron de pié junto al lecho; y una de ellas presentó una bebida al enfermo, mientras la otra le levantaba la cabeza cariñosamente.

—¡Oh! dijo Rafael, rechazando suavemente la bebida, todo es inútil: el dolor que acabo de sentir es el anuncio de mi agonía......! Dejadme......, os lo ruego......!

Ambas mujeres volvieron el rostro para ocultar sus lágrimas.

Efectivamente, pocos minutos después, una ansia fatigosa se apoderó del enfermo; creció la palidez de su frente, y su mirada se tornó apagada como si perdiese toda su movilidad, toda la fuerza de su luz.

Martín se presentò en aquellos momentos y comprendiendo que la agonía se hacia sentir con paso rápido, y que pronto de Rafael no quedaría mas que el cadáver inanimado, tornó á salir en busca de un sacerdote que le ayudase en sus ùltimos momentos, encaminando su alma con las preces acostumbradas. . . . . . . .

No tardó el índio en volver acompañado de un eclesiàstico, que se apresuró á dàr al enfermo los últimos auxilios.

Poco despuès las dos mujeres oraban arrodilladas, el sacerdote leía las preces del moribundo, y Martín murmuraba quedo la sencilla oración del "Ave María."

Un patético recogimiento hacía presentir allí la resignación cristiana con que se recibía aquella hora solemne que iba á abrir las puertas de la eternidad á un creyente, cuya alma se habia purificado con el sacramento de la Penitencia para entrar al seno de Dios.

De pronto las notas del órgano invadieron aquel aposento, y un canto dulce, religioso y tierno, como debe ser el de los ángeles, hirió los oídos del enfermo. Hizo éste un esfuerzo supremo: sus ojos parecieron perder su fijeza; hubiera podido creerse que renacian à la vida, vigorizándose como esas flores mustias que tornan á entreabrir sus pétalos ya cerrados, cuando el agua humedece su corola: una dulce sonrisa se dibujó en sus labios; entre aquella sonrisa se levantò un suspiro débil y sentido; sus ojos se fijaron en las negruzcas paredes del convento; pero aquella mirada fué tan rápida, que casi al mismo tiempo murió, estrechada por los párpados que cayeron pesadamente. •

Sin embargo, en aquel cuerpo inerte se alentaba un resto de vida sostenido tal vez por la melodía de aquel canto que cada momento parecia aumentar en dulzura,

como si tratase de arrebatar en sus aéreas ondulaciones, en sus virginales notas, el alma de Rafael.

Pero llegó un instante en que la materia triunfò cegando todas las arterias de la vida: los labios del enfermo se contrajeron murmurando débilmente esta sola frase:

—¡Maria......!

El sacerdote entonces le presentó el crucifijo; el enfermo le acercó à sus labios, y expiró...............

.................................................................

Pero dejemos esta lúgubre escena, y veamos lo que à la misma hora pasaba en el convento.

Arrodilladas en coro todas las monjas capuchinas, acababan de entonar aquel canto conmovedor que pareció reanimar la vida de Rafael y en medio del cual elevaron su alma al Ser Supremo con religioso arrobamiento y beatitud.

Una parvada de palomas blancas jugueteando á la orilla de un arroyuelo, ò en el centro de una florida selva, no habria sido más hermosa ni más poética que aquel coro de vírgenes cuya frente, medio velada por la toca, revelaba la inocencia del alma; cuyos ojos clavados en la tierra ó fijos en el altar, no parecían pertenecer á este mundo; y cuyos dedos adelgazados jugaban con las cuentas del rosario, mientras los labios se movian en dulce misticismo exhalando en el perfume santo de la oración toda la ternura de su corazòn, toda la fé de su alma.

¡No se qué de grandioso, qué de sublime se desprende siempre, hasta de los actos màs insignificantes, de nuestra augusta religión, que el corazón se embriaga y los sentidos se recojen, para dejar al espíritu en libertad, remontarse en álas de su fé, à las etéreas esferas de la inmortalidad, en cuyo centro resplandece la majestad de Dios!

Cercana à la puerta del coro yacía arrodillada una monja joven y demasiado bella, para dejar de llamar nuestra atenciòn.

Con los ojos inclinados á la tierra, las manos trasparentes á fuerza de ser pálidas, suaves y finas como dos botones de azucena sin abrir, cruzadas sobre el pecho; y los labios rosados y tiernos moviéndose levemente, semejaba una de esas vírgenes angelicales de la tierra, cuya forma, cuyo ser, son exclusivamente obra de la fecunda y rica imaginaciòn de los poetas.

Oraba, y su oración era tan ferviente, que deshecha en flores caia sin duda de las manos de los ángeles al trono augusto del Eterno.

Las notas argentinas de su delicada voz, se unieron á las de sus hermanas, en aquel canto que llegó á los oídos de Rafael, tiernas y vibrantes, pero impregnadas de una melancolía indefinible.

Hubiérase dicho que en ellas se escapaba el alma de aquella joven profesa, y que cada una de sus armonías era un lamento.

Al cesar aquel canto poético y sentido, la ronca vibración de una campana tocò á muerto.

Aquel doble lúgubre y plañidero, anunciando que la puerta de la eternidad se abría para recibir à un peregrino de la tierra, hizo estremecer à la joven monàstica: palideció su frente y sus ojos dejaron correr silenciosas lágrimas, que deslizándose por el tosco sayal humedecieron el pavimento.

—¡El Señor Dios nuestro dueño, le haya recibido su alma, murmurò con acento cortado y tierno; mientras enjugaba sus ojos!

¡Esta monja era María......!

Se habia cumplido el último deseo de Rafael. Su último suspiro fué recogido por María y poetizado con una casta plegaria..........................

..................................................

Al dia siguiente, la huesa común recibia los restos del infortunado Rafael; y algunos meses después, su tumba solitaria y triste, se cubría con los aromáticos azahares que se desprendian de un naranjero, que Juana y Francisca habian hecho sembrar para darle sombra.

Martín había regresado al ejército. Su lealtad y valor nunca desmentidos le grangearon la estimación y confianza de sus jefes. Así fué que mucho más pronto de lo que pudiera imaginarse, obtuvo el ascenso de capitán.

Esto no obstante, en medio de sus triunfos, cuando la victoria coronaba con inmortales lauros las gloriosas hazañas de los independientes, de quienes formaba parte, se le veía poseído de una vaga tristeza. Una nube de dolor parecía velar siempre su tostado rostro, oprimiéndole el corazón con más ò mènos intensidad.

¡Era que María estaba grabada en su alma con el buril del amor eterno!

¡Era que el recuerdo de Rafael y su temprana muerte le herian en mitad del corazón!

El valiente indio se habia acostumbrado al cariño de Rafael, de quien solo la muerte pudo separarle. Este extraño afecto, para el que hubiera considerado como su rival, nacìa de la grandeza de su amor; cuya nobleza le inclinó siempre á querer y amar todo lo que de Marìa era querido y amado.

Hácia el año de 1821, en una fria tarde de Diciembre, ya invadida por las sombras últimas del crepúsculo, un hombre de edad madura penetraba con peso ràpido al panteón de Belén en Guadalajara.

A juzgar por su traje, pertenecia al ejército trigarante, que acababa de hacer su triunfal entrada à la ciudad de los aztecas, á la sultana de los valles, à la linda México arrullada entre flores por las brisas apacibles del Texcoco.

Reconoció el sitio y buscando algo, fijó su vista en varias tumbas, andando siempre hàcia adelante sin detenerse.

--¡Cuántos nuevos moradores han venido aquí, desde que yo sepulté los restos de un amigo......! murmuró contemplando algunas fosas recien abiertas.

Y siguiendo sus pesquisas, se detuvo al fin, al pié de

un corpulento naranjo. Arrodillóse con religioso silencio y oró.

Largo tiempo permaneció allí, y quizá hubiera pasado la nòche en aquel sitio. si el encargado del Panteón no le hubiese recordado que tenía que cerrar.

Levantòse entonces, y mirando la tosca lápida de piedra que cubría aqnella tumba desconocida, exclamó con acento conmovido.

—¡Duerme en paz, Rafael! Tus restos descansan por fin, en tierra libre; y el aura de la libertad, aura bendita, mece los capullos que te dán sombra y riega las flores que blanquean sobre tu sepulcro!

¡En torno de tus restos, no alienta mas que un pueblo libre, que sabrá ser grande imitando las glorias de sus màrtires.........!

Al terminar las últimas palabras, enjugó una lágrima con el dorso de la mano; irguiò la frente con el orgullo digno del patriota; y se alejó con lentitud, no sin volverse repetidas veces, para mirar el sitio que dejaba y del que parecía separarse con violencia.

¡Aquel rudo soldado no era otro que Martín!......

.......................................................

Para terminar la narración de estos acontecimientos con que hace algunos dias, vengo entreteniendo la atenciòn de mis lectores, réstame decir, que en una de las muchas revueltas ó crísis políticas porque atravesó nuestro país, largos años aun después de su independencia; y precisamente en la revolución capitaneada por Montaño en 1827, Martín fué tomado prisionero con otros revolucionarios, y pasado por las armas. A su muerte, dejó en manos del sacerdote que asistiò sus últimos momentos una relación circunstanciada de las riquezas existentes en el Volcán; á donde él no quiso volver nunca, sea por supersticiones, que son tan generales en la raza indígena, ó porque los recuerdos que guardaba aquella montaña para su corazón, le fuesen demasiado dolorosos.

A esta relación, existente, segun datos verídicos, en

poder de un mexicano, avecindado en San Francisco California, se han debido las muchas escursiones verificadas en los ùltimos tiempos, al Volcán, en busca de los tesoros incalculables á que se refieren mil vulgares tradiciones que surgen en la gente del bajo pueblo, y aun entre personas de buen criterio.

Sin embargo, hasta hoy nadie ha podido descubrir la existencia de esos tesoros fabulosos; y por lo mismo dejo á mis lectores en la oscuridad de ese detalle importante.

"El tiempo descubre las cosas más secretas." dice un adagio: quizà, pues, le esté reservada al tiempo, la última pincelada de esta novela.

Entre tanto, me despido de mis lectores, agradecièndoles en el alma, la buena acojida que han dado á mi segunda novela.



# INDICE.

## LIBRO III.

**Los bandidos de salón.**



## LIBRO IV.

**La mano de Dios.**



## LIBRO V.

**En poder de la justicia.**

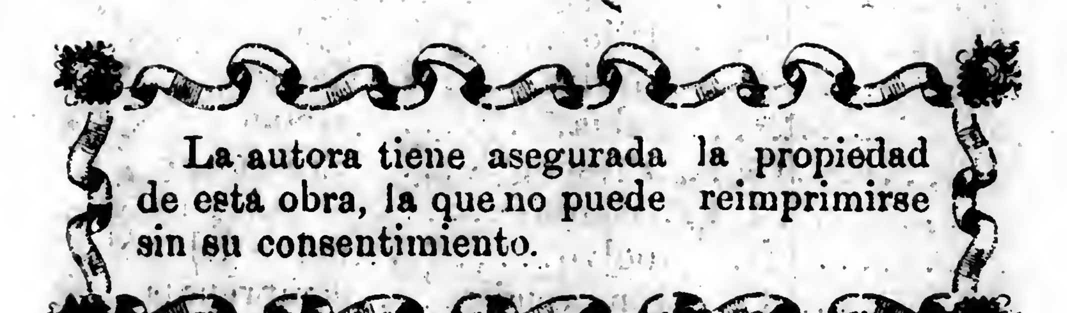


## LIBRO VI.

**A la sombra de la Religion.**

# ERRATAS NOTABLES.

| PAGS. | LINEAS. | DICE: | DEBE DECIR: |
|---|---|---|---|
| 33 | 29 | abundaba | abundaban |
| 37 | 39 | oírlos | oírle |
| 43 | 10 | Dijo | dijo |
| 48 | 1 | Garita | Casita |
| 50 | 28 | sabía | sabían |
| 51 | 18 | Presentóse | Preséntese |
| ,, | 24 | se cubren | le cubren |
| ,, | 27 | polvo | polvo del oro |
| 52 | 1 | comprendió | comprendía |
| 56 | 8 | escrita | abierta |
| 120 | 2 | desventurado | desventurada |
| ,, | 9 | esperas | esperaras |
| ,, | 21 | desos | deseos |
| 169 | 3 | de la alba | del alba |
| 182 | 38 | alimentaron | alimentó |
| 185 | 9 | un | su |
| ,, | 13 | pequeño | pequeña |
| 189 | 10 | Sentado | Sentados |
| 198 | 2 | ternura | tortura |
| 199 | 25 | atumulaban | atumultaban |
| ,, | 26 | ataùd | alud |
| 203 | 4 | lecho | techo |
| 204 | 10 | tesura | tersura |
| 210 | 8 | desperacion | desesperación |
| 237 | 10 | mocion | emoción |
| 239 | 27 | presintiò | presintiendo |
| 240 | 13 | tiene | tienen |
| 257 | 36 | ciencias | creencias |



END O
TITL

OF

LE